MASSIMO MODONESI (COORD.)

La revolución pasiva

Una antología de estudios gramscianos

BELLATERRA EDICIONS | SERIE GENERAL UNIVERSITARIA

La revolución pasiva

Director de colección
R. Lucas Platero

Consejo editorial

María Eugenia Aubet
Barbara Biglia
Elvira Burgos Díaz
Manuel Cruz Rodríguez
Manel Delgado
Josep M. Delgado Ribas
Mari Luz Esteban
Oscar Guasch Andreu
Antonio Izquierdo Escribano
Dolores Juliano
Raquel Osborne
Oriol Romaní Alfonso
Carmen Romero Bachiller
María Rosón Villena
Amelia Sáiz López
Verena Stolcke
Meri Torras Francés
Francisco Vázquez García
Olga Viñuales Sarasa

MASSIMO MODONESI (COORD.)

La revolución pasiva

Una antología de estudios gramscianos

Bellaterra Edicions
Serie General Universitaria

Diseño de la colección: Dani Rabaza (Münster Studio)
Diseño original: Joaquín Monclús
Ilustración de la cubierta: Dani Rabaza (Münster Studio)

Título: *La revolución pasiva. Una antología de estudios gramscianos*

Primera edición italiana: *Rivoluzione passiva. Antologia di studi gramsciani*, Unicopli, Milán, 2020

Corrección de Manuel Azuaje

© Massimo Modonesi

© De sus respectivos capítulos: Franco de Felice, Christine Buci-Glucksmann, Dora Kanoussi, Javier Mena, Adam D. Morton, Carlos Coutinho, Pasquale Voza, Fabio Frosini, Peter D. Thomas y Francesca Antonini.
© Bellaterra Edicions (Cultura21, SCCL), 2022

Bellaterra Edicions (Cultura21, SCCL)
C. Balmes, 25-27, bajos izquierda, 08242 Manresa
www.bellaterra.coop

ISBN *e-book*: 978-84-19160-13-3
Déposito Legal: B 18069-2021

Índice

Origen de los textos y traducciones 9

Advertencias 11

Agredecimientos 13

Introducción. *Massimo Modonesi* 15

Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci. *Franco de Felice* 29

Sobre los problemas políticos de la transición:clase obrera y revolución pasiva. *Christine Buci-Glucksmann* 95

Sobre el concepto de revolución pasiva. *Dora Kanoussi y Javier Mena* 125

Esperando a Gramsci: formación del estado, revolución pasiva y lo international. *Adam David Morton* 157

La época neoliberal: ¿revolución pasiva o contrarreforma? *Carlos Nelson Coutinho* 189

«Pero la concepción sigue siendo dialéctica»: «utilidades» y «peligros» del concepto de revolución pasiva. *Pasquale Voza* 201

Pasividad y subalternidad. Una relectura del concepto gramsciano de revolución pasiva. *Massimo Modonesi* 231

Revolución pasiva y laboratorio político: apuntes sobre el análisis del fascismo en los *Cuadernos de la cárcel*. *Fabio Frosini* 257

Las revoluciones de Gramsci: pasiva y permanente. *Peter D. Thomas* 281

Cesarismo y revolución pasiva. *Francesca Antonini* 317

Apendice. Usos del concepto gramsciano de revolución pasiva en América Latina. *Massimo Modonesi* 329

Origen de los textos y traducciones

1. Franco De Felice (1988), «Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci» en Dora Kanoussi y Javier Mena (comps.), *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci*, México, Ediciones de Cultura Popular (Traducción de Hugo Donato). Versión original en italiano: «Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci» en Franco Ferri (coord.), *Politica e storia in Gramsci. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani (Firenze, 9-11 dicembre 1977)*, vol. 1: *Relazioni a stampa*, Roma, Editori Riuniti, 1977.
2. Christine Buci-Glucksmann (1977), «Sui problemi politici della transizione: classe operaia e rivoluzione passiva», en Franco Ferri (coord.), *Politica e storia in Gramsci. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani* (Firenze, 9-11 diciembre 1977), vol. 1: *Relazioni a stampa*, Roma, Editori Riuniti. (Traducción de Javier Waiman).
3. Javier Mena y Dora Kanoussi (1988), «Sobre el concepto de Revolución Pasiva» en *Dialéctica*, núm. 10, México, pp. 97-129.
4. Adam David Morton (2007), «Waiting for Gramsci, State Formation, Passive Revolution and the Internacional», en *Millennium: Journal of International Studies*, núm. 3. (Traducción de Diego Asebey).
5. Carlos Nelson Coutinho (2007), «L'epoca neoliberale. Rivoluzione passiva o controriforma?» en *Critica marxista,* núm. 2. (Traducción de Javier Waiman).
6. Pasquale Voza (2008), ««Ma la concezione rimane dialettica»:

utilità e pericoli del concetto di rivoluzione passiva», en Id., *Gramsci e la «continua crisi»*, Roma, Carocci. (Traducción de Alessia Franco y Agustín Artese).

7. Massimo Modonesi (2016), «Pasividad y subalternidad. Una relectura del concepto de revolución pasiva», en Id., *Revoluciones pasivas en América*, México, Ítaca. Antes publicado, con mínimas modificaciones, en Id. (2016), *El principio antagonista*, México, Ítaca. En la edición italiana de esta antología aparece esta versión reducida, «Subalternità e progressività. Una rilettura del concetto gramsciano di rivoluzione passiva» en *Critica marxista*, núm. 4.
8. Fabio Frosini (2017), «Rivoluzione passiva e laboratorio politico: appunti sull'analisi del fascismo nei "Cuadernos del carcere"» en *Studi storici,* núm. 2, (Traducción de Alessia Franco y Agustín Artese).
9. Peter D. Thomas (2018), «Gramsci's revolutions: Passive and Permanent» en *Modern Intellectual History*, First View (Traducción de Diego Asebey). Este texto no aparece en la versión italiana de esta antología.
10. Francesca Antonini (2019), «Cesarismo e rivoluzione passiva» en Id., *Caesarism and Bonapartism in Gramsci's Thought,* Leiden-Boston, Brill-Historical Materialism, (Traducción de Agustín Artese).
11. Massimo Modonesi (2017), «Usos del concepto de revolución pasiva en América Latina» en Id., *Revoluciones pasivas en América*, México, Ítaca. Este texto no aparece en la versión italiana de la antología.

La traducción de la «Introducción» fue realizada por Agustín Artese.

Advertencias

Las citas de los *Cuadernos de la Cárcel* son de la edición de ERA, México, 2000, traducción de la edición crítica del Istituto Gramsci que Valentino Gerratana (Torino, Einaudi, 1975). Las referencias serán marcadas por la de la letra C seguida por los números de los cuadernos, de párrafo y eventualmente de página o de páginas, sin mencionar el tomo correspondiente de la edición impresa.

Los textos citados de obras en otros idiomas, salvo la advertencia, se entienden como traducidos por el autor que los cita.

Se unificaron los criterios editoriales de los distintos textos, se corrigieron pequeños errores evidentes, sin señalarlo al lector.

Respecto de la edición italiana (Unicopli, Milán, 2020), los textos de De Felice y Mena-Kanoussi aparecen aquí integralmente, se eliminó un texto (Di Meo, «La rivoluzione passiva da Cuoco a Gramsci. Appunti per una interpretazione», en *Filosofia Italiana*, octubre 2014) para incorporar el de Peter D. Thomas y, por último, se agregó en «Apéndice» el texto sobre los usos latinoamericanos del concepto de revolución pasiva.

Agradecimientos

A Guido Liguori, quien impulsó y colaboró en la primera versión en italiano de esta antología.

A Diego Asebey, por el cuidadoso trabajo de revisión editorial.

Agradezco el apoyo del programa UNAM-PAPIIT al proyecto IN301619 *Fundamentos de una teoría gramsciana de la subjetivación política*, que estoy coordinando.

Introducción

MASSIMO MODONESI

La presente introducción no pretende ser otro ensayo sobre el concepto gramsciano de revolución pasiva, cuya riqueza y complejidad se desplegarán a lo largo de los textos reunidos en esta antología, sino simplemente ofrecer al lector, en la forma más sintética posible, algunas claves de lecturas que tracen los contornos de un mapa de las cuestiones y debates que, en su interior, se han desarrollado y se están desarrollando. Un reconocimiento que sea complementario y que oriente la lectura de los textos que han sido aquí reunidos y seleccionados en tanto son, al parecer de quien escribe, las principales contribuciones producidas sobre la génesis y el desarrollo de la noción de revolución pasiva en los *Cuadernos de la cárcel* en más de cuarenta años, desde el momento en que esta ha sido relevada y destacada como un elemento fundamental del pensamiento de Antonio Gramsci.

En efecto, es necesario registrar y subrayar un reconocimiento relativamente tardío, a partir de la segunda mitad de los años setenta, posterior a aquel vivido por el concepto de hegemonía, en el horizonte de estudios abierto por la aparición de la edición crítica de los *Cuadernos*, curada por Valentino Gerratana, que permitía volver visibles y valorar aspectos y conexiones nuevas, o que adquirían una profundidad mayor respecto de aquellas que podían derivar de la lectura de la precedente edición temática. Este «descubrimiento» se producía en un momento intenso de los estudios gramscianos, en el contexto de la última gran onda expansiva del movimiento comunista en Italia y en el mundo, en

una época de amplia difusión del marxismo. La fecha de publicación de los dos primeros ensayos que aparecen en esta antología se sitúa en el año 1977, fecha significativa del ciclo político que sigue al 68 italiano, punto de inflexión entre la fase ascendente de las luchas sociales y el contragolpe posterior[1].

Al mismo tiempo, la mayor fortuna de este concepto tendrá lugar, no casualmente, en nuestros días, en coincidencia con un reflujo epocal de las luchas y de la fuerza organizada de las clases subalternas, cuando se convierte en uno de los más usados en el momento en que se buscarán en Gramsci las claves para la comprensión de los procesos sociopolíticos en curso, en una época signada por la derrota, por la pérdida de protagonismo y de iniciativa del movimiento obrero, socialista y comunista, por la disolución de la hipótesis de una «revolución activa» o, siguiendo la afortunada fórmula de Buci-Glucksmann, de una «anti-revolución pasiva».

En este sentido, las fechas de elaboración de los textos que componen la antología sugieren una periodización en torno a estos dos momentos del debate sobre el concepto y sobre sus usos: los años setenta del *Novecento* y las primeras décadas del siglo xxi.

En este marco histórico, signado por un clima de reflujo de las luchas y de derrota de la hipótesis revolucionaria, el descubrimiento de la productividad teórica y analítica de la categoría de revolución pasiva se resuelve en torno a una serie de puntos problemáticos que buscaré de sintetizar aquí.

1 Debe notarse que Christine Buci-Glucksmann había desarrollado el concepto de revolución pasiva en su libro *Gramsci e lo Stato* (1975, Roma, Editori Riuniti); por su parte, Franco De Felice (1972), sin mencionar la expresión revolución pasiva, había abierto una reflexión en algún modo contigua en «Una chiave di lettura in «Americanismo e fordismo»», en *Rinascita - Il Contemporaneo,* núm. 42. La noción de revolución pasiva se encuentra, en forma no desarrollada, también en algunos textos de la primera mitad de los años setenta: Valentino Gerratana (1972), «Il popolo delle scimmie tra reazione e rivoluzione passiva», en *Rinascita - Il Contemporaneo,* núm. 42; Leonardo Paggi (1974), «La teoria generale del marxismo in Gramsci», en *Storia del marxismo contemporaneo*, Milán, Feltrinelli; Nicola Badaloni (1975), *Il marxismo di Gramsci. Dal mito alla ricomposizione política*, Turín, Einaudi. Según Fabio Frosini, estos «no relacionan la revolución pasiva directamente con la esfera de la política» (Fabio Frosini, «Stato delle masse ed egemonia: note su Franco De Felice interprete di Gramsci», en Fabio Frosini y Francesco Giasi (comps.) (2019), *Egemonia e modernità. Gramsci in Italia e nella cultura internazionale*, Roma, Viella: 279).

1. La primera cuestión que es necesario registrar es, sin duda, aquella que se abre en la frontera entre los estudios sobre la obra de Gramsci y sus usos, sea como perspectiva general, tanto como a partir de uno u otro de sus conceptos. Una cuestión de carácter epistemológico que toca la configuración misma del universo de los estudios gramscianos, es decir: desde dónde, cómo y por qué se produce conocimiento partiendo del pensamiento de Gramsci.

Como es sabido, en las últimas décadas los estudios sobre la obra del marxista sardo, en particular en Italia, han privilegiado una perspectiva filosófica y filológica[2]. La aproximación filológica, entrelazada con el campo de la historia de las ideas y la historia intelectual, ha buscado –y logrado– contextualizar cada vez más el texto gramsciano, respetando y buscando de descifrar su compleja manufactura, ligada a determinadas circunstancias históricas y políticas, así como a lecturas y referencias que aparecen en y entre las líneas de los *Cuadernos*. Estos resultados han hecho «escuela», han conectado y sintonizado un importante sector de los estudiosos de Gramsci –en particular, en Italia– y han animado el esfuerzo para la realización de una nueva edición crítica de los *Cuadernos*, actualmente en curso.

En paralelo, en estas dos últimas décadas, en particular en el mundo académico anglosajón e hispanoamericano, han florecido como nunca antes estudios gramscianos orientados al uso y a la actualización de los conceptos y las categorías, principalmente aquella de hegemonía, pero también, en forma creciente, aquella de revolución pasiva[3].

Entre una y otra perspectiva, entre el *corte* filológico y aquel que podemos llamar conceptual, entre la gramsciología y el gramscismo, han existido y existen diálogos e intercambios concretos[4], aunque sí, por razones no solamente lingüísticas, geográficas o de *clima* político, sino fundamentalmente por motivos de enfoque, resta una divergencia entre

2 Liguori sitúa el inicio de este pasaje en Italia en la segunda mitad de los años ochenta: ver Guido Liguori (2012), *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibatti e polemiche, 1922–2012*, segunda edición ampliada, Roma, Editori Riuniti.

3 Para un panorama de los usos latinoamericanos, ver Massimo Modonesi, «Usos latinoamericanos del concepto gramsciano de revolución pasiva», infra p. 329.

4 Por ejemplo, durante el «año gramsciano» 2017, los seminarios internacionales realizados en Roma y Campinas (Brasil), promovidos por la International Gramsci Society (IGS), con la colaboración de la Fondazione Gramsci, y aquellos organizados por Fabio Frosini y Giuseppe Cospito en Pavia y Urbino, en torno al concepto de hegemonía, donde han participado estudiosos de varios países y de diferentes enfoques analíticos y disciplinarios.

propósitos y modalidad de trabajo. Una divergencia que se produjo, entre otras cosas, en un ambiente académico cada vez más especializado y propenso a la cristalización de nichos disciplinares y temáticos que rehúyen a aquellas formas de conocimiento integrales, propias del marxismo, que entre los siglos XIX y XX propiciaban un fecundo entrelazamiento y diálogo de saberes teórico-prácticos, orientando la interpretación de la realidad social hacia su transformación.

Sin aceptar tal tendencia, hoy ampliamente difusa, esta antología se propone ofrecer un aporte para facilitar la apertura de un diálogo y un intercambio entre dos enfoques diferentes5, ofreciendo un conjunto de textos que puedan servir de base para un uso informado del concepto de revolución pasiva. Elegí presentar los textos siguiendo un criterio cronológico, para favorecer la comprensión de la secuencia de desarrollo de la investigación y del debate, aunque estos se distinguen también en función de la atención prestada, sea a la complejidad constitutiva del concepto como a su apertura –sugerida por el mismo Gramsci–, hacia un abanico de interpretaciones posibles y de conexiones con otros conceptos, cuestiones y problemas de la ciencia política y del análisis de los procesos socioeconómicos concretos.

Presentándolos en su conjunto se pueden enfatizar los puntos de articulación, partiendo de análisis en profundidad de la concepción elaborada por Gramsci en los *Cuadernos*, con la finalidad de propiciar reflexiones que, partiendo del texto y de sus interpretaciones, favorezcan usos fecundos del concepto, valorizando posibles curvaturas, evitando las torsiones que lo vuelvan ajeno al pensamiento de Gramsci.

2. Una cuestión adicional –que concierne al estudio de los conceptos gramscianos en general, pero que presenta una inflexión específica en el caso de la categoría de revolución pasiva– es de orden disciplinar, es decir, los enfoques posibles a partir de distintos ámbitos de las ciencias humanas y sociales.

La trayectoria y el lugar que ocupa este concepto en los estudios gramscianos ejemplifica las tensiones y la posible, aunque no evidente, articulación entre lecturas historiográficas, filosóficas y politológicas,

5 En este sentido, ver Guido Liguori (2016), «La fortuna nazionale e internazionale di Gramsci in questo inizio di secolo», en *Attualità del pensiero di Antonio Gramsci*, Roma, Bardi: 39.

tres grandes filones que corresponden a los enfoques que Gramsci entrelazó en su obra carcelaria.

De esta forma, el concepto de revolución pasiva, que presenta una clara connotación historiográfica, sea en sus orígenes en la obra de Cuoco y de Quinet –como fue reconstruido detalladamente por Di Meo[6]–, como en el uso inicial que Gramsci hace respecto del *Risorgimento*, se transforma en canon interpretativo de una «época compleja de cambios históricos» (Q15, 62: 236), bajo la forma más general, abstracta, hipotética, dubitativa[7].

Gracias a estos desplazamientos entre la historia, la política y la filosofía, el concepto de revolución pasiva se convirtió sea en una herramienta conceptual presente en diversos campos de estudio, incluida la sociología histórica y la llamada historia global[8], como en una clave de lectura que suscita debates sobre los procesos en curso, a nivel nacional como internacional[9].

En ambos casos, el concepto de revolución pasiva está enlazado con el de hegemonía, en una relación no exenta de dimensiones problemáticas, como veremos más adelante. En las notas escritas por Gramsci, las revoluciones pasivas aparecen como variantes específicas de las reconfiguraciones y del ejercicio de la hegemonía en el plano político nacional, entrelazado a lo internacional, a partir de la centralidad y de la iniciativa del aparato estatal –como variantes de una recomposición de las clases dominantes. Un concepto que permite, entonces, descifrar signos contradictorios del entrelazamiento entre políticas económicas, sociales y culturales. A este nivel de complejidad, el concepto interpela a la ciencia política, como también a la sociología, a la economía política y a los estudios culturales y antropológicos.

6 Antonio Di Meo (2014), «La rivoluzione passiva da Cuoco a Gramsci. Appunti per una interpretazione», en *Filosofia Italiana*.

7 Con una fórmula sugestiva, Giuseppe Vacca sostiene que «el concepto de revolución pasiva puede considerarse un paradigma historiográfico de la teoría de la hegemonía» (Giuseppe Vacca (2018), *Modernità alternative. Il Novecento di Antonio Gramsci*, Roma, Einaudi: 95)

8 Por ejemplo, Giovanni Arrighi (2004), «Hegemony and Anti-systemic movements», en Wallerstein (ed.), *The Modern World-System in the Longue Duree*, Paradigm Publishers, Boulder.

9 En particular, más allá de la proliferación de los estudios anglosajones, el concepto ha sido utilizado para interpretar el ciclo de Gobiernos progresistas latinoamericanos de las primeras décadas del siglo XXI: ver Massimo Modonesi, «Usos latinoamericanos del concepto gramsciano de revolución pasiva», infra, 329.

También sobre el plano del análisis internacional, en relación con el rol de los Estados en las dinámicas capitalistas, revolución pasiva y hegemonía son nociones que se acompañan y son, por lo tanto, articulables. Apoyándose sobre la teoría del desarrollo desigual y combinado, sugerida por Trotsky, en el campo de la sociología histórica de las relaciones internacionales se sostiene que la revolución pasiva es una forma y un factor de la modernidad y de los procesos de modernización capitalista, introduciendo elementos de diferenciación y homogeneización geográfica, buscando explicar tanto las presiones geopolíticas como el peso de las relaciones de poder a nivel nacional[10].

3. Esta apertura temática y disciplinar interpela y va de la mano con la cuestión de fondo y de contenido, respecto a si es legítima, y cuánto, la ampliación del concepto formulado por Gramsci que, en consecuencia, permite ulteriores aplicaciones en tiempos y espacios diferentes.

Es bien sabido, en efecto, que el propio Gramsci fue el primero en extender el alcance analítico del concepto del siglo XIX al siglo XX –incorporando realidades diferentes como aquella de la Italia fascista y de los Estados Unidos del fordismo– haciendo referencia sea a una forma de conquista del poder por parte de la clase emergente en el ciclo de las llamadas revoluciones burguesas, como a las sucesivas modalidades preventivas, a las revoluciones conservadoras destinadas a obstaculizar e impedir el ascenso de las clases trabajadoras.

A pesar de ello, no existe un consenso en el debate sobre el alcance y los límites de esta apertura. Franco De Felice, por ejemplo, buscando un denominador mínimo común, sostiene que se pueden establecer dos criterios, ambos vinculados a «transformaciones moleculares de las fuerzas en el campo»: por un lado, el «absorbimiento y decapitación del antagonista por parte de los grupos dominantes que, de tal manera, desarrollan una iniciativa hegemónica», a la cual corresponde, del otro lado, «la escasa e inorgánica conciencia histórica de sí y del adversario

10 Cfr. Adam D. Morton (2017), «Esperando a Gramsci. Formación del Estado, revolución pasiva y lo international», infra, 157; Chris Hesketh, «Passive revolution: A universal concept with geographical seats», en *Review of International Studies,* núm. 4; Lorenzo Fusaro (2019), «The Gramscian Moment in International Political Economy», en Francesca Antonini *et al.*, *Revisiting Gramsci's Laboratory. History, philosophy and politics in the Prison Notebooks, Leiden*, Brill-Historical Materialism. Véase también el artículo de Robert Cox (1983), «Gramsci, hegemony and international relations: an essay in method», en *Cambridge Studies in International Relations,* núm. 26.

de la fuerza antagonista»[11]. Álvaro Bianchi, por su parte, sostiene que es necesario distinguir entre tres variantes, es decir, tres modelos de revolución pasiva: aquella francesa como reacción (revolución-restauración), aquella piamontesa que anticipa e impide la revolución (revolución sin revolución) y aquella americana, colocada fundamentalmente en el plano económico-productivo[12].

Desde este punto de vista, podría considerarse una cuarta variante, en tanto varios autores han señalado que, mediante el canon interpretativo de la revolución pasiva, Gramsci alude también a la situación de la Unión Soviética[13], si bien, en ausencia de referencias explícitas, no es claro en qué medida marcaba una diferencia cualitativa: asumiendo como necesario un pasaje o momento de «estadolatría» en la transición, o relevando una desviación sustancial respecto al curso que se suponía debiese mantener una revolución no pasiva, como aquella iniciada en 1917. Al respecto, De Felice, en el texto presente en esta antología, señala:

> algunos elementos de la revolución pasiva (papel de la transformación desde arriba) en cuanto momento importante de la guerra de posiciones a escala internacional, no pueden no operar también en relación a esta experiencia de construcción de un nuevo Estado, los elementos generales que caracterizan la guerra de posiciones: «enormes sacrificios» para grandes masas, «concentración inaudita de la hegemonía», organización permanente para impedir la disgregación interna[14].

11 Infra, 33. Que De Felice fuese autor del uso del concepto es confirmado por el hecho que, como registra Gregorio Sorgonà, más de diez años después del escrito de 1977 haya incluido, en *Una Ipotesi di schema per l'Italia republicana*, un capítulo titulado «Il ventennio '50–'70: un modelo di rivoluzione passiva»: cfr. Gregorio Sorgonà (2016), «La proposta storiografica di De Felice», en Gregorio Sorgonà y Ermanno Taviani (comps.); Franco De Felice, *Il presente come storia*, Roma, Carocci: 173.

12 Alvaro Bianchi (2006), «Revolução passiva: o futuro do pretérito», en *Crítica Marxista* (São Paulo), n. 23, pp. 34-57; cfr. del mismo autor (2009), *O laboratório de Gramsci. Filosofia, história e política*, São Paulo, Almeida.

13 Acuerdan sobre este punto desde los años setenta, autores como Aricó, Buci-Glucksmann, De Felice y Vacca (cfr. Vacca, cit., 140 y ss.). Aricó escribe en 1977: «La revolución pasiva puede ser ejercida a través de las tendencias autoritarias centralizadoras, caso de un Estado dictatorial, pero, como dice Gramsci no está separada del consenso, de la hegemonía, que es lo que ocurre fundamentalmente en la Unión Soviética» (José Aricó (2011), *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, México, El Colegio de México: 273).

14 Franco De Felice, «Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci», infra, 91. En la página 92 también escribe: «Y una confirmación del funcionamiento,

Otros elementos de este debate pueden encontrarse en posiciones y textos como aquel de Alex Callinicos, de franca crítica hacia el uso extensivo del concepto[15], pero también en una intervención de Carlos Nelson Coutinho –que reproducimos en este volumen– respecto a la caracterización del neoliberalismo, que el intelectual brasileño prefiere definir como *contrarreforma*, usando una noción que aparece esporádicamente en los escritos carcelarios de Gramsci.

Por otra parte, es necesario señalar que, al margen de las precisiones filológicas e incluso por momentos de aquella estrictamente conceptual, apoyándose y desarrollando el potencial analítico y la elasticidad del concepto, en las últimas décadas, en particular en el mundo académico anglosajón, han proliferado análisis de fenómenos contemporáneos definidos como revoluciones pasivas.

Teniendo en mente estos aportes recientes, Peter Thomas argumenta que existen cuatro enfoques y usos del concepto de revolución pasiva:

> En primer lugar, se ha presentado como una reformulación del ya establecido concepto de «revolución (burguesa) desde arriba», comprendida como un proceso en el cual las elites políticas existentes instigan y administran periodos de convulsión social y transformación. En segundo lugar, la revolución pasiva se ha entendido como una contraparte o complemento de otras teorías sociológicas macrohistóricas de la formación del Estado, la modernización, o la descolonización. En tercer lugar, particularmente desde el punto de vista de la tradición italiana del transformismo, se ha conceptualizado como una estrategia política y técnica de gobierno particular, y a veces en relación con teorías de la gubernamentalidad. En cuarto lugar, la

también en relación a la Unión Soviética, de las categorías de la guerra de posiciones y de revolución pasiva está dada por el hecho que una serie de fenómenos políticos estrechamente ligados entre sí, como se ha visto, al operar estas dos categorías (cesarismo, formas extremas de sociedad política, totalitarismo) presenta en el análisis de Gramsci una doble cara, regresiva y progresiva, según expresan la defensa de un orden históricamente superado o la organización de las fuerzas en desarrollo».

15 Alex Callinicos (2010), «The Limits of passive revolution», en *Capital & Class,* núm. 3. Esta intervención se basa en la idea de un concepto «portmanteau», perchero o paragüero, formulado por Morton que, posteriormente, ha sugerido la posibilidad de pensar un *continuum* de formas de revolución pasiva y de usos del concepto, Adam D. Morton (2007), *Unravelling Gramsci: Hegemony and Passive Revolution in the Global Political Economy*, London, Pluto Press: 68; Adam D. Morton (2010), «The Continuum of Passive Revolution», en *Capital & Class,* núm. 3.

> revolución pasiva se ha tenido por un lente útil para el análisis de la naturaleza y transformación del capitalismo contemporáneo, ya fuera que se entienda como «neoliberalismo» o con otros términos[16].

4. Más allá de las divergencias en el debate sobre el espectro de las posibles aplicaciones espacio-temporales del concepto, es necesario señalar una serie de cuestiones, que intentaré ordenar brevemente en los siguientes puntos.

Una de estas, que ha sido objeto de lecturas filológicas, tiene que ver con el lugar que ocupa el concepto de revolución pasiva en el pensamiento gramsciano, una importancia que, como dije, ha sido relevada solo a partir de los años setenta, en particular con los trabajos fundantes de Franco De Felice y Christine Buci-Glucksmann, reproducidos en esta antología[17]. Importancia que, para algunos, debía y debe ser vista como un verdadero tema central en torno al cual giraba toda la obra de Gramsci –como para Kanoussi y Mena[18]– o que tendía a amplificarse al punto de coincidir con la concepción gramsciana de la modernidad en su conjunto (Burgio, Thomas, Vacca[19]).

En este sentido, el reconocimiento creciente de la importancia del concepto lo llevaba inevitablemente a entrelazarse con aquel de hegemonía, que continuaba a ser el corazón conceptual de la mayor parte de las lecturas de los *Cuadernos de la cárcel*. La cuestión a resolver respecto a la relación y a la posible articulación entre ambos conceptos, es decir, si la revolución pasiva es, en la óptica de Gramsci, una salida de una crisis de hegemonía que implica de alguna manera una solución

16 Peter D. Thomas, «Las revoluciones de Gramsci: pasiva y permanente», infra, 284.

17 Respecto a las trayectorias de estos dos autores, cfr. Sorgonà y Taviani (comps.) (2016), *De Felice, Il presente como storia*, cit. y Giuseppe Cospito, «Christine Buci-Glucksmann tra Althusser e Gramsci (1969–1983)», en *Décalages,* núm. 1.

18 Según Kanoussi y Mena, la noción de revolución pasiva no es solo un criterio de interpretación histórica, sino también una «guía de lectura» de los *Cuadernos*, porque reúne la teoría de la historia y la teoría de la política, es central porque es el «punto de unión teórico de las principales categorías de la reflexión gramsciana» (Javier Mena y Dora Kanoussi, «Sobre el concepto de revolución pasiva», infra, 155.

19 Peter D. Thomas (2015), «La modernità come rivoluzione passiva: Gramsci e i concetti fondamentali del materialismo storico», en Derek Boothman, Francesco Giasi y Giuseppe Vacca (comps.), *Gramsci in Gran Bretagna*, Bologna, Il Mulino; Alberto Burgio (2002), *Gramsci storico. Una lettura dei "Cuadernos del carcere"*, Roma, Carocci, y (2014) *Gramsci. Il sistema in movimento*, Roma, DeriveApprodi.

hegemónica, aunque sea temporal y fugaz, dado que, para el marxista sardo, las revoluciones pasivas están destinadas a no «hacer época». Sobre este punto han florecido posiciones con acentos claramente diferentes. De un extremo al otro, Buci-Glucksmann sostiene –dilatando aquello que, para Gramsci, es el caso del Piamonte– que la revolución pasiva tendía a ser «dictadura sin hegemonía»[20], mientras Coutinho detecta solo grados de consenso[21] y Morton la reduce a una expresión de «hegemonía mínima»[22], mientras la mayoría – Aricó[23], De Felice[24], Frosini[25] e otros– le asignan un carácter eminentemente hegemónico.

Más que establecer el grado cuantitativo de hegemonía que comporta una revolución pasiva, se trata de descifrar qué tipo específico de proyecto o proceso hegemónico corresponde a esquemas o situaciones concretas de este tipo. En tal sentido, para precisar las formas y la especificidad de la solución hegemónica presentada como revolución, contribuyen otros conceptos gramscianos.

En efecto, si el concepto de revolución pasiva refiere, en el terreno histórico-político, al plano más general y abstracto de la hegemonía, puede sostenerse que deriva a su vez en un plano más particular y operativo, conectándose con las nociones de transformismo y cesarismo. Si el nexo con el transformismo ha sido ampliamente reconocido, visto que el propio Gramsci afirma, en los *Cuadernos*, que se trata de una «forma» de la revolución pasiva (C 8, 36: 235), la relación con el

20 Christine Buci-Glucksmann, «Sobre los problemas políticas de la transición: clase obrera y revolución pasiva», infra, 95.

21 Carlos Nelson Coutinho (1999), *Gramsci. Um estudo sobre seu pensamiento político*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 205.

22 Morton, *Unravelling Gramsci*, cit.: 107.

23 Aricó, *Nueve lecciones*, cit.: 273.

24 «Me parece esencial subrayar, también en relación con la guerra de posiciones, el elemento dinámico presente en la revolución pasiva para la cual el reconocimiento de las casamatas se resuelve en la identificación de los nuevos instrumentos de hegemonía o en la transformación de aquellas ya existentes, construidas por las clases dominantes en relación a los problemas objetivos abiertos, y a los cuales hay que dar una solución. Son estas casamatas las que definen el terreno y el nivel de enfrentamiento» (infra, 43).

25 «Si volvemos atrás un momento, a las consideraciones realizadas más arriba sobre el pasaje de la guerra de movimiento a la guerra de posición, de la hegemonía jacobina a la revolución pasiva, y a aquellas sobre la extensión semántica de los conceptos que fijan las funciones portantes del ejercicio de la hegemonía, podemos ver en qué forma existe un nexo orgánico entre el advenimiento de la revolución pasiva y la dilatación semántica de los vectores de la hegemonía» (Fabio Frosini (2016), «L'egemonia e i "subalterni": utopia, religione, democracia», en *International Gramsci Journal,* núm. 2: 135).

cesarismo parece más problemática, como se destaca en los diferentes enfoques presentados en los textos de esta antología (cfr. con los aportes de De Felice, Antonini y Modonesi).

Por otra parte, es necesario no perder de vista que la noción de revolución pasiva refleja exclusivamente la dimensión crítica de la hegemonía, es decir, reconduce a la crítica de la dominación y no a su reverso «contrahegemónico», a la formación de una hegemonía alternativa, al terreno antitético de una revolución *con* revolución, a saber, a una transformación de fondo a partir y a través del protagonismo desde abajo. Es en este sentido que Buci-Glucksmann coloca la cuestión en términos de teoría de la transición, de «dos guerras de posiciones contrapuestas», de una «*praxis* política asimétrica», «de autonomización asimétrica que busca construir nuevas formas políticas (consejos, sindicatos, partidos)» basados sobre la conciencia de los productores y la «socialización de la política»[26].

5. Pasamos ahora a examinar brevemente otras cuestiones que, originadas a partir del concepto de revolución pasiva, conciernen a cada una de las dos palabras que componen la expresión.

En efecto, como se puede observar en los textos aquí reunidos, han surgido varias cuestiones en torno al uso de una palabra como revolución, que tiene resonancias y acepciones diversas. ¿Qué entendía Gramsci por revolución cuando la connotaba como pasiva? ¿Qué alcance y qué impacto transformador tenía? ¿A qué niveles operaba? Y otras preguntas, que el lector podrá encontrar en los escritos que componen esta antología.

Se puede sostener, a grandes rasgos, que el alcance de la transformación está determinado, sea a nivel cuantitativo como cualitativo, por el peso de la conservación que le corresponde, por la distinción y combinación entre elementos progresivos y regresivos, usando criterios que Gramsci introduce para diferenciar los cesarismos. Por otra parte, resta por descifrar, caso a caso, cuando una revolución pasiva se desarrolla y se mide en el terreno estructural o superestructural, esto es, si es un fenómeno de reestructuración de fondo de tipo americanista o si se manifiesta, en primera instancia, como una modificación más superficial de las relaciones de dominación política, como en el caso del fascismo,

26 Buci-Glucksmann, «Sobre los problemas políticas de la transición: clase obrera y revolución pasiva» (infra, 99 y ss.).

y, partiendo de allí, si opera un ajuste transformador-conservador sobre el plano socioeconómico.

Como ha sido señalado, es evidente que Gramsci –si bien dentro del cuadro de su preocupación por la autonomía relativa de la política– no está usando el concepto como sinónimo de revolución exclusivamente política, porque considera fundamentales los cambios introducidos a nivel económico, estructural, de recomposición –aunque sea precaria– del bloque histórico y de su cemento ideológico. La relación entre aquello que De Felice llamó el «gobierno de las masas» y el «gobierno de la economía», como ámbitos articulados y decisivos de la reconstitución del equilibrio hegemónico[27].

Al respecto, siguiendo la preocupación de Gramsci de evitar la rigidez inherente a la dicotomía estructura-superestructura, Pasquale Voza propone esta síntesis:

> En tiempos de revolución pasiva, la concepción del «Estado ampliado» –vinculada con los procesos de difusión inaudita de la hegemonía– no quiere decir, no significa la puesta en suspenso o la atenuación de la concepción del Estado «según la función productiva de las clases sociales», sino que significa una complejización radical de la relación entre economía y política, una intensificación molecular de un primado de la política entendido como capacidad, como poder de *producción* y de *gobierno* de procesos de pasivización, estandarización y fragmentación[28].

Respecto a la adjetivación «pasiva», Gramsci retoma la expresión de Cuoco para subrayar el rasgo característico de una revolución iniciada y desarrollada desde el alto «en ausencia de otros elementos activos en forma dominante» (C 15, 62: 236). La dimensión de la pasividad como dinámica de pasivización y subalternización ha sido menos analizada en cuanto tal, más allá de registrarse aquello que escribió Gramsci respecto a los límites del subversivismo esporádico e inorgánico de las masas. Resta por analizar a fondo cuándo la pasividad no solo precede y abre paso a las revoluciones pasivas, sino también cuáles son las formas específicas y en qué

27 «Las formas políticas de la restauración (gobierno de las masas) están íntimamente ligadas a las formas económicas con lo que se organiza la producción y se garantiza el desarrollo (gobierno de la economía)» (infra, 70).

28 Pasquale Voza, ««Pero la concepción sigue siendo dialéctica»: «utilidades» y «peligros» del concepto de revolución pasiva», infra, 201.

medida una revolución pasiva no solo neutraliza la acción tendencialmente autónoma de las clases subalternas, en clave preventiva o como reacción, sino que produce y sostiene también una pasivización posterior, como parte del desarrollo y de la finalidad última, la razón de ser más profunda de la revolución pasiva como proyecto y proceso.

En esta y otras direcciones, la antología que presentamos a los lectores pretende, mediante un balance preliminar de los estudios realizados hasta el momento, propiciar una apertura y contribuir al florecimiento de la investigación y, en particular, a la comprensión y al uso de un concepto tan importante y fecundo como aquel de revolución pasiva.

Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci

FRANCO DE FELICE

I. Para Gramsci

Desde hace algunos años, luego de los resultados electorales del 20 de junio de 1976, se ha abierto en Italia un amplio debate sobre marxismo y Estado, sobre democracia y socialismo, sobre la posible contradicción entre la teoría gramsciana de la hegemonía y la línea política del Partido Comunista Italiano (PCI), que acepta el pluralismo como parte integrante de su forma de concebir y construir el socialismo. Con seguridad, todo esto es solo parcialmente un debate teórico, dado que prevalecen los elementos de acción política directa, sobre el cómo definir y relacionarse con la «cuestión comunista». Subrayar estos componentes políticos inmediatos no significa marginar o vaciar de significado las cuestiones teóricas que dicho debate nos plantea sino todo lo contrario, exaltar su centralidad en relación al enfrentamiento político actual y a las posibilidades mismas de encontrar una solución. El debate en curso es importante y tiene tanta resonancia porque más allá del valor de las posiciones individuales, enfrenta algunos puntos centrales relacionados tanto con el desarrollo de las iniciativas del movimiento obrero en Italia, y en particular las llevadas a cabo por el PCI, como con los problemas de transformación política y económica (colocadas hoy al orden del día) para la superación de la crisis (como segunda etapa de la revolución democrática).

Si la raíz del debate reside en lo anterior, la reflexión sobre la propia tradición es algo más que una discusión con Bobbio, Colletti, Salvadori

o una restauración filológica contra las deformaciones: esta reflexión tiene que traducirse en la proposición, a partir de la problemática actual, del nudo teoría-movimiento y antes que nada de la relación estrecha entre el movimiento obrero y el Estado. Sin querer entrar en el debate, a mí me parece que habría que colocar decididamente en el centro el carácter de revolución pasiva del conjunto de observaciones críticas presentadas sobre el patrimonio teórico y sobre las opciones político estratégicas llevadas a cabo por el PCI (compromiso histórico, pluralismo, eurocomunismo, etc.). En otras palabras, los términos del enfrentamiento actual se conciben y pretenden disolver en el interior de un esquema «ya diseñado», sin someter a discusión los datos que lo sustentan (por ejemplo, la solución liberal-democrática como la única posible; la incapacidad del movimiento obrero de expresar una forma de Estado distinta, sin reproducir las soluciones históricamente existentes, y de las que sin embargo se diferencia). La crítica de esta posición no puede significar eludir la cuestión que a ella está ligada, que es real y esencial en el desarrollo de la hegemonía; antes bien, la única crítica posible debe tener como punto de partida la definición de esta democracia italiana posfascista y la imposibilidad de comprender el desarrollo y funcionamiento de una democracia de masas –de *esta* democracia de masas– en el contexto de las categorías clásicas de la liberal democracia. Indispensable se torna entonces, no solo para rechazar las ideologías de la revolución pasiva, que no casualmente se proponen hoy, sino también para garantizar la expansión y el papel dirigente del movimiento obrero, explicitar hasta el fondo las consecuencias teóricas relacionadas con la propia práctica política y con las propias opciones.

En este cuadro problemático, la relación con la tradición y particularmente con Gramsci no puede ser ni la búsqueda en ella de una respuesta directa a los problemas del presente que representaría de por sí una modificación seria de esta tradición, o sea, la transformación de la teoría de instrumento de análisis en modelo cerrado y definido –ni la opción «crociana» y académica entre «lo que está vivo» y «lo que está muerto». Justamente hoy, lo novedoso de las tareas del movimiento obrero obliga a explicitar la abundante y extraordinaria riqueza cultural de un patrimonio analítico que tiene como dato central la reflexión sobre toda una fase histórica: las cuestiones relacionadas con la caducidad de un sistema de poder y la construcción de una nuevo bloque histórico tienen en esa reflexión, si bien no una respuesta –esta solo puede llegar de la especificidad del análisis y de las iniciativas políticas– ciertamente un punto esencial de referencia, confrontación y también diferenciación.

II. Sobre algunas categorías analíticas de Gramsci

Creo que es necesario, para dejar bien claro el sentido de las breves observaciones precedentes, fijar y aclara algunas categorías de análisis fundamentales, para ver la forma en la que opera y se especifica, en relación con ellas, el análisis del americanismo.

Ante todo, la revolución pasiva. Se trata como es sabido, de una fórmula prestada del juicio dado por Cuoco, sobre los acontecimientos revolucionarios italianos de 1799 y años sucesivos, y con cuya exactitud fundamental Gramsci concuerda:

> Vincenzo Cuoco llamó revolución pasiva a la que tuvo lugar en Italia como contragolpe a las guerras napoleónicas. El concepto de revolución pasiva me parece exacto no solo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución política de tipo radical-jacobino (C 4, 57: 216-217).

Manteniendo firme este juicio y este primer nivel de definición de los fenómenos que identifica, Gramsci desarrolla su reflexión en múltiples direcciones sosteniendo esta definición como centro unificador. De indudable importancia es el análisis de aquel conjunto de fenómenos históricos que remiten a la denominada edad de la Restauración, tendientes a señalar las formas de ascenso de la burguesía y la construcción de los Estados burgueses después de la Revolución francesa:

> La «Restauración» es el periodo más interesante desde este punto de vista: es la forma política en la que la lucha de clases encuentra cuadros elásticos que permiten a la burguesía llegar al poder sin rupturas notables, sin el aparato terrorista francés. Las viejas clases son degradadas de «dirigentes» a «gubernativas», pero no eliminadas y mucho menos suprimidas físicamente: de clases se convierten en «castas» con características psicológicas determinadas, ya no con funciones predominantes (C 1, 151: 190).

En esta perspectiva de análisis, la categoría de revolución pasiva se relaciona estrechamente, hasta revolverse en ella[1], con la fórmula

1 «Tanto la «revolución-restauración» de Quinet como la «revolución pasiva» de Cuoco expresarían el hecho histórico de la falta de iniciativa popular en el

utilizada por Quinet, de «revolución-restauración». Aun cuando, como dice Gramsci, en el binomio «solo el segundo término es válido, porque se trata de remendar continuamente (desde fuera) un organismo que no posee internamente su propia razón de salud» (C 10 II, 41: 207), por lo que la dialéctica es reducida a un proceso de evolución reformista, sin embargo, en el fenómeno de la restauración es esencial el elemento de la transformación. El segundo núcleo temático desarrollado alrededor de la revolución pasiva y del cual aquí solo haré una referencia dado que algunos elementos los retomaré más adelante, es la relación entre esta categoría y una forma que ha caracterizado toda una tradición intelectual italiana y europea: «lo que es "política" para la clase productiva se convierte en "racionalidad" para las clases intelectuales» (C 1, 151: 190). La dialéctica conservación-innovación, como aspecto del desarrollo histórico, cuyo equilibrio y formas están dados por las fuerzas en juego y por el grado de conocimiento que tienen de sí, de sus propias tareas, así como de las del adversario, se resuelve en un proceso prefijado, en el cual de todos modos se conservan los elementos de la tesis.

Existe, por fin, un tercer momento de la reflexión gramsciana que permite ampliar más la riqueza de las implicaciones de esta categoría y la extensión de los fenómenos que tiende a interpretar. Si las observaciones relativas a la edad de la Restauración tenían como objeto el proceso cualitativamente no distinto de aquel propio de la Revolución francesa –formación de un Estado burgués– la categoría de revolución pasiva es usada por Gramsci también en relación a fenómenos distintos, en los cuales el dato dominante es el enfrentamiento de clase entre burguesía y proletariado. En el primero núcleo de la observación, la revolución pasiva tendía a recoger las *formas* del cambio de los sujetos sociales dominantes (y el signo del proceso estaba dado por este cambio), en el segundo caso el fenómeno es más complejo, en cuanto esta categoría no recoge más el cambio de los sujetos sociales dominantes, sino su forma de ser dominantes. A lo largo de esta línea, la reflexión sobre revolución pasiva se combina de manera estrecha la hegemonía y sus formas. Así, se introducen elementos para el análisis diferenciado.

---

desarrollo de la historia italiana, y el hecho de que el «progreso tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subersivismo esporádico e inorgánico de las masas populares con "restauraciones" que acogen cierta parte de las exigencias populares, o sea "restauraciónes progresistas" o "revoluciones-restauraciones" o también "revoluciones pasivas"» (C 8, 25: 231).

Entre los fenómenos inducidos por la expansión francesa en Italia (revolución napolitana, la experiencia de Murat), el enfrentamiento entre moderados y democráticos en el *Risorgimento*, el transformismo, la relación burguesía-socialismo y el fascismo, existen diferencias sustanciales, por cual reconducirlos dentro de la categoría de revolución pasiva, es posible solamente llevando el grado de elaboración de esta a una generalización mucho más grande que la expuesta por la fórmula de Cuoco o por especificidades históricas que la pueden caracterizar. Un primer elemento de generalización lo ofrece el mismo Gramsci en sus observaciones acerca del transformismo (C 8, 36: 235-237), señalado como una de las formas históricas de revolución pasiva y recogido en la forma en que funcionó en relación a dos experiencias opuestas de la historia italiana (Partido de Acción y el Partido Socialista Italiano): más allá de las diversas formas de operar del transformismo (molecular desde 1860 hasta el 1900, de grupos enteros desde el 1900 en adelante) –en estrecha relación con las modificaciones del Estado contemporáneo y el desarrollo de la organización de la sociedad civil los elementos comunes que marcan el proceso de revolución pasiva, con relación a fenómenos históricos muy distintos, son sustancialmente dos: transformaciones moleculares de las fuerzas en juego; asimilación y decapitación del antagonista, por parte de los grupos dominantes que de esta manera desarrollan una iniciativa hegemónica; escaso y desorganizado conocimiento histórico de sí y del adversario (antítesis) lo cual no permite a este desplegar al máximo sus posibilidades. Sobre estos dos elementos es posible formular un juicio común tanto del P. de Acción como al PSI. El dato que iguala en la subalternidad a estos dos movimientos históricos de oposición al Estado burgués italiano, era la precariedad y el empirismo de su relación con la realidad que pretendían modificar, y con los mismos sectores de la sociedad que tendían a expresar[2]. Estrechamente ligada a esta precariedad de relaciones encontramos la dificultad de estas fuerzas políticas de elaborar una concepción del Estado, y de definir su relación con los procesos y experiencias internacionales que no fuera confusa, verbal y emotiva:

2 Sobre la incomprensión por parte de Mazzini del paso de la guerra de movimientos a la de posiciones y sobre la forma en la que concebía la intervención popular, ver en los *Cuadernos*: C 15, 11: 188-189. Sobre el PSI, ver la célebre fábula del castor (C 3, 42: 44-46).

> Los conceptos de revolucionario y de internacionalista, en el sentido moderno de la palabra, son correlativos al concepto preciso de Estado y de clase: escasa comprensión del Estado significa escasa conciencia de clase (comprensión del Estado existe no solo cuando se le defiende, sino también cuando se le ataca para derrocarlo), en consecuencia, escasa eficiencia de los partidos, etcétera (C 3, 46: 50[3]).

Por cuanto es importante la especificación de los distintos modos de presentarse del mismo fenómeno, la generalización así alcanzada (de señalar los elementos constantes) sería inadecuada y resultaría fundamentalmente un canon empírico. La categoría gramsciana de revolución pasiva no puede ser reducida a tal dimensión, porque Gramsci la plantea explícitamente en relación al *Prefacio* marxiano de 1859:

> El concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de ciencia política: 1] que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2] que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias, etcétera (C 15, 17: 193).

En este contexto extremadamente más amplio «es evidente –agrega Gramsci en la misma nota– que la expresión de Cuoco a propósito de la Revolución napolitana de 1799 no es más que un punto de comienzo, porque el concepto ha completamente modificado y enriquecido» (C 15, 17: 194).

La conexión entre revolución pasiva, *Prefacio* del 59 y la explícita sugerencia que Gramsci hace en la lectura que propone en las notas referidas a las relaciones de fuerza, es esencial para comprender el cambio de significado con respecto al origen y a la complejidad del fenómeno que con tal categoría Gramsci tiende a explicar. Suponiendo que tal categoría actúa en relación a una fase caracterizada por «la ausencia de otros elementos activos en forma dominante» (C 15, 62: 236), o sea, por la ausencia de iniciativa popular e individuada, la posibilidad de

3 La nota continúa así: «Bandas gitanescas, nomadismo político, no son hechos peligrosos e igualmente no eran peligrosos el subversionismo y el internacionalismo italianos».

«morfinismo» político y fatalismo en el uso de tal categoría[4], en Gramsci la revolución pasiva tiende a identificar las formas del proceso revolucionario, o sea, los modos en los que se desarrolla la contradicción fundamental y con ella la modificación a la cual es sometida toda la formación económica-social. En una nota del Cuaderno 15 tal definición está indicada en términos extremadamente claros:

> Sobre la revolución pasiva. Protagonistas los «hechos» por así decirlo y nos los «hombres individuales». Cómo bajo una determinada envoltura política necesariamente se modifican las relaciones sociales fundamentales y surgen y se desarrollan nuevas fuerzas efectivas políticas, que influyen directamente, con una presión lenta pero incontrolable, sobre las fuerzas oficiales las cuales a su vez se modifican sin darse cuenta o casi (C 15, 56: 229).

No por casualidad Gramsci se remite a Marx –y lo hace muy a menudo– refiriéndose a aquellos dos elementos del *Prefacio* de 1859 que constituyen el fundamento de toda interpretación economicista y marcaron la elaboración marxista de la II Internacional. En qué medida la revolución pasiva elaborada por Gramsci sea parte integrante de un gran debate internacional sobre el nudo teoría-movimiento y constituya una respuesta precisa a las cuestiones ligadas a esos importantísimos «materiales históricos» que son la Revolución de Octubre, la derrota del movimiento revolucionario de los países desarrollados, el afirmarse de una solución capitalista a la crisis es, en conjunto, objeto de un importante y decisivo ensayo de Leonardo Paggi, con el cual concuerdo y al cual remito[5]. Relevantes para una especificación más puntual de la categoría de revolución pasiva, como definición de un nuevo campo teórico, me parecen las observaciones de Mario Teló sobre la superación que con ella se hace de «categorías que se mostraron políticamente comprometedoras e irrelevantes como aquella de "estabilización relativa" y todo ello para comprender y contrastar las mismas tendencia

4 Es neto y claro el rechazo de la teoría de la revolución pasiva como programa de parte de Gramsci y tiene referencias precisas.

5 Cfr. Leonardo Paggi (1974), «La teoria generale del marxismo in Gramsci», en Aldo Zanardo, *Annali Feltrinelli 1973*, Milán Feltrinelli; del mismo Paggi ver la espléndida introducción a Arthur Rosenberg (1972), *Origini della Repubblica di Weimar*, Florencia, Sansoni (Del primer trabajo hay edición en español 1981, Siglo XXI; P y P, núm. 54).

involutivas en la sociedad soviética»[6]. Si, como señalaré más adelante, estoy de acuerdo con la interpretación proporcionada por Teló, sobre el significado de la intervención gramsciana en las cuestiones rusas –nótese que es sobre un elemento para nada secundario– también creo que es necesario subrayar con más énfasis que la adopción de la categoría de revolución pasiva significa para Gramsci la superación del juicio con el cual se tendía a interpretar la fase abierta por la derrota del movimiento obrero en Occidente, que tiene su formulación más acabada y explícita tanto en el juicio crítico de 1925 a la tesis trotskista sobre el supercapitalismo americano, citadas por el mismo Teló[7] como, y sobre todo en '26, con respecto a las consecuencias a extraer de las «perspectivas generales» de la experiencia de la huelga inglesa: «¿Finalizó el periodo de la llamada estabilización?». «¿En qué punto nos encontramos respecto a la capacidad de resistencia del régimen burgués?». Se conoce también la respuesta que Gramsci daba a estas preguntas, después de un análisis de la situación italiana e internacional: «La conclusión de estas observaciones… me parece que puede ser esta: realmente nosotros entramos en una fase nueva del desarrollo de la crisis capitalista»[8]. La adopción y elaboración consciente de la revolución pasiva como forma del desarrollo histórico, su misma amplitud epocal, comporta una modificación de esos juicios: la derrota del movimiento revolucionario abre una fase prolongada caracterizada por transformaciones profundas, con respecto a la cual la «estabilización» con otro adjetivo resultaba del todo inadecuada y revelaba sus límites de canon empírico.

No quiero seguir profundizando estos aspectos de la categoría gramsciana en aras de la brevedad del discurso que estoy desarrollando, pero me urge subrayar otra cosa, o sea, la función de clase que la categoría revolución pasiva asume en Gramsci, por lo menos respecto a otros dos aspectos importantes de su reflexión: el papel y la dimensión extraordinariamente amplia que tiene en Gramsci la concepción política y la otra categoría fundamental de «guerra de posiciones».

6 Cfr. Mario Teló (1976), «Note sul problema della democrazia nella tradizione gramsciana del leninismo», en *Problemi del socialismo* 6: 167.

7 Ibídem: 169. La referencia de Gramsci está en «Relazione al Comitato centrale» 6 de febrero de 1925, en Antonio Gramsci (1971), *La costruzione del Partito comunista 1923–1926*, Turín, Einaudi: 473.

8 Cfr. el texto de un informe presentado por Gramsci al Comité Directivo del Partido en agosto de 1926; se encuentra ahora en Antonio Gramsci (1971), «Un esame della situazione italiana», en *La costruzione del Partito comunista 1923–1926*, Turín, Einaudi:. 121-123.

Los elementos esenciales de la revolución pasiva estaban presentes ya en la elaboración política de Gramsci antes del arresto, o sea, desde que, como ya se dijo[9], el centro del análisis se desplaza del «por qué fuimos derrotados»[10], al análisis de las formas de desarrollo del proceso revolucionario en una fase profundamente distinta de aquella del bienio posbélico: en torno a este desplazamiento de terreno y como resultado de él, se produce el proceso de construcción de un grupo dirigente, el planteamiento y la solución de la relación entre contexto internacional y elaboración de una línea nacional, el problema de la especificidad occidental, y el modo en el que el proceso abierto en Rusia puede generalizarse. Es conocido el papel determinante que, en un famoso texto de 1926, Gramsci le atribuye a la política para frenar y contrarrestar una contradicción abierta en el plano económico[11] y este es un tema –esencial para la comprensión de la revolución pasiva– que retorna explícitamente en los *Cuadernos* en la crítica al economicismo, presente en la interpretación de la actualidad de la revolución y de la crisis del capitalismo en términos catastróficos, o en la crítica a la «teoría de la intransigencia», en su forma específica de rechazo de los compromisos (C 13, 23: 59-60)[12], y sobre todo de modo muy coherente en las notas referidas a las relaciones de fuerza.

9 Cfr. la importante contribución de Christine Buci-Glucksmann (1976), *Gramsci e lo Stato*, Roma, Editori Riuniti: 17.

10 Un documento de esta orientación puede aún rastrearse en la carta de 1923 «¿Qué hacer?», en Antonio Gramsci (1974), *Per la verità*, Roma, Editori Riuniti: 267 y ss..

11 «En los países de capitalismo avanzado la clase dominante posee reservas políticas y organizativas que no poseía, por ejemplo, Rusia. Esto significa que ni siquiera crisis económicas gravísimas tienen inmediata repercusión en el terreno político. La política siempre está mucho muy atrasada frente a la economía. El aparato estatal es mucho más resistente de lo que frecuentemente se cree y consigue organizar en los momentos de crisis fuerzas fieles al régimen, mucho más d elo que la profundidad de la crisis haría suponer» (Antonio Gramsci, «Un esame della situazione italiana», cit.: 121-122).

12 «En tal modo de pensar no [...] se entiende como los hechos ideológicos de masas están siempre retrasados con respecto a los fenómenos económicos de masas y cómo, por lo tanto, en ciertos momentos, el impulso automático debido al factor económico es retardado, obstaculizado o incluso destruido momentáneamente por elementos ideológicos tradicionales […]. Una iniciativa política apropiada es siempre necesaria para liberar el impulso económico de las trabas de la política tradicional, esto es, para cambiar la dirección política de ciertas fuerzas que es necesario absorber».

> Tiene lugar una crisis, que en ocasiones se prolonga por decenas de años. Esta duración excepcional significa que en la estructura se han revelado (han llegado a su madurez) contradicciones incurables y que las fuerzas políticas operantes positivamente para la conservación y defensa de la estructura misma se esfuerzan todavía por sanar dentro de ciertos límites y por superarse. Estos esfuerzos incesantes y perseverantes (porque ninguna forma social querrá nunca confesar haber sido superada) forman el terreno de lo «ocasional» sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar […] que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y por lo tanto deban ser resueltas históricamente (C 13, 17: 33).

Estas son observaciones muy importantes no solo porque vuelven a proponer en términos explícitos la relación revolución pasiva-centralidad de la política, sino sobre todo porque contribuyen a clarificar una cuestión ciertamente no secundaria. Es indudable que la reflexión gramsciana sobre el nexo política-economía nace determinada históricamente (derrota del movimiento obrero en occidente y profundización de las particularidades de los Estados capitalistas desarrollados con relación a la Rusia zarista), pero tiende a liberarse de esta determinación hasta alcanzar y fijar algunos elementos de una ciencia política, que en la teoría del Estado y en la hegemonía tiene sus elementos más importantes. No es propósito de este informe desarrollar estos aspectos de la reflexión gramsciana, pero para poner en términos más claro el nexo revolución pasiva-primacía de la política y la reproposición que por esta vía hace Gramsci del nudo crisis-revolución en términos antideterministas, bastará referirnos a un punto muy importante. En la crítica al *Manual* de Bujarin, entre las cuestiones generales que en él se tratan, Gramsci señala la falta de tratamiento de un «punto fundamental»: «cómo nace el movimiento histórico sobre la base de la estructura [...] esto es [...] el punto crucial de todas las cuestiones nacidas en torno a la filosofía de la *praxis* y sin haberlo resuelto no se puede resolver lo otro, es decir, el de la relación entre sociedad y «naturaleza»». Una vez más se vuelven a proponer como punto de partida para el planteamiento de esta cuestión, los dos temas centrales del «Prefacio» del 59 concluyendo: «solo sobre este terreno puede ser eliminado todo mecanicismo y todo rastro de «milagro» supersticioso, debe ser planteado el problema de la formación de los grupos políticos activos y, en último análisis, también el problema de la función de las grandes

personalidades de la historia» (C 11, 22: 282). Este texto debe ser leído en estrecha relación con las observaciones gramscianas sobre la interdependencia y la forma en que operan las condiciones objetivas y aquellas subjetivas desarrolladas como profundización de la categoría de revolución pasiva: la existencia de las primeras torna posibles las segundas, pero su pleno desarrollo (el «movimiento histórico sobre la base de la estructura») se debe asignar a la organización consciente, política de las fuerzas sociales en lucha (C 15, 25: 199). La iniciativa política constituye así el «momento catártico» y la condición misma del desarrollo[13].

El nexo revolución pasiva-hegemonía está mediado por otra categoría clave en la reflexión gramsciana que es la guerra de posiciones. El paso de la guerra de movimientos y del asalto frontal, a la guerra de posiciones –escribe Gramsci en una célebre cita– «esta me parece la cuestión de teoría política más importante, planteada por el periodo de la posguerra y la más difícil de resolver justamente» (C 6, 138: 105). Es hasta demasiado transparente el criterio de análisis dadas las reconsideraciones hechas de las opciones del movimiento comunista internacional (la táctica del frente único) y las dificultades y heridas que este viraje ha provocado. Pero el aspecto más relevante de esta observación gramsciana, que a mí me urge subrayar, es la relación explícita que con ella se plantea entre guerra de posiciones y revolución pasiva. En cuanto a la primera posguerra, lo inescindible del nexo no es discutible (C 10 I, 9: 130[14]), pero la cuestión se replantea cada vez que se analizan los nexos generales entre las dos categorías: tanto más si se piensa en la pluralidad de significados que la guerra de posiciones tiende a asumir en el uso que Gramsci hace de ella. Con ella se define el enfrentamiento de clase después de octubre 17 (C 7, 10: 132[15]), es decir, la relación entre lucha de clases y la multitud de articulaciones en los Estados industriales, causa de la fuerte resistencia a la insurrección de parte del elemento catastrófico inmediato (crisis, depresión) (C 7, 10: 132), con ello se sugiere que

13 Sobre el conjunto de las cuestiones mencionadas aquí, solo rápidamente, deben ser tomadas en cuenta las páginas fundamentales de Paggi, sobre el nexo ciencia-previsión, sobre la crítica gramsciana al concepto de ortodoxia, sobre la definición de la teoría (Paggi, *La teoria generale*, cit.). La distinción gramsciana entre gran y pequeña política tiene su fundamento en esta concepción «catártica» de la política.

14 «En la época actual, la guerra de movimientos se ha dado políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921 y le ha seguido una guerra de posiciones cuyo representante, además de práctico (para Italia), ideológio, para Europa, es el fascismo» (C 10 I, 9: 130).

15 La Revolución de Octubre como último ejemplo de la guerra de movimientos.

la guerra de posiciones es un elemento esencial de definición de la revolución pasiva, o, con más precisión, la relación a establecer entre guerra de posiciones y la transformación del Estado contemporáneo, en la era del imperialismo y de la socialización de la producción, que ofrecen las condiciones para el paso de la teoría de la revolución permanente a la de «hegemonía civil» (C 13, 7: 21-22[16]) y, en fin, gracias a la formalización más acentuada y por ello sin los elementos de determinación histórica presente en las definiciones anteriores, la guerra de posiciones individualiza lo «decisivo» del enfrentamiento:

> En la política subsiste la guerra de movimientos mientras se trata de conquistar posiciones no decisivas y por lo tanto no son movilizados todos los recursos de la hegemonía y del Estado, por cuando, por una u otra razón, estas posiciones han perdido su valor y solo las que son decisivas tienen importancia, entonces se pasa a la guerra de asedio, compleja, difícil, en la que se exigen cualidades excepcionales de paciencia y de espíritu inventivo. En la política el asedio reciproco, no obstante todas las apariencias, y el solo hecho de que el dominador deba desplegar todos sus recursos demuestra el cálculo que hace el adversario (C 6, 138: 106).

Aún si cada una de las especificaciones utilizadas por Gramsci para definir la guerra de posiciones deberían ser analizadas conjuntamente, pienso sin embargo que aquellos distintos énfasis pueden ser reconstruidos unitariamente, sin llegar a una hipótesis de oscilaciones de juicio en Gramsci, y esto si en esta categoría se aprehende una magnitud análoga a la de revolución pasiva: en el párrafo anteriormente citado la guerra de posiciones tiene a mi entender esta magnitud y este significado. Sobre esta base es posible entender los términos de la relación entre las dos categorías: si la revolución pasiva recoge en Gramsci las formas de un proceso de transformación, la guerra de posiciones se

16 «La fórmula [de la revolución permanente] es propia de un periodo histórico en el que en el que no existían todavía los grandes partidos políticos de masas ni los grandes sindicatos económicos y la sociedad estaba aún, por así decirlo, en un estado de fluidez en muchos aspectos: mayor atraso en las zonas rurales y monopolio casi completo de la eficiencia político-estatal en pocas ciudades o incluso en una sola (París para Francia), aparato estatal relativamente poco desarrollado y mayor autonomía de la sociedad civil respecto a la actividad estatal, determinado sistema de las fuerzas militares y del armamento nacional, mayor autonomía de las economías nacionales respecto a las relaciones económicas del mercado, etcétera» (C 13, 7: 21-22).

refiere a formas de enfrentamiento y esto tanto para la burguesía como para el proletariado. Que este sea el nexo fijado por Gramsci entre estas dos categorías lo confirman no solo las observaciones sobre la reciprocidad del asedio en política, no solo por el hecho que Gramsci se plantea explícitamente el problema y tiende a resolverlo en el sentido indicado (C 15, 11: 187[17]), sino sobre todo por la centralidad de la hegemonía tanto para definir y garantizar el papel dirigente global de una clase social, como para la construcción de un proceso revolucionario[18]. Si la política es esencial para impedir que una crisis objetivamente abierta en el plano de las relaciones de producción se expanda hasta envolver al conjunto de la sociedad, es decisivo para la generalización de la contradicción alcanzar a conquistar y romper las estructuras políticas, organizativas e ideológicas que sustentan las fuerzas sociales. El proceso revolucionario –que Gramsci identifica con la construcción de un nuevo bloque histórico– es social y al mismo tiempo político y se concreta en el enfrentamiento entre bloques de hegemonía. Tal planteamiento estaba totalmente definido, en sus líneas esenciales, en experiencias de dirección política anterior al arresto: basta acordarse de las *Tesis de Lyon*[19]. No por casualidad en los *Cuadernos* la reflexión sobre

17 «El concepto de «revolución pasiva» en el sentido de Vincenzo Cuoco […] ¿puede ser relacionado con el concepto de «guerra de posiciones» en contraposición a la guerra de maniobras? […] Es decir ¿existe una identidad absoluta entre guerra de posiciones y revolución pasiva? ¿O existe al menos o puede concebirse todo un periodo histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobras?» (C 15, 11: 187). En otra nota las dos categorías usadas conjuntamente (ver C 15, 15, 191).

18 Sobre una «teoría general de la hegemonía» en Gramsci, véanse las observaciones puntuales de Valentino Gerratana (1977), «La nuova strategia che si fa luce nei 'Quaderni'», en *Rinascita,* núm. 5: 17 y ss.

19 Cfr. la tesis n. 20: «Los obstáculos al desarrollo de la revolución, además de la presión fascista, están en relación con la variedad de grupos en los cuales se divide la burguesía. Cada uno de estos grupos se esfuerza por ejercer influencia del proletariado o sobre el proletariado mismo, para hacerle perder su figura y autonomía de clase revolucionaria: Se constituye de esta forma una cadena de fuerzas reaccionarias la cual, partiendo del fascismo, incluye los grupos antifascistas, que no tienen grandes bases […] aquellos que tienen una base en los campesinos y en la pequeña burguesía […] y en parte también en los obreros […] y aquellos que teniendo una base proletaria tienen a mantener las masas obreras en una condiciones pasiva y hacerles seguir la política de otras clases […] la modificación de este estado de cosas es solamente concebible como una consecuencia de una sistemática e ininterrumpida acción política de la vanguardia proletaria organizada en el partido comunista» (Antonio Gramsci (1971), «La situazione italiana e i compiti del Pci», en *La constituzione del Partito comunista 1923–1926*, Turín, Einaudi: 499).

revolución pasiva y guerra de posiciones se entrelaza íntimamente con la crítica al economicismo y a Trotsky, entendido no solo como teórico de la guerra de movimiento en una fase, en la cual los «elementos activos en forma dominante» estaban agotados, sino también como portador de una línea que cuestionaba las formas de hegemonía del proletariado (C 4, 52: 201[20]). Las notas relativas a las relaciones de fuerza –obviamente además de la reflexión específica sobre la hegemonía– proporcionan elementos importantes para fijar en la hegemonía el entrelazamiento entre revolución pasiva y guerra de posiciones, es decir, el paso de «la estructura a la esfera de las superestructuras complejas». Esto sucede cuando «se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse intereses de otros grupos subordinados» (C 13, 17: 36). Es en este paso que se mide la capacidad de una clase social para devenir dirigente, liberándose de su parcialidad, pero también en este paso se ejerce toda iniciativa frente al adversario para impedirlo, contenerlo y retrasarlo: una vez más la centralidad de la política, que sin embargo no se separa de la reapropiación de la extrema riqueza de la realidad social a través de la cual pasan las formas existentes de dominio. Revolución pasiva-primacía de la política, guerra de posiciones-hegemonía, teoría de la ampliación del Estado, constituyen un nudo unitario.

Para terminar esta rápida sistematización de algunas categorías gramscianas, me parece oportuno citar otra cuestión nada secundaria y que puede contribuir a una precisión más puntual del significado de las mismas categorías. Es sabido que Gramsci, desarrollando la reflexión sobre la guerra de posiciones, plantea la cuestión en términos de análisis «en profundidad» de los elementos de la sociedad civil que corresponden al sistema de defensa militar en la guerra de posiciones, o sea, a la necesidad de hacer reconocimiento de los instrumentos de hegemonía (las casamatas) que representan la fuerza y la capacidad de resistencia del bloque social a derrotar. ¿Cuál es el significado que se debe atribuir a la insistencia de Gramsci sobre este punto, en el ámbito de

20 «La tendencia de León Davidovich estaba ligada a este problema. Su contenido esencial era dado por la «voluntad» de dar la supremacía a la industria y a los métodos industriales, de acelerar con métodos coercitivos la disciplina y el orden en la producción, de adecuar los hábitos a las necesidades del trabajo. Habría desembocado necesariamente en una forma de bonapartismo, por eso fue necesario destruirla inexorablemente» (C 4, 52: 201).

las relaciones entre guerra de posiciones y revolución pasiva, subrayando en esta última categoría el elemento dinámico de transformación? La exigencia de reconocimiento no significa solo análisis de las características específicas de una formación social, del modo en que han sido construidos y sistematizadas las relaciones sociales, el peso de la tradición para garantizar la permanencia y complicar las posibilidades de expresión de nuevas fuerzas: no puede ser solo esto, aun cuando obviamente se señalan aspectos relevantes, objeto de análisis específicos por parte de Gramsci. Me parece esencial subrayar, también en relación con la guerra de posiciones, el elemento dinámico presente en la revolución pasiva para la cual el reconocimiento de las casamatas se resuelve en la identificación de los nuevos instrumentos de hegemonía o en la transformación de aquellos ya existentes, construioas por las clases dominantes en relación a los problemas objetivos abiertos, y a los cuales hay que dar una solución. Son estas casamatas las que definen el terreno y el nivel de enfrentamiento.

Se ha señalado con anterioridad, aunque sea rápidamente, el significado que estas categorías esenciales de la reflexión gramsciana tienen en el contexto del debate teórico internacional fundamentalmente centrado en la compresión de los procesos mundiales. Es justo insistir sobre estas referencias, no solo porque ello contribuye a tornar más clara la reflexión gramsciana, a definir mejor los contornos y los interlocutores, pero sobre todo porque contribuye a subrayar con fuerza que las categorías de ciencia política elaboradas por Gramsci son instrumentos de análisis de procesos reales, de la forma históricamente determinada que asume la contradicción. Si queremos señalar las cuestiones abiertas en relación a las cuales Gramsci interpreta toda una fase histórica y que contribuyen a dar a sus categorías una operatividad teórico-política precisa, a mí me parece que son fundamentalmente dos.

La primera es la interpretación en clave de revolución pasiva de toda la fase sucesiva a la guerra y a la revolución de octubre:

> Estudios orientados a captar las analogías entre el periodo siguiente a la caída de Napoleón y el siguiente a la guerra del 14-18. Las analogías son vistas solo desde dos puntos de vista: la división territorial y aquella más vistosa y superficial, del intento de dar una organización jurídica estable a las relaciones internacionales (Santa Alianza y Sociedad de Naciones). Parece por el contrario que el rastro más importante que debe estudiarse es el que se ha llamado de la «revolución

> pasiva», problema que no resalta llamativamente porque falta un paralelismo exterior a la Francia del 1789-1815. Y sin embargo todos reconocen que la guerra del 14-18 representa una fractura histórica, en el sentido de que toda una serie de cuestiones que molecularmente se acumulaban antes de 1914 se han «amontonado», modificando la estructura general del proceso precedente: basta pensar en la importancia que ha asumido el fenómeno sindical, término general en el que se suman diversos problemas y procesos de desarrollo de distinta importancia y significado (parlamentarismo, organización industrial, democracia, liberalismo, etcétera), pero que objetivamente refleja el hecho de que una nueva fuerza social se ha constituido, tiene un peso ya no desdeñable, etcétera, etcétera (C 15, 59: 233).

Es mucho más que una propuesta de analogías: es el modo en que tiende a ser operante, depurada de toda implicación catastrófica y economicista, la actualidad de la revolución que Gramsci, como se sabe, plantea en términos de crisis orgánica. Interpretar esta fase como revolución pasiva significa lograr aprehender el proceder de la crisis orgánica a través del análisis de las formas de su gestión (las transformaciones y lo «ocasional» como escribe en las notas sobre las relaciones de fuerza). Pero hay más: en la interpretación de la fase posbélica hay un elemento central que se evidencia notoriamente, esto es, el desarrollo de la organización de las masas como fundamento de la crisis orgánica (las cuestiones generales conexas al llamado «fenómeno sindical»), en cuanto vuelve a poner en discusión todo el aparato hegemónico de las clases dominantes. Que esto constituya un tema constante y original en toda la reflexión gramsciana desde el periodo de *L'Ordine Nuovo* es un dato ya adquirido y basta con citarlo[21]. Dentro de la brevedad del discurso que estoy desarrollando me urge subrayar dos elementos: el primero es

21 Es un tema que se vuelve recurrente en los *Cuadernos*. En una nota de 1930, rubricada *Pasado y presente*, Gramsci une lo que se denominaba «ola de materialismo» con la «crisis de autoridad»: «Si la clase dominante ha perdido el consenso, osea, si no es ya «dirigente», sino únicamente «dominante», detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han aparado de las ideologías tradicionales, no crean ya en lo que antes creían, etcétera. La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados» (C 3, 34: 37). Análogas son las observaciones con respecto a la fuerza y del consenso (C 7, 80: 194-195).

que el gobierno de las masas es un terreno decisivo para la reconstrucción del aparato hegemónico de las clases dominantes:

> El problema era reconstruir el aparato hegemónico de estos elementos antes pasivos y apolíticos, y esto no podía realizarse sin mediar de la fuerza: pero esta fuerza no podía ser «legal», etcétera. Como en cada Estado el conjunto de las relaciones sociales era distinto, distintos tenían que ser los métodos políticos de empleo de la fuerza y la combinación de fuerzas legales e ilegales (C 7, 80: 195[22]).

En este sentido están orientadas las notas sobre la vida nacional francesa para entender el modo con el cual el mismo proceso (crisis orgánica) se manifiesta en un contexto nacional distinto del italiano y con formas políticas no abiertamente autoritarias (C 13, 37: 80); pero Gramsci no deja de observar que la crisis de los partidos franceses, «documentos histórico-políticos de las diversas fases de la historia francesa pasada», «puede volverse aún más catastrófica que la de los partidos alemanes» (C 13, 23: 53). Pero el nexo crisis orgánica/desarrollo de la organización o salida de la pasividad de las grandes masas tienen también otra implicación importante: reproponer y señalar el modo en el cual sigue operando el significado universal de la revolución rusa, siendo momento de modificación de la estructura del mundo; aun cuando la fase del enfrentamiento directo con el dominio burgués parecía concluido la diferenciación en el desarrollo del proceso revolucionario iba acentuándose, siendo la experiencia soviética cada vez más aislada por el cordón político de los Estados capitalistas y cordón ideológico de las socialdemocracias. Es decir, la Unión Soviética como factor de organización mundial de las masas desarticuladas y dispersas pero que tienden a la unidad: son los temas de la intervención del 26 sobre las cuestiones rusas. Señalar en la posibilidad para el proletariado de construir el socialismo el elemento que después del 17 (conquista del poder) permite

22 El aparato hegemónico de las clases dominantes se disgregó «1] porque grandes masas, anteriormente pasivas, entraron en movimiento, pero en un movimiento caótico y desordenado, sin dirección, o sea sin una precisa voluntad política colectiva; 2] porque clases medias que en la guerra tuvieron fundaciones de mando y responsabilidad, se vieron privadas de ellas con la paz, quedando desocupadas, precisamente después de haber hecho un aprendizaje de mando, etcétera; 3] porque las fuerzas antagónicas resultaron incapaces de organizar en su provecho este desorden» (C 7, 80: 195).

continuar asignándole a la experiencia rusa el papel activo de organización mundial, se combina estrechamente con la crítica a la oposición sobre un punto esencial: el modo y las formas con las que el proletariado realizaba su papel de clase dirigente. Punto esencial este no solo para la unidad de los elementos sociales sobre los que estaba construido el Estado soviético, pero sobre todo porque en torno a él podía encontrarse la identidad de las tareas políticas y de los problemas frente a los cuales estaba la clase obrera –al Este como al Oeste. «En la ideología y la práctica del bloque de las oposiciones renace en pleno toda la tradición de la socialdemocracia y del sindicalismo que ha impedido hasta ahora al proletariado occidental organizarse como clase dirigente»[23]. En este contexto la advertencia de Gramsci a no «olvidar que vuestros deberes de militantes rusos pueden y deben ser cumplidos solo en el contexto de los intereses internacionales» adquiere un significado preciso: el disminuir la confianza en la construcción del socialismo forma parte del aparato hegemónico de las clases dominantes sobre las masas puestas en movimiento por la guerra y el ejemplo ruso[24].

Con la elaboración de la categoría de la revolución pasiva (en el sentido amplio anteriormente indicado, o sea, cambio de juicio sobre la fase[25]), el nudo central de la intervención gramsciana sobre las cuestiones rusas (Unión Soviética, procesos mundiales, organización de masas) está propuesto en una perspectiva mucho más amplia y penetrante. No está a discusión la opción del socialismo en un solo país: la crítica insistente que recorre todos los *Cuadernos* en relación a Trotsky, teórico de la ofensiva en una fase que es de guerra de posiciones, no puede dejarnos dudas al respecto; aquella opción es la forma específica que sume el desarrollo de la guerra de posiciones a

23 Antonio Gramsci, «Al Comitato centrale del Partito comunista sovietico», 14 de octubre de 1926, en *La Costruzione del Partito comunista*, cit.: 130.

24 Ya en el Informe al Comité Central de febrero de 1925, Gramsci había planteado la cuestión en los términos que luego desarrollará en la carta al pertido ruso. «La actitud de Bordiga, como la de Trotsky, tiene repercusiones desastrosas: cuando un compañero que tiene el valor de Bordiga se aparta, nace en los obreros desconfianza sobre el partido, y entonces se produce derrotismo. Así como en Rusia todo estaba en peligro» (Antonio Gramsci (1971), «Relazione al Comitato centrale», en *La Costruzione del Partito comunista 1923–1926*, Turín, Einaudi: 474).

25 Sobre este punto esencial disiento de la evaluación propuesta por Mario Teló sobre la diferencia Gramsci-Togliatti en 1926. (*Note sul problema della democrazia*, cit., p. 163 y ss.) y no creo que tenga que modificar mis juicios expresados sobre esta cuestión, en el trabajo *Togliatti e i problemi del movimento comunista internazionale* (en *Annali Feltrinelli 1973*).

escala internacional, justamente porque la reflexión gramsciana se mueve en el interior de este panorama de referencia, las notas críticas atacan un punto esencial: la posibilidad de que la revolución pasiva, como fase histórica mundial, al interior de la cual sucede y procede la construcción del Estado socialista caracterizada por la «ausencia de elementos activos de modo dominante», condicione los modos mismos de construcción del socialismo. El conjunto de las notas sobre el manual de Bujarin sí revelan la contradicción entre el empobrecimiento y la tendencial reducción escolástica de la teoría y la constitución de la clase obrera en clase dirigente (proceso que requiere de una expansión y un enriquecimiento de la teoría sin precedentes[26]), atañen a la dimensión económica-corporativa dentro de la cual tiende a expresarse la construcción del Estado socialista. Si es cierto, como escribe Gramsci en una nota famosa, «que ningún tipo de Estado puede dejar de atravesar una fase de primitivismo económico-corporativo», por lo que «el contenido de la hegemonía política del nuevo grupo social que ha fundado el nuevo tipo de Estado debe ser predominantemente de orden económico» (C 8, 185: 311), sin embargo, este defecto de hegemonía no puede no incidir negativamente sobre el desarrollo de la guerra de posiciones y sobre la «reciprocidad del asedio».

Hay un segundo núcleo temático, estrechamente ligado a los procesos reales que Gramsci interpreta como parte integrante y constitutiva de la revolución pasiva. Son las cuestiones alrededor de las cuales están organizadas las notas sobre *Americanismo y Fordismo,* que se advocan sustancialmente a la acentuación de la desigualdad de desarrollo del capitalismo (relación Europa-América) y al surgimiento de nuevas formas de organización del capitalismo:

26 Es necesario, escribe Gramsci, «determinar una recuperación adecuada de la filosofía de la praxis, de elevar esta concepción que, por las necesidades de la vida práctica inmediata, se ha venido «vulgarizando», hasta la altura que debe alcanzar para la solución de las tareas más complejas que el desarrollo actual de la lucha propone, o sea hasta la creación de una nueva cultura integral, que tenga las características de masas de la Reforma protestante y del iluminismo francés y tenga las características de clasicismo de la cultura griega y del Renacimiento italiano» (C 10 I, 11: 133). Son aún más límpidas y netas las observaciones gramscianas sobre la importancia de repensar a Labriola: «desde el momento en que existe un nuevo tipo de Estado, nace [...] el problema de una nueva civilización y con ello la necesidad de elaborar las concepciones más generales, las armas más refinadas y decisivas. He aquí que Labriola deba volverse a poner en circulación y su planteamiento del problema filosófico deba hacerse predominar» (C 3, 31: 36).

> Puede decirse genéricamente que el americanismo y el fordismo resultan de la necesidad inmanente de llegar a la organización de una economía programada y que los diversos problemas examinados deberían ser los eslabones de la cadena que marcan el paso del viejo individualismo económico a la economía programada: estos problemas nacen de las diversas normas de resistencia que el proceso de desarrollo encuentran para su evolución, resistencias que provienen de las dificultades ínsitas en la «societas rerum» y en la «societas hominum» (C 22, 1: 61).

Es una confirmación de la complejidad de las cuestiones que Gramsci tiende a organizar en torno al americanismo en la relación que poco después establece con la caída tendencial de la tasa de ganancia. Sobre la particularidad de los problemas ligados a estas notas me detendré más adelante: aquí, para una primera definición de algunas categorías gramscianas y de su relación con procesos reales, a mí me apremia aclarar las relaciones existentes entre estas dos referencias y las determinaciones de la revolución pasiva que implican también una forma distinta de aproximarse al análisis de la crisis. Creo que se puede decir entre los dos fenómenos históricos entendidos en el interior de la revolución pasiva no existe una diferencia cualitativa sino solo de grado y especificación: sobre la fase y las características de la transformación. No por casualidad, como señalaré enseguida, el análisis de Gramsci sobre la crisis económica del 29 lo lleva a señalar su génesis, por lo menos desde la ruptura operada en la primera guerra mundial, es decir, las dos especificaciones de la revolución pasiva atañen al análisis de un mismo fenómeno histórico –la fase abierta con la guerra mundial y la revolución de octubre recogiendo dos aspectos íntimamente entrelazados, o sea, el gobierno de las masas y la economía. Son estas las nuevas casamatas a través de las cuales pasa la reconstrucción del aparato hegemónico de las clases dominantes.

Cuán estrecho y recíprocamente interdependiente sea el nexo entre estos dos nudos es confirmado tanto en la reproposición en los *Cuadernos*, de la temática de *L'Ordine Nuovo*, respecto a la relación entre producción y política (análisis del Estado con base a la productividad de la clase social) como, sobre todo –para permanecer en la identificación de los procesos reales– el reconocimiento en el fascismo de una respuesta a ambas cuestiones: «¿Un nuevo «liberalismo», en las condiciones modernas, no sería precisamente el «fascismo»? ¿No sería el fascismo

precisamente la forma de «revolución pasiva» propia del siglo xx, así como el liberalismo lo fue del siglo xix?» (C 8, 236: 344). La respuesta, como es sabido, es afirmativa y se le agrega una posterior especificación por la cual la revolución pasiva representada por el fascismo se encuentra en la experiencia y en la ideología corporativa, o sea, en la posibilidad de transformar de manera «reformista» la estructura económica de individualista a organizada (C 10 I, 9: 129).

III. Revolución pasiva y fascismo: formas políticas y gobierno de las masas

El juicio sobre el fascismo como «forma» de la revolución pasiva del siglo xx plantea una serie de cuestiones de gran importancia que deben ser resueltas individualmente para desarrollar todas las implicancias ligadas a aquel juicio.

Un primer aspecto relevante de esta definición es atribuirle al fascismo la misma dimensión de época que a la revolución pasiva, y ello no en el sentido propio de la orientación de la internacional comunista de aquellos años que planteaba la fascistización como tendencia inmanente en la sociedad capitalista, sino en el sentido incisivo del fascismo como expresión específica, históricamente determinada, de un proceso mundial. El análisis del Risorgimento es tanto más agudo y esencial en cuanto nace del presente, de la necesidad de comprender las razones de una salida no transitoria de la lucha de clases distinta de la producida en otros países, pero con un nudo de fondo común, como es «la crisis de autoridad» de las clases dominantes. Las notas históricas tienen entonces un doble papel: afirmar y verificar las categorías generales elaboradas para la comprensión del presente (la revolución pasiva y la multiplicidad de sus significados) para enfatizar las particularidades nacionales. Pero esto no basta, existe todavía otro aspecto al que hay que remitirse, no menos relevante y relacionado al modo de analizar los fenómenos históricos; las notas sobre el *Risorgimento* son significativas para este propósito. El estrecho nexo que Gramsci establece con firmeza entre el proceso de formación del Estado burgués en Italia y el gran modelo francés no lo utiliza para medir y evaluar, en relación a este nexo, la solución burguesa llevada a cabo en Italia, sino para verificar la categoría de la revolución pasiva: no le sirve solo para insistir contra las orientaciones autóctonas presentes en la historiografía italiana, en lo inseparable del movimiento

del *Risorgimento* del ascenso internacional de la burguesía, sino sobre todo para subrayar con fuerza la imposibilidad de analizar fenómenos específicos y particulares, si no es en el marco de tendencias internacionales. Basta solo citar a título de ejemplo las observaciones gramscianas sobre el paso de la lucha política de la guerra de movimiento a la guerra de posiciones, producida después de 1848, y la incomprensión de ello por parte de las fuerzas democráticas (C 15, 11: 188-189).

Lo inseparable del nexo particularidades nacionales-proceso internacionales es una orientación constante de la reflexión gramsciana y tiene en los *Cuadernos* una formulación precisa, justamente en el conjunto de reflexiones sobre la experiencia de la Restauración y de la relación Francia-Europa en la formación de los estados modernos:

> Cuestión más vasta: si es posible pensar la historia únicamente como «historia nacional» en cualquier momento del desarrollo histórico –si el modo de escribir la historia (y de pensar) no ha sido siempre «convencional». El concepto hegeliano sobre el «espíritu del mundo» que se personifica en este o aquel país es una forma «metafórica» o fantasiosa de atraer la atención hacia este problema metodológico, a cuya total explicación se oponen limitaciones de origen diverso: el «orgullo» de las naciones, o sea limitaciones de carácter político-práctico-nacional (que no son siempre inferiores); limitaciones intelectuales (no comprensión del problema histórico en su totalidad) e intelectuales-prácticas. (C 10 II, 61: 232[27]).

Las observaciones gramscianas sobre la traducibilidad de los lenguajes, al comenzar con el ejemplo clásico de la relación entre jacobinos franceses e idealistas alemanes, tienen en el centro el mismo problema[28], y su génesis en el debate amplio y «decisivo» sobre la universalidad de la Revolución de Octubre y sobre su modo de operar en contextos distintos; sobre la constitución de un centro internacional y sobre su efectiva capacidad de articularse y por tanto actuar permanentemente; el cómo interviene en la definición de una línea nacional la apropiación de los procesos internacionales, y por tanto, el cómo el internacionalismo

27 Ver también las observaciones en C 1, 44: 118.

28 Cfr. la intervención de Leonardo Paggi (1969) en la convención de estudios gramscianos realizada en Cagliari en 1967 (*Gramsci e la cultura contemporanea*, Roma, Editori Riuniti, tomo I.: 187 y ss.).

se combina con la capacidad de dominio de una realidad nacional[29]. Sobre esta base Gramsci señala la diferencia profunda entre Lenin y Trotsky (C 7, 16: 156--157), y en términos aún más claros la disidencia entre Trotsky y Stalin:

> El punto que me parece debe desarrollarse es este: cómo, según la filosofía de la *praxis* […] la situación internacional debe ser considerada en su aspecto nacional. Realmente la relación «nacional» es el resultado de una combinación «original» única (en cierto sentido) que en esta originalidad y unicidad debe ser comprendida y concebida si se quiere dominarla y dirigirla. Ciertamente el desarrollo va hacia el internacionalismo, pero el punto de partida es «nacional» y de este punto de partida es que hay que iniciar el movimiento. Pero la perspectiva es internacional y no puede ser de otra manera. Por lo tanto hay que estudiar exactamente la combinación de fuerzas nacionales que la clase internacional deberá dirigir y desarrollar según las perspectivas y las directivas internacionales (C 14, 68: 156[30]).

La definición del fascismo como «forma» y «representante» de la revolución pasiva tiene, por lo tanto, en el contexto de este esquema analítico general, un significado preciso: la comprensión de la especificidad del fascismo («solución» italiana a la crisis de la posguerra), de su dinámica interna, de la transformación de los instrumentos políticos e institucionales de dominación y dirección, no puede ser separada de la apropiación de un proceso internacional. Esta interrelación estaba presente ya en Gramsci en su manera de interpretar el fascismo antes del

29 Central es la reflexión de Gramsci sobre el viraje en la táctica constituido por el «frente único»: es sabido que la superación de la antinomía –contraste grave con la Internacional comunista o pérdida de una autonomía de elaboración y con ello en definitiva, de una identidad política– que sacude al partido desde 1921 a 1923-1924, está en la combinación creativa entre el «elemento particular» y la «unidad y amplitud de visión».

30 Aún más explícita son las observaciones sobre el funcionamiento de organismos internacionales (las referencias a la Internacional Comunista me parecen transparentes), sobre el peligro de formación de situaciones de centralismo burocrático, también debidos al «primitivismo» de las fuerzas políticas periféricas. Al contrario, escribe Gramsci hablando del centralismo democático, el «trabajo continuo para entresacar el elemento «internacional» y «unitario» en la realidad nacional y localista es en realidad la operación política concreta, la única actividad productiva de progreso histórico. Exige una unidad orgánica entre teoría y práctica, entre estratos intelectuales y masa, entre gobernantes y gobernados» (C 9, 68: 50).

arresto y tal orientación es tanto más significativa si se piensa que el fascismo permanecerá aún por muchos años como un fenómeno italiano, quedando condicionada su evaluación por parte de la Internacional comunista a la marginalidad relativa del lugar ocupado por Italia en el comunismo europeo con respecto, por ejemplo, a la centralidad que conservaban las vicisitudes alemanas. Bastará para confirmar este juicio hacer solo dos citas que a mí me parecen muy significativas. En el conocido discurso pronunciado por Gramsci en la Cámara en 1925 este elemento interpretativo se expresa con fuerza:

> La burguesía industrial no ha sido capaz de frenar el movimiento obrero, ni capaz de controlar al movimiento ni aquel rural revolucionario. La primera instintiva y espontánea consigna del fascismo, después de la ocupación de las fábricas no ha sido esta, los rurales controlarán a la burguesía urbana que no sabe ser fuerte contra los obreros… Pero este no es un fenómeno puramente italiano, por más que en Italia, por la gran debilidad del capitalismo, haya tenido el máximo desarrollo; es un fenómeno europeo y mundial, de extrema importancia para comprender la crisis general de la posguerra, tanto en el ámbito de la actividad práctica como en el campo de las ideas y la cultura. La elección de Hindenburg en Alemania, la victoria de los conservadores en Inglaterra, con la liquidación de los respectivos partidos liberal-democráticos, corresponden al movimiento fascista italiano[31].

Con mayor claridad y amplitud este elemento interpretativo está presente en el famoso informe presentado por Gramsci a la dirección del partido en agosto de 1926. No solamente se subraya aquí, como en el discurso de 1925, el carácter mundial del proceso, sino la conexión entre las formas que este proceso asume y las articulaciones del capitalismo internacional[32].

La segunda cuestión, ligada a la definición del fascismo como revolución pasiva, se relaciona con el análisis del fenómeno y con el señalamiento de los términos en los cuales la reflexión, consignada en los *Cuadernos*, va mucho más adelante con respecto al punto alcanzado en

31 Cfr. Gramsci (1971), «Origine e scopi della legge sulle associazioni segrete» [16 de mayo de 1925] en *La costruzione del Partito comunista 1923–1926*, Turín, Einaudi,0 77.

32 Ibídem: 121-124.

el análisis político realizado en vivo. Sin poder recoger aquí todos los momentos del análisis gramsciano sobre el fascismo, bastará citar la contribución de excepcional importancia dada por Gramsci en el periodo 1921-1922 sobre lo indisoluble de los dos fenómenos, o sea, el de la disolución del Estado liberal y el surgimiento de nuevas formas de agregación y dominación política que no podían ser consideradas pura y sencillamente como fenómenos de reacción capitalista, sino como fenómenos cuya dimensión social y de masa habría que tener presente. Tal contribución analítica, estrechamente ligada a la óptica particular con la cual Gramsci y el grupo de *L'Ordine Nuovo* habían interpretado el bienio rojo –o sea, el significado revolucionario del desarrollo de la organización de las masas trabajadoras– lleva a Gramsci a tener más claro que todos los observadores contemporáneos la conciencia de lo irreversible de la crisis de los instrumentos de la organización política liberal. El fascismo es visto por Gramsci como un aspecto y un elemento de la disolución del Estado liberal en cuanto parte del desarrollo de la sociedad civil y expresión de la insubordinación de la pequeña burguesía, y al mismo tiempo es visto como instrumento para reconstruir sobre nuevas bases la dominación de los agrarios e industriales, cuestionada por la ofensiva obrera. La conciencia lúcida de esta irreversibilidad de la crisis abierta por la Primera Guerra Mundial, explicable definitivamente como una modificación de la relación entre las masas y la política, caracteriza toda la elaboración política gramsciana, en el periodo 1924-1926, es decir, la imposibilidad de una iniciativa antifascista o de una solución democrática duradera en términos de restauración de la legalidad, o sea, una solución que no tuviera en el centro como sujeto político decisivo a la clase obrera y la dureza crítica contra las posiciones aventinas tenía aquí su raíz.

Si me parecen datos adquiridos, en el análisis gramsciano, la irreversibilidad de la crisis del Estado liberal y detectar en la solución fascista una forma de organización y dirección de la burguesía nueva respecto a la historia precedente[33], el problema es ver en qué medida estos

33 Ver la tesis 15 aprobada en Lyon: «En sustancia el fascismo modifica el programa de conservación y reacción que siempre dominó la política italiana, solamente por una forma distinta de concebir el proceso de unificación de las fuerzas reaccionarias. La táctica de los acuerdos y compromisos es sustituida por el propósito de realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía en un solo organismo político, bajo el control de una central única que debería dirigir conjuntamente el partido, el Gobierno y el Estado» (Antonio Gramsci, «La situazione italiana e i compiti del Pci», cit.: 495).

elementos contribuyen a caracterizar el fascismo como revolución pasiva. El primer problema que se nos plantea entonces, es aquel relacionado con la interpretación del fascismo como bonapartismo y en qué medida tal interpretación es identificable o se resuelve en la de revolución pasiva. Que Gramsci tienda a aplicar, en el análisis de la experiencia italiana las categorías marxianas del *18 Brumario* me parece fuera de duda. El informe de 1926 a la dirección, anteriormente mencionado, expresa con claridad este enfoque que por demás está explícitamente manifiesto en un artículo de septiembre del mismo año:

> En Italia había un equilibrio inestable entre las fuerzas sociales en lucha. El proletariado era demasiado fuerte en 1919-1920 para someterse pasivamente a la opresión capitalista. Pero sus fuerzas organizadas eran inciertas, titubeantes, interiormente débiles porque el partido socialista no era más que una amalgama de por lo menos tres partidos […]. De esta posición de equilibrio inestable nació la fuerza del fascismo italiano que se ha organizado y ha tomado el poder con métodos y sistemas que si bien tenían una peculiaridad italiana y estaban ligados a toda la tradición italiana y a la inmediata situación de nuestro país, tenían y tienen sin embargo cierta semejanza con los métodos y sistemas descritos por Carlos Marx en el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, o sea, con la táctica general de la burguesía en peligro en todos los países[34].

A cesarismo, a la relación cesarismo-fascismo, Gramsci le dedica en los *Cuadernos* algunas reflexiones muy importantes que permiten especificar el uso de esta categoría y al mismo tiempo lo inadecuado de su uso en la comprensión del fenómeno fascista. Las notas sobre el cesarismo están caracterizadas por una progresiva articulación del esquema básico, señalado por Gramsci, en el hecho de que el cesarismo «expresa siempre la solución «arbitral», confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectivas catastróficas» (C 13, 27: 65). El aspecto más relevante de esta especificación hecha por Gramsci no atañe tanto al señalar el carácter progresivo o reaccionario de tal solución arbitral, que solo puede ser recogido en el análisis de la historia concreta, ni, aunque sea muy importante, el análisis de las condiciones que pueden determinar una

34 Ibídem: 343.

situación catastrófica, como en el caso de Napoleón III. El punto central que contribuye a enriquecer el análisis sobre esta forma de organización política, mucho más allá del nexo gran personalidad-solución arbitraria, tiene que ver con la novedad del cesarismo moderno:

> En el mundo moderno el equilibrio de perspectivas catastróficas no se produce entre fuerzas que en último análisis podrían fundirse y unificarse, aunque fuese tras un proceso fatigoso y sangriento, sino entre fuerzas cuyo contraste es irremediable históricamente e incluso se profundiza especialmente con el advenimiento de formas cesáreas (C 13, 27: 67).

En el contexto de este enfrentamiento de fondo entre burguesía y proletariado, las características mismas del cesarismo tienden a modificarse: el dato prevaleciente en la solución no es militar sino policial, y el mismo carácter «arbitrario» ya no puede considerarse un elemento típico del cesarismo –si no es como registro de un dato de fondo, o sea, la «debilidad constructiva» de la fuerza antagónica– y solo tiende a señalar un ámbito definido dentro del cual se produce el fenómeno. El cesarismo moderno para Gramsci expresa reorganización y posibilidad de desarrollo de fuerzas marginales en una formación social, y por tanto expresa una redefinición de las relaciones entre la fuerza fundamental y las fuerzas auxiliares: «una forma social tiene «siempre» posibilidades marginales de ulterior desarrollo y ordenamiento organizativo» (C 13, 27: 68). Analizando la solución dada al conflicto abierto en Francia, alrededor del caso Dreyfus es establecida en términos aún más explícitos la forma del cesarismo moderno:

> Del tipo Dreyfus encontramos otros movimientos histórico-políticos modernos, que ciertamente no son revolucionarios, pero que no son completamente reaccionarios, al menos en el sentido de que también en el campo dominante se destruyen cristalizaciones del Estado y en las actividades sociales un personal distinto y más numeroso que el anterior.
>
> Esto quiere decir que en la vieja sociedad estaban latentes
>
> fuerzas activas que los viejos dirigentes no supieron explotar, aunque fuesen «fuerzas marginales», pero no absolutamente progresistas, en cuanto que no pueden «hacer época». Se hacen históricamente eficientes gracias a la debilidad constructiva del adversario, no por una

> íntima fuerza propia, y por lo tanto están ligadas a una determinada situación de equilibrio de las fuerzas en lucha, ambas incapaces en su propio campo para expresar una voluntad reconstructiva por sí mismas (C 14, 23: 117).

Por lo tanto, el cesarismo define la reorganización al interior de un bloque social dado; por eso, dice Gramsci, las experiencias del cesarismo son más semejantes al cesarismo de Napoleón III que al de Napoleón I, en cuanto no se tiene transición de un Estado a otro, sino una «evolución» del Estado mismo.

Un ejemplo muy claro del modo de operar de esta solución cesarista lo ofrece Gramsci con relación a la experiencia fascista en las importantes notas sobre la estructura de los partidos en los periodos de crisis orgánica. El punto más significativo de la reflexión es aquel ligado al papel de la burocracia, en cuanto con ello se vuelven a proponer las observaciones sobre la posibilidad de desarrollo de las fuerzas marginales (por tanto, un aspecto esencial del cesarismo moderno) combinándolos, sin embargo, estrictamente, con aquellas observaciones relativas a las relaciones de fuerzas (o sea, con los elementos esenciales de la definición de revolución pasiva y guerra de posiciones). Los puntos alrededor de los cuales gira el análisis gramsciano son fundamentalmente dos: *a*) El papel de la pequeña y mediana burguesía rural en ofrecer, en los Estados modernos, personal burocrático, civil y militar y su orientación ferozmente anticampesina; *b*) En los periodos de crisis orgánica, o sea, de contradicciones insalvables al nivel de las fuerzas productivas fundamentales, el proceso es doble: es este sector más periférico y marginal, con respecto a la relación fundamental, el que reacciona primero; se acelera la unificación organizativa y política de esta etapa social, en cuanto la «'voluntad' específica de este grupo coincide con la voluntad y los intereses inmediatos de la clase alta» (C 13, 23: 55), y además se manifiesta la fuerza militar de este sector social, tanto directa, como organización militar específica, como indirecta, en cuanto base social de la que proviene el elemento militar[35]. En una situación

35 «Debe observarse cómo este carácter «militar» del grupo social en cuestión, que era tradicionalmente un reflejo espontáneo de ciertas condiciones de existencia, es ahora conscientemente educado y predispuesto orgánicamente […]. Se puede decir que tiene lugar un movimiento del tipo «cosaco», no en formaciones escalonadas a base de los límites de la nacionalidad, como sucedía con los cosacos zaristas, sino a base de los «límites» del grupo social» (C 13, 23: 56).

caracterizada por un equilibrio fundamental entre las fuerzas urbanas que paraliza el parlamentarismo, el papel del campo se torna decisivo: haciendo un análisis comparado sobre el modo de accionar del campo en una serie de países (España y Grecia), Gramsci hace una referencia hasta demasiado transparente a la experiencia italiana y al desarrollo del fascismo

> En otros países el campo no es pasivo, pero su movimiento no está políticamente coordinado con el urbano: el ejército debe permanecer neutral porque es posible que de otra manera disgregue horizontalmente [...] y entra por el contrario en acción la clase militar-burocrática que por medios militares sofoca el movimiento en el campo (inmediatamente más peligroso), en esta lucha encuentra una cierta unificación política e ideológica, encuentra aliados en las clases medias urbanas (medias en sentido italiano) reforzadas por los estudiantes de origen rural que están en la ciudad, impone sus métodos políticos a las clases altas, que deben hacerle muchas concesiones y permitir una determinada legislación favorable; en suma, consigue permear el Estado con sus intereses hasta cierto punto y sustituir una parte del personal dirigente sin dejar de mantenerse armada en el desarme general y contemplando el peligro de una guerra civil entre los propios miembros armados y el ejército de leva si la clase alta muestra demasiadas veleidades de resistencia (C 13, 23: 57[36]).

Son replanteados los elementos esenciales del análisis en estas notas que Gramsci ya había desarrollado anteriormente, desde el periodo 1921-1922: la raíz no contingente del fenómeno, la imposibilidad de reducirlo a simple brazo armado de la reacción, al contrario se insiste mucho sobre su función directiva, en el sentido que logra imponer a las clases dominantes fundamentales, la *forma*, y si no el contenido de la solución a la crisis, la manera de operar la relación ciudad-campo en el nacimiento y desarrollo del fascismo[37]. Más aún: en cuanto ejemplificación del cesarismo moderno, es decir, relativo a la reorganización entre fuerzas fundamentales y fuerzas auxiliares, estas notas reafirman el

36 Una forma específica de cesarismo es puntualizada por Gramsci en la formación de gobiernos de coalición: la referencia explícita es a los Gobiernos de MacDonald y Mussolini (C 9, 133: 103).

37 Ver a modo de ejemplo «I due fascismi», en *L'Ordine Nuovo*, 25 de agosto de 1921, y «La lotta agraria in Italia», en *L'Ordine Nuovo*, 31 de agosto de 1921.

juicio reductivo sobre la «conquista del Estado» por parte del fascismo y sobre su ser «revolución»[38]. Una relación entre esta definición de cesarismo y la revolución pasiva, puede encontrarse en la fuerte acentuación del proceso de transformación y reorganización del bloque social dominante para garantizar la permanencia de la debilidad de la fuerza antagónica. Sin embargo, me parece indudable que el cesarismo solo parcialmente puede expresar la riqueza de implicancias ligadas a la evaluación del fascismo como revolución pasiva. Pero tampoco es secundaria otra observación: si, como se indicó, aunque sea rápidamente, con la categoría de cesarismo Gramsci no avanza con respecto a los resultados del fascismo alcanzados antes del arresto, sin embargo, hay un aspecto sobre el cual se puede registrar un significativo cambio de acento. En todo el arco de la reflexión gramsciana, entre 1923 y 1926, la acentuación de la novedad del fascismo –cuya formulación más acabada me parece que está sin duda en el número 7 *bis* de las *Tesis de Lion*[39]– se combina íntimamente con el señalamiento a la tradicional angustia de clase de la burguesía italiana, su orientación ferozmente antipopular, es decir, su concepción de las masas como «bestias». Si esta conexión significaba ciertamente evidenciar la naturaleza burguesa y de clase del fascismo, contra las interpretaciones pequeño-burguesas (ejemplos: la «conquista del Estado» como juego para los «balilla»[40], absurdo hablar de revolución, etcétera), el acento sin embargo se pone esencialmente en las contradicciones provocadas por la política fascista entre sus

38 Los escritos precedentes al arresto son todos caracterizados fuertemente por este juicio de fondo; ver por todos, el discurso a la Cámara en 1925 (Gramsci, «Origine e scopi della legge sulle associazioni segrete», cit.: 75 y ss.).

39 «Un reflejo de la debilidad de la estructura social se tiene de modo típico, antes de la guerra, en el ejército. Un círculo restringido de oficiales desprovistos del prestigio de los jefes (viejas clases dirigentes agrarias, nuevas clases industriales) tiene bajo su mando una casta de oficiales subalternos burocratizada (pequeña burguesía) la cual es incapaz de servir como nexo con la masa de soldados indisciplinada y abandonada a sí misma. En la guerra todo el ejército es obligado a reorganizarse desde abajo, luego de eliminar varios grados superiores y de transformar a la estructura organizativa correspondiente el advenimiento de una nueva categoría de oficiales *subalternos*. Este fenómeno preanuncia el desenvolvimiento análogo que el fascismo cumplirá a escala más vasta en relación al Estado» (Gramsci, «La situazione italiana e i compiti del Pci», cit.: 491-492). La referencia es transparente: el cambio en el estado mayor corresponde a las modificaciones de poder, que ven una posición de predominio del capitalismo financieron; el movimiento fascista corresponde a los cuadros intermedios subalternos, pero nuevos, (y no es por casualidad que tal objetivo este subrayado).

40 Organización fascista de niños [N. del T.].

mismos afiliados, al interior de la burguesía y con las masas populares en su conjunto. Bastará recordar, para confirmar esta tendencia, el informe de Gramsci en el Comité Central, en agosto de 1924[41], la evaluación de la política fascista en la *Tesis de Lyon*[42] y, en fin, el texto más conocido, *Algunos temas de la cuestión meridional*. Todas estas orientaciones se unen en la convicción de que el fascismo no podía ser una respuesta a la crisis de la burguesía: la única respuesta posible era la obrera.

Esto comportaba una falta de profundización en las consecuencias ligadas a los nuevos instrumentos de dirección y organización política surgidos con el fascismo, y entonces una constante tendencia a sobrevalorar las rupturas internas del mismo; esto es, como se dice en la tesis 18 *bis*, el «desequilibrio entre la relación real de las fuerzas sociales y la relación de las fuerzas organizadas, por el que a un aparente retorno a la normalidad y estabilidad corresponde una agudización de los contrastes, prontos a irrumpir a cada instante por nuevas vías». El Informe dado por Gramsci a la dirección del partido en agosto de 1926, está todo encaminado a aprehender la acumulación de los elementos de la crisis y su insuperabilidad por parte del fascismo. El análisis está dirigido a recoger la posibilidad de reproducirse de una nueva situación similar a la verificada luego del crimen Matteotti, pero mucho más amplia y profunda y para la cual era necesario prepararse:

> Nuestro partido debe encarar el problema general de las perspectivas de la política nacional. Los elementos pueden ser fijados así: si bien es cierto que políticamente el fascismo puede tener como sucesor una dictadura del proletariado –dado que ningún partido o coalición intermedia está en posibilidades de dar ni siquiera una mínima satisfacción a las exigencias económicas de las clases trabajadoras que irrumpirían violentamente en la escena política en el momento de la ruptura de las relaciones existentes– no es sin embargo cierto y ni siquiera probable que el paso del fascismo a la dictadura del proletariado sea inmediato[43].

41 Cfr. Antonio Gramsci (1971), «La crisi italiana» (13 de agosto 1924), en *La costruzione del Partito comunista 1923–1926*, Turín, Einaudi, Turín: 28 y ss.

42 Cfr. las tesis 15-18 bis (Gramsci, *La situazione italiana e i compiti del Pci*, cit.: 495-498).

43 Ibídem: 119. Sobre esta base Gramsci fijaba las tareas del partido tendientes a «restringir al mínimo la influencia y organización de los partidos que pueden constituir la coalición de izquierda» y «hacer que el interludio democrático sea lo más corto posible» (Ibídem: 120).

Pocos meses después, como es sabido, serán impuestas las leyes de excepción y casi todo el grupo dirigente del partido será arrestado. El problema entonces está justamente aquí; el análisis de los desplazamientos sociales profundos –aquellos que Gramsci llamaba la radicalización a la izquierda de las masas pequeño-burguesas– la identificación de los elementos explosivos y de las líneas de ruptura, llevaba a no valorar plenamente el modo de operar, en relación a situaciones similares, de los instrumentos de dirección política introducidos por el fascismo, precisamente aquel desequilibrio anteriormente citado, entre las fuerzas sociales y las organizadas.

Entre el juicio consignado en estos escritos y aquel presente en los *Cuadernos*, el cambio se refiere a la posibilidad subrayada con fuerza por Gramsci, de desarrollo y arreglo organizativo de una formación social, por muy marginal e incapaz de «hacer época» sea esta posibilidad. Tal diferencia encuentra su eslabón en el operar de esos criterios de ciencia política formulados por Marx en el «Prefacio» del 59 –y que constituyen el fundamente teórico de la revolución pasiva– y en el registro del dato histórico de la transición del fascismo de un sistema reaccionario a uno totalitario. La crisis de los años veinte, en cuanto crisis general y orgánica, imponía a la burguesía una respuesta general, no dirigida al pasado sino original y creativa: si la derrota de la clase obrera y de su propuesta de organización de la sociedad y de la producción era una condición preliminar, ello sin embargo no constituía una garantía de por sí suficiente para dar validez a una respuesta de derecha, capaz de englobar los elementos objetivos de la crisis. Tal respuesta no podía ser más que un proceso donde se entrelazaban economía y política, sociedad y Estado.

En este planteo más amplio se inserta una ulterior especificación del cesarismo moderno y la adopción de instrumentos analíticos más penetrantes que tienden a superar la inserción del fenómeno fascista en el esquema del cesarismo. Justamente las observaciones sobre el fascismo desarrolladas por Gramsci en relación a las modificaciones de los partidos en el curso de una crisis orgánica, están estrechamente ligadas a una cuestión más general que tiene en los *Cuadernos*, como es sabido, un lugar central: la modificación del Estado en la edad del imperialismo y el consiguiente paso en la ciencia política de la categoría de la revolución permanente y a aquella de hegemonía civil:

> La técnica política moderna se ha transformado completamente después del 48, después de la expansión del parlamentarismo, del

> régimen asociativo sindical y de partido, de la formación de amplias burocracias estatales y «privadas» (político-privadas, de partido y sindicales) y de las transformaciones ocurridas en la organización de la política en sentido amplio, o sea no solo del servicio estatal destinado a la represión de la delincuencia, sino al conjunto de las fuerzas organizadas por el Estado y los particulares para tutelar el dominio político y económico de las clases dirigentes (C 13, 27: 66).

En relación a la extrema articulación del Estado moderno, la mecánica de la solución cesarista se complica en cuanto implica involucrar amplios estratos sociales y una reclasificación de sus relaciones, una «explicitación» de las relaciones entre aparatos del Estado y capas sociales en los cuales hunden sus raíces; la situación está absolutamente desconocida en el pasado (en ello se refieren las observaciones sobre el papel militar indirecto de la burocracia citado con anterioridad). El punto más significativo de esta conexión entre cesarismo y transformación del Estado es la identificación del partido como canal fundamental de esta reorganización del bloque dominante e instrumento de la guerra de posiciones.

La socialización de la producción y la estandarización del modo de pensar y obrar de grandes masas humanas, torna siempre más débil y «ocasional» la solución carismática como instrumento de organización. La crítica de Gramsci a la casuística propuesta por Michels, y más específicamente al papel carismático de Mussolini es neta y precisa, tanto por subrayar algunos datos históricos (el papel de Mussolini como «jefe» está ligado a la prohibición de otras organizaciones políticas) como sobre todo por el hecho de que «el llamado «carisma»[...], en el mundo moderno coincide siempre con una fase primitiva de los partidos de masas» (C 2, 75: 269[44]). Pero hay mucho más. El análisis de los caracteres y el papel de este instrumento está íntimamente ligado a las cuestiones planteadas por las crisis orgánicas y por la separación entre las

44 «tanto más sucede este fenómeno –prosigue Gramsci– cuanto más el partido nace y se forma no sobre la base de una concepción del mundo unitaria y rica de posibilidades por ser expresión de una clase históricamente esencial y progresista, sino sobre la base de ideologías incoherentes y embrolladas, que se nutren de sentimientos y emociones que aún no han alcanzado el punto terminal de disolvencia, porque las clases [o la clase] de la cual es expresión, aunque en disolución, históricamente, tienen todavía una cierta base y se aferran a las glorias del pasado para hacer de ellas un escudo contra el futuro».

masas y los aparatos de hegemonía, dentro de los cuales tendía a reconocerse antes «la base histórica del Estado se ha trasladado. Se tiene una forma extrema de sociedad política: o para luchar contra lo nuevo y conservar lo vacilante fortaleciéndolo coercitivamente, o como expresión de lo nuevo para destruir las resistencias que encuentra en su desarrollo, etcétera» (C 7, 28: 165).

Es la identificación de una situación totalitaria, caracterizada por una restructuración profunda de la organización social nacional:

> Una política totalitaria tiende precisamente a: 1) obtener que los miembros de un determinado partido encuentren en este solo partido todas las satisfacciones que antes hallaban en una multiplicidad de organizaciones, o sea a romper todos los lazos que ligan a estos miembros a organismos culturales extraños; 2) a destruir todas las organizaciones o a incorporarlas en un sistema del cual el partido sea el único regulador (C 6, 136: 104).

Con la introducción de la categoría del totalitarismo, se va mucho más allá en el análisis de los fenómenos históricos contemporáneos (fascismo, pero también experiencia soviética) de lo que puede recabarse del esquema del cesarismo; sobre todo cuando se subraya la amplitud y profundidad de la implicación de las masas que el desarrollo de esta forma de organización política comporta. Las observaciones gramscianas sobre las funciones de policía del partido (C 14, 34: 125) –que constituyen un juicio específico sobre el papel estatal asumido por el partido en la sociedad civil– son una explicitación muy clara de esta dimensión de masa. El carácter de masa de los partidos modernos y su ramificación en la sociedad civil y en consecuencia la difusión de una red capital en distintos estratos de la sociedad de «agentes voluntarios de la autoridad»[45], torna posible un control absolutamente desconocido en el pasado. Si este papel del partido no puede separarse de la transformación y articulación de la sociedad civil en la era del imperialismo, y por tanto se trata de un fenómeno común en todos los países, la tendencia sin embargo a soluciones totalitarias está íntimamente vinculada a la amplitud y profundidad del fenómeno de la salida de la pasividad de grandes masas y por tanto a la crisis de los instrumentos de

45 Andrzej Stawar (1973), *Liberi saggi marxisti*, Florencia, La Nuova Italia, Florencia: 9.

dirección política. Pero yo diría que el elemento más significativo ligado al análisis del fenómeno totalitario es el desplazamiento implícito en él: se pasa de los procesos de reorganización del bloque social dominante (que, como he tratado de demostrar es el punto central del cesarismo moderno) a las *formas* de dominio sobre el conjunto de la sociedad, o sea, a la redefinición de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política. Como se afirmó correctamente también en otras investigaciones recientes[46], la distinta reglamentación de la relación ciudadano-partido-Estado marca una diferencia profunda entre una solución autoritaria y policial y una totalitaria. Un elemento caracterizante del totalitarismo es el estrecho relacionamiento entre partido y Estado, o sea, el desarrollo de elementos del régimen sobre los cuales Gramsci daba un juicio muy agudo: «Mussolini se sirve del Estado para dominar al partido, y del partido, solo en parte, en los momentos difíciles, para dominar al Estado» (C 2, 75: 269).

Las observaciones más generales que Gramsci desarrolla sobre la redefinición de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política me parecen de gran importancia, tanto por su capacidad de penetración, como por la «modernidad» de las intuiciones que contienen. Ante todo, el registro de la modificación de las características y del papel del partido en una situación totalitaria: sus funciones ya no son más aquellas estrictamente políticas, sino «técnicas de propaganda, de policía, de carácter moral»; consecuentemente tiende a acentuarse su carácter de organismo pretoriano, de canal de organización militar y pasiva del consenso. En los partidos totalitarios de masas, las masas

> no tienen otra función política que la de una fidelidad genérica, de tipo militar, a un centro político visible o invisible (a menudo el centro visible es el mecanismo de mando de fuerzas que no desean mostrarse a plena luz sino operar solo indirectamente y por interpósita persona y por «interpósita ideología»). La masa es simplemente de «maniobra» y es «ocupada» con prédicas morales, con aguijones sentimentales, con mitos mesiánicos en espera de edades fabulosas en las que todas las contradicciones y miserias presentes serán automáticamente resueltas y sanadas (C 17, 37: 327).

46 Cfr., entre otros, al estudio de Adrian Lyttelton (1974), *La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929*, Bari, Laterza: 242.

Tal modificación del partido en un régimen totalitario no se puede separar de su asumir prerrogativas monárquicas que se transforman así en el instrumento fundamental de conexión con los sin partido o de atribución al partido totalitario de un papel de mediación y arbitraje en los conflictos entre las capas dominantes (C 7, 93, 202[47]). La explícita llamada de atención que Gramsci hace en cuanto al análisis del papel del Gran Consejo del fascismo, no es ciertamente casual; se había ya producido aquella penetrante modificación instrumental que es la atribución de funciones estatales constitucionales a un organismo privado (o sea, la constitucionalidad del Gran Consejo) y se había transformado en operativa aquella reforma de la representación política que asignaba a este organismo un papel de mediación esencial en la compilación de la lista única[48]. Si en el análisis de la forma de organización totalitaria que sustituía a la liberal (desaparecer a los partidos y por tanto vaciar al Parlamento) Gramsci enfatiza enérgicamente la debilidad de la solución burocrática que no elimina los contrastes sociales y políticos, que tienden a presentarse otra vez en formas distintas que aquellas garantizadas por los mecanismos del Estado liberal[49]; a mí, sin embargo, me parece que el conjunto de estas notas adquiere toda su relevancia solo cuando se le liga estrechamente al modo de funcionar de la categoría de la revolución pasiva como crítica al economicismo. El discurso de Gramsci se desarrolla en torno a dos cuestiones que tienen su raíz común en la relación entre forma política y realidad económica. Contra la ideología de la «terza

47 Aún más claramente cfr. C13, 21: 51: «Con el partido totalitario estas fórmulas [del rey o del presidente de la República que «reina pero no gobierna»] pierden significado y son por lo tanto disminuidas las isntituciones que funcionaban en el sentido de tales fórmulas; pero la función misma es incorporada por el partido, que exaltará el concepto abstracto de «Estado» y buscará por diuversos medios dar la impresión de que la función «de fuerza imparcial» es activa y eficaz»

48 Para una caracterización de las funciones de este organismo, cfr. Alberto Aquarone (1965), *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, Einaudi: 151 y ss. Un ejemplo fundamental de incomprensión de la experiencia y de interpretación de las transformaciones por ella producidas en el plano institucionale en términos moralistas (ilegalización de la ilegalidad) está dado por el ensayo de Piero Calamandrei, «La funzione parlamentare sotto il fascismo», en Alberto Aquarone y Maurizio Vernassa (eds.) (1974), *Il regime fascista*, Bolonia, Il Mulino: 57 y ss.

49 Las contradicciones tienden a representarse, aunques sea de formas diversas al interior del nuevo sistema constituido por un canal de expresión (partido único) cfr. las notas sobre el parlamentarismo negro o tácito (C 14, 74: 167); sobre las constituciones de partidos de la peor especie, (C 15, 48: 221); sobre la tradicción de las cuestiones políticas en formas culturales con la consecuencia de hacerlas insolubles (C 17, 37: 326-327).

via», de matriz pequeño-burguesa y hecha propia por el fascismo, Gramsci insiste que «no se puede abolir una "pura" forma, como es el parlamentarismo, sin abolir radicalmente su contenido, el individualismo, y esto en su preciso significado de "apropiación individual" de la ganancia y de iniciativa económica para la ganancia capitalista individual» (C 14, 74: 167). Pero al mismo tiempo rechaza considerar la solución burocrática llevada a cabo por el régimen totalitario, en términos de coerción pura, por la cual, una vez eliminada esta, sería posible un retorno al pasado:

> Teóricamente lo importante es demostrar que entre el viejo absolutismo derrocado por los regímenes constitucionales y el nuevo absolutismo hay una diferencia esencial, por lo cual no es posible hablar de un regreso; no solo esto, sino demostrar que tal «parlamentarismo negro» está en función de necesidades históricas actuales; es un «progreso» en su género [...]. Teóricamente me parece que se puede explicar el fenómeno en el concepto de «hegemoní»', con un retorno al «corporativismo» […] en el sentido moderno de la palabra, cuando la «corporación» no puede tener límites cerrados y exclusivistas, como era en el pasado; hoy es corporativismo de «función social», sin restricciones hereditarias o de otro (Q14, 74: 167-168).

Es una aplicación muy límpida de la categoría de la revolución pasiva, ya que individua a través de las modificaciones de las formas políticas (de una estructura liberal a una totalitaria) el registro de fenómenos irreversibles que funcionan en la sociedad civil (la imposibilidad de contener en una dimensión «privada» la organización de las fuerzas productivas). En este sentido el retorno al parlamentarismo liberal habría sido un «regreso antihistórico».

En este punto es posible, en relación a los elementos presentados en las observaciones anteriores, proponer algunas cuestiones generales que permiten, a mi entender, profundizar ulteriormente la importancia y magnitud de las categorías analíticas utilizadas por Gramsci.

Las notas de Gramsci sobre el parlamentarismo, citadas anteriormente, están cargadas de elementos significativos: conocimiento de la profundidad de las raíces de estas instituciones representativas y por otra parte ya presentes desde el periodo de *L'Ordine Nuovo* y en el rechazo al abstencionismo del Bordiga; crítica de la solución burocrática como superación ficticia, pero al mismo tiempo conocimiento de su fundamento en procesos reales y en consecuencia la imposibilidad de

un retorno al pasado. Efectivamente, este conjunto de observaciones gramscianas contribuyen a plantear el problema de la organización de la democracia después del fascismo, aunque luego algunas indicaciones específicas sobre este problema no fueron comprobadas (y obviamente no podía ser de otra manera). Es indudable que, sin embargo, en relación a este nudo problemático, se encuentra planteada la tormentosa cuestión de la constituyente que Gramsci sostenía como objetivo democrático intermedio, en polémica explícita con la línea del partido de la Internacional comunista[50]. Sobre el significado a atribuir a esta posición gramsciana se ha desarrollado recientemente una orientación tendencialmente reductiva de la novedad de esta propuesta; no en el sentido que la misma no registrase una marcada diferenciación con las opciones políticas del Partido Comunista de Italia –el «puño en el ojo» recoge felizmente la claridad de contraste– sino en el sentido de que esta propuesta no señalaba un cambio en las posiciones sostenidas por Gramsci y el partido hasta 1926, y aún más específicamente, que señalaba una diferencia táctica y no estratégica con la línea oficial: la constituyente permanecía entonces en la impostación gramsciana, tal como lo refiere Athos Lisa, como una fórmula de agitación[51]. Si los argumentos que sostienen este juicio son indudablemente fundados –permanencia en la línea de la perspectiva doble– yo creo que deben ser tomados en cuenta otros elementos que contribuyen a caracterizar mejor la cuestión.

El primer elemento se encuentra en las cartas de Terracini desde la cárcel, recientemente publicadas: en una carta de julio-agosto de 1930, criticando la línea del viraje, recuerda cómo desde 1928 él sostenía junto con Gramsci y Scoccimarro una fase democrática como la más probable y realista a la forma política de sustitución del fascismo[52]. Con relación

50 Sobre esta cuestión ver últimamente el escrito de Massimo Salvadori (1976), «Gramsci e il Pci: due concenzioni dell'egemonia», en *Mondoperaio*; Paolo Spriano (1977), «Gramsci in carcere e il partito», en *Rinascita,* núm. 13; un juicio distinto de Buci-Glucksmann, *Gramsci e lo* Stato, cit.: 281 y ss., que me parece forzado en sentido opuesto de «anticipación».

51 «Las perspectivas revolucionarias en Italia deben ser dos, la perspectiva más probable y la menos probable. Ahora en mi opinión la más probable es la del periodo de transición. Por lo tanto, a este objetivo debe encaminarse la táctica del partido, sin temor de aparecer poco revolucionario. Debe hacer suya, antes que los demás partidos en lucha contra el fascismo, la consigna de la «Constituyente», no como fin en sí mismo, sino como medio» (Athos Lisa (1973), *Memorie. In carcere con Gramsci*, Milán, Feltrinelli, Milán: 88).

52 Umberto Terracini (1975), *Sulla svolta. Carteggio clandestino del carcere 1930–1932*, Milán, La Pietra, Milán: 15 y ss., y aún más clara y pausadamente en 35 y ss.

a esta orientación, que acentúa la línea elaborada antes del arresto, solo un aspecto de la doble perspectiva, la posición formulada por Gramsci en la cárcel de Turi, presenta un nuevo dato; esto es, el objetivo de la constituyente que no estaba presente en las consignas transitorias lanzadas por el partido desde el X Pleno[53]: la constituyente era un objetivo de las fuerzas democráticas y aludía a la cuestión de la reorganización del Estado.

Hay sin embargo un segundo elemento que es aún más significativo y torna claro el objetivo indicado por Gramsci: la cuestión de la constituyente, como se sabe, y sobre todo la definición negativa respecto de ella de parte del movimiento obrero, constituye uno de los nudos políticos más grandes de la experiencia histórica de la primera posguerra. El rechazo de la constituyente y el «hacer como en Rusia» definían el horizonte revolucionario del socialismo italiano y los términos de su iniciativa política. La reproposición por parte de Gramsci de este objetivo debía tener, conscientemente –al interior del énfasis en la necesidad de la iniciativa política y de objetivos intermedios como partes integrantes del proceso revolucionario– el significado de ir más allá de las consignas de agitación para encontrar instrumentos transitorios, pero capaces de expresar concretamente la unificación de las masas en la voluntad de cambio. En una nota de 1932 Gramsci reflexiona sobre la experiencia de las elecciones de 1919 y proporciona una pista más para hacer aún más clara la propuesta de la constituyente:

> Puede afirmarse que las elecciones de 1919 tuvieron para el pueblo el carácter de Constituyente […] si bien no lo hayan tenido para «ningún» partido de la época: en esta contradicción y distanciamiento entre el pueblo y los partidos consistió el drama histórico de 1919, que fue comprendido inmediatamente solo por algunos grupos dirigentes más avisados e inteligentes […]. El pueblo, a su manera, miraba el futuro […]; los partidos miraban el pasado (solo el pasado) concretamente y al futuro «abstractamente», como «tened confianza en vuestro partido» y no como concreción histórico-política constructiva […]. En realidad

53 Cfr. la orientación expresada por Togliatti en restablecer el significado de la consigna del partido (Asamblea republicana sobre la base de comités obreros y campesinos): Palmiro Togliatti (1972), «Osservazioni sulla politica del nostro partito», en *Opere*, vol. II, Roma, Editori Riuniti, Roma: 410, y «Rapporto sulla questione italiana al segretariato latino del VI congresso dell'IC», en *Opere*, vol. II, Roma, Editori Riuniti, Roma: 526.

> los giolittianos fueron los triunfadores de las elecciones, en el sentido de que imprimieron el carácter de constituyente sin constituyente a las elecciones mismas y consiguieron atraer la atención del futuro al pasado (C 19, 19: 383[54]).

Esta es una nota que proporciona no solamente puntos de reflexión crítica sobre «los momentos de vida intensamente colectivos» sino que contribuye a hacer más claras las reflexiones sobre la experiencia totalitaria, y particularmente aquellas sobre el «parlamentarismo negro», es decir, sobre la necesidad, aun excluyendo «cuidadosamente toda [...] apariencia de apoyo a las tendencias «absolutistas»» (C 14, 76: 168), de asumir como punto de partida el carácter no «regresivo» de la sustitución del viejo parlamentarismo.

No es mi intención con estas observaciones dar una respuesta concluyente a las cuestiones ligadas a las orientaciones políticas de Gramsci de los años treinta, y menos aún sugerir una interpretación «togliattiana» que no tendría sentido. Simplemente pienso que no es posible analizar esta cuestión sin relacionarla con la forma de operar de la categoría de revolución pasiva: ¿en qué medida la individuación de un proceso de transformación gestionado desde «lo alto», como respuesta capitalista a los problemas planteados por la crisis de hegemonía, se traduce en la definición de una forma política de la transición adecuada al nuevo nivel del enfrentamiento? (La forma política de la guerra de posiciones). De los elementos enumerados anteriormente me parece poder decir que para Gramsci el problema está claro; y una confirmación de esto puede recabarse de la profundización del juicio con el cual Gramsci acompaña el análisis de los fenómenos ligados a la revolución pasiva, o sea, aquellos de su «transitoriedad»: tal es el caso del cesarismo moderno (posibilidades *marginales* de desarrollo de una formación económico-social); es así en las observaciones relativas a las formas modernas de absolutismo; y así es, en términos generales, en las notas sobre las relaciones de fuerza, el juicio de «ocasional» con el cual señala los esfuerzos de conservación de una formación social históricamente superada. Lo «transitorio» de estos fenómenos, dice Gramsci, está en su «no hacer época»: «debe observarse cómo demasiado a menudo se confunde el «no hacer época» con la escasa duración «temporal»; se puede «durar» largo tiempo, relativamente, y no «hacer época»; las

54 La primera hechura de la nota está en el C 9, 103: 76.

fuerzas de viscosidad de ciertos regímenes son a menudo insospechadas, especialmente si estos son «fuertes» por la debilidad ajena, incluso procurada» (C 14, 76: 168). ¿En qué relación está la categoría de la revolución pasiva, como instrumento de análisis del desarrollo histórico y de las transformaciones, con este juicio de transitoriedad? (El modo de operar de la contradicción en ausencia de elementos activos de manera dominante). La contradicción es solo aparente y aquel juicio no puede resolverse en una evaluación simplista de los procesos reductibles a la revolución pasiva: el no hacer época sirve para señalar los límites extremos dentro de los cuales aquellos procesos, y la misma categoría de la revolución pasiva, pueden desarrollarse, es decir, modificación y transformación de una formación económico-social, pero no su superación, y por tanto definición de relaciones sociales de producción nuevas, capaces de marcar una época entera. En el interior de este marco, los fenómenos ligados a la revolución pasiva, aun si no hacen época, no son por esto menos reales: no es ciertamente casual que sobre el terreno de lo «ocasional» suceda la organización y conciencia de las propias tareas por parte de las «fuerzas antagónicas», o sea, por parte del movimiento obrero.

IV. Revolución pasiva, fascismo, americanismo y fordismo

El análisis de las formas políticas que tienden a sustituir a las liberales está completamente incluida en la categoría de revolución pasiva, como se trató de explicar en las páginas anteriores: El carácter antiobrero del fascismo está fuera de discusión –la debilidad del movimiento socialista es la condición principal para una solución reaccionaria– el acento sin embargo está puesto por Gramsci en los elementos de cambio necesario para la reconstrucción del aparato hegemónico de las clases dominantes: el aspecto dinámico-procesal, la transformación, está en su restauración. Si la raíz de la «crisis de autoridad» en la primera posguerra está en la salida de la pasividad de grandes masas y en el desarrollo de su organización autónoma (la «cuestión sindical»), una respuesta restauradora no puede encontrarse si no es a partir del nivel alcanzado por el enfrentamiento clasista, y sin expresar una forma de organización de las funciones productivas. Las notas sobre el cesarismo y aún más aquellas sobre el totalitarismo son explícitas en enumerar estos cambios.

El análisis de las formas políticas asumido por la restauración recoge sin embargo solo un aspecto de la definición del fascismo como

revolución pasiva, y más específicamente aquel ligado al gobierno de las masas. Se trata de un aspecto ciertamente muy importante, pero no separable del análisis de la respuesta que se tiende a dar a la gran cuestión abierta por lo menos desde la Primera Guerra Mundial, o sea, la crisis del capitalismo. Las formas políticas de la restauración (gobierno de las masas) están íntimamente ligadas a las formas económicas con las que se organiza la producción y se garantiza el desarrollo (gobierno de la economía). Es justamente en la particularidad de las formas de gobierno de la economía realizadas por el fascismo, que Gramsci individualiza los elementos esenciales de la revolución pasiva, el ser protagonistas los «hechos» y no los «hombres individuales».

> La revolución pasiva se verificaría en el hecho de transformar la estructura económica «reformistamente» de individualista a economía planificada (economía dirigida) y el advenimiento de una «economía media» entre la individualista pura y la planificada en sentido integral, permitiría el paso a formas políticas y culturales más avanzadas sin cataclismos radicales y destructivos en forma exterminadora (C 8, 236: 345).

El corporativismo sería el instrumento a través del cual realizar esta «economía media», y como tal su evaluación no puede ser separada del análisis del «americanismo» («¿Puede el americanismo ser una fase intermedia de la actual crisis histórica?»: C 1, 61: 134), que es un nudo temático complejo y cuyos aspectos particulares trataré de aislarlos en las páginas sucesivas.

Las observaciones sobre el corporativismo, hechas en la crítica a un volumen de Fovel, son todas problemáticas, con dudas y en definitiva disienten de aquella que es la hipótesis de fondo del volumen en cuestión:

> Concepción de la corporación como un bloque industrial-productivo autónomo, destinado a resolver en sentido moderno y acentuadamente capitalista el problema de un ulterior desarrollo del aparato económico italiano, contra los elementos semifeudales y parasitarios de la sociedad que sacan una tajada demasiado grande de la plusvalía, contra los llamados «productores de ahorro» (C 22, 6: 73[55]).

55 «En el bloque industrial-productivo el elemento técnico –dirección y obreros– debería tener el predominio sobre el elemento «capitalista» en el sentido más «mezquino» de la palabra, o sea que la alianza entre capitanes de industria y

Sin embargo, con todas estas cautelas, las reflexiones de Gramsci plantean el problema: en qué medidas el fascismo además de ser una forma de reacción antiobrera es también un instrumento a través del cual se produce un proceso de modernización del aparato productivo italiano, sin que ello provoque sacudidas sociales de proporciones catastróficas, y más concretamente un instrumento de dos caras: de defensa de las capas medias y de restructuración capitalista y financiera; una forma entonces de organización social y política burguesa que repite dentro de sí, intentando mediar las contradicciones generales del capitalismo italiano. Van en esta dirección, tanto los juicios de Gramsci sobre la *posibilidad* del corporativismo de llevar a cabo este papel[56], y la pregunta sobre Fovel y las fuerzas eventuales que lo sostienen (C 22, 6: 72[57]), como los juicios sobre el papel desarrollado por el corporativismo hasta ese momento:

> La orientación corporativa ha funcionado para sostener posiciones peligrosas de clases medias, no para eliminar estas, y se está convirtiendo cada vez más, por los intereses creados que brotan de la vieja base, en una máquina de conservación de lo existente tal como es y no un motor de propulsión. (C 22, 6: 76).

Aún si esa cuestión, dentro de estos términos, permanece sin resolver y solo es propuesta, Gramsci introduce otro elemento muy importante, que sirve para dilucidar algunas dudas ya presentes y señalar el desarrollo de un fenómeno, cada vez más consistente y decisivo en los años siguientes: el papel del Estado. Reflexionando sobre la duración y gravedad de la crisis económica de 1929, y sobre medidas financieras

---

pequeños burgueses ahorradores debería sustituirse por un bloque de todos los elementos directamente eficientes en la producción, que son los únicos capaces de reunirse en Sindicato y por consiguiente de constituir la Corporación productiva (de donde se deriva la consecuencia extrema, sacada por Spirito, de la Corporación propietaria)» (C 22, 6: 73).

56 «el movimiento corporativo existe y en algunos aspectos las realizaciones jurídicas ya operadas han creado las condiciones formales en las que la transformación técnico-económica puede llevarse a cabo en gran escala, porque los obreros no pueden oponerse a aquella ni pueden luchar para convertirse ellos mismos en sus abanderados» (C 22, 6: 75).

57 En otra nota, hablando irónicamente de la «fanfarronería fordista» registrada en Italia, subrayada como «aunque el desarrollo es lento y lleno de comprensibles cautelas, no se puede decir que la parte conservadora, la parte que representa la vieja cultura europea con todos su residuos parasitarios, careza de antagonistas» (C 22, 2: 67).

adoptadas por el Gobierno fascista, Gramsci señala el nuevo papel que el Estado puede asumir, una vez que se potencia y usa conscientemente la función económica desarrollada tradicionalmente por el Estado Italiano, como es la emisión de títulos del Estado, a causa de la «desconfianza de los ahorradores hacia los industriales». Tal papel prueba un atraso general y la ausencia de una base financiera madura para el desarrollo de la industria, y puede devenir el primer jalón de una transformación del conjunto, asignando con ello al Estado aquel papel de agente de transformación y conservación que ninguna fuerza política o clase dominante (aun fuerte) sería capaz de llevar a cabo. Gramsci ve claramente las consecuencias ligadas al potenciamiento de la función económica del Estado:

> Pero, una vez asumida esta función, por necesidades económicas imprescindibles, ¿puede el Estado desinteresarse de la organización de la producción y del cambio?, ¿dejarla como antes, a la iniciativa de la competencia y a la iniciativa privada? [...]. El Estado es empujado así necesariamente a intervenir para controlar que las inversiones efectuadas por su trámite sean bien administradas y así se comprende un aspecto al menos de las discusiones teóricas sobre el régimen corporativo. Pero el puro control no es suficiente. En efecto, no se trata solo de conservar el aparato productivo tal como es en un momento dado; se trata de reorganizarlo para desarrollarlo paralelamente al aumento de la población y de las necesidades colectivas (C 22, 14: 91).

Pero una vez más la tendencia hallada se dirige a las relaciones de fuerza concretas entre las clases y al interior mismo de la clase dominante, para señalar aquí no solo la posibilidad, sino también las formas concretas de esa tendencia: una reestructuración radical que evidentemente no era el caso de Italia, o la realización de un compromiso cuyo precio pagan en definitiva las masas populares:

> En otros países [...] los ahorradores están separados del mundo de la producción y del trabajo; el ahorro ahí es 'socialmente' demasiado caro, porque se obtiene con un nivel de vida demasiado bajo de los trabajadores industriales y especialmente agrícolas. Si la nueva estructura crediticia consolidara esta situación, en realidad habría un empeoramiento: si el ahorro parasitario, gracias a la garantía estatal, no tuviera ya ni siquiera que correr los riesgos generales del mercado normal, la

> propiedad agrícola parasitaria se reforzaría por una parte y por otra las obligaciones industriales, con dividendo legal, ciertamente gravarían sobres el trabajo en forma aún más aplastante (C 22, 14: 92).

El Estado entonces es señalado como posible sede institucional de unificación de renta y ganancia.

Todas las observaciones de Gramsci antes mencionadas en relación al corporativismo, en esta perspectiva tienen espesor y adquieren una relevancia mayor en concordancia con las indicaciones planteadas y entre otras, en la primera página de sus notas:

> Cuestión de si el desarrollo debe tener el punto de partida en el seno del mundo industrial o productivo o puede provenir del exterior, por la construcción cautelosa y masiva de una armazón jurídica formal que guíe desde el exterior los desarrollos necesarios para el aparato productivo (C 22, 1: 61-62).

Sin querer siquiera intentar esbozar en este trabajo un análisis comparado entre la reflexión gramsciana y la elaboración contemporánea del partido comunista, bastará solamente mencionar algunos elementos como documentación de las dificultades para plantear la relación corporativismo-capitalismo de Estado. En los pocos escritos dedicados por *Lo Stato operaio* a este problema, el juicio oscila entre una definición nominalista del fenómeno –el corporativismo como la forma fascista de la dictadura del capital financiero en Italia[58]–, y su fuerte subordinación a la política preparatoria de la guerra[59]. El fundamento de esta oscilación estaba en la dificultad de comprensión del fenómeno de capitalismo de Estado: la tendencia era, o entenderlo en el ámbito de la experiencia de la guerra mundial (censo, control y decisiones sobre el destino de los recursos) o en aquel de la experiencia soviética (el capitalismo de Estado presuponía la conquista del poder político por parte de la clase obrera[60]). Un uso distinto de esta

58 E. Donati (1933), «Temi della demagogia fascista», en *Lo Stato operaio*: 33.

59 Cfr. la Resolución del Comité Central en 1934, «La lotta contro lo Stato corporativo e contro la guerra», en *Lo Stato operaio*, 270 y ss.. Ver también Ruggiero Grieco (1934), «Della giusizia sociale corporativa», en *Lo Stato operaio*: 794 y ss.; «Note sull'ordinamento corporativo», en *Lo Stato operaio*, 1934: 876 y ss.; «L'inganno corporativo e le posizioni del fascismo di sinistra», en *Lo Stato operaio*, 1935: 7 y ss.

60 E. Donati, cit.: 31: «El capitalismo de Estado presupone, en todo caso, la clase obrera y los campesinos trabajadores al poder».

categoría habría significado acceder a la tesis de la posibilidad del capitalismo de resolver sus contradicciones y a la concepción del Estado como una realidad superior a las clases. La comprensión de los procesos en marcha a escala internacional y más específicamente los italianos (corporativismo) resultaba mucho muy limitada. Solo las grandes páginas dedicas por Togliatti al corporativismo en su *Lezioni* se pueden acercar a la riqueza analítica de las reflexiones gramscianas, sobre todo el modo de analizar los fenómenos (confirmación del planteo común del nudo teoría-movimiento): evaluación del corporativismo en una dimensión mucho más amplia de la preparación fascista para la guerra, y un fuerte impulso a desplazar el acento del aspecto ideológico al análisis de los procesos reales. Sorprende bastante entonces que, en el ensayo importante, aunque muy discutible, dedicado por Sereni a los análisis de los comunistas italianos sobre el capitalismo de Estado[61] falte cualquier referencia a las reflexiones carcelarias de Gramsci sobre estos temas. La subestimación de la magnitud del juicio sobre el fascismo como «forma» de la revolución pasiva, ya mencionada por Buci-Glucksmann[62], es parte de una cuestión más amplia, de la que el ensayo de Sereni es una expresión significativa, esto es, de la existencia en el grupo dirigente del PCI ya en los años treinta de líneas distintas de aproximación y evaluación del fascismo, y en términos más generales, del propio imperialismo. Esto explica no solo la subestimación de Gramsci, sino la singularidad de los juicios otorgados por Sereni a las *Lezioni* de Togliatti y sobre el volumen de Grifone: esto representaría un punto importante de la reflexión sobre el capitalismo monopolista de Estado, mientras las primeras, aunque sí «agudísimas» están privadas de cualquier «explícita» referencia de tal fenómeno, con la consecuencia de borrar u oscurecer el elemento caracterizante hallado por Lenin en el capitalismo monopolista de Estado, o sea el «mecanismo único»[63]. Lo que es criticado y en definitiva rechazado por Sereni es la posibilidad de alcanzar un análisis y comprensión del fenómeno asumiendo como central las categorías políticas.

De los elementos analíticos, rápidamente mencionados con anterioridad, resulta claro que la evaluación que Gramsci tiende a dar a estos

61 Emilio Sereni (1927), «Fascismo, capitale finazierario e capitalismo monopolistico de Stato nelle analisi dei comunisti italiani», en *Critica marxista,* núm. 5.

62 Buci-Glucksmann, *Gramsci e lo Stato*, cit.: 346.

63 Sereni, cit.: 45. Para el conjunto de observaciones desarrolladas en el texto, disiento del ensayo –aunque sea tan rico en elementos reflexivos– de Pasquale Santomassimo (1973), «Ugo Spirito e il corporativismo», en *Studi storici,* núm. 1.

fenómenos, es muy compleja, subraya su carácter de proceso, distingue cuánto es expresión de tendencias y cuánto es expresión de lo ocasional; es consciente de la amplitud de implicaciones ligadas a las discusiones sobre la organización del capitalismo (abiertas en el seno del mismo movimiento comunista internacional, aún antes de su arresto) y sobre todo es consciente de lo decisivo para la lucha de clases de la exacta comprensión de los procesos iniciados. Gramsci no tiene dudas sobre la contribución decisiva que la experiencia y la ideología corporativas proporcionan a la reconstitución del aparato hegemónico de las clases dominantes, asumiendo un papel de «bisagra» entre el gobierno de las masas y el de la economía. Después de reafirmar el carácter de instrumento de revolución pasiva que la intervención legislativa del Estado y la organización corporativa pueden asumir, Gramsci observa

> que tal esquema pueda traducirse en práctica y en qué medida y en cuáles formas, tiene un valor relativo: lo que importa política e ideológicamente es que eso puede tener y tiene realmente la virtud de presentarse a crear un periodo de espera y de esperanzas, especialmente en ciertos grupos sociales italianos, como la gran masa de pequeñoburgueses urbanos y rurales, y en consecuencia a mantener el sistema hegemónico y las fuerzas de coacción militar y civil a disposición de las clases dirigentes tradicionales. Esta ideología serviría como elemento de una «guerra de posiciones» en el campo económico [...] internacional (C 10 I, 9: 129-1930).

La hegemonía reconstruida sobre la base de la reorganización de la producción constituye una de las nuevas «casamatas» a entender y expurgar, y por tanto un tema crucial de la guerra de posiciones; por esto la reflexión gramsciana se desarrolla sobre este punto según dos líneas íntimamente entrelazadas, esto es, la crítica de la ideología de la revolución pasiva ligada a estas formas de gobierno de la economía y al mismo tiempo el énfasis fuerte en la realidad de esta ideología de reflejar procesos históricos reales. Si objeto específico de la crítica de la ideología de la revolución pasiva son las elaboraciones de Ugo Spirito, sobre la corporación propietaria (C 15, 36: 206-207[64]), y sobre la confusión entre Estado-clase y sociedad regulada (C 6, 12: 20[65]) es sin

64 En términos claros se establece también la conexión con Croce.

65 «La confusión de Estado-clase y Sociedad regulada es propia de las clases medias

embargo en torno de la categoría ricardiana de «mercado determinado» que Gramsci desarrolla las dos líneas de su reflexión. Si el mercado determinado se identifica con una «"determinada relación de fuerzas sociales en una determinada estructura del aparato de producción", relación garantizada (o sea hecha permanente) por una determinada superestructura política, moral y jurídica» (C 11, 52: 325), una nueva ciencia económica distinta de la que contiene la economía clásica es posible solo si se ha desarrollado un nuevo mercado determinado. La raíz de la crítica al carácter ideológico, de carácter oral y verbal, de las afirmaciones de Spirito, y más en general, de aquellas ligadas a la organización del capitalismo está aquí. Las observaciones que Gramsci desarrolla, sobre lo que constituye uno de los puntos críticos en la construcción de la organización corporativa (o sea, la relación entre sindicatos y corporaciones) son una explicitación de este planteo: la hipótesis de Spirito de absorber el sindicato en la corporación es justa y fundada, si la estructura capitalista de la sociedad es superado y por tanto «el hecho productivo ha superado al de la distribución de la renta industrial entre los diversos elementos de la producción» (C 15, 39: 211). En la realidad la situación es distinta: «la resistencia del viejo sindicalismo formal y abstracto es una forma de crítica real a afirmaciones que se pueden hacer solo sobre el papel» (C 15, 39: 211) y se comprende mejor a fuerza de la posición de Bottai que tiene más conciencia de las fuerzas y los problemas reales. Ni siquiera el registro de elementos nuevos, aunque importantes, pueden llevar según Gramsci a justificar «el planteamiento de nuevos problemas científicos»: la intervención del Estado o el papel de los monopolios, por cuanto relevantes sean con relación al pasado, no han dado vida a un nuevo «automatismo». Reproducen en cuanto a los grandes fenómenos económicos el automatismo precedente, «a escalas más grandes que las de antes, para los grandes fenómenos económicos, mientras que los hechos particulares han "enloquecido"» (C 11, 52: 326).

Pero al haber fijado estas orientaciones, esenciales para definir la relación con los procesos en marcha o para entender el carácter político-inmediato de la ideología de la superación del capitalismo, no quiere decir que los fenómenos revestidos por estas formas ideológicas sean

---

y de ellos pequeños intelectuales, que estarían felices con cualquier regularización que impidiese las luchas agudas y las catástrofes: es una concepción típicamente reaccionaria y regresiva» (C 6, 12: 20).

reducibles ellos mismos a una apariencia. La dureza del juicio de Gramsci sobre Einaudi no deja posibilidad de duda:

> Einaudi reproduce fragmentos de economistas de hace un siglo y no advierte que el «mercado» ha cambiado, que los «supuesto que» ya no son aquéllos [...] no toma en cuenta que la vida económica ha venido basándose cada vez más en una serie de producciones de gran masa y estas están en crisis: controlar esta crisis es imposible precisamente por su amplitud y profundidad, unidas en tal medida que la cantidad se convierte en calidad, o sea crisis *orgánica* y no ya de *coyuntura* (C 8, 216: 333).

El paso de Gramsci de la crítica de la ideología al señalamiento de la «realidad» de la ideología criticada está en la definición de la relación entre mercado determinado y crisis orgánica. Las notas sobre la organicidad de la crisis son distintas, pero todas son formuladas bajo una valoración crítica de los análisis realizados por los economistas liberales y de lo inadecuado de los instrumentos científicos por ellos elaborados (C 14, 57: 145-146); particularmente significativas me parecen las observaciones relativas a la crisis de 1929, en cuanto contribuyen a definir algunos elementos de método del análisis: exclusión de un enfoque casual, énfasis del carácter procesal y complicado del fenómeno fechado por lo menos desde la guerra mundial; su origen interior a las relaciones y modos de producción e intercambio; su dimensión internacional, más allá de los ritmos de su difusión, de la crisis no separada de la desigualdad de desarrollo de los proceso productivos (C 15, 5: 179[66]). En el conjunto de estas observaciones el punto firme que marca la línea de aproximación gramsciana a la comprensión de la crisis es la identificación de la raíz de esta es la caída tendencial de la tasa de ganancia, cuestión que le permite a Gramsci señalar los elementos de modificación verificados en el capitalismo de posguerra:

66 «es difícil en los hechos separar la crisis económica de las crisis políticas, ideológicas etcétera, si bien ello es posible científicamente, o sea con una labor de abstracción». Aún: «Podría decirse entonces, y esto sería lo más exacto, que la «crisis» no es más que la intensificación cuantitativa de ciertos elementos, no nuevos y originales, pero especialmente la intensificación de ciertos fenómenos, mientras otros que antes aparecían y operaban simultáneamente a los primeros, inmunizándolos, se han vuelto inoperantes o han desaparecido del todo» (C 15, 5: 179).

> Ha sucedido que en la distribución de la renta nacional, especialmente a través del comercio y la bolsa, se ha introducido, especialmente en la posguerra [...] una categoría de «extractores» que no representan ninguna función productiva necesaria e indispensable, mientras que absorbe una cuota de renta imponente [...]. En la posguerra la categoría de los improductivos parasitarios en sentido absoluto y relativo ha crecido enormemente y es ella la que devora el ahorro. En los países europeos es superior aún a la de América, etcétera. Las causas de la crisis no son por lo tanto 'morales' [...] sino económico-sociales [...] la sociedad crea sus propios venenos, debe hacer vivir a las masas (no solo de asalariados desocupados) de población que impiden el ahorro y rompen así el equilibrio dinámico (C 6, 123: 99[67]).

La cuota de capital constante tiende a crecer, en escalas y formas mucho más vastas que en el periodo anterior: este elemento si no crea un nuevo «mercado determinado» contribuye a hacer menos gobernable el aparato económico-productivo y acelera la crisis. En relación a esta cuestión objetiva, la tendencia expresada por Spirito, si es criticada es por ser una ideología de la revolución pasiva; también es un «signo de los tiempos»: «La reivindicación de una «economía según un plan» y no solo en el terreno nacional, sino a escala mundial, es interesante por sí misma, aunque su justificación es puramente verbal [...] es la expresión todavía «utópica» de condiciones en vías de desarrollo que, ellas sí, reivindican la «economía según un plan»» (C 8, 216: 332). En el contexto de este planteo, mientras el americanismo deviene un punto central en cuanto puede ser interpretado como del desarrollo de una contratendencia a la caída de la tasa de ganancia, y ello no solo en relación a las modificaciones que le son propias, en el proceso productivo y en la organización del trabajo, sino sobre todo porque es inseparable del desarrollo de elementos de racionalización económica, o sea, de una

67 El desarrollo de estos elementos es señalado por Gramsci en el interior mismo del proceso productivo moderno: «la «sociedad industrial» no está constituida solo por «trabajadores» y «empresarios», sino por «accionistas» errantes […] Todas las empresas se han vuelto malsanas, y esto no se dice por prevención moralista o polémica, sino objetivamente. Es la misma «grandeza» del mercado accionario la que ha creado la enfermedad: la masa de portadores de acciones es tan grande que obedece ya a las leyes de la «multitud» (pánico, etcétera, que tiene sus términos técnicos especiales en el «boom», en el «run», etcétera) y la especulación se ha convertido en una necesidad técnica, más importante que el trabajo de los ingenieros y los obreros» (C 10 II, 55: 223-224).

intervención dirigida a la reducción económica, o sea, de una intervención dirigida a la reducción de los «costos generales» del conjunto del aparato productivo nacional e internacional (C 7, 34: 171; C 1, 61: 134). En relación a esta cuestión objetiva, Gramsci lee la experiencia corporativa como *posibilidad* de desarrollar las fuerzas productivas de la industria bajo la dirección de las clases dirigentes tradicionales (C 10 I, 9: 129[68]). Si entonces, con las nuevas formas de gobierno de la economía y con todas las cuestiones ligadas al americanismo, no se tiene la constitución de un nuevo mercado determinado, sino un intento de respuesta a la crisis del capitalismo, estas mismas intervenciones, sin embargo, contribuyen a hacer emerger como central la cuestión de la producción, del modo y de las relaciones dentro de las cuales se desarrolla, creando así las condiciones para una ulterior y más profunda aceleración de la crisis: la revolución pasiva contribuye a «determinar una maduración más rápida de las fuerzas internas frenadas por la práctica reformista» (C 10 II, 41 XVI: 208).

En conclusión, me parece, se puede decir que, sobre la cuestión ligada al corporativismo y al capitalismo organizado, Gramsci desarrolla la misma orientación expresada sobre la cuestión del parlamentarismo negro y, más específicamente, en relación al nudo mercado determinado-crisis orgánica; interpreta el proceso en clave de capitalismo de transición. Este enfoque permite recuperar el sentido más profundo de la revolución pasiva, no solo como forma de la transición, del desarrollo histórico y de los procesos revolucionarios, sino como terreno que lleva a la transformación de las mismas fuerzas sociales fundamentales, obligándolas (con la comprensión de los procesos) a entrenarse para un nivel más alto de enfrentamiento: la burguesía con el fascismo y la creación de un Estado no «liberal», el proletariado con la progresiva superación de los instrumentos teórico-organizativos de características

68 «Se tendría una revolución pasiva en el hecho de que por la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país serían introducidas modificaciones más o menos profundas para acentuar el lamento «plan de producción», esto es, sería acentuada la socialización y cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose solo a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia. En el cuadro concreto de las relaciones sociales italianas, esta podría ser la única solución para desarrollar las fuerzas productivas de la industria bajo la dirección de las clases dirigentes tradicionales, en competencia con las más avanzadas formaciones industriales en países que monopolizan las materias primas y que han acumulado capitales imponentes» (C 10 I, 9: 129).

del siglo XIX, creando así los instrumentos político-teóricos adecuados para moverse al nivel del imperialismo desplegado.

Las importantes conclusiones a las que llega Gramsci con esta ulterior especificación de la revolución pasiva permiten avanzar en la profundización del significado y de la magnitud de esta categoría y al mismo tiempo hacer más evidente un punto teórico de gran relevancia.

El análisis de la crisis como expresión de la ley marxiana de la caída de la tasa de ganancia y el desarrollo del americanismo (organización del capitalismo, capitalismo de Estado) como contratendencia; la relación entre mercado determinado-crisis orgánica contribuyen ciertamente a subrayar con gran fuerza el anticatastrofismo implícito en la categoría de la revolución pasiva, y constituyen por ello el fundamento no contingente de la disensión de Gramsci con la línea de la Internacional Comunista (desarrollo de la crisis significa aceleración del proceso y del desenlace revolucionario). Como quiera que sea, este es solo un aspecto de las conclusiones a las cuales Gramsci llega: mucho más relevante me parece la otra parte de tal anticatastrofismo, esto es, el reconocimiento de la posibilidad de desarrollo de la formación social capitalista como respuesta a la crisis. Es en relación a este nudo central que la revolución pasiva puede ser ulteriormente profundizada, identificando no solo el proceso de transformación de las formas de dominio y de organización de la producción, sino también como aspecto inseparable, la gestión política de tal proceso: las observaciones gramscianas sobre la reducción de la dialéctica «a un proceso de evolución reformista», reducción propia de la revolución pasiva, me parecen muy explícitas en este sentido. Aún más límpidas son las observaciones sobre el hecho de que en la revolución pasiva solo la tesis expande sus propias posibilidades y tiende a englobar en sí la antítesis. Es posible entender entonces, a través de esta categoría, el desarrollo del fenómeno de las modernas sociedades de masa y la forma compleja de su gestión (ruptura e integración de la contradicción fundamental[69]).

69 La profundización en el sentido indicado de la categoría de la revolución pasiva permite, en mi opinión, profundizar un tema, propuesta en términos críticos, en un agudo escrito de Ernesto Galli Della Loggia (1977, «Le ceneri di Gramsci», en *Mondoperaio,* núm. 1), o sea lo inadecuado del análisis gramsciano con respecto a las sociedades y democracias de masas. Habría también que profundizar la relación entre la categoría gramsciana y el análisis keynesiano, entendido como inserción de la clase obrera en el ciclo capitalista (o sea, gestión política de la contradicción) (Cfr. Bologna, Rawick, Gobbini, Negri, Ferrari Bravo, Gambino 1972, *Operai e Stato. Lotte operaie e riforma dello Stato capitalistico tra Rivoluzione*

Pero hay más. En el nexo mercado determinado-crisis orgánica, y en la crítica de la ideología junto al énfasis de la «realidad» de esta, aflora un nudo teórico importante que permite llevar más adelante las observaciones hechas anteriormente con respecto a la «transitoriedad» de los fenómenos ligados a la revolución pasiva. Su «no hacer época» excluye, como se ha visto, la posibilidad de constituir una nueva ciencia. Central sigue siendo una teoría crítica que «analiza realistamente las relaciones de fuerza que determinan el mercado, profundiza sus contradicciones, valora las modificaciones ligadas con la aparición de nuevos elementos y con su reforzamiento y presenta la «caducidad» y la «sustituibilidad» de la ciencia criticada; la estudia como vida, pero también como muerte» (C 11, 52: 325-326). La crítica del orden existente y el análisis de los modos en los que procede la contradicción en la formación social capitalista continúan definiendo la forma de la teoría para el movimiento obrero. Si esto constituye un punto firme de la elaboración gramsciana[70], las notas sobre la crisis y el mercado determinado contribuyen a dar a la reafirmada centralidad de la teoría crítica un giro particular: la iniciativa política puede romper el asedio, en la guerra de posiciones, solo si está fundamentada en la apropiación y comprensión de las transformaciones producidas, y en el sentido de los procesos en curso y puede por lo tanto dar una respuesta positiva.

> El error en que se cae a menudo en los análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la justa relación entre lo que es orgánico y lo que es ocasional: se llega así o a exponer como inmediatamente operantes causas que por el contrario son operantes mediatamente, o a afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes; en un caso se tiene exceso de «economicismo»[...] en el otro el exceso de «ideologismo» (C 13, 17: 33).

En estas notas famosas no está solo la límpida formulación de la centralidad del nexo teoría-movimiento en las construcción y como condición misma del desarrollo de un proceso revolucionario, sino también la necesidad de una específica teoría de la transición.

---

d'ottobre e New Deal, Milán, Feltrinelli, Milán; y Paul Mattick 1969, *Marx e Keynes*, Bari, De Donato, 1969.

70 Cfr. Paggi, «La teoría generale del marxismo», cit., passim.

Las observaciones anteriormente indicadas definen, a través de la valoración del corporativismo, la orientación de Gramsci sobre las cuestiones ligadas a la organización del capitalismo, pero no agotan todos los elementos de esta reflexión. La cuestión siguiente está relacionada con el análisis de la *posibilidad*, y más exactamente con las implicaciones ligadas a la modernización de la que el americanismo es expresión. El nudo temático en torno del cual esta reflexión se organiza es el de la relación y condicionamiento entre áreas desarrolladas y áreas atrasadas. La crisis, como se ha visto, obliga a una respuesta que tienda a reducir los costos generales de la reproducción, pero por su misma naturaleza acelera y profundiza la desigualdad de desarrollo del capitalismo: el análisis diferenciado que Gramsci propone entre Inglaterra y Alemania, con respecto al diverso modo de operar de la crisis cíclica y de la orgánica, es muy claro. «El coeficiente «crisis orgánica» es mayor en Inglaterra que en Alemania, donde por el contrario el coeficiente «crisis cíclica» es más importante. [...] Más numerosa la cantidad de «parásitos rituales» o sea de elementos sociales empleados no en la producción directa, sino en la distribución y en los servicios (personales) de las clases poseedoras» (C 9, 61: 43). Una recuperación económica tiende a aumentar así las diferencias entre uno y otro país. Tal brecha ya sensible entre los grandes países industriales europeos se torna más pronunciada y por sus dimensiones mundiales contribuye a caracterizar una entera fase histórica, cuando el análisis diferenciado encara la relación entre América y Europa; dos realidades capitalistas en las cuales el peso y la incidencia del «parasitismo ritual» es profundamente distinto. El modo en el que Gramsci plantea la cuestión es conocido (C 22, 15: 93[71]) y quizás no está por demás subrayar la relación estrecha que existe entre aceleración de la desigualdad de desarrollo, que es uno de los efectos de la guerra y las vicisitudes europeas: «La reacción europea al americanismo, por lo tanto, debe examinarse con atención: de su análisis resultará más de un elemento necesario para comprender la actual situación

71 «El problema es este: si América, con el peso implacable de su producción económica (y eso indirectamente) obligara o está obligando a Europa a un cambio de su eje económico-social demasiado anticuado, que de todos modos se había producido, pero con ritmo lento y que inmediatamente se presenta por el contrario como un contragolpe de la «prepotencia» americana, o sea que se está dando una transformación de las bases materiales de la civilización europea, lo que a largo (y no muy largo, porque en el periodo actual todo es más rápido que en los periodos pasados) conducirá a une transformación de la forma de civilización existente y al obligado nacimiento de una nueva civilización» (C 22, 15: 93).

de una serie de Estados del viejo continente y los acontecimientos políticos de la posguerra» (C 22, 2: 62[72]).

La atención que insistentemente Gramsci dedica a la composición demográfica europea y al señalamiento de los elementos del parasitismo se encuentra toda al interior del análisis del modo de proceder de la crisis y sobre todo tiende a señalar la «justa relación entre lo que es orgánico y lo que es ocasional» (C 13, 17: 33). Si es indudable, como ha escrito Paggi[73] que en cuanto respecta a Italia, el conjunto de las observaciones sobre la pasividad y la composición demográfica es parte integrante del esfuerzo por comprender por qué el resultado de la derrota de la clase obrera ha sido distinto del que se produjo en otros países y cómo tales observaciones constituyen un aspecto del reconocimiento nacional realizado por Gramsci y deben ser leídas en íntima relación con las notas sobre el *Risorgimento*, también creo que deba atribuirse a estas observaciones un significado aún más determinante; es decir, en el sentido de subrayar la estrecha relación existente entre formas de gobierno de las masas y entre las observaciones sobre la pasividad, los «parásitos» europeos y las relacionadas con el «puritanismo» de los industriales americanos: nexo tanto más neto cuanto más polarizadas son las situaciones a las que dichas observaciones hacen referencia. El fundamento de este nexo está en la propuesta replanteada explícita en las notas sobre americanismo y fordismo, pero un dato central de todos los *Cuadernos*, en el cásico tema de *L'Ordine Nuovo* en cuanto a la relación revolución-producción.

> En el fondo todo problema serio de producción –escribía en un artículo lúcido y fundamental de 1920– existe el problema político, o sea, el de las relaciones sociales, del funcionamiento orgánico de la sociedad. Para organizar seriamente la producción se necesita antes que nada a la vez organizar en relación a ella y por ella a toda la sociedad, que en la producción tiene su expresión más genérica y

72 No es ciertamente casual que Gramsci señala como uno de los elementos que tornan más difícil la superación de la crisis la adopción de una política proteccionista, contraria a la unidad del mercado mundial y como tendencia ilusoria de resistir a los procesos de reorganización (ver sobre este punto a Heinz W. Arndt 1949, *Gli insegnamenti economici del decennio*, Turín, Einaudi).

73 Leonardo Paggi (1977), «Dopo la sconfitta della rivoluzione in Occidente», en *Rinascita,* núm. 5: 16.

> directa. La producción es el alma de la sociedad, su «símbolo» más comprensivo inmediato[74].

La centralidad de la producción se resuelve en el análisis de las relaciones sociales y de sus formas históricamente determinadas a través de las cuales el proceso productivo se realiza: «El que quiera estudiar la concurrencia de todos los elementos sociales y su recíproco encadenarse y determinarse, es necesario que los entienda en el *momento vital* que los recoge y expresa: la producción»[75].

Este tema central Gramsci lo vuelve a proponer no tanto en referencia a la experiencia del *L'Ordine Nuovo*, como una forma de americanismo particular de las masas obreras, sino sobre todo con la discusión y profundización de los nudos que la modernización productiva y la racionalización económica sostienen (respuesta capitalista a la caída de la tasa de ganancia). El debate sobre la modernización del país estaba ya abierto en Italia durante el transcurso de la guerra mundial, que había probado concretamente la debilidad del aparato productivo del país respecto a otros grandes países industriales; por otra parte, el desarrollo ligado al esfuerzo bélico de los sectores de la industria pesada ponía sobre el tapete el problema de una reorganización consciente de las relaciones entre los distintos sectores productivos, y al interior de los diversos sectores, entre capas productivas y Estado. Contribuciones recientes han proporcionado elementos útiles de caracterización del debate, de las implicaciones políticas complejas ligadas a la temática de la modernización, y sobre todo de los modos en los cuales tendía a ser traducida operativamente (racionalización del trabajo antes que de la producción y también la intervención sobre el trabajo era acentuar su intensidad[76]).

Toda la reflexión de Gramsci sobre este tema está centrada en la inseparabilidad del fordismo –entendido como forma de organización del trabajo desarrollada particularmente en la fábrica (taylorismo y

74 Antonio Gramsci (1920), «Produzione e politica», en *L'Ordine Nuovo*, enero de 1920: 24-31.

75 Ídem.

76 Cfr. Paola Fiorentini (1967), «Ristrutturazione capitalistica e sfruttamento operaio in Italia negli anni 20», en *Rivista storica del socialismo,* núm. 30; Enzo Santarelli (1972), «Il processo del corporativismo: elementi di transizione storica», en *Critica marxista,* núm. 4; (1972), «Dittadura fascista e razionalizzazione capitalistica», en *Problemi del socialismo,* núm. 11-12; Dino Preti (1973), «La politica agraria del fascismo: note introduttive», en *Studi storici,* núm. 3; Lyttelton, *La conquista del* potere, cit.: 539 y ss.

producción en serio)– del americanismo, entendido como forma de organización de las relaciones humanas y sociales. La limitación de la racionalización al solo aspecto de la modificación del proceso productivo (intervención sobre la organización del trabajo en fábrica, introducción de nuevos sistemas a destajo, como el bajo en fábrica, introducción de nuevos sistemas a destajo, como el de Bédeaux) –como sucedía en Italia en aquellos años– era una operación parcial: no solo porque la cuestión era la de bajar los costos generales y por tanto aumentar el promedio de la capacidad productiva del aparato económico nacional, sino porque la misma introducción de sistemas más «racionales» en la organización de la fábrica no habría podido producir los efectos de difusión que le son propios. Al contrario: una solución de este tipo habría tenido el efecto de restablecer a un nivel más alto, las relaciones existentes entre los distintos sectores productivos, entre la estructura del mercado interno, inalterada, y el mercado internacional:

> En ciertos países de capitalismo atrasado y de composición económica en la que se equilibran la gran industria moderna, el artesanado, la pequeña y mediana agricultura y el latifundismo, las masas obreras y campesinas no son consideradas como un «mercado» [...]. La industria, con el proteccionismo interno y los bajos salarios, se procura mercados en el extranjero con un auténtico *dumping* permanente (C 6, 135: 104[77]).

La racionalización no puede más que intervenir para modificar la relación existente entre las varias capas sociales con el proceso productivo, a volver más sana la composición demográfica, a redefinir los nexos con la división internacional del trabajo y a «seleccionar, entre las posibilidades que esta división ofrece, las más rentables» (C 9, 105: 78), se trata en definitiva de la formación de una nueva clase dirigente.

Para regresar brevemente a la valoración del corporativismo y el fascismo, se hace más específicamente la definición de «policía económica» que le da al corporativismo. La aceptación negativa de esta definición prevalece marcadamente: función de sostén de las clases medias en peligro, garantía para los ocupados con un mínimo de vida, creación de ocupaciones de nuevo tipo, organizativo y no productivo, para los

77 Cfr. las observaciones de Gramsci los industriales y agrarios (C 6, 100: 84) y sobre la cuestión de los costos comparados (C 9, 32: 28-29).

desocupados de las clases medias (C 22, 6: 76[78]), pero aquella definición no se agota toda dentro de estos elementos: ella marca la naturaleza de compromiso de la solución corporativa (entre la hipótesis radical sintetizada por Fovel y Spirito y el peso de las capas sociales parasitarias) y su papel de control y gestión del proceso de modernización. Las capas productoras del ahorro pueden continuar existiendo y seguir cumpliendo su papel, pero al interior de una modificación sustancial en su relación con la acumulación y el proceso productivo, que ahora está mediado por el Estado: «base social(-política) del Estado (afirmada y) buscada en la pequeña burguesía y en los intelectuales, pero en realidad estructura plutocrática y vínculos con el capital financiero» (C 9, 8: 17[79]). En esta modificación está el fundamento del juicio de Gramsci sobre la *posibilidad* del corporativismo de ser la forma de un cambio técnico-económico, también si en su conjunto el juicio y no solo en relación a la conducción de la política financiera, es negativo (C 22, 6: 76).

Los elementos anteriormente mencionados no agotan la reflexión gramsciana sobre la revolución pasiva y el americanismo. Más allá del punto teórico del modo de relacionarse de las líneas de organización del capitalismo y de la valoración de los modos concretos en el cual se plantea la relación América-Europa, Gramsci señala con fuerza la cuestión de la valoración del americanismo como fenómeno específico. La atención e insistencia con las que Gramsci sigue, ficha, registra y analiza una serie de problemas particulares conductibles al interior de esta categoría general no surge solamente del juicio conocido sobre la «racionalidad» y generalización del método Ford (C 22, 13: 88), sino en términos más complejos de la conciencia clara del americanismo como una más orgánica y consciente propuesta capitalista de solución de la crisis económica; de intervención en el proceso productivo, de

78 Tal función, agrega Gramsci, está íntimamente ligada a la situación histórica: «la orientación corporativa está también en dependencia de la desocupación, les defiende a los ocupados un cierto mínimo de vida que, si la competencia fuese libre, se hundiría también, provocando graves trastornos sociales» (C 22, 6: 76).

79 Una transformación radical e irreversible Gramsci la señala en el corporativismo, con la modificación a ella ligada de la estructura de los intelectuales: «en el Norte […] el vínculo entre masa obrera y Estado era dado por los organizaciones sindicales y los partidos políticos, esto es, por una capa intelectual completamente nueva (el actual corporativismo, con su consecuencia de la difusión a escala nacional de este tipo social, en forma más sistemática y consecuente de lo que hubiera podido hacerlo el viejo sindicalismo, es un cierto sentido un instrumento de unidad moral y política)» (C 1, 43: 101).

desarrollo de la hegemonía directamente a partir de la fábrica[80]. Es necesario entender, escribe Gramsci, «la importancia, el significado y el *alcance objetivo* del fenómeno americano, que es *también* el mayor esfuerzo colectivo que se haya realizado hasta ahora para crear, con rapidez inaudita y con una conciencia del fin jamás vista en la historia, un nuevo tipo de trabajador y de hombre» (C 22, 11: 82). La experiencia americana constituye por ello el punto más alto de la revolución pasiva, con el cual confrontarse y fija el nivel de respuesta que el movimiento obrero debe elaborar en su lucha por la hegemonía.

> Otra cuestión es que no se trata de una nueva civilización, porque no cambia el carácter de las clases fundamentales, sino de una prolongación e intensificación de la civilización europea, que sin embargo ha asumido determinados caracteres en el ambiente americano. La observación de Pirandello sobre la oposición que el americanismo encuentra en París y sobre la inmediata acogida que, por el contrario, encuentra en Berlín, prueba precisamente que la diferencia no es de calidad, sino de grado (C 3, 11: 24).

La dimensión histórico-mundial de los actuales procesos, las fuerzas históricas que de tal proceso son protagonistas y las formas particulares que asumen son recogidas por Gramsci en sus reflexiones sobre la caída del Imperio romano, significativamente desarrolladas en el contexto de las observaciones sobre la Crisis del 29 y más específicamente en relación al cambio de jerarquía entre Estados como efecto del cambio de la moneda internacional (libra esterlina y dólar). La caída del Imperio romano se presenta como un enigma «porque no se quiere reconocer que las fuerzas decisivas de la historia mundial no estaban entonces en el Imperio romano (aunque fuesen fuerzas primitivas)», porque el análisis de la vida interna del Imperio se resuelve e una «historia negativa», que registra la «falta» de ciertas fuerzas: «pero [...] el estudio de las fuerzas negativas es aquel que menos satisface y con razón, porque de por sí presupone la existencia de fuerzas positivas y nunca se quiere

80 «La hegemonía nace de la fábrica y no tiene necesidad de ejercerse más que por una cantidad mínima de intermediarios profesionales de la política y la ideología. El fenómeno de las 'masas' que tanto ha impresionado a Romier no es más que la forma de este tipo de sociedad racionalizada, en la que la 'estructura' domina más inmediatamente las superestructuras y estas son 'racionalizadas' (simplificadas y disminuidas en número)» (C 22, 2: 66).

confesar que estas no se conocen» (C 15, 5: 181). La representación de la relación Europa-América en la del Imperio romano-bárbaros tiene ciertamente una función explícitamente polémica contra cuantos contraponían Europa cargada de historia y depositaria de una gran tradición cultural a una América joven y «bárbara», fundando sobre estos elementos la permanencia de una hegemonía europea; pero en mi opinión tiene un punto importante a su favor en la individuación en la Europa-Imperio Romano de fuerzas positivas, conculcadas o sin expresarse, o sea, el movimiento obrero.

> Lo que hoy se llama «americanismo» es en gran medida la crítica preventiva de los viejos estratos que precisamente serían aniquilados por el posible nuevo orden y que ya hoy son presa de una oleada de pánico social, de disolución, de desesperación, es un intento de reacción inconsciente de quien es impotente para reconstruir y recalcar los aspectos negativos de la transformación. No es de los grupos sociales «condenados» por el nuevo orden que se puede esperar la reconstrucción, sino de aquellos que están creando, por imposición y con sus propios sufrimientos, las bases materiales de este nuevo orden: ellos «deben» encontrar el sistema de vida «original» y no de marca americana, para convertir en «libertad» lo que hoy es «necesidad» (C 22, 15: 93-94).

La identificación del interlocutor crítico del movimiento comunista en la experiencia americana es una de las grandes intuiciones históricas que pone a Gramsci mucho más adelante en la comprensión de los procesos reales con respecto a la elaboración contemporánea del comunismo internacional, con algunas excepciones importantes pero por lo demás muy aisladas[81]; la importancia de esta intuición resulta aún más amplia si se le asocia, como se señaló anteriormente, a la posibilidad de una fase de desarrollo de las fuerzas productivas al interior de las relaciones sociales capitalistas (crítica del catastrofismo y revolución pasiva).

81 Sobre el análisis trotskista relativo al papel de los Estados Unidos se detiene bastante Isaac Deutscher (1959), *Il profeta disarmato*, Milán, Longanesi, Milán: 273 y ss. Un momento importante del análisis, sobre el cual verificar la orientación del comunismo internacional, está representado por el modo en que se supera la crisis europea de 1923-1924, y tienden a «normalizarse» las relaciones Alemania-Europa (Francia), a través de la mediación americana. Tal nudo, a mi entender, es relevante también para la comprensión del juicio de «estabilización relativa» dado por la Internacional Comunista.

Por lo tanto, americanismo y comunismo expresan las dos grandes fuerzas históricas contemporáneas y en relación a ellas Gramsci formula un juicio severo sobre la capacidad de comprensión del revisionismo socialista (C 1, 61: 136[82]); pero es precisamente esta identificación la que abre una importante cuestión, también presente en los *Cuadernos*, esto es, la definición de la relación entre clase obrera y desarrollo de las fuerzas productivas. Sin querer enfrentar el abanico temático entero ligado a tales cuestiones, algunos elementos de claridad son indispensables para concluir estas páginas, como parte integrante de la reflexión gramsciana sobre el americanismo.

Años atrás, en un ensayo, Asor Rosa proponía una lectura de las notas gramscianas sobre americanismos estrechamente vinculada a la interpretación del proyecto de *L'Ordine Nuovo*, como «construcción de una "civilización del trabajo", o sea, "el ajuste" de la producción considerada en sí y para sí […] en un momento de objetivo desequilibrio, colocando entre paréntesis el signo de clase que marcaba dicho aparato productivo, (incluida su instrumentación tecnológica)»[83]. La relación clase obrera producción-desarrollo de las fuerzas productivas se resuelve asignado a la primera la tarea de «perfeccionar la línea de desarrollo del capital mismo»[84]. La simpatía de Gramsci frente a la experiencia americana expresaría, también en los *Cuadernos*, la permanencia de tal orientación de fondo. Lo progresivo del método Ford «es algo que no se debe rechazar, sino que antes debe ser perfeccionado, o sea, desarrollado hasta el fondo, liberándolo de los elementos negativos que son inherentes a la gestión capitalista del proceso de producción»[85]. Tal orientación sería reconducible, además que la concepción de la producción y aún más del industrialismo como un valor progresista *per se*, a la tesis propia de la III Internacional, de un capitalismo incapaz de asegurar el desarrollo tanto económico como técnico: de aquí la tendencia a interpretar el americanismo como *expediente* coyuntural y dilatorio de la crisis[86].

82 «El libro de De Man es también, a su manera, una expresión de estos problemas que trastornan la vieja osamenta europea, una expresión sin grandeza y sin adhesión a ninguna de las fuerzas históricas mayores que se disputan el mundo» (C 22, 2: 67).

83 Alberto Asor Rosa (1973), *Intellettuali e classe operaia*, Firenze, La Nuova Italia, Firenze: 584.

84 Ibídem: 585.

85 Ibídem: 580.

86 Ibídem: 587.

Se trata de una tesis ampliamente discutible y sustancialmente infundada en su núcleo central: la concepción de la producción no es asumida como un dato extraño a las relaciones sociales y a los modos que lo hacen posible; la continuidad entre planteamiento de *L'Ordine Nuovo* y las notas sobre el *Americanismo y fordismo* está demostrandose, cuando se le entiende, como me parece que hace Asor Rosa, en términos distintos de la permanencia del nudo producción-política[87]. La «simpatía» de Gramsci hacia el fordismo se relaciona no con los contenidos, sino con el proceso objetivo del cual es expresión, Es entonces la simpatía del científico de la historia y de la política que encuentra los terrenos reales del enfrentamiento, aunque sea cierto que Gramsci no sostiene que el americanismo pueda ser una respuesta real a la crisis capitalista[88], esto no significa reducir esta experiencia a un mero «expediente»: al contrario, precisamente el nexo con la revolución pasiva lleva a rechazar cualquier hipótesis reductiva.

Sin embargo, aun si esta lectura es de rechazar, contribuye a plantear un problema real: esto es, en qué medida se sostiene la relación clásica y positiva entre socialismo y desarrollo de las fuerzas productivas –que en Gramsci está muy claro que se acompaña con elementos que contribuyen a clarificar cómo aquella relación es inseparable de una recalificación de las fuerzas productivas mismas. El nudo es mucho muy complejo en cuanto atañe la cuestión de la construcción del socialismo y la relación de Gramsci con la experiencia soviética. Una respuesta requiere entonces una nueva sistematización en torno a este nudo de la reflexión gramsciana sobre un arco de temas específicos, aunque todos ligados entre sí (ampliación del Estado, hegemonía, teoría del partido, cuestión de los intelectuales, redefinición del marxismo». Me limitaré a fijar algunos puntos que no me parecen secundarios.

La adhesión a la opción del socialismo en un solo país es bastante clara, como se señaló en las páginas precedentes y como es afirmado en una nota muy límpida ya mencionada[89]. Pero hay mucho más: esta

87 Cfr. sobre este punto Mario Teló (1976), «Strategia consiliare e sviluppo capitalistico in Gramsci», en *Problemi del socialismo,* núm. 2.

88 Cfr. las observaciones sobre la conciencia de los industriales americanos del proletario como «gorila amaestrado» es una expresión y que el obrero permanece «desgraciadamente» un hombre (C 22, 12: 87) y sobre el desarrollo también en los Estados Unidos de formas de parasitismo (C 22, 11: 84-85).

89 Cfr. las observaciones sobre el enfrentamiento Stalin-Trotsky y el rechazo neto de las acusaciones de nacionalismo como «inadecuadas» (C 14, 68: 156).

adhesión se relaciona también con los modos a través de los cuales procede la transformación de la sociedad y que tienen en la intervención del Estado el punto decisivo:

> Entre las estructuras económicas y el Estado con su legislación y coerción está la sociedad civil, y esta debe ser radicalmente transformada en concreto […]; el Estado es el instrumento para adecuar la sociedad civil a la estructura económica, pero es preciso que el Estado «quiera» hacerlo, esto es, que quienes guíen al Estado sean los representantes del cambio producido en la estructura económica (C 10 II, 15: 149).

Aún si se trata de una nota polémica contra los teóricos de la nueva economía (Spirito), la referencia y adhesión a la experiencia soviética es demasiado transparente y es enfatizada con mayor fuerza en las notas relativas a la «estadolatría» considerada necesaria y hasta oportuna como «iniciación a la vida estatal autónoma» para los grupos sociales subalternos (C 8, 130: 282). Gramsci tiene entonces claro que la misma construcción del socialismo en la Unión Soviética no puede sustraerse a la acción de algunos elementos de la revolución pasiva (papel de la transformación desde arriba) en cuanto momento importante de la guerra de posiciones a escala internacional, no pueden no operar también en relación a esta experiencia de construcción de un nuevo Estado, los elementos generales que caracterizan la guerra de posiciones: «enormes sacrificios» para grandes masas, «concentración inaudita de la hegemonía», organización permanente para impedir la disgregación interna (C 6, 138: 105-106). Qué significa esta gigantesca tensión a la que se somete la sociedad, está formulado con claridad por Gramsci en su carta a Tatiana, cuando hace un esfuerzo por comprender la crisis de su mujer[90]. Y una confirmación del funcionamiento, también en relación a la Unión

90 «La situación deviene dramática en determinados momentos históricos, en determinados ambientes; esto es, cuando el ambiente está sobrecalentado hasta una tensión extrema; cuando se desencadenan fuerzas colectivas gigantescas que presionan sobre los individuos hasta más no poder, para obtener el mayor rendimiento de su voluntad para la creación. Estas situaciones se vuelven desastrosas para los temperamentos muy sensibles y refinados, mientras son necesarias e indispensables para los elementos sociales atrasados, por ejemplo los campesinos, cuyos nervios robustos pueden tenderse y vibrar en una diapasón más alto sin desgastarse (Antonio Gramsci (1996), «Lettera a Tania del 15 febbraio 1932», en *Lettere del carcere*, Palermo, Sellerio, edición a cargo de Santucci: 534). Es un tema que vuelve en los *Cuadernos* (C 13, 7: 21).

Soviética, de las categorías de la guerra de posiciones y de revolución pasiva está dada por el hecho de que una serie de fenómenos políticos estrechamente ligados entre sí, como se ha visto, al operar estas dos categorías (cesarismo, formas extremas de sociedad política, totalitarismo) presenta en el análisis de Gramsci una doble cara, regresiva y progresiva, según expresan la defensa de un orden históricamente superado o la organización de las fuerzas en desarrollo.

En el horizonte de estas coordenadas, propias de una experiencia históricamente dada, Gramsci desarrolla una serie de observaciones críticas de excepcional importancia, que si no están relacionadas a la imposibilidad de una transposición de experiencias de racionalización de un contexto capitalista a otro marcado por la dirección de la clase obrera o si no está relacionados a la política trotskista de aplicar métodos militares para «adecuar las costumbres a las necesidades del trabajo» (C 22, 11: 81), tienen una importancia más general en cuanto señalan la posibilidad de transformación de los elementos de revolución pasiva de registro de la forma de operar, también en relación a la Unión Soviética, de una entera fase histórica, en un programa positivo:

> En el caso [...] en que no existe presión coercitiva de una clase superior, la «virtud» es afirmada genéricamente, pero no observada ni por convicción ni por coerción y por lo tanto no se dará la adquisición de las actitudes psicofísicas necesarias para los nuevos métodos de trabajo. La crisis puede volverse «permanente'»o sea de perspectiva catastrófica, porque solo la coerción podrá definirla, una coerción de nuevo tipo, en cuanto es ejercida por la elite de una clase sobre su propia clase, no puede ser más que una autocoerción, o sea una autodisciplina (C 22, 10, 80-81).

Aunque no es secundario observar que, en la primera versión de estas observaciones, el bonapartismo es señalado como una posible solución conjunta a esta crisis y no como orientación propia de una parte del grupo dirigente del partido ruso (Trotsky) (C 1, 158: 194[91]), está claro que, en la nota citada, Gramsci señala en el partido el instrumento de mediación de esta autodisciplina: pero esto sucede solo si el nexo

91 «Y si no se crea la autodisciplina, nacerá una forma cualquiera de bonapartismo, o habrá una invasión extranjera, o sea que se creará la condición de una coerción externa que haga cesar autoritariamente la crisis» (C 1, 158: 194).

partido-sociedad-Estado funciona correctamente y si el origen de la disciplina es democrático (C 14, 48: 137). Las observaciones famosas sobre las relaciones entre gobernantes y gobernados, sobre el centralismo democrático y burocrático (C 13, 36: 77-78), son muy claras en subrayar en el papel de mediación del partido la tarea de activar, educar y desarrollar las iniciativas de las masas y no de instrumento para su control.

El señalamiento explícito que Gramsci hace de la experiencia del *L'Ordine Nuovo*, como la mejor solución hallada hasta este momento, también en relación a una situación en la cual lo dominante es la producción (Unión Soviética) para garantizar una relación positiva entre clase obrera, progreso técnico y modificación de las competencias, es extremadamente significativa como ejemplo de la autodisciplina, como crítica a una adquisición mecánica del americanismo y sobre todo como planteamiento en términos cualitativamente nuevos del nexo hegemonía-producción:

> En la exposición crítica de los acontecimientos subsiguientes a la guerra y a los intentos constitucionales (orgánicos) para salir del estado de desorden y de dispersión de las fuerzas, mostrar cómo el movimiento para valorizar la fábrica en contraste [...] con la organización [...] profesional correspondiese perfectamente al análisis que del desarrollo del sistema de fábrica se hace en el primer volumen de la *Crítica de la Economía Política* (C 9, 67: 48).

La «escisión» entre exigencia técnica y su signo de clase, que tiene su fundamento en el cambio de la relación entre clase obrera (y con ella todos los otros sectores sociales), y el proceso de producción y reproducción –y la sucesiva recomposición entre clase obrera y progreso técnico– tiene en Gramsci un punto central y con razón: no se trata de la conjunción de dos realidades que no sufren cambios, sino al contrario esto puede suceder «realmente», o sea, expresar un cambio profundo («la fábrica como productora de objetos reales y no de ganancia»: C 9, 67: 49), y a poner las bases de una nueva civilización, solo creando una nueva capa intelectual. Esto sucede al

> elaborar críticamente la actividad intelectual que en cada uno existe en cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo muscular-nervioso hacia un nuevo equilibrio y obteniendo que el mismo esfuerzo nervioso-muscular, en cuanto elemento de una

> actividad práctica general, que renueva perpetuamente el mundo físico y social, se convierta en fundamento de una concepción del mundo nueva e integral [...]. El modo de ser del nuevo intelectual no puede seguir consistiendo en la elocuencia [...] sino en el mezclarse activamente en la vida práctica, como constructor, organizador, «persuasor permanente» porque no es puro orador, y sin embargo superior al espíritu abstracto matemático; de la técnica-trabajo llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se permanece como «especialista» y no se llega a «dirigente» (especialista + político) (C 12, 3: 382).

En la escisión y recomposición entre exigencias técnicas y clase obrera se toma en cuenta la crisis del nexo ciencia-dominio-capital como punto más alto y decisivo en la lucha por la hegemonía y por la construcción de un nuevo Estado, y como crítica del americanismo.

En qué medida la riqueza de estos elementos, aquí rápidamente mencionados, sea parte de las formas históricamente dadas de construcción del socialismo (en el cual por demás Gramsci se reconocía) o tienda al contrario a remitir a nuevas y originales formas políticas de transición permanece un nudo problemático de difícil solución: sobre este punto específico, ciertamente fundamental, no podía no incidir sobre la misma posibilidad de desarrollo teórico el nivel de experiencia histórico-política alcanzados por el movimiento obrero internacional.

Sobre los problemas políticos de la transición: clase obrera y revolución pasiva

CHRISTINE BUCI-GLUCKSMANN

I. A modo de punto de partida: la revolución pasiva y la problemática marxista de la transición

Será solo en 1933, en un pasaje algo enigmático, que Gramsci conectará al concepto de revolución pasiva con el de «revolución sin revolución» –ya presente desde el primer Cuaderno en los análisis del *Risorgimento*–, con la problemática general de la transición tal como esta es esbozada por Marx en el *Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política*: «Parece que la teoría de la revolución pasiva es un necesario corolario crítico de la Introducción a la crítica de la economía política» (C 15, 62: 236). En cuanto corolario refiere a los principios teórico-políticos propios de toda fase de transición:

> El concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de ciencia política 1] que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2] que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias, etcétera (C 15, 17: 193).

No obstante, como corolario crítico parece referir, a su vez, a un punto extrañamente ausente en el *Prefacio* de Marx: el papel y la

naturaleza del Estado de transición, el carácter revolucionario «radical» o «pasivo» de la transición, en suma, a la especificidad histórica de la transición. La naturaleza crítica de esta adición está, por lo tanto, lejos de implicar una lectura neutral del *Prefacio* y es por ello que Gramsci subraya que los mismos principios de la transición: «deben primero ser desarrollados críticamente en todo su alcance y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo» (C 15, 17: 194). Es decir, volviendo a introducir la forma y la dimensión política en la transición, Gramsci –como antes lo había hecho Lenin– rompe con las interpretaciones mecanicistas-economicistas del *Prefacio* de Marx; con aquellas que siempre han planteado una utópica teoría general de la transición, hipostasiando un modelo único como válido para toda transición. Pero eso no es todo. Comparar crítica y dialécticamente la transición con la «revolución pasiva» implica considerar algunos elementos de la teoría política de la transición como procesos específicos referidos a una situación histórica, referidos a un «equilibrio de fuerzas». Sin embargo, ¿por qué la «revolución pasiva», la «revolución-restauración» y no el modelo estratégico de octubre, el contexto revolucionario del colapso del estado y la toma «frontal» del poder? ¿Cuál es la función crítica –política y teórica– de la revolución pasiva?

Sería fácil reducir el concepto de revolución pasiva a un examen detallado de las formas históricas de la revolución burguesa. Gramsci no deja de referirse al *Risorgimento* como una forma de revolución pasiva, estructural y políticamente diferente de la Revolución francesa, entendida esta última como una «guerra de movimiento», una «revolución popular» que se produce por «explosión». Sin embargo, contra todo historicismo positivista, que cuidadosamente busque limitar el concepto a un solo momento histórico en el que este se ha dado y desarrollado, Gramsci amplía considerablemente el concepto de revolución pasiva al atribuirle un alcance teórico y metodológico general.

La revolución pasiva deviene, en esa ampliación, en una tendencia potencial al interior de todo proceso de transición: «El tema de la «revolución pasiva» como interpretación de la época del *Risorgimento* y de toda época compleja de cambios históricos» (C 15, 17: 236; C 15: 62). Sin embargo, la revolución-restauración no podría ser, ciertamente, un programa de intervención política para la clase trabajadora, en el sentido en que los liberales italianos la utilizaron para el *Risorgimento*. Esto en la medida que toda revolución pasiva desarrolla un «conservadurismo reformista atemperado» (C 10 I, 6: 124) que rompe la libre dialéctica

política de las contradicciones entre las clases, neutralizando y enderezando la iniciativa popular, tratando de satisfacer algunas de sus exigencias «en pequeñas dosis, legalmente, reformistamente» (C 10 1, 9, 129). En la medida, también, que la revolución pasiva tiende a resolver los problemas de transformación y dirección de la sociedad (la hegemonía) en el Estado (dominio) mediante su aparato administrativo y policial; y desde el momento en que, con esta, el conjunto de la reproducción social pasa por el Estado, «la dirección política se convierte en un aspecto del dominio» (C 1, 44: 107) y las masas son finalmente tratadas como «masa de maniobra». Al exponer estos elementos, resulta evidente que Gramsci es perfectamente consciente de los costos políticos y los «peligros de derrotismo histórico» (C 15, 62: 236) derivados de «semejante operación antidemocrática».

Sin embargo, aunque no constituye una estrategia para la clase trabajadora, sigue siendo, con la condición de luchar contra todo fatalismo histórico, una concepción dialéctica y un criterio de interpretación «en ausencia de otros elementos activos en forma dominante» (C 15, 62: 236). En este sentido, como interpretación crítica y corolario de la problemática marxista de la transición, la noción de revolución pasiva va más allá de los procesos históricos del *Risorgimento*, o de la política económica del fascismo, para dar cuenta de los obstáculos político-económicos que se oponen a cualquier ataque frontal del Estado, a cualquier estrategia de «revolución permanente» más o menos jacobina; es decir, da cuenta de la morfología misma del capitalismo avanzado. Pareciera que las relaciones de producción capitalistas tuvieran una cierta capacidad interna de adaptación al desarrollo de las fuerzas productivas, una cierta plasticidad que les permite «reestructurarse» en periodos de crisis. Podemos encontrar pruebas de que esto es así, y de que Gramsci se está dando cuenta gradualmente de ello durante su trabajo desde la prisión (digamos en 1933-1934), en un borrador único de un texto del 34 dedicado al americanismo y el fordismo. Gramsci compara allí explícitamente, por primera y única vez, al americanismo, como el modelo de desarrollo específico del capitalismo que siguió a la crisis del 29, con la revolución pasiva: «cuestión de si el americanismo puede constituir [...] un desarrollo gradual del tipo, en otro lugar examinado, de las «revoluciones pasivas»» (C 22, 1: 61).

Parece, por lo tanto, que la atención teórico-política que Gramsci da a la dialéctica transición-revolución pasiva, como una nueva manera de ver las formas y las dificultades del proceso revolucionario, no debe

separarse de las transformaciones morfológicas del capitalismo y del socialismo de los años treinta: el fracaso de las revoluciones proletarias de occidente, el fascismo vuelto Estado, la revolución desde arriba en el capitalismo luego de la crisis del 29 (New Deal), la agudización de las contradicciones en la construcción del socialismo. Estas transformaciones conllevan un consecuente cambio del marco estratégico al modificar, histórica y prácticamente, el contexto mismo de la transición, mediante la creación de nuevas relaciones entre economía y política (capitalismo de Estado), entre «aparatos» de hegemonía y Estado, y entre formas institucionales y masas. Transformaciones que explican por qué al asumir Gramsci el concepto leninista de hegemonía, le atribuirá, desde el primer Cuaderno, nuevas funciones y un alcance más amplio. La hegemonía no implica solamente, como aparecía todavía en la Cuestión Meridional, considerar «la base social de la dictadura del proletariado y del Estado obrero», y el modo con el cual «el proletariado puede convertirse en una clase dirigente y dominante en la medida en que logre crear un sistema de alianzas»[1]. O más bien, para pensar esto, es necesario primero analizar las formas políticas en las que la burguesía construye su bloque de poder; preguntarse por las formas diferenciadas de su hegemonía, por las distintas relaciones que establece entre Estado y sociedad civil. Es desde esta perspectiva que, lejos de ser marginal, el concepto de revolución pasiva, como corolario crítico de la problemática marxista de la transición, es el que quizás nos permite una nueva interpretación global de las modalidades políticas para superar un modo de producción. El estudio de una política de la transición, como método de análisis crítico de la dialéctica entre bloque histórico y formas institucionales, hace de la revolución pasiva «un principio general de la ciencia y el arte políticos» (C 15, 11: 188).

De una manera aún muy general, podríamos decir que, contra cualquier visión catastrófica-economicista de la crisis como un proceso que revoluciona a las masas (visión de la III Internacional de la década de 1930) y oponiéndose a cualquier reabsorción del proceso revolucionario en la colisión frontal, en una ruptura violenta y jacobina, Gramsci otorga un significado casi «epocal» a los procesos de revolución pasiva que tienden siempre a «reducir la dialéctica a un proceso de evolución reformista». ¿Deberíamos entonces ver a este concepto principalmente

1 Antonio Gramsci (2009), *Algunos temas de la cuestión meridional (fragmentos),* Buenos Aires, Siglo XXI: 192.

como un principio de periodización histórica, como una nueva tendencia del capitalismo avanzado? O, tal como sugiere Leonadro Paggi, tenemos que ir más allá, entendiendo que la revolución pasiva, tanto en Oriente como en Occidente, constituye «una representación teórica adecuada del proceso histórico total a través del cual puede cumplirse la superación definitiva de todo un modo de producción»[2].

Si esto es así, podemos plantear una hipótesis inicial que modifica la interpretación de una diferencia estratégica entre «guerra de movimiento» (ataque frontal de 1917, Oriente) y «guerra de posición» (estrategia de la hegemonía, Occidente). De hecho, Gramsci no opone una estrategia a la otra, sino dos guerras de posición, la de la clase dominante en sus diversas formas de revolución pasiva, y una disimétrica, la de las clases subalternas que luchan por su hegemonía y por la dirección política de la sociedad. Con esto quiero decir que las formas mismas de la hegemonía no tienen el mismo contenido, no son idénticas, cuando refieren a las formas de revolución pasiva de las clases dominantes en lo económico o lo político, que cuando refieren a un proceso de «socialización de la política» capaz de asegurar una revolución cultural de masas (que involucra instituciones, modelos de vida, comportamiento, consumo) que modifica las relaciones entre clases y el equilibrio de poder al interior de la sociedad y el Estado. Esto significa que, a través de estas nuevas relaciones entre la problemática de la transición y la revolución pasiva, Gramsci no se limita a explorar los fundamentos de una nueva estrategia de la clase obrera occidental (la famosa guerra de posición) como algo diferente a la estrategia de ataque frontal y la guerra de movimientos del 17.

Después de todo, esta oposición entre Oriente y Occidente, desde el punto de vista de las superestructuras y sus efectos en un proceso revolucionario, ya había sido planteada por Lenin, sin mencionar su exposición en el discurso de Trotsky en el Cuarto Congreso de la Internacional. El propio Gramsci se refiere explícitamente a la estrategia del frente único, al Lenin de 1921-1922 como el punto de partida de toda su reflexión sobre la guerra de posiciones[3].

2 Leonardo Paggi (1974), *La teoria generale del marxismo in Gramsci*, en Aldo Zanardo (ed.), *Annali Feltrinelli 1973*, Milán, Feltrinelli, 317.

3 No resumiré aquí los aspectos ya tratados en: Christine Buci-Glucksmann (1978), *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía,* Madrid, Siglo XXI. En este sentido, doy por sentado la divergencia política pero también teórica de Gramsci con la línea de la III Internacional de los años 29 y 30 y con aquel «marxismo» que la sostiene.

En cambio, si esta distinción estratégica nos permite profundizar y renovar el enfoque sobre el Estado y las formas de la política en sus relaciones con lo económico y lo social, ¿no es más bien porque Gramsci proporciona algunos elementos para caracterizar la morfología política de los procesos de transición?, y que esto es proporcionado a partir de las relaciones entre partidos-Estado-alianzas-hegemonía en la transición. En este caso, medirse hoy con Gramsci, tanto teórica como políticamente, no significa repetirlo, sino medirnos realmente con esta dialéctica compleja de formas políticas de la transición que él estudia tanto en negativo como en positivo. Si es cierto que las estrategias democráticas de transición al socialismo, propias del eurocomunismo, deben ser revoluciones democráticas de masas, que conecten de una nueva manera la democracia representativa y la democracia de base, la hegemonía y el pluralismo, ¿no deben ser, entonces, ante todo, antirrevoluciones pasivas?

II. Sobre la teoría de la revolución pasiva

1. Sobre la disimetría de las luchas de clases y sus dificultades.

Desde *L'Ordine Nuovo* a los *Cuadernos*, cualesquiera que sean los diversos enriquecimientos teóricos que aparecen en la búsqueda de una nueva estrategia de la revolución en Occidente, el pensamiento político de Gramsci presenta una singular constante, a saber: «la transformación de la clase obrera en clase hegemónica dirigente, su devenir Estado», depende enteramente de su capacidad de desarrollar una *praxis* política disimétrica y novedosa respecto a aquella de la clase dominante. Esto se debe a una simple razón, que no es esencialmente ideológica, sino que depende de las correspondientes posiciones de las clases con respecto al Estado y a los procesos históricos de transición. La burguesía se constituye y se reconstituye dentro y a través del Estado: «La unidad histórica de las clases dirigentes ocurre en el Estado, y la historia de aquellas es esencialmente la historia de los Estados y los grupos de Estados» (C 25, 4: 182). Ciertamente, esto también sucede potencialmente para la clase trabajadora y las clases bajas: «no están unificadas y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en "Estado"» (C 25, 4: 182). Pero la autonomía de estas clases nunca se constituyó, sino que está siempre en proceso de establecerse, en un proceso permanente de «recomposición»

política de alianzas enraizadas en la construcción de una nueva relación entre producción y política. Vemos que, si la clase dominante comienza en el Estado, la clase trabajadora comienza ante todo en la sociedad económica y civil. Desde esta perspectiva, la historia de las clases subalternas es disimétrica: «su historia, por lo tanto, está entrelazada con la de la sociedad civil, es una función «disgregada» y discontinua de la historia de la sociedad civil y, por este medio, de la historia de los Estados o grupos de Estados» (Ibíd.). Historia discontinua, historia de una relación mediada respecto al Estado: en resumen, la historia de una autonomización disimétrica que apunta a construir nuevas formas políticas (consejos, sindicatos y partidos).

De esto se trataba la estrategia de los consejos de fábrica de los años 1919-1920, una estrategia doble que tenía como objetivo simultáneo: 1) construir desde la fábrica las formas de democracia de los trabajadores que reunieran a toda la clase trabajadora y contribuyeran a su autonomía, 2) partir de estas nuevas formas democráticas para resolver la crisis de la sociedad y el Estado parlamentario en beneficio de otro Estado sustituto: el de los trabajadores y los campesinos.

En 1926, volviendo una vez más sobre la experiencia de *L'Ordine Nuovo*, Gramsci marcará de un modo irreversible sus límites, pero a la vez sus aspectos positivos: «el autogobierno de la clase obrera», su inventiva democrática, su iniciativa. Su posición sobre este punto específico no cambiará; y, de hecho, en 1934 escribe en los *Cuadernos* que: «precisamente los obreros han sido los portadores de las nuevas y más modernas exigencias industriales» (C 22, 6: 75). En un sentido político esto significa que, contrario al concepto técnico-burgués de producción, Gramsci siempre se refiere a un concepto político de producción: «para la producción, la constitución política del Estado es mucho más importante que la modificación de un proceso técnico o de trabajo»[4].

El núcleo problemático reside en las relaciones entre producción y Estado, entre lo económico y lo político, y es desde este punto de vista que Gramsci sacará nuevas conclusiones del fracaso del movimiento obrero italiano frente al fascismo. La práctica hegemónica de la clase trabajadora se encuentra en una posición mucho más conflictiva y difícil de lo que uno podría pensar debido a la complejidad de las mediaciones políticas, a su resistencia en tiempos de crisis y a los efectos de

4 Traducción propia del original en italiano, titulado «Produzione e politica» y publicado en 1920 en *L'Ordine Nuovo*, núm. 13.

un Estado que no puede ser identificado solo con el gobierno o con el aparato represivo. Por lo tanto, el proletariado no puede desarrollar su estrategia hegemónica de expansión de abajo hacia arriba si no es contrarrestando en su propia práctica los efectos del Estado y sus mecanismos políticos.

Esto es igualmente válido para el «príncipe moderno», el partido revolucionario, que debe verificar su unidad en su relación política con las masas y no reducirse simplemente a un hecho técnico-instrumental o burocrático; en resumen: a un hecho organizativo que no dé cuenta del «bloque social activo del cual el partido es la guía» (C 15, 55: 228).

La autonomía que surge de la fábrica está, por lo tanto, continuamente amenazada por el corporativismo sectorial, continuamente «rota por la iniciativa de los grupos dominantes» (C 25, 2: 178), lidia siempre con una cierta inestabilidad sociopolítica desde la burguesía y sus grupos dominantes que incluso pueden generar nuevos partidos «para mantener el consenso y el control de los grupos subalternos» (C 25, 5: 182).

La alusión es clara: la formación de nuevos partidos burgueses (ver el partido fascista) responde a una situación de crisis de hegemonía, como crisis del Estado integral, una crisis en las relaciones entre los gobernantes y los gobernados que involucra a la base histórica del Estado, al conjunto de los aparatos de hegemonía.

Tal concepción de la crisis, típica de los *Cuadernos de la Cárcel*, se revela de hecho como estructuralmente diferente del modelo de la crisis como colapso del Estado, como un efecto en el mismo Estado de una crisis revolucionaria global según los análisis de Lenin retraducidos por Gramsci en 1919-1920. Esto es así no solo porque la crisis de la hegemonía puede conducir a una solución del doble poder desde el punto de vista de la burguesía (no desde la del proletariado), que Gramsci ya había diagnosticado desde 1921, señalando la división del aparato estatal en la crisis, en una coexistencia violenta y cómplice de dos aparatos represivos y punitivos: el fascismo y el Estado burgués[5]. Pero sobre todo porque la crisis de hegemonía se produce al interior de un equilibrio inestable de fuerzas, lo que requiere una mayor atención sobre dos fenómenos relacionados y complementarios. Por un lado, los efectos de

5 Sobre la especificidad del concepto gramsciano de crisis de hegemonía y su diferencia tanto con el concepto leninista de crisis revolucionaria como con los análisis de la III Internacional, ver mi contribución al volumen colectivo *La crisis del Estado* (Christine Buci-Glucksmann 1977, «Sobre el concepto de crisis del Estado y su historia», en *La crisis del Estado*, Barcelona, Fontanella).

la forma del Estado y su crisis sobre las grandes masas, sobre la base histórica del Estado, en el mismo momento en que aparece una brecha entre la sociedad civil y la sociedad política. Por otro lado, los intentos de reestructurar tanto al capital como a las formas políticas (Estado, partido, movimiento de masas) dentro de esa crisis.

En este sentido, la crisis de la hegemonía no es una situación de crisis revolucionaria que termina mal; sino que nos plantea nuevos problemas en el nivel político, pero también en el del materialismo histórico. Incluso en este punto, la experiencia de los comités de fábrica es ejemplar para las conclusiones extraídas por Gramsci. En una situación de «equilibrio catastrófico», la relación entre las fuerzas no es la de una división externa entre las fuerzas antagónicas, como se cree ingenuamente, sino que involucran a la misma clase trabajadora en su fuerza y en su debilidad: «En Italia había un equilibrio inestable entre las fuerzas sociales en lucha. El proletariado era demasiado fuerte en 1919-1920 para someterse pasivamente a la opresión capitalista. Pero sus fuerzas organizadas eran inciertas, vacilantes, débiles por dentro, porque el partido socialista no era más que una fusión de al menos tres partidos; faltaba en la Italia de 1919-1920 un partido revolucionario bien organizado y decidido a luchar»[6].

No podemos por lo tanto afrontar los modos de autonomización de la clase trabajadora y sus formas organizativas (partido, sindicatos, democracia básica) de manera independiente de las relaciones de fuerzas en las que las clases mismas están involucradas y sus efectos internos en el Estado. No es sorprendente entonces que Gramsci reúna los dos principios enunciados por Marx en el *Prefacio* a la crítica de la economía política con el análisis de relaciones de fuerza en sus tres fases constitutivas: económica, política y político-militar. Pero sería un error si estas tres fases se interpretaran de acuerdo con un modelo evolutivo lineal: como un camino indoloro. De hecho, estos tres momentos delimitan un nuevo objeto de análisis, ya trazado en los escritos histórico-políticos de Marx (desde el *18 Brumario* hasta la *Guerra Civil en Francia*), una teoría de la estructura de una coyuntura que abre el camino a las condiciones y procesos de una transición.

6 Antonio Gramsci (1971), *La costruzione del Partito comunista (1923–1926)*, Turón, Einaudi: 343. Traducción propia del texto gramsciano. El original titulado «Russia, Italia e altri paesi» fue publicado sin firma el 26 de 1926 en *L' Unità*.

Situar el problema de la transición solo en el nivel de contradicciones objetivas del modo de producción significa eludir el papel de las relaciones entre clases-Estados-partidos-bloque histórico en la transición, y por lo tanto eludir la dialéctica de la hegemonía y la dominación como corolario crítico de la problemática marxista. Por el contrario, agregar el análisis de la forma política al de la transición –viéndolo en la transición misma– seguramente significa desarrollar el concepto leninista de hegemonía como señala Gramsci, pero al mismo tiempo, sin duda, significa ir más allá de algunas de sus premisas, volver a traducirlo. ¿No es entonces confrontando hegemonía y revolución pasiva que esta retraducción adquiere para nosotros todo su significado y toda su importancia?

No obstante, si seguimos la elaboración y las modificaciones de la teoría de la revolución pasiva a través de los escritos carcelarios no deja de sorprendernos por su falta de homogeneidad, por el carácter relativamente lento del progreso de la problemática transición-revolución pasiva en el conjunto. Es un desarrollo en el cual presenciamos la transformación desde un concepto histórico hacia un concepto teórico general, que más bien aclara, en el marxismo de Gramsci, las relaciones productivas entre la teoría y la historia, y la nueva visión del papel de los intelectuales y la cultura en la «guerra de posición de las clases dominantes».

Hablemos primero del concepto en sentido histórico. La noción de revolución pasiva refiere a dos procesos históricos principales que corresponden a dos etapas de desarrollo del modo de producción capitalista: el *Risorgimento*, que acentúa el elemento de revolución pasiva en las superestructuras, y el fascismo-americanismo, donde se privilegia la revolución pasiva en la organización del trabajo y las fuerzas productivas, generando nuevas relaciones entre economía y política (capitalismo de Estado). Si nos referimos a estos dos modelos, no es tanto para cuestionar la rigurosidad de su validez histórica, que ha sido objeto de numerosas investigaciones y debates, sino más bien para entender cómo la teoría de la revolución pasiva modifica la problemática gramsciana sobre el Estado y sobre los procesos revolucionarios, tanto para pensarlos antes de la toma del poder (Occidente) como también en el después (Oriente). Con esto quiero decir que estos análisis van acompañados de una reevaluación crítica del papel del elemento político en la transición y de sus efectos sobre la sociedad civil y en la gestión política de la transición. Desde el momento en que el Estado ya no es externo al proceso de transición (como un instrumento simple, de acuerdo a aquella concepción unilateral del Estado que es criticada por Gramsci) sino

como una parte integral de la transición, la dialéctica real entre dominación (coerción, fuerza) y hegemonía (modelo de organización del consenso) pasa a «corregir», a completar, los dos grandes principios enunciados por Marx en un sentido antieconomista. Es por ello que la teoría de la revolución pasiva y las críticas que supone conducen a una nueva visión de la relación entre Estado y transición. O, más bien, al rechazo de todo estatismo en la transición, a la reformulación del socialismo en términos de sociedad de transición: de bloque histórico.

2. De las transiciones pasivas o de la «dictadura sin hegemonía»

Gramsci no deja de enfatizar en varias ocasiones que el *Risorgimento*, como modelo de formación de un Estado nacional unitario, es una transición pasiva que incluye simultáneamente elementos de «revolución» (burguesa) y elementos de «restauración» (compromisos con las viejas capas dominantes, ausencia de una revolución popular de masa). Esta contradicción de la fórmula revolución-restauración (fórmula tomada de Quinet) depende del papel de las masas en la transición, de sus relaciones con las formas de poder que se implementan: de la forma y el contenido de la política. En la medida en que la innovación revolucionaria y el progreso ocurran «en ausencia de la iniciativa popular», sin intervención activa, hegemónica, de las grandes masas, e incluso contra ciertas formas de revueltas esporádicas, nos encontramos frente a un proceso histórico pasivo y conservador. No obstante, sigue siendo una revolución (por muy diluida que sea) y, como tal, incorpora «cierta parte de las exigencias populares», incluyendo, como afirma Gramsci en el segundo borrador de la misma nota, «las exigencias de abajo» (C 10, 41: 205). Queda por saber por qué la dialéctica de lo viejo y lo nuevo, de la innovación y la conservación, permanece unida a un «conservadurismo reformista moderado» que encuentra su traducción intelectual en el historicismo croceano ¿Por qué los antagonismos históricos dan lugar a una superación conservadora?

La respuesta de Gramsci es particularmente clara: la revolución es pasiva cuando el Estado sustituye a la clase dirigente, cuando el aspecto de dominio (coerción) predomina sobre el aspecto de dirección (de la hegemonía como organización del consenso).

Esto sucede en el *Risorgimento*: «El Estado piamontés se convierte en el motor real de la unidad después del 48» (C 6, 78: 63). A partir de

entonces, a diferencia de los jacobinos franceses, los liberales italianos: «conciben la unidad como una ampliación del Estado piamontés y del patrimonio de la dinastía, no como movimiento nacional desde abajo, sino como conquista regia» (C 6, 78: 63). Aún más explícita sobre el mismo punto es una nota escrita después de 1933 (borrador único): «La función del Piamonte en el *Risorgimento* italiano es la de una «clase dirigente»» (C 15, 59: 232).

Si comparamos estas formulaciones podemos señalar que la proporción entre el elemento de dominación del Estado y el elemento de consenso, propio de la hegemonía, depende de las relaciones entre la clase dominante y el Estado en la transición, y por lo tanto del carácter de masas (o no) del proceso. Todo movimiento revolucionario «desde arriba» crea una cierta prioridad del dominio, mientras que si existe un movimiento nacional «desde abajo» presenta un peso mayor la hegemonía. Pero hay algo más: Gramsci se refiere explícitamente al papel de la «ampliación del Estado» en una transición histórica, y en este punto, observamos que esta no involucra, en absoluto, únicamente a un caso específico de transición (si es necesario, del camino italiano hacia el capitalismo) sino que más bien es una tendencia histórica de la burguesía. De hecho, a diferencia de las otras clases de modos de producción anteriores, pero también a diferencia del modo de autonomización de la clase trabajadora, la burguesía mantiene una relación específica con el Estado, una relación de expansión hegemónica sobre el conjunto de la sociedad como autoconstitución de la clase:

> La revolución aportada por la clase burguesa a la concepción del derecho y por lo tanto a la función del Estado, consiste especialmente en la voluntad de conformismo (de ahí la eticidad del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran esencialmente conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un paso orgánico de las otras clases a la suya, esto es, a ampliar su esfera de clase «técnicamente» e ideológicamente: la concepción de casta cerrada (C 8, 2: 214).

Una ampliación similar del Estado para una transacción presupone una cierta capacidad histórica para absorber y asimilar todos los niveles de la sociedad mediante la creación de un diseño global universalista. No hay Estado sin consentimiento, sin organización de aparatos de hegemonía, sin consideración de las relaciones específicas entre sociedad económica, sociedad civil y sociedad política. Contrariamente a

cualquier visión restringida del Estado: «hay que observar que en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción)». (C 6, 88: 76)

De esta conclusión deriva el abandono gramsciano de toda concepción instrumental del Estado que lo reduzca tanto solo al Gobierno (de acuerdo con la tradición socialdemócrata liberal) como a un aparato represivo monolítico único desprovisto de cualquier contradicción sociopolítica (como en toda la tradición economicista-maximalista, recuperada por el estalinismo). Sobre este punto véase lo que ya he desarrollado ampliamente en otro lugar[7]. Gramsci rompe con todo el enfoque instrumentalista de la II Internacional y de algunas corrientes de la III en beneficio de una nueva visión del Estado que no se limita a ser un simple «complemento» de la teoría leninista y marxista de la dictadura del proletariado. La problematización sobre el Estado ampliado consiste, por el contrario, en una reformulación crítica de la problemática de la transición. Con esto quiero decir también, que el concepto de Estado ampliado, de un «Estado integral», permanece vacío si no se distingue entre dos tipos radicalmente opuestos de ampliación y transición del Estado, como ha señalado Gramsci a partir del análisis del *Risorgimento*.

1) La ampliación del Estado puede arraigarse en la base, en formas de democracia de base apoyadas en la creatividad democrática de las masas, en su expansividad hegemónica. En tal perspectiva, el momento hegemónico tiende a superar el momento de dominación del Estado (nunca ausente como tal). Por lo tanto, esta ampliación del Estado no tiene nada que ver con la teoría y la práctica estalinista que plantea fortalecer al Estado como una forma de absorber a la sociedad civil, de reducir-suprimir sus contradicciones, como una reproducción de la dualidad gobernantes-gobernados propia de todo Estado. Por el contrario, esta ampliación del Estado es la condición para una «socialización de la política», es una reevaluación de lo social y de la lucha hegemónica en la transición de acuerdo con el objetivo de una ulterior extinción del Estado.

2) Por el contrario, la «revolución pasiva» procede a una especie de estatización de la transición que rompe con cualquier iniciativa popular

7 Ver Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*. En particular la primera parte: «El Estado como problema teórico».

de base y con cualquier cambio en las relaciones gobernantes-gobernados dentro de las superestructuras e instituciones. Cuando el dominio predomina sobre la dirección, cuando la clase dirigente pierde su base expansiva de masas, cuando el Estado reemplaza a la clase como el motor del desarrollo económico social, llegamos inevitablemente a lo que Gramsci llama una dictadura sin hegemonía. En esta los aparatos de hegemonía se convierten en «aparatos ideológicos del Estado», incluidos el partido y los sindicatos, tal como sucede en la concepción estalinista o neoestalinista de las «correas» de transmisión.

Más allá de los análisis históricos concretos, lo que está en juego en la reflexión sobre el *Risorgimento* es precisamente esto: separar dos tipos de transición, resaltando las causas y los efectos de las revoluciones pasivas y produciendo ciertos instrumentos de una teoría política de la transición. Me dirán que voy más allá de la letra del texto gramsciano, pero esto no es cierto, ya que el propio Gramsci generaliza sus enunciados sobre el *Risorgimento* a partir de los problemas que estos plantean. Problema 1: ¿El papel del Estado en el *Risorgimento* no es quizás equivalente al papel de un partido? «El Piamonte tuvo por lo tanto una función que puede ser comparada, en ciertos aspectos, con la del partido, o sea del personal dirigente de un grupo social (y de hecho siempre se habló de «partido piamontés»)» (C 15, 59: 232). Problema 2: ¿no nos presenta, quizás, el caso de Piamonte, una enseñanza metodológica y teórica más general, sobre los «cánones» de la investigación establecida por Marx en el *Prefacio* a la crítica?

> Lo importante es profundizar el significado que tiene una función tipo «Piamonte» en las revoluciones pasivas, es decir el hecho de que un Estado sustituya a los grupos sociales locales para dirigir una lucha de renovación. Es uno de los casos en que se da la función de «dominio» y no de «dirección» en estos grupos: dictadura sin hegemonía (C 15, 59: 233).

Esto está claro: «Piamonte» es solo un caso especial de las revoluciones pasivas (notamos el plural). Y vale la pena investigar este caso para comprender otros procesos históricos y posiblemente, como veremos, otras formas de revolución pasiva. ¿Cuál es, entonces, su ejemplaridad, cuáles son sus causas, efectos, conclusiones?

Si la burguesía como clase no ha podido liderar un proceso democrático burgués radical y unificar al pueblo se debe, sobre todo, a una

cierta inversión de las relaciones entre economía y política en esta transición. La efectividad específica de las superestructuras depende en gran medida de la fortaleza del desarrollo socioeconómico anterior: ahora en Italia, «no existía una clase burguesa económicamente fuerte y extensa» (C 6, 78: 63). Por tanto, a diferencia de los principios establecidos por Marx en el *Prefacio*: «El problema no era tanto el de liberar las fuerzas económicas ya desarrolladas [...] sino el de crear las condiciones generales para que estas fuerzas económicas pudieran nacer» (C 6, 78: 63). Extraña situación de reversión de los principios marxistas de transición: el Estado lejos de apoyarse en una sociedad civil y económica desarrollada debe crear las condiciones para su desarrollo a partir de su propio aparato. Una situación similar será precisamente la de la URSS después de la guerra civil, perjudicando la autonomía de la clase con respecto al Estado, a su hegemonía. Porque si el Estado se convierte en un Estado partidista (y también un Estado de partido) la hegemonía está restringida no solo en su base de masas, sino también dentro de la clase misma: «La hegemonía será de una parte del grupo social sobre todo el grupo, no de este sobre otras fuerzas para potenciar el movimiento» (C 15, 59: 233). Esta pérdida de hegemonía típica de las transiciones pasivas y estatales conduce inevitablemente a mecanismos de reproducción social burocrática-elitista, a formas de «centralismo burocrático», «en los Estados el centralismo burocrático indica que se ha formado un grupo estrechamente privilegiado que tiende a perpetuar sus privilegios regulando e incluso sofocando el nacimiento de fuerzas contrariantes en la base» (C 9, 69: 50[8]).

A partir de esta reflexión sobre estas transiciones efectivas desde el Estado, Gramsci saca dos conclusiones: 1) Si no queremos que el Estado reemplace a la clase, esta clase debe alcanzar la hegemonía (ideológica, cultural, política) antes y después de la toma de poder: esto implica la existencia de formas institucionales no estatales que permiten dinámicas de base y mecanismos de «socialización de la política». 2) Esta nueva dialéctica de la hegemonía y el dominio sobre los procesos de transición confirma la especificidad de la transición propia de Occidente. La oposición estratégica entre la guerra de movimiento y la guerra de posición,

8 Gramsci explica el centralismo burocrático por la falta de iniciativa en la base, vinculada a un carácter «primitivo» de la política. Esto debe leerse en conjunto con las notas sobre las funciones policiales en los partidos políticos y sobre la burocracia (C 13, 36).

entre Oriente y Occidente, se refiere al tipo de proporción que existe entre los diferentes momentos del complejo social. A diferencia de Oriente, donde el Estado lo era todo y la sociedad civil estaba subdesarrollada, gelatinosa, en el caso de los Estados más avanzados, la sociedad civil se ha vuelto: «una estructura muy compleja y resistente a las "irrupciones" catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera)» (C 13, 24: 62[9]).

Estas indicaciones y otras, todas igualmente conocidas, remiten una estrategia revolucionaria específica de Occidente, pero su naturaleza debe ser especificada. No es tanto, como se ha escrito, que el elemento de hegemonía-guerra de posición tenga aquí un predominio sobre el elemento de dominación-guerra de movimiento hasta el punto de excluir cualquier elemento coercitivo de dominación en el pensamiento gramsciano del Estado (lo que es falso). Tampoco se trata de que la primacía de la guerra de posición elimine todo momento de ruptura, de movimiento. Como Gramsci se ocupa de señalar, la primacía estratégica de la guerra de posición implica, a modo de táctica, elementos de la guerra de movimiento, de romper el equilibrio sociopolítico dominante. En este sentido, la "guerra de posición" nunca es pura. Tampoco lo fue en el *Risorgimento*: la guerra de movimiento, y el momento de la iniciativa popular, estuvo representada por Mazzini. Pero esta estuvo subordinada al elemento de guerra de posición representado por Cavour y el Estado piamontés. En otras palabras, el resultado y la naturaleza del proceso de transición y del Estado en la transición dependen completamente de la solución de un problema histórico: quién es el que tiene la iniciativa en la transición y, por lo tanto, quién es quien tiene la inteligencia histórica y política de la transición a largo plazo. También en este caso el *Risorgimento* es ejemplar en lo que respecta a la disimetría de las fuerzas presentes en el plano objetivo y subjetivo. «mientras que Cavour era consciente de su misión en cuanto que era consciente críticamente de la misión de Mazzini. Mazzini, por su escasa o nula conciencia de la misión de Cavour, era en realidad también poco consciente de su propia misión» (C 15, 11: 188).

La disimetría en la conciencia de las tareas históricas (y, por lo tanto, de las estrategias), la proporción siempre relativa de la guerra de movimiento y la de posición en una transición, adquieren un alcance general, constituyen un «principio de ciencia política». Es por eso que la

9 Es inútil que volvamos una vez más sobre estas notas que siempre son citadas.

existencia de una «relación correcta» entre la sociedad civil y la sociedad política en Occidente presupone una complejizacion de las formas políticas, una nueva delimitación del espacio político para todas las clases de la sociedad. Con esto quiero decir, que las clases dominantes también pueden pelear una «guerra de posición». En este sentido, la teoría de la revolución pasiva como complemento crítico de la problemática marxista de la transición no se limita a las «transiciones pasivas»: implica los modos de reestructuración pasiva del propio capitalismo.

3. Sobre las revoluciones pasivas de las clases dominantes: la guerra de posición

Si las «transiciones pasivas» ponen de manifiesto –por motivos estructurales– el peso específico de los procesos de desplazamiento desde la hegemonía hacia el dominio, la burocratización-estatización, no debemos por ello concluir que la teoría de la revolución pasiva es estrictamente superestructural, que lleve a una especie de dualismo reformista entre base y Estado, entre producción y política. No se trata de esto en absoluto, de hecho, la misma reformulación de la transición socialista en términos de bloqueo histórico va en la dirección opuesta. No solo porque Gramsci define la formación de un bloque histórico como la unidad realizada de infraestructura y superestructuras, de condiciones objetivas y condiciones subjetivas, sino, también, porque formula las condiciones de esta unidad, aquellas que legitiman los dos principios de la transición enunciados por Marx.

La primera de estas condiciones es conocida. A diferencia de una simple alianza de clases y fuerzas sociales, la formación de un bloque histórico implica una transformación de los respectivos roles sociales dentro de la alianza y una modificación de las formas del poder y de la política. En pocas palabras, la modificación de las relaciones dialécticas y orgánicas entre intelectuales y pueblo, entre dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados, todas vinculadas a la necesidad de una revolución cultural como dimensión de una nueva práctica estatal, de un nuevo tipo de Estado[10]. La unidad expansiva del «bloque histórico»

10 Sobre la relación entre revolución cultural y bloque histórico ver C 4, 32. No desarrollo este punto, que se encuentra contenido en la critica a Bujarin, ya que doy por sentado que en tanto la revolución cultural modifica las relaciones entre

también difiere de cualquier organización burocrática, de un simple «bloque de poder» que privilegia la dominación y conduce a una relación pasiva (en el mejor de los casos; administrativa-represiva en el peor) de las masas con las instituciones. A su vez, el bloque histórico es lo opuesto a la revolución pasiva y requiere una segunda condición: lo que Gramsci llama «homogeneidad» entre infraestructura y superestructura y, por lo tanto, la superación del momento estrictamente «económico-corporativo» del Estado (como agente económico). La estrategia del bloque histórico como una reformulación de la transición circunscribe positivamente lo que la revolución pasiva delimita negativamente, como si el binomio bloque histórico-revolución pasiva definiera los límites, los dos corolarios críticos, de los «cánones» de la transición enunciados por Marx, superando los conceptos economicistas-mecanicistas de la transición. Si este es el caso, se puede suponer fácilmente que la crítica del economicismo no tiene nada que ver con un vaciado voluntarista de la economía ni con una absorción neocrociana de la historia en su totalización ético-política. Más bien, esta crítica delinea una concepción no económica de la economía en sí misma, una reinterpretación correlativa de los procesos de transición pasiva como un contraataque del capital a partir de la organización capitalista del trabajo y de las nuevas relaciones entre lo económico y lo político, y entre las masas y el Estado, después de los años treinta.

Que el fascismo representa en el siglo xx el equivalente histórico del liberalismo del siglo xix, que es una nueva forma de revolución pasiva, «una "guerra de posiciones" en el campo económico» (C 10 I, 9: 130) no es algo que se pueda dar fácilmente por sentado. Parece claro que incluso el propio Gramsci había privilegiado durante mucho tiempo otra relación conceptual, entre cesarismo y fascismo, para delinear la crisis de la fascistización (de la hegemonía), vinculada a un equilibrio catastrófico de las fuerzas presentes, y sus consecuencias: el Estado totalitario. Pero lo cierto es que a partir del Cuaderno 8 (1931-1932) el análisis del fascismo pasa a estar vinculado a dos conceptos fundamentales: revolución pasiva y guerra de posiciones (C 8, 236: 344[11]) Y, en este vínculo, el concepto mismo

dirigentes y dirigidos, entre gobernantes y gobernados, entre intelectuales y pueblo, y transforma los usos, costumbres y normas, es decir el «modo de vida», se vuelve necesaria para toda revolución «antipasiva».

11 La combinación entre fascismo y revolución pasiva se opera a través de la crítica a la posición cultural de Croce, representante ideológico en Italia de la «revolución pasiva». En Francia, Gramsci se refiere principalmente a Proudhon.

de revolución pasiva será modificado para designar una tendencia inmanente al desarrollo capitalista de tipo estadounidense.

Si la guerra de posiciones es realmente una nueva estrategia ofensiva de la clase trabajadora en Occidente capaz de asumir la complejidad de los procesos de penetración del Estado en la economía y de los «aparatos de hegemonía», haciendo de la conquista de la sociedad civil el presupuesto del Estado, es necesario extraer también todas sus consecuencias con respecto a la estrategia de las clases dominantes. Es desde y en la economía, a partir de y en los aparatos de la hegemonía, que se describen las contratendencias del capitalismo, sus «revoluciones pasivas». De hecho, contrario a todos los enfoques politicistas del fascismo centrados en su aspecto totalitario, en sus mecanismos ideológicos represivos o estatales, Gramsci, que no excluye este enfoque en absoluto, desarrolla otro análisis: aquel que ya estaba en el centro de la estrategia consejista de 1919-1920, y que se basaba en la relación entre la reorganización de las fuerzas productivas y las formas de la política. ¿Acaso el fascismo como Estado totalitario no esconde una nueva forma de reformismo vinculada al capitalismo de Estado?

La guerra de posiciones en el campo de la economía comienza a partir de una reorganización capitalista de las fuerzas productivas y se basa en la introducción contradictoria de elementos de planificación a mediano plazo: «¿No sería el fascismo precisamente la forma de "revolución pasiva" propia del siglo? […] Podría concebirse así: la revolución pasiva se verificaría en el hecho de transformar la estructura económica "reformistamente" de individualista a economía planificada (economía dirigida)» (C 8, 236: 344). Este advenimiento de una forma de «economía mixta de carácter pasivo» (que Gramsci vincula al corporativismo) implica en realidad un nuevo papel del Estado en la economía. La segunda escritura de la misma nota es mucho más explícita a este respecto: «se tendría una revolución pasiva en el hecho de que por la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país serían introducidas modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento "plan de producción"» (C 10 I, 9: 130).

Por supuesto, la ganancia y la dirección de las clases dominantes y los gobernantes tradicionales no se ven modificados ya que la «revolución» sigue siendo pasiva y las fuerzas productivas se desarrollan bajo su liderazgo. Pero, en cambio, estas sí pueden afectar a algunas formas de alianzas dado que la revolución pasiva crea ilusiones, esperanzas, en algunos grupos, en particular en « la gran masa de los pequeñoburgueses urbanos

y rurales» (C 10, I, 9: 130). En este sentido, estos «tipos de reformismo» no resultan simplemente de una política, sino, más bien, como lo demuestra el americanismo y el fordismo, «resultan de la necesidad inmanente de llegar a la organización de una economía programada»(C 22, 1: 61). Aún más, son expresión de «un nuevo mecanismo de acumulación y distribución del capital financiero basado inmediatamente en la producción industrial» (C 22, 1: 61).

Contrariamente a los análisis catastrofistas del capitalismo desarrollados por la III Internacional en su «punto de inflexión» de los años 29-30, Gramsci admite la posibilidad de un desarrollo capitalista de las fuerzas productivas en ciertos sectores con la condición de estar basado en el Estado, tanto económica como ideológica y moralmente (aumento de la coerción moral ejercida por el aparato del Estado). En este sentido, «es el Estado mismo el que se convierte en el mayor organismo plutocrático, el *holding* de las grandes masas de ahorro de los pequeños capitalistas» (C 22, 14: 92). Desde ese momento se rompen el equilibrio de consenso y coerción inherente a la hegemonía política parlamentaria clásica, sus estructuras institucionales y su base de masas. En este punto, Gramsci ciertamente se mantiene dentro del horizonte leninista en sus críticas al parlamentarismo «burgués» (se necesitará la dura lección del antifascismo y del estalinismo para que las relaciones entre la democracia representativa y el socialismo se propongan en términos radicalmente nuevos y la democracia se convierta en el eje de un estrategia de transición). Sin embargo, también insiste en la especificidad y diversidad de las formas del Estado y de la hegemonía, haciendo de la dialéctica sociedad civil-Estado un elemento determinante de estas formas y de la problemática de la «extinción» del Estado.

La transformación de la sociedad civil en el Estado propia del Estado «total» (totalitario) va acompañada de una penetración del Estado en la economía y en las instituciones de masas. Al contrario de este fortalecimiento del Estado, su extinción, propia del comunismo, presupone una expansión de la sociedad civil, su autorregulación a expensas de la sociedad política. Esto significa que la dialéctica sociedad civil-Estado es todo lo contrario a una regresión neocrociana-hegeliana con respecto al análisis marxista del modo de producción, tal como plantea Althusser. En primer lugar, porque esta dialéctica se sustenta en el pensamiento político de Marx, en su crítica a la superstición estatalista de un Estado separado y centralizado que absorbe todas las fuerzas de la sociedad en un inmenso dispositivo burocrático y parasitario. Pero, sobre todo,

porque esa dialéctica permite un enfoque antieconomicista de la economía misma; una reevaluación de lo social en sus relaciones con lo político y un análisis de las formas políticas que ofrece algunas herramientas para una crítica «de izquierda» al estalinismo como «revolución pasiva». A diferencia del Estado parlamentario «clásico», que mantiene una autonomía en relación con la sociedad civil (un equilibrio), la transformación del Estado después de los años treinta condujo a una transformación de las relaciones entre economía y política en una relación no instrumental entre los dos. La división social del trabajo, las relaciones de producción, ya no constituyen solo el apoyo de un Estado producido externamente, sino las «casamatas» o «reservas organizativas» para un mecanismo de producción estatal que no puede dejar a las masas afuera de su alcance. Entre la forma estatal y la ley de acumulación de capital las relaciones se vuelven más funcionales, menos mediadas. En resumen, la revolución pasiva nace tanto de la fábrica como de la hegemonía. Y aquí radica la originalidad del análisis gramsciano del taylorismo-fordismo: captar las contratendencias del capital directamente desde las formas de organización del trabajo, explorar nuevamente el espacio de la política que estaba en el centro de la estrategia de los consejos a la luz de los nuevos desarrollos del capitalismo, pensando las formas de la política en sus relaciones con las fuerzas productivas.

De hecho, la revolución pasiva a la americana pasa por la reorganización de los asalariados (política de salarios altos), por el desarrollo de prácticas de diferenciación dentro de la clase trabajadora, por la creación de un nuevo proletariado fragmentado, parcelado, e intercambiable. El desarrollo de las fuerzas productivas, su «racionalización», tiene lugar bajo la dirección de las clases dominantes que poseen el monopolio de la iniciativa, y en ausencia de un liderazgo consciente y autónomo de la clase trabajadora. Como Badaloni ha señalado correctamente: «La revolución pasiva es la situación correlativa a la falta de aparición del elemento unificador de una politicidad en conexión con las nuevas fuerzas productivas»[12]. Por lo tanto, no es casualidad que, frente a esta falta de socialización de la política, Gramsci todavía recuerde, en los *Cuadernos*, a la experiencia de *L'Ordine Nuovo* «que sostenía una forma de "americanismo" aceptable para las masas obreras» (C 22, 2: 66). La hegemonía surge a través del control, del dominio, del

12 Nicola Badaloni (1975), *Il Marxismo di Gramsci*, Turín, Einaudi: 152. Traducción propia del original en italiano.

proceso de trabajo a través de formas políticas de base (como los consejos) capaces de realizar la unidad de la clase como una clase de «productores».

Sin embargo, frente a las nuevas formas de control de las masas desde la fábrica desarrolladas por el americanismo e intentadas por el fascismo (sindicato de Estado, corporativismo), Gramsci tampoco refiere a la experiencia de *L'Ordine Nuovo* como germen de un Estado de consejos piramidales y centralizados, como planteaba en 1919-1920, sino más bien como una forma de antirrevolución pasiva. Porque un Estado de ese tipo, basado en un doble poder, se deriva justamente de una guerra de movimiento, de un «ataque frontal», que ya es muy poco probable, si no imposible, en Occidente.

Por un extraño cambio teórico, el binomio revolución pasiva/antipasiva taylorismo-fordismo/consejos nos lleva a una referencia directa a Marx, incluso si siempre existe una mediación leninista a partir el Estado de la clase trabajadora: la revolución pasiva es realmente ese corolario crítico que nos permite volver a soldar la crítica de la economía política a la teoría de la revolución a partir de una especie de expansivdad de la política en las bases[13]. De hecho, el desarrollo del taylorismo-fordismo y, más en general, del americanismo, constituye una respuesta capitalista a la ley de la caída de la tasa de ganancia descubierta por Marx. O mejor: «esta ley debería ser estudiada sobre la base del taylorismo y del fordismo» (C 10 ii, 41: 195). Contrariamente a todas las interpretaciones economicistas de esta ley, que privilegian el desarrollo-reorganización de las fuerzas productivas materiales, Gramsci subraya, además de estos factores, el papel decisivo de «la selección de un nuevo tipo de obrero [que] hace posible, a través de la racionalización taylorizada de los movimientos, una producción relativa y absoluta más grande» (C 10 ii: 195). El tipo de clase trabajadora, sus modificaciones internas condicionan morfológica y políticamente la naturaleza de la ley, su carácter tendencial, ya que no podría haber una ley tendencial sin contratendencia, es decir, sin una variante política, sin la introducción de relaciones de poder en la economía: «Puesto que la ley es el aspecto contradictorio de otra ley, la de la plusvalía relativa que determina la expansión molecular del sistema de fábrica» (C 10 ii, 36: 172[14]). La

13 Sobre esta relación directa entre Gramsci y Marx, sobre una reinterpretación de la hegemonía a partir del capital, remito al libro: Biagio De Giovani (1984), *La teoría política de las clases en «El Capital»*, Siglo XXI.

14 De aquí se deriva el carácter político de la crisis en Gramsci y su morfología: «la morfología de la crisis es política porque político es el proceso de contradicción

revolución pasiva como proceso de racionalización capitalista del trabajo, por lo tanto, sigue siendo contradictoria a largo plazo, porque plantea su opuesto: la expansión molecular del sistema fabril. En consecuencia, es necesario que la estrategia política de guerra de posiciones se oponga y obstaculice los efectos de esta racionalización, que oponga a los efectos de la masificación-división de la clase obrera su reunificación en la base de acuerdo con la idea de Marx del «trabajador colectivo». Al vincular explícitamente el movimiento de los consejos con la categoría teórica de Marx del «trabajador colectivo», Gramsci pretende definir una nueva relación entre economía y hegemonía para hacer de la hegemonía un principio crítico con respecto a cualquier interpretación economicista del capital. Si es cierto que la revolución pasiva tiende a vincular los requisitos técnicos con los intereses de la clase dominante, la hegemonía y las formas políticas de base nos permiten llevar a cabo una «escisión», creando las condiciones para una nueva síntesis histórica, uniendo los requisitos técnicos a los intereses de una clase aún subordinada. La antirrevolución pasiva pasa por el surgimiento de una nueva conciencia de los productores (C 9, 67, 48-49[15]): por una «socialización de la política».

Concluyamos este punto provisionalmente: la asunción de la forma política que permite la reunificación de una clase trabajadora fragmentada, «racionalizada», sometida permanentemente a los efectos de las revoluciones pasivas del capital, arraiga la hegemonía en la economía: «si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica» (C 13, 18: 42). Pero no debemos creer que esta posición concierne solo al capitalismo, también nos permite enfrentar las contradicciones y «desviaciones» del socialismo. Al comentar sobre el americanismo de Trotsky de 1921, su deseo de «dar la supremacía a la industria y a los métodos industriales, de acelerar con métodos coercitivos la disciplina y el orden en la producción» (C 4, 52: 201*)* (todos objetivos realizados por Stalin), Gramsci señala que esa forma militar de desarrollo del americanismo corre el riesgo de conducir a una nueva forma de bonapartismo (C 22, 11: 81-85). Es un cesarismo que uniría la revolución pasiva en las superestructuras (un Estado que reemplaza a

---

a través del cual el trabajo organizado puede cambiar fundamentalmente de posición en la gestión de la economía» (Ibídem: 303).

15 Sobre la actualidad de este problema gramsciano ver el libro de Bruno Trentin (1977), *Da sfruttati a produttori. Lotte operaie e sviluppo capitalistico dal miracolo economico alla crisi*, Bari, De Donato.

la clase) con americanismo en la división del trabajo. Extraña combinación en la que la clase trabajadora pierde dos veces su hegemonía expansiva. Resultado: la ausencia de un verdadero bloque histórico del socialismo. Una propuesta que se puede invertir fácilmente: ¿en qué sentido el bloque histórico, como reformulación de la problemática de la transición, es una antirrevolución pasiva?

III. A modo de conclusión: de la transición como antirrevolución pasiva

El análisis precedente de la revolución pasiva, y de los problemas que esta suscita, nos permite ahora formular algunas hipótesis y conclusiones que pueden servir como elementos para su discusión. La complejidad de la estrategia revolucionaria de Occidente es aún más «compleja» de lo que podríamos haber pensado al principio. Gramsci saca una primera conclusión estratégica del fracaso de las revoluciones proletarias en Occidente: es necesario proceder con una «guerra de posiciones» a largo plazo que haga estremecerse al conjunto de reservas organizativas desarrolladas por la burguesía, por su Estado, por su aparato de hegemonía. Pero tal estrategia choca permanentemente con otra guerra de posiciones: las diversas formas de revolución pasiva del capital que crean reformas de un nuevo tipo. Por esta razón, incluso si la reanudación y el desarrollo del concepto leninista de hegemonía nos permiten analizar un nuevo objeto –el conjunto de estructuras de poder propias de Occidente (estructuras relativamente ausentes en Rusia y obstáculos a cualquier ataque frontal, a cualquier repetición del «modelo» de octubre)– no debemos concluir, un poco apresuradamente, el carácter estrictamente superestructural de la hegemonía. Esto se debe a dos conclusiones que pueden extraerse de la revolución pasiva con respecto a las relaciones dialécticas entre lo económico-social y lo político, y que sirven como corolarios críticos de los principios enunciados por Marx en el «Prefacio» a *La contribución a la crítica de la economía política*:

1) Un proceso de transición de un modo de producción a otro es pasivo y estatalista cuando se construye sobre una falta de hegemonía a nivel económico: es un caso típico de inversión de los principios enunciados por Marx, ya que el Estado sirve como herramienta para el desarrollo de las fuerzas productivas. Conocemos el precio de este tipo de transición pasiva: acumulación «forzada» basada principalmente sobre

los campesinos (véanse las notas de Gramsci sobre la ausencia de reforma agraria en el *Risorgimento* y, en el sentido más amplio, el lugar de la cuestión meridional en las revoluciones pasivas), reemplazo de la clase por un Estado-partido burocratizado, pérdida de hegemonía. En resumen: es la ausencia del bloque histórico del socialismo.

2) Inversamente, y en paralelo, la realización de una hegemonía de las clases dominantes dentro de una reestructuración «económica» de las fuerzas productivas paraliza la autonomización de la clase trabajadora, afecta sus alianzas y cambia las relaciones entre lo económico y lo político convirtiendo al Estado mismo en: «un instrumento de "racionalización", de aceleración y de taylorización, [que] opera según un plan» (C 13, 11: 26). En estas condiciones, la propia fábrica se convierte en el lugar de reunificación de lo social y lo político. Toda estrategia de «guerra de posición» queda enraizada en «todo el sistema organizativo e industrial» (C 13, 24: 61).

Estos dos corolarios críticos, por lo tanto, modifican la topología del esquema clásico de infraestructura-superestructura y, por lo tanto, el lugar de lo político como elemento determinante en la superación de un modo de producción. Desde el momento en que el Estado ingresa en la economía y en los aparatos de hegemonía de la sociedad civil, su accionar se produce tanto en la base como fuera de esta por su intervención política en lo económico-social y en la sociedad civil. A partir de esto, y tomando algunas indicaciones del último Lenin sobre el desplazamiento de los lugares y las posiciones de la política en un proceso de transición, Gramsci descubre una cierta historicidad correlativa de la forma de la política y la forma de la teoría:

> A la fase económico-corporativa, a la fase de lucha por la hegemonía en la sociedad civil, a la fase estatal, corresponden actividades intelectuales determinadas que no se pueden improvisar o anticipar arbitrariamente. En la fase de la lucha por la hegemonía se desarrolla la ciencia de la política; en la fase estatal todas las superestructuras deben desarrollarse, so pena de la disolución del Estado (C 11, 65: 337).

Este es un paso que adquiere todo su significado al observar el trabajo mismo realizado en la prisión: Gramsci no podía «improvisar» arbitrariamente ni «anticipar» la fase histórico-teórica que planea como una especie de horizonte crítico y utópico: la del desarrollo de todas las superestructuras, de un bloque histórico homogéneo y expansivo hasta

la extinción del Estado. Gramsci se coloca con mucha precisión en una fase de lucha por la hegemonía frente a los procesos de revolución pasiva tanto en Occidente como en Oriente. La extensión de la famosa tesis de Marx sobre la correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción con el conjunto de relaciones de base-superestructura funciona como una especie de norma crítica que nos permite comprender toda la patología histórica de los procesos de revolución pasiva: la historia italiana y la europea, las deformaciones burocráticas-autoritarias de las transiciones de un modo de producción a otro. A partir de esta historia no lineal, que exige un «pesimismo de inteligencia» para mejor desarrollar un «optimismo de la voluntad», Gramsci sacará una conclusión: es necesario romper con toda visión economicista de la realidad social. Esta ruptura refiere precisamente a la concepción del Estado y el poder, al paso desde una concepción instrumental y «restringida» del Estado (como gobierno y como aparato de coerción) hacia a una concepción más amplia (dominio + hegemonía). Una ruptura que sigue marcada y se mantiene en una tensión contradictoria, ya que presupone un doble funcionamiento del concepto de hegemonía.

De hecho, como lo han demostrado los debates recientes, la hegemonía sirve tanto como un principio «estatal» y como un principio crítico antiestatal. Estatal porque la hegemonía rectifica cualquier análisis reduccionista del Estado en términos de sociedad política y extiende el Estado a todas las superestructuras, en sus relaciones con la base de masas (aparatos de hegemonía); antiestatal ya que la hegemonía permite una crítica de las patologías políticas (las dictaduras sin hegemonía) y se refiere a lo que no puede y no debe ser el Estado de una dirección de clase en un verdadero bloque histórico.

Contrariamente a las interpretaciones que apuntan a resolver esta antinomia en beneficio de uno de los términos, la hegemonía como un simple enriquecimiento de la dictadura en un caso[16], y la hegemonía como una estrategia que plantea la ausencia de todo momento coercitivo de y en el Estado, en el otro, nos parece que esta tensión contradictoria forma una unidad en el proyecto de Gramsci con su reinterpretación del problema de la transición en términos de revolución pasiva. Si, como sugieren algunos pasajes, podemos interpretar la morfología de la transición como una política en la que se enfrentan dos formas de guerra

16 Ver Massimo Salvadori (1976), «Gramsci e il Pci: due concezioni dell'egemonia,» en *Mondoperaio*, núm. 11.

de posición (y no una), y si estas dos guerras siguen siendo profundamente disimétricas, deberíamos sacar una conclusión simple: el concepto de hegemonía se divide disimétricamente de acuerdo a si aborda la estrategia de las clases dominantes o la de las clases subordinadas que luchan por una nueva dirección de la sociedad.

Para las clases dominantes, la ampliación del Estado siempre está del lado de su «fortalecimiento» con la condición de agregar que este refuerzo, a partir de los mecanismos implementados por las revoluciones pasivas, pasa por nuevas formas de integración de las masas en las instituciones estatales y hegemónicas. La presencia de las masas en las instituciones, el hecho de que el Estado se convierta cada vez más en un material condensado y materializado (en un aparato) del conjunto de relaciones de poder de la sociedad, modifica radicalmente las relaciones entre guerra de posición y guerra de movimiento:

> La estructura masiva de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales cuanto como complejo de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte político lo que las «trincheras» y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posiciones: hacen solamente «parcial» el elemento del movimiento que antes era «toda» la guerra, etcétera (C 13, 7: 22).

La posibilidad de librar una guerra de posiciones en tales condiciones (donde el momento de la ruptura siempre permanece, pero es «parcial») está vinculada a la capacidad de la clase obrera y sus aliados para invertir estas posiciones, para desarrollar una estrategia de lucha contra la revolución pasiva. Es a partir de esta estrategia que Gramsci describe un cierto número de articulaciones institucionales, pero es inútil buscar cualquier pluralismo político a nivel estatal en el análisis de Gramsci. Lo que sí hay es un pluralismo institucional adecuado al argumento del Estado como un problema de transición. Fuera de las formas básicas de democracia, Gramsci subraya el papel decisivo del partido como «príncipe moderno», es decir, como partido de masas. Esta insistencia en su carácter masivo, la crítica de cualquier centralismo burocrático en beneficio de un centralismo democrático que vincule la dirección política al movimiento ascendente ciertamente no es nueva. Se puede encontrar, por ejemplo, en el controvertido intercambio de cartas entre Gramsci y Togliatti sobre la oposición en la URSS de 1926. Gramsci no oculta su desaprobación de los efectos producidos por los métodos

centralista-autoritarios del PCUS, señalando que tales métodos no dejarán de cristalizar «desviaciones de derecha e izquierda», de atacar la «función principal que el partido comunista en la URSS había conquistado bajo el impulso de Lenin» y su capacidad misma de «revolucionar a las masas en Occidente».

Sin embargo, aunque esta insistencia no es nueva, adquiere una nueva dimensión teórica desde el momento en que Gramsci conecta el problema del centralismo burocrático con la revolución pasiva y sus efectos. Esto puede ser atestiguado por un pasaje decisivo en el que Gramsci, al comentar sobre la naturaleza crítica de la teoría de la revolución pasiva con respecto a los dos principios enunciados por Marx en el «Prefacio», agrega: «Revisión de algunos conceptos sectarios sobre la teoría de los partidos, que precisamente representan una forma de fatalismo del tipo «derecho divino». Elaboración de los conceptos de partido de masas y del pequeño partido de elite y mediación entre los dos» (C 15, 62: 236).

Que tal mediación modifica la forma clásica del partido tal como la había configurado Lenin, que postula una nueva dialéctica de lo económico-social y lo político que cambia las fronteras de la política y las extiende a los diferentes lugares de la hegemonía (aparatos de hegemonía, intelectuales…), es algo que adquiere todas sus consecuencias por los efectos estratégicos de la revolución pasiva. Para la clase trabajadora la ampliación del Estado es una estrategia de transición pero, como mencionamos anteriormente, encontramos dos formas de ampliación del Estado, como una antinomia histórica y política no resuelta. Si Gramsci explora las condiciones de una antirrevolución pasiva no proporciona aún su solución estatal, en el sentido de que no existe una teoría del Estado adecuada a la transición en ese proceso histórico. No existe, y en cierto sentido, por razones históricas y teóricas, no podría existir. En este sentido, al reflexionar por primera vez sobre la relación entre la teoría de la revolución pasiva y la teoría de la transición ¿no es el marxismo de Gramsci como marxismo de la transición también un marxismo en transición, un marxismo crítico, abierto, creador? Hoy es nuestra tarea resolver, bajo condiciones históricas diferentes, pero a partir de ciertas herramientas proporcionadas por su trabajo, este problema: cómo pensar teórica y políticamente la simultaneidad de una posible revolución pasiva (incluidas sus nuevas formas vinculadas a la crisis actual del capitalismo) y de un Estado de transición democrático y pluralista de nuevo tipo; un Estado que no se limita a reproducir el

Estado de derecho parlamentario clásico con su eterna separación formal entre sociedad política y sociedad civil.

A diferencia del estalinismo y la socialdemocracia –las dos revoluciones pasivas del siglo en extraña complicidad– una transición democrática antipasiva solo puede basarse en una expansión antiburocrática de las formas de la política en el «Estado ampliado» (desde la base hasta los diversos aparatos de hegemonía) porque, como Gramsci había señalado correctamente desde 1930, las masas ya no están «atomizadas», sino bien organizadas y presentes en todas las instituciones. Después de todo, la estructura de las democracias modernas es esencial para liderar una guerra de posiciones, ya que esta es inseparable de la existencia de «grandes partidos políticos de masas» y «grandes sindicatos económicos» (C 13, 7: 22).

Una expansión política no instrumental de este tipo impone, por tanto, un terreno político relativamente nuevo a la clase trabajadora actual: el de la democracia como una forma de lucha de clases y de transición. Pero ese terreno, relativamente diferente del que Gramsci exploró (debido a las transformaciones del capitalismo contemporáneo), sigue siendo aquel en el que se enfrentan desde el interior dos «guerras de posición». Así, se perfila la forma de un Estado de transición como aquel capaz de contrastar estas diversas revoluciones pasivas inmanentes a la crisis oponiéndoles una nueva dialéctica política entre la democracia representativa y la democracia de base. Una nueva dialéctica política que está en el centro de la reflexión gramsciana. Es una relación dialéctica y no frontal entre amabas, que se diferencia tanto de un doble poder destructivo como de la absorción de una de estas formas por la otra en un nuevo reformismo que identificaría la transición únicamente con el cambio de gobierno. Desde esta perspectiva la teoría de gramsciana de la revolución pasiva es más que un simple corolario crítico de la problemática marxista de la transición: es una instrumento teórico y político para nuestro presente.

Sobre el concepto de revolución pasiva

DORA KANOUSSI
JAVIER MENA

La conclusión más general a la que lleva la elaboración de este ensayo, consiste en la confirmación de la existencia simultánea, paralela e inseparable de dos grandes vertientes en la reflexión global de Gramsci: la teoría de la historia y la teoría de la política, interrelacionadas e inexplicables la una sin la otra. Ello se verifica en un primer nivel en el análisis de cada una de las categorías principales; también se comprueba fácilmente por el hecho –como se explica más adelante– de que cada *categoría adquiere un contenido diferenciado no solamente según la clase, sino también según la fase histórica en la que se encuentra la misma clase a la que hace referencia*.

Así, lo más significativo para la confirmación es que la teoría de la historia y la teoría de la política tienen un mismo origen filosófico, una misma base gnoseológíca, que son teorías inseparables y constitutivas del marxismo de Gramsci; esta idea fue surgiendo con bases sólidas a medida que fue avanzando el estudio y la elaboración de este trabajo.

Si en un primer momento se pensó que era necesaria una introducción al contexto filosófico y a los principios de la teoría de la historia, para después poder desentrañar y establecer minuciosamente las categorías de la teoría de la política (teoría del Estado), que sería el centro de la tesis; con el paso del tiempo vimos que esto era imposible sin un estudio más detenido tanto de las bases de la filosofía como de la teoría de la historia en Gramsci. Esto a su vez nos llevó a descubrir una interrelación íntima y fuerte entre los tres niveles de conceptualización gramsciana: el filosófico, el histórico y el teórico-político.

Si el trabajo se detiene antes de abarcar la teoría del Estado propiamente dicha, creemos que esto no es en detrimento de la tesis ya que valió bien la pena profundizar en la concepción de la filosofía y de la historia de Gramsci, si con ello se comprende mejor un pensamiento original que enriquece al marxismo y ofrece una renovación para las «armas de la crítica». Sin embargo, podría uno preguntar, si Gramsci es el teórico de la «Revolución en Occidente», ¿cuál es la exigencia que lo impulsa a hacer avanzar también a la teoría de la historia?

Sin ninguna duda, Gramsci parte de los cambios producidos en la fase actual del capitalismo monopolista: del surgimiento de una nueva sociedad de masas y de los eventos más relevantes del primer cuarto del siglo XX, como son la creación de un nuevo Estado (octubre 1917), la derrota del movimiento obrero en occidente y el fascismo. Ello lo obliga a intentar adecuar la teoría del movimiento a la nueva situación, definiendo una nueva estrategia para la revolución en occidente. Esto lo lleva a su vez a una renovación de la teoría del Estado, a una «ampliación» de esta, entendiendo como Estado la unidad de fuerza y consenso, de dictadura de clase y hegemonía civil (sociedad política + sociedad civil) o «hegemonía acorazada de coerción». La «verificación» histórica de esta concepción está en el antecedente de la formación de los Estados europeos, requisito a su vez para entender la nueva situación y la estrategia a establecer.

Su punto de partida es el descubrimiento teórico-práctico de Lenin de la «*primacía de la política*» *y la* «*centralidad del Estado*» *para la teoría revolucionaria*. Partiendo de la primacía de la política en sentido leninista (que lo preserva del economicismo y voluntarismo de algunas de las tradiciones marxistas) compara a la política con el arte militar, en el sentido de considerar la crisis del capitalismo como la artillería de campaña que por sí sola no suscita transformaciones importantes. En el fondo existe siempre el complejo sistema de «trincheras y casamatas», o sea, la eficacia de la hegemonía burguesa en la sociedad civil que apoya al Estado y no permite que un asalto lo sacuda. De ahí la necesidad de plantearse de modo diferente «el problema crucial de la filosofía de la praxis»: el cómo surge el movimiento histórico a partir de una determinada estructura.

En la fase actual, las superestructuras no son meros reflejos directos de una base, sino un complejo de ideas, instituciones, aparatos, a través de los cuales una base material dada, encuentra su perfeccionamiento y confirmación histórica. De ahí que las superestructuras y su centro, el Estado, representen, en tanto que momento ético-político, el momento de consumación de un grupo social en la historia, el momento de la «libertad del espíritu».

Ante el conjunto y la complejidad de los nuevos fenómenos que caracterizan la fase actual (las nuevas relaciones entre estructura y superestructura), Gramsci innova a la teoría del Estado a través de una original teoría de la historia que le permite esclarecer las especificidades de la fundación de los Estados modernos (sobre bases insanas, conservadoras). Este proceso es visto por Gramsci como un movimiento a través del cual se elabora una nueva sociedad civil en la historia, por una clase que siendo subalterna (pero ligada a una función productiva necesaria) culmina su desarrollo con la formación de un nuevo Estado. Se unen así teoría de la historia y teoría de la política.

Es a partir de aquí que Gramsci plantea el desarrollo de una teoría de la historia como necesidad fundamental de una teoría de la política que explique una nueva situación histórica y sirva de base a una nueva estrategia de transformación. La historia para Gramsci no se hace por ella misma: historia se hace en tanto que obrando en el presente se interprete al pasado: siendo que el «presente justifica e ilumina al pasado» y, sobre todo, se hace historia por una exigencia del presente, la revolución en occidente. Por la dialéctica de conservación-innovación, Gramsci establece los nexos entre presente y pasado. La historia del pasado no se puede «no escribir con los intereses y para los intereses actuales» y «si escribir historia significa hacer historia del presente, es gran libro de historia aquel que en el presente ayuda a las fuerzas en desarrollo a devenir más conscientes de sí mismas y, por tanto, más concretamente activas y operantes» (C 19, 5: 365).

I. Introducción

La reflexión gramsciana en su totalidad, como lo prueba la teoría de la revolución pasiva, se basa en el «historicismo absoluto», en el modo como en ella se relacionan lo histórico con lo lógico.

La revolución pasiva, tanto en su carácter de categoría de análisis histórico, como cuando es la base del análisis político, se refiere específicamente a una fase o época histórica determinada.

Para Gramsci significa que una misma categoría adquiere contenido diferente según la clase y, por tanto, la fase histórica que explica, y según si se trata del ascenso de una clase o su crisis: las hegemonías burguesas y proletaria, son en esencia distintas en sí, y su contenido es otro, según si con ello se habla de la fase de ascenso o decaimiento de la clase en cuestión.

E1 fondo gnoseológico de este historicismo, es la afirmación de Marx en el sentido de que ninguna sociedad desaparece sin haber agotado sus posibilidades de desarrollo y que ninguna nueva surge sin que existan para ello las condiciones materiales. Es este contexto que la revolución pasiva intenta explicar y por ello se refiere más estrictamente a la fundación del nuevo Estado burgués o «modernización del Estado», por una parte, o a la crisis e intentos de adaptación a ella por parte de la burguesía en la fase actual del capitalismo avanzado (fascismo y americanismo), por la otra.

Partiendo de los «cánones» de Marx (1859) antes citados, la revolución pasiva se constituye en la teoría de transición gramsciana y con ello contribuye a un enriquecimiento extraordinario del marxismo. Es con base en ella que Gramsci desarrolla su teoría de la revolución adecuando su «actualidad» a la situación histórica concreta (de esta fase del capitalismo). Además, es también a partir de la teoría de la revolución pasiva como teoría de la transición que Gramsci elabora su teoría del Estado, teoría de la hegemonía y las bases de una nueva estrategia, la guerra de posiciones. La teoría gramsciana en su totalidad, construida a través de las categorías de revolución pasiva, hegemonía, príncipe moderno, etcétera, es un intento de respuesta a la pregunta que la filosofía de la *praxis* y el movimiento obrero se plantean constantemente: «cómo nace el movimiento a partir de una determinada estructura económica». En otras palabras, cuál es la relación, en una época histórica determinada por la ampliación del Estado, la socialización de la producción, la crisis y la irrupción de las masas organizadas, entre las clases y la lucha por el poder.

La revolución pasiva explica el sustrato «estructural» que define la lucha de clases a esta altura de desarrollo del capitalismo: define la época de una nueva guerra entre las clases, un nuevo proceso revolucionario que es la construcción de un nuevo bloque histórico, de una nueva relación entre estructura y superestructura.

La revolución pasiva como caracterización, en fin, del proceso de transformación de dos épocas distintas, de ascenso y declinación históricos de la burguesía, es la clave para entender las demás categorías gramscianas. Profundizando en ella se hace posible comprender tanto el sentido filosófico, la metodología, como el significado teórico del pensamiento gramsciano.

La revolución pasiva es también clave de interpretación de los *Cuadernos de la Cárcel*, porque engloba y de alguna manera resume ambos aspectos inseparables del pensamiento gramsciano: *la teoría del Estado como teoría de la historia y de la política al mismo tiempo*. La relación entre

lo lógico y lo histórico que es inherente a la teoría de la revolución pasiva, el historicismo absoluto convierte a las categorías gramscianas en instrumentos de análisis histórico-político del proceso social real.

1. Los antecedentes

El marxismo de Gramsci tiene obviamente como base tanto los escritos de Marx y Engels, como los que pudo conocer de Lenin. Está también claro que para sus análisis específicamente históricos se remite a los primeros escritos de Marx (con énfasis en la *Sagrada Familia* y las *Tesis sobre Feuerbach*) y a los trabajos de Lenin alrededor de 1905. Tanto para los clásicos como para Gramsci hay un problema fundamental que nunca eluden: el análisis político se hace tomando en cuenta a la historia de las clases en cuestión. Además, hay otros puntos de referencia básicos alrededor de los cuales Marx, Engels, Lenin y Gramsci centran la historia política (y en el caso que aquí nos interesa), la historia política de la revolución burguesa: primeramente, en lo que respecta a la periodización de estas revoluciones (su carácter de clase, el tipo de transformación que implican en relación a la Gran Revolución Francesa, que es la pauta). En segundo lugar, y no menos importante, un análisis no-lineal del Estado que de ahí surge, tomando en cuenta el papel de cada una de las clases implicadas: *a*) El papel primordial o secundario (fuerza o debilidad de la burguesía) de las clases del viejo régimen: cuestión esta que define el carácter reaccionario o no del nuevo Estado, *b*) La existencia o no de la pequeña burguesía radical (Jacobinismo), *c*) El hecho central del papel del campesinado y las masas urbanas y su participación o ausencia en la lucha por el nuevo Estado.

Sin embargo, Gramsci se acerca más a las caracterizaciones que Marx hace de la revolución burguesa por un hecho fundamental, y que consiste en que Marx estudia una situación histórica, donde, igual que en el resurgimiento de Gramsci, el papel de la clase obrera es casi nulo, a causa del todavía incipiente desarrollo de las fuerzas productivas. Para Lenin en cambio la revolución burguesa que él estudia (Rusia en 1905 y febrero de 1917) tiene como protagonista de los hechos a la clase obrera.

Para Marx, el prototipo de revolución burguesa «adelantada en el contenido y en el tiempo» fue la inglesa de 1643. Sin embargo, la revolución burguesa que abre una época es la de 1789. Marx, quien había ya inaugurado el punto de vista de clase del proletariado en la historia de las

ideas (desde el *Manifiesto*), en el segundo artículo de la *Gazeta del Rhin* del 11 de diciembre de 1848 afirma que la Revolución francesa inicia una nueva época histórica «un nuevo régimen político para una nueva sociedad europea»: el régimen «de la propiedad burguesa, de la nación, de la concurrencia, de la ilustración, de la familia, del derecho burgués y de la industria». En esta revolución, el proletariado no se distingue aún de la burguesía como clase, lucha todavía por los intereses de ella, «ajustando cuentas con los enemigos de ella a la manera plebeya». En oposición a esta revolución (y aquí está el germen de las ideas que como veremos desarrollará Gramsci), la revolución alemana de 1848 es un fenómeno históricamente secundario, atrasado, resultado de la Revolución francesa que, como repetirá Gramsci, no es un fenómeno nacional sino europeo. La revolución alemana es por ello provincial. Su burguesía no representa, como la francesa del 89, a la sociedad en su conjunto frente al absolutismo y al feudalismo. La nueva sociedad ya se inauguró en 1789, 50 años antes, y con ella se ha desarrollado un proletariado potencialmente independiente, aunque todavía inmaduro, por el atraso precisamente de la industria y la burguesía alemanas.

Por lo tanto, los burgueses ya no pueden ser jacobinos. En este caso ellos pertenecen, en términos históricos, a la vieja sociedad, representan «intereses renovados de la vieja sociedad». Son un estrato del viejo estado al que, sin embargo, tienen que modernizar, sin fuerza propia: el pueblo empuja a esta burguesía hacia adelante y su debilidad la obliga a ir hacia atrás, tiene que «caer en brazos de la reacción». La burguesía alemana es llevada al Estado por el pueblo, no tiene originalidad histórica.

Más adelante, a lo largo del análisis de la revolución pasiva y su significado más profundo, como categoría de investigación histórica, se podrá apreciar la deuda de Gramsci con estas ideas fundamentales de Marx. Ideas que son el verdadero germen –juntamente a la concepción filosófica implícita en las *Tesis sobre Feuerbach*–; germen del que surge la reflexión de la cárcel que tanto enriquecerá el pensamiento marxista de nuestros días.

2. Las enseñanzas del leninismo

Una de las enseñanzas que Gramsci tomará del leninismo en sus investigaciones de historia y de política es la cuestión teórica fundamental

que consiste en el hecho que el carácter y los resultados de la revolución burguesa, y también de la proletaria, dependen en lo esencial tanto de la *correlación de fuerzas de las clases* implicadas como de la *situación internacional* (en cuanto al carácter de clase de los Estados).

Pero para entender mejor la lección que Gramsci extrae al respecto del leninismo habrá que repasar de manera somera lo esencial de la caracterización que Lenin mismo hace de la revolución burguesa:

Las dos famosas vías de transición al capitalismo (prusiana y farmer) serán para Lenin las dos posibilidades del desarrollo moderno según la posición económica de las clases y fracciones participantes en la lucha. La correlación interna de fuerzas y la situación internacional son los dos elementos decisivos para determinar qué clase o fracción resulte victoriosa: tanto en 1789 como 1830 y 1848 (Francia y Alemania), como 1905-1907 y también febrero 1917, han sido para Lenin revoluciones burguesas, pero su contenido y resultados son diferentes según la época y la fuerza o debilidad de las clases comprometidas y el desarrollo de ello a nivel mundial. La vía farmer significa la fuerza de la burguesía democrática, y la vía prusiana la fuerza de la alianza burguesía liberal (reaccionaria) –terratenientes. Por lo tanto, la fuerza o debilidad en la revolución burguesa dependen para esta clase, en última instancia, de su fuerza o debilidad *económica*, o sea, de su *historia económica* y de su *capacidad de aliarse* con las clases *progresistas* que tienen intereses comunes con ella y que la empujan hacia adelante o con las clases de la vieja sociedad que le impiden llevar su revolución hasta sus últimas consecuencias, y de las que precisamente, por su debilidad, no se puede desligar. En este último hecho consiste la «cobardía» de la burguesía, según expresión de Marx y de Lenin también. De esta manera, la fuerza o debilidad de la burguesía es proporcional a la participación mayor o menor de las masas campesinas y urbanas que son las que «limpian el terreno de los vestigios de feudalismo».

La posibilidad histórica de una de las dos vías se expresa, precisamente, para Lenin, en la estrategia de la dictadura democrática y en la consigna de la participación en el gobierno revolucionario.

El análisis de la situación nacional como análisis de la posición de cada una de las clases, y de la internacional que consiste en la comparación entre la situación rusa y las revoluciones burguesas en Francia de 1789, 1830, 1848 y en Alemania de 1848, lo llevan a la conclusión de que en su país se trata por supuesto de otro tipo de ciclo u oleada de revoluciones burguesas; oleada que es un proceso parecido al que tuvo lugar

en Alemania, pero con la salvedad de la presencia de una clase obrera ya madura. Para el ciclo que Gramsci llamará de revolución pasiva, la situación cambia en el sentido que la clase obrera es ausente y, donde, igual que en Alemania, la burguesía es débil económicamente y necesita de la alianza de las clases del viejo régimen.

También para Gramsci es válida la definición de la revolución en dos sentidos (estrecho y amplio); la revolución por «ondas» que Gramsci entrecomilla pensando seguramente en la misma expresión leninista. Es por ello que Lenin ve a la revolución de 1905 como la primera onda de la revolución burguesa en Rusia y en el año 1910, cuando escribe las «Notas de un publicista», considera que está en un periodo de transición hacia una segunda onda o revolución en sentido estrecho, cuya salida dependerá de la fuerza o debilidad de cada una de las clases y sobre todo si será la burguesía o el proletariado quien se aliará con el campesinado.

En todo caso, tanto para Lenin como para Gramsci, en la revolución burguesa y su ciclo se trata de la *creación de un Estado burgués moderno*, de la *forma* que adquiere el orden social burgués, forma que será una república o una monarquía constitucional. La existencia de una clase más avanzada en la situación rusa, que la que tiene que llevar a cabo su revolución, impide a la burguesía tener un carácter jacobino; este papel lo tendrá que jugar el proletariado, y la burguesía –por su carácter histórico tardío– se verá obligada a ceder espacio a las viejas clases.

Igual que Marx antes de él y Gramsci después, Lenin acude al modelo del 89 para entender la revolución burguesa en su tiempo: en un artículo significativamente titulado *¿Una revolución tipo de la de 1789 o del tipo de la de 1848?*[17] del año 1905 compara la revolución rusa con la francesa y alemana, y destaca los rasgos jacobinos de una y la ausencia de ellos en las otras, midiendo el significado de esto. Además, destaca que la diferencia entre la jacobina (francesa) y otra «desde arriba» la alemana y la rusa, se acentúan por un hecho fundamental: en esta última el papel protagónico le corresponde a la clase obrera.

Tanto en el ciclo ruso de Lenin como en la revolución pasiva del *Risorgimento* de Gramsci, para la burguesía se trata de una sola cuestión: modernizar el Estado para hacer avanzar al capitalismo, Estado que será la forma concreta del orden social burgués. En ambos casos, el miedo

17 Lenin (1982), «¿Una revolución del tipo de la de 1789 o del tipo de la de 1848?», en *Obras completas tomo 9*, Moscú, Progreso: 395-397.

a las masas, proletarias y campesinas, hará que la burguesía «se echará en brazos de la reacción». Está bien acá no?

En estos textos de los tiempos anteriores y posteriores a 1905, Lenin insiste en la idea que Gramsci retomará: si bien la revolución francesa es la pauta histórica y el modelo de revolución clásico, con el que se miden las demás, ninguna otra, posterior a ella, se le puede parecer. Esta fue la única de tipo jacobino, ya que solamente entonces la burguesía representaba la parte más avanzada de la sociedad, que pudo por lo tanto aliarse con las masas y barrer el feudalismo; además, fue la única que fue precedida por un movimiento cultural de la magnitud de la ilustración.

También en otro aspecto importante del análisis hay coincidencia entre Lenin y Gramsci, esto es en la afirmación de que la derrota de las masas en las revoluciones burguesas «tardías», no impedirá a las fracciones reaccionarias de la burguesía en el poder proseguir con su tarea histórica ineludible: *modernizar al capitalismo y la forma de Estado correspondiente*. Y esta es precisamente la razón de ser del ciclo: lo inacabado de la revolución burguesa hará necesaria otra revolución, otra «onda». Que podría convertirse en otro tipo de revolución (como sucedió en Rusia) y entonces las tareas democráticas le corresponderán al proletariado cumplirlas.

Si se investigara más se podría hacer aún más explícita la herencia leninista en el análisis histórico de Gramsci. Sin embargo, aquí se trató solamente de establecer los antecedentes más claros y fáciles de aprehender, en la relación que hay entre ciclo de las revoluciones burguesas y revolución pasiva. (En la segunda parte de este trabajo se verán con más detalle las raíces más profundas del leninismo en Gramsci, ya que es en la teoría política propiamente dicha donde la relación Lenin-Gramsci es más directa aún).

Pero, a pesar de todo, no hay que olvidar las diferencias entre ambos: la presencia de la clase obrera, la distinta situación internacional, en fin, un tiempo y un espacio históricos diferentes, (además de un trasfondo filosófico mucho más rico de parte de Gramsci), hacen que en el ciclo de Lenin y en la revolución pasiva se trate de dos «modelos» también diferentes. Es evidente que entre ambos revolucionarios hay continuidad, pero también ruptura (y con ello superación): si Gramsci innova al marxismo con respecto a Lenin, esto quiere decir que su reflexión está íntimamente ligada a él y por eso no se puede entender a Gramsci sin haber estudiado a Lenin.

II. La filosofía

1. Las premisas

La nueva filosofía que Marx introdujo en la historia de las ideas –cuando «solamente» esta era crítica a Hegel– fue desde sus orígenes concebida como superación del dualismo: por lo tanto, significó desde el principio una nueva posición con respecto al materialismo y al idealismo, en filosofía y por ello también en política.

Los orígenes históricos (de clase), y por tanto también lógicos de esta nueva filosofía que será el materialismo histórico (Marx) o filosofía de la *praxis* (Gramsci), se podrían resumir en los siguientes puntos:

El capitalismo como impulsor de relaciones sociales específicas implicó la formación de una clase que, por el desarrollo mismo de las fuerzas productivas, de sí misma, niega la explotación de clase, y que desarrollando la producción desarrolla las condiciones de su negación como clase. En este sentido, su filosofía se convierte en expresión del carácter histórico del proletariado en cuanto que en su expresión teórica y práctica coherente; expresión del desarrollo mismo, de los objetivos y fines de esta clase y de ahí su carácter tendencialmente de masa, ya que la tendencia de esta clase es la de abarcar a las clases de la sociedad en su conjunto. La filosofía de la *praxis* es, así, la «coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana (que) solo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*» (3a tesis sobre Feuerbach). La filosofía de la *praxis* es «expresión tanto de las contradicciones mismas de la base terrenal del mundo como su misma solución práctica, revolucionaria» (4a. tesis sobre Feuerbach).

Consecuente con la condición histórica de la clase cuya expresión es, la filosofía de la praxis se plantea desde el principio como filosofía no dualista, comprometida en el sentido que es expresión teórica y práctica a la vez de la clase, siendo así la práctica la única verificación útil históricamente, con respecto a ella. Es expresión de la clase porque en lo teórico plantea y resuelve las vicisitudes de esta, y es la orientación real que coadyuva a su avance práctico: la teoría hace avanzar a la práctica y la práctica media para que la filosofía «devenga en norma de conducta». La práctica de clase crea las condiciones de su teorización y esta guía a la práctica misma.

Las principales etapas en las cuales se desarrolla la filosofía de la *praxis* son los índices del desarrollo y avance de la clase misma, en tanto que índice de los problemas históricamente surgidos y las respuestas

dadas a ellos por la filosofía. Problemas que se refieren a la concepción de la realidad y el enfrentamiento a esta por la organización de la clase.

Como particular visión del mundo, filosofía o momento teórico, la filosofía de la *praxis* es la conciencia del devenir histórico de la clase. La filosofía es ligada así a la historia, se identifica con ella, «deviene en acto», o sea política. De ahí la identidad en la filosofía de la *praxis* entre historia, filosofía y política: «Si la filosofía es historia de la filosofía, si la filosofía es historia, si la filosofía se desarrolla porque se desarrolla la historia general del mundo y no ya porque a un gran filósofo le sucede otro gran filósofo, es claro que trabajando prácticamente al hacer historia, se hace también filosofía implícita, que será explícita en cuanto los filósofos la elaboren coherentemente».

La filosofía es, entonces, tendencialmente de masa en cuanto hace independiente y autónoma a la clase misma. La unidad de teoría y práctica se verifica, primero, en cuanto que es solución teórica y práctica del desarrollo histórico de la clase y, segundo, en cuanto que, a través de la hegemonía, la filosofía de la *praxis* hace posible que la clase se conciba a sí misma concreta y objetivamente en un sistema, contraponiendo su propia lucha a la hegemonía contraria. La filosofía de la *praxis* es la superestructura de una clase que es portadora de una nueva hegemonía, una nueva cultura, de la forma más alta de conciencia crítica, unitaria y de masas.

El marxismo de Gramsci es crítico en el sentido de los fundadores ya que, por una parte, también surge como respuesta al marxismo vulgar y al idealismo poshegeliano (que era, sin embargo, la filosofía más avanzada de su época), y, por otra, es reelaboración crítica de las fuentes nacionales en filosofía y teoría política: Maquiavelo y Croce. Pero las verdaderas fuentes del marxismo gramsciano, las bases gnoseológicas a partir de las cuales desarrolla toda su concepción, son las categorías elaboradas en *El capital*, las *Tesis sobre Feuerbach*, que Engels resume en su afirmación que el proletariado es el heredero de la filosofía, y, de manera más directa y profunda, las fuentes de Gramsci son los «cánones» de interpretación de la ciencia de la historia y de la política dados por Marx en el «Prólogo» de 1859:

La tesis que los hombres adquieren conciencia de los conflictos de la estructura y de la necesidad de resolverlos, en el nivel de las ideologías, y también la tesis de que una sociedad no desaparece antes de haber agotado todas sus posibilidades de desarrollo y de que ninguna nueva formación surge sin que existan ya las condiciones materiales de su existencia.

Todo ello ligado a la imposibilidad de separar ser y pensar, estructura y superestructura, planteada en las tesis sobre Feuerbach, que implica la

superación total del dualismo filosófico: realidad y concepto de esta se distinguen solamente por razones de método, ya que si lo real se explica en el pensamiento por el concepto de lo real, entonces no solo lo real sino también la categoría que lo expresa son históricos, y coinciden así devenir de lo real y devenir de la categoría correspondiente. De ahí que la base de la filosofía sea la historia, y de ahí que la relación sujeto-objeto sea una objetivación del sujeto y una subjetivación del objeto. En la relación sujeto-objeto, hombre-materia, ser-pensar, libertad-necesidad, estructura-superestructura, lógico-histórico, no es posible concebir separadamente cada uno de los momentos de la relación, sino que es necesario concebirlos uno con respecto y en función del otro. Cargar el acento en uno de los términos o momentos de la relación dialéctica no es solo un error teórico, sino, y sobre todo, práctico, ya que inevitablemente lleva o al ideologismo o voluntarismo, por una parte, o al economicismo, por otra.

Por demás se verá cómo, de esta identidad dialéctica de los momentos, Gramsci elaboraba el concepto de «bloque histórico», que significa tanto el «complejo contradictorio de estructura y superestructura» como la fase hegemónica de la clase expresada en la unidad intelectuales-masa, necesidad-libertad.

La identidad de filosofía y política que Gramsci plantea, a menudo es expresión y fundamento a la vez de la *historicidad* de una clase que por su carácter histórico, precisamente, identifica teoría y práctica, estructura y superestructura. El historicismo es entendido, por ello, como la expresión de la unidad dialéctica entre teoría y práctica, intrínseca a una clase, cuyo devenir es su desaparición, junto con la desaparición de las relaciones sociales que la hacen surgir.

Pero la filosofía deviene política solo si se convierte en concepción del mundo por la dialéctica entre alta y baja cultura. Concepción del mundo donde la filosofía es ya «religión» (concepción del mundo con una conducta conforme) y la cultura, vida, donde pensamiento y acción se unen dialécticamente. La síntesis de ser y pensar, de teoría y práctica, es la síntesis entre conocer y hacer; donde se conoce en cuanto se hace y donde historia es conocimiento del pasado en función del presente, a la vez creación de nueva historia, «historia en acto» (política).

Por todas estas premisas epistemológicas, Gramsci concluye que los caracteres esenciales de esta filosofía son, en primer lugar, el ser *tendencialmente de masa* y el tener *carácter de clasicidad* (expresión más alta de la cultura humana): o sea, filosofía que se orienta a ser una nueva cultura integral:

> que tenga las características de clasicismo de la cultura griega y del Renacimiento italiano, una cultura que retomando las palabras de Carducci sintetice a Maximilien Robespierre y a Emmanuel Kant, la política y la filosofía en una unidad dialéctica intrínseca a un grupo no solo francés o alemán, sino europeo y mundial (C 10 I, 11: 133-134).

De esta concepción clásica de la relación teoría-práctica deriva Gramsci su teoría del partido, cuyo antecedente teórico e histórico es el leninismo. La problemática de la organización partidaria de la clase es asumida por Gramsci en la problemática de edificar

> sobre una determinada práctica, una teoría que, coincidiendo e identificándose con los elementos decisivos de la práctica misma, acelera el proceso histórico en desarrollo, haciendo la práctica más homogénea, coherente, eficiente en todos sus elementos, o sea potenciándola al máximo; o bien, dada una cierta posición teórica, organizar el elemento práctico indispensable para su puesta en práctica (C 15, 22: 198).

La identificación de teoría y práctica es un acto crítico por el que «la práctica se demuestra racional y necesaria o la teoría realista y racional» (C 15, 22: 198), Dicho de otro modo:

> El que una masa de hombres sea conducida a pensar coherentemente y en forma unitaria el presente real es un hecho «filosófico» mucho más importante y «original» que el hallazgo de parte de un «genio» filosófico de una nueva verdad que permanece como patrimonio de pequeños grupos intelectuales (C 11, 12 IV: 247).

Es por ello que tarea fundamental de la filosofía de la *praxis* es la creación de un nuevo bloque histórico, de una nueva relación intelectuales-masas, estructura-superestructura: «La realización de un aparato hegemónico, en cuanto que crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, y es un hecho de conocimiento, un hecho filosófico» (C 10 II, 12: 146).

La creación de una nueva cultura, basada en la relación intelectuales-masas, tiene importancia capital en el pensamiento gramsciano: la modificación del «sentir de los hombres» modifica a la realidad misma.

Por el hecho que la filosofía es verdadera en cuanto se realiza históricamente, y su «inmanencia» consiste en formar la conciencia colectiva

desde abajo, se deduce su carácter tendencial de masa, ya que esta filosofía hace coincidir la realidad *ideal* del hombre con una estructura *económica* dada.

Es de aquí precisamente que Gramsci desprende la relevancia *política* de los intelectuales que encarnan esta *filosofía*:

> Autoconciencia crítica significa histórica y políticamente creación de una elite de intelectuales: [...] no hay organización sin intelectuales, o sea sin organizadores y dirigentes, o sea sin que el aspecto teórico del nexo teoría-práctica se distinga concretamente en un estrato de personas «especializadas» en la elaboración conceptual y filosófica (C 11, 12: 253).

Por ello, autoconciencia crítica de masas, histórica y políticamente, es posible solamente cuando las masas elaboren autónoma e integralmente «su propia categoría de intelectuales» (C 4, 49: 186), expresión de su propia conciencia.

2. La relación entre filosofía e historia. La historicidad de la filosofía

A partir de los fundamentos epistemológicos de la filosofía de la *praxis* (expuestos aquí de modo elemental) el pensamiento de Gramsci arriba a consideraciones muy complejas con respecto a la relación entre *filosofía e historia*: estas ideas culminarán a su vez en una *teoría del Estado* que es el núcleo de su teoría de la historia y de la política. Por esta razón, es necesario, antes de entrar de lleno a la teoría de la revolución pasiva como teoría de la historia y de la política, intentar comprender su base filosófica, que es precisamente la relación historia-filosofía.

La filosofía se transforma en historia cuando el grupo social que se ha revelado en la historia como *necesario* ha superado dialécticamente al pasado del que proviene. Cuando puede presentar sus propios intereses como los intereses generales, universales, y en consecuencia es capaz de organizar según ellos un mundo productivo dado, organizar una nueva cultura; cuando superando su existencia «corporativa», crea un nuevo Estado, un nuevo orden ético-político.

¿Pero cuándo deviene *necesario* un grupo social?

Cuando es capaz de transformar necesidad en libertad, creando una nueva y más alta civilización, con base en su modo de producción, o sea

acorde aún con determinadas relaciones de explotación en las que se han desarrollado hasta ahora las fuentes productivas de la sociedad, las clases mismas.

La historicidad de la filosofía revela el largo camino de las contradicciones por las que han surgido los grupos sociales fundamentalmente necesarios, cuya tendencia inmanente se orienta hacia la supresión del desarrollo basado en la contradicción. Tendencia histórica que implica la desaparición de toda explotación y subalternidad y la unificación universal del género humano.

La filosofía como concepción del mundo sistemática y coherente, de un grupo social que se ha revelado como necesario en la historia, posee un *carácter de clase* porque obedece a las necesidades de diferenciación teórica y cultural del grupo, constituye un momento de su pensamiento, expresa las vicisitudes históricas y sociales de la clase aportando soluciones teóricas, culturales a los problemas y tareas históricas que se le plantean al grupo en su desarrollo. La filosofía es el momento de la conciencia, del espíritu, y representa la continuación *ideal* de la clase de la que es expresión en cuanto representa el paso del momento económico «corporativo», al «ético-político». La universalización de la clase: el momento en el que la clase puede y debe desarrollar sus propios intereses como generales, es decir el momento de la fundación de un nuevo orden social.

La filosofía se transforma en historia por mediación de los intelectuales y de la política: por una elaboración teórico-ideológica que es la organización y difusión de una hegemonía y que culmina con la fundación de un nuevo Estado. Estado que surge por la formación de una voluntad nacional-popular basada en una reforma intelectual y moral, correspondiente a determinados niveles de civilización, exigidos por el desarrollo mismo de las fuerzas productivas.

Así, la filosofía que surge sobre un determinado espacio económico, en relación directa con una clase, al ser su conciencia y la de sus tareas, permite la organización de los intereses colectivos del grupo, contiene en forma racional los caracteres estructurales de su especificidad, es la conciencia de la particularidad de sí y de los demás grupos sociales, de sus relaciones, lugar y función en la sociedad. La filosofía contiene, por lo tanto, los elementos (categorías, método) de verificación teórica, es decir, la gnoseología y ética del grupo: sus cánones de interpretación de la fenomenología y luchas que libra la clase.

Toda filosofía orgánica a una época, constituye así una nueva síntesis intelectual que asimilando al pasado lo supera, creando un nuevo y original

discurso. Representa la continuidad-ruptura con el pasado, ofreciendo nuevas soluciones a los nuevos problemas. Contiene los elementos de organización de un nuevo ambiente intelectual y moral, y es la premisa de la fundación del nuevo Estado. La filosofía conforma así el terreno de elaboración de una nueva intelectualidad, de una nueva racionalidad orgánica al grupo que encabeza. Es la matriz de selección y formación de la inteligencia que aporta a la clase los elementos de su identidad específica y sus caracteres morales y psicológicos de diferenciación.

La filosofía orgánica a una nueva clase es, junto con esta, el presupuesto de un nuevo Estado: *es historia en acto por medio de la política*. En este sentido, la filosofía ético-político de la clase, es la consumación histórica de esta, su «catarsis», el momento de la libertad. Libertad no solamente como conciencia de la necesidad sino también como creación de una nueva cultura; necesidad que deviene libertad en un nuevo orden de civilización, que es el contenido de la conciencia y la norma de conducta práctica que aporta un nuevo sentido a la vida de las masas y las predispone a la acción.

Así, la filosofía como tal, en cada fase de su existencia, en relación a cada una de las clases protagónicas de la historia de la humanidad y con mayor razón en el caso de la nueva clase revolucionaria, se verifica en la práctica, en cuanto se muestra eficaz en la formación de una conciencia y de una voluntad, en cuanto deviene en *hechos* y transforma a la realidad a su imagen y semejanza *presentándose como originaria del proceso social mismo*. Su historicidad presupone a un Estado, y toda filosofía como filosofía de una clase no es sino la filosofía de Estado de la clase misma en su devenir Estado. En otras palabras: filosofía=política y filosofía=historia práctica, real, de una época.

3. La filosofía como filosofía o teoría de la historia

La unidad dialéctica entre filosofía e historia (su «identidad») es, en el nivel filosófico más general de la filosofía de la historia gramsciana, la «traducción» de la unidad básica entre teoría y práctica, estructura y superestructura, cantidad y calidad. Ahora, habrá que revisar, cómo a partir de estos presupuestos filosóficos elementales Gramsci pasa a constituir su teoría de la historia propiamente dicha: la teoría de la revolución pasiva. Esto no es difícil de entender, si se piensa que Gramsci concibe el proceso histórico real precisamente como unidad tendencial entre

teoría y práctica, estructura y superestructura, filosofía y política: proceso que es el tránsito de una clase fundamental en una época determinada, del nivel subalterno al nivel estatal.

Prerrequisito para alcanzar este nivel estatal –para constituirse en clase dominante, en Estado– para una clase, es la identidad que esta logra establecer entre filosofía e historia a través de la identidad previa entre filosofía y política: En otras palabras, el cómo una nueva clase, por su lugar en la producción y la conciencia correspondiente a este lugar, logra transformarse en dominante.

Entonces, la filosofía como concepción del mundo de una clase se realiza precisamente en la construcción de un nuevo Estado, en la identificación entre estructura y superestructura (identificación de su lugar en la producción con el nivel político más alto: el estatal). Y es así como el Estado debe concebirse, según la función productiva de las clases y como el salto de la cantidad a la calidad, de la necesidad a la libertad, de la estructura a la superestructura. Salto que, como ya vimos, significa la superación del nivel económico-corporativo de la conciencia de clase y el paso al momento ético-político. Una vez más: el paso de la estructura a la superestructura.

Es así como Gramsci concibe las relaciones estructura-superestructura, como relaciones determinantes para el análisis del desarrollo social. Y es en relación estrecha a esta precisa concepción de la unidad tendencial entre estructura y superestructura como base del desarrollo social, que Gramsci se liga directamente a lo que él comprende como los *cánones o principios fundamentales* del materialismo histórico, establecidos por Marx en el «Prólogo» de 1859.

Una sociedad no desaparece sin haber agotado sus posibilidades de desarrollo y las nuevas formaciones no surgen sin que haya las condiciones para su existencia. Sin embargo, a pesar de que estos principios anulan cualquier posibilidad de mecanicismo o fatalismo (interpretaciones que han sucedido en la historia del movimiento obrero), Gramsci insiste en que es necesario desarrollar estos principios «críticamente». Para Gramsci los dos principios deben de ser pensados en función de un tercero: los hombres adquieren conciencia de los conflictos de la estructura y de la necesidad de resolverlos, a nivel de las ideologías.

Sobre estos tres cánones de interpretación, Gramsci construye su filosofía de la historia y su teoría de la política. Con ello le da el justo lugar, el valor necesario, orgánico, a las superestructuras con respecto a las estructuras. Los tres principios, interrelacionados, constituyen para

Gramsci una tesis posible y necesaria para el análisis del desarrollo histórico y de la actuación política: el énfasis puesto en la especificidad, en la necesidad de estudiar a las superestructuras en función de las estructuras (eliminando al economicismo y politicismo), hace que la investigación de la formación de un Estado como el ascenso de una clase al más alto nivel de su desarrollo incluya necesariamente una teoría de la historia y una teoría de la política a la vez. Y este es precisamente el contenido de la teoría de la revolución pasiva.

III. La teoría de la historia

El núcleo de la teoría de la historia como teoría de la revolución pasiva consiste, en términos generales, en el análisis del surgimiento, formación y desarrollo del Estado moderno (burgués-capitalista). Este proceso de formación del Estado moderno se identifica con lo que Lenin llama «el ciclo de las revoluciones burguesas»: revoluciones tanto en sentido amplio como en el estrecho. Y esta formación del Estado es concebida por Gramsci también como lucha de clases, en una determinada época, en la que la subversión de las relaciones sociales resulta en una nueva formación económico social.

La observación de varios procesos revolucionarios de la burguesía, de su ascenso y consolidación en el poder, lo lleva a la conclusión (igual que a Lenin) de que, en principio, ha habido dos tipos de manifestaciones de este mismo proceso en Europa. El estudio de este proceso de acceso al poder de la burguesía reviste importancia política extraordinaria en el pensamiento gramsciano, porque, para él, el modo como ha sido conducido y los caracteres que ha adquirido son los que han determinado el carácter mismo, los que han condicionado las particularidades de la burguesía como clase, a lo largo de toda su existencia; por lo tanto, son importantes políticamente a la nueva clase porque le describen correctamente el tipo de enemigos a vencer y sus peculiaridades clasistas.

Es así, como ya se dijo, que la teoría del Estado como teoría de su formación y caracteres actuales, en cuanto función productiva de las clases, se convierte en el centro de su teoría de la historia y de la política a la vez. El Estado como resultado del movimiento histórico-político y síntesis de la relación entre las clases, eje de toda la reflexión gramsciana, es también índice de las raíces leninistas de su pensamiento político,

para el que rige también la primacía de la política y la centralidad de la cuestión del Estado en la teoría revolucionaria.

El jacobinismo es el modo clásico de formación del Estado burgués y es el proceso revolucionario francés de 1789. Este es «clásico» y universal en el sentido de que constituye una ruptura, un parteaguas en la historia de occidente, que la divide en dos épocas distintas. Es también clásico porque «ha creado una mentalidad», por haberse constituido en una nueva concepción del mundo que inaugura una nueva civilización. También es clásico por el radicalismo único de los jacobinos, que no ha sido superado por ninguna otra historia nacional.

La fuerza de la burguesía francesa, en contraposición a otras, se expresa de manera directa o inmediata en el hecho que ella contó con intelectuales orgánicos que interpretaron y teorizaron sus intereses, sus vicisitudes de hacerse Estado, su manera de someter a las demás clases. De Hobbes a Rousseau, del absolutismo a la democracia directa, el desarrollo de la filosofía y la teoría política burguesa se corresponden exactamente al desarrollo y a las exigencias de la nueva clase.

La fuerza de la burguesía clásica tiene su razón de ser en la historia económica de este país y se expresa directamente, se traduce en el hecho de una relación directa, orgánica, con los intelectuales que hacen que el nuevo Estado surja sobre la base de una reforma intelectual y moral, en la conformación de una voluntad nacional-popular. Así, se hace posible una revolución radical, hasta las raíces, que abarca desde la reforma agraria, la participación de las masas en la vida estatal (nuevas leyes), hasta las nuevas concepciones filosóficas que no solamente expresan, sino muchas veces anticipan, las necesidades del desarrollo de la clase.

El nuevo Estado es impuesto por el terror jacobino, por las nuevas leyes (constituciones, derechos del hombre, etcétera), por las guerras napoleónicas que difunden los nuevos principios a nivel europeo. Gramsci analiza la Revolución francesa y el Estado surgido de ella, encontrando en él la forma clásica, sin embargo única, de conquista de poder: un Estado en el que habría el justo equilibrio entre estructura y superestructura, entre potencia económica de la clase y forma de Estado, entre sociedad civil y sociedad política. En otras palabras, la burguesía francesa como clase subalterna fue capaz de conquistar la hegemonía antes aún de llegar al poder: supo ser clase dominante con respecto a las viejas clases y dirigir el vasto movimiento de las demás que supo encabezar.

La clasicidad de este movimiento deviene del hecho que la conquista del poder viene a ser consecuencia madura no solo de la potencia

económica de la clase, sino también del proceso de formación de una voluntad nacional-popular, que a su vez fue resultado de una profunda reforma intelectual y moral que la afirma en la historia (Racionalismo, Enciclopedia, Ilustración, etcétera).

La culminación más soberbia de este proceso sería el jacobinismo, la dirección más radical que hace avanzar a la burguesía «más allá» de lo que podría permitirse como clase. Serán el *Thermidor* y las derrotas internacionales las que habrán de obligar a la Revolución francesa volver de este «más allá» a su justo tiempo.

El valor histórico de los jacobinos «fundadores del nuevo Estado» y «encarnación del Príncipe de Maquiavelo», estaría dado por el hecho que fueron capaces de dar fisonomía estatal a la burguesía, por hacer que esta pudiera rebasar sus intereses «corporativos» y su expansión fuera la de la sociedad en su conjunto, elevando a la masa de la nación a un grado más alto de civilización y cultura, acorde con las exigencias de las nuevas fuerzas productivas.

La clasicidad de la Revolución francesa, en cuanto que «crea una mentalidad», consiste sobre todo en la fundación de un Estado con la participación de las masas. Esta clasicidad encontrará una verificación –a un nivel más alto en otro espacio histórico– con los bolcheviques, quiénes, con justa razón, se reclamarán los herederos históricos de los jacobinos.

1. Revolución pasiva como alternativa al jacobinismo

Como ya se dijo, el «modelo» jacobino, no fue tal. Creó, sí, una mentalidad, pero no fue repetido en la historia nacional de los demás países europeos. Estos siguieron pautas que, si fueron determinadas por él, tuvieron otro carácter. La formación del Estado burgués en todos los demás casos sigue caminos distintos al jacobino, aunque conserva los mismos fines. Estos «distintos caminos» en su esencial repetibilidad constituirán el «modelo» de formación del Estado burgués que Gramsci llama «revolución pasiva» o revolución-restauración.

En la revolución pasiva *parecería* que se invierten los principios marxistas del desarrollo histórico: la estructura o base económica de la sociedad no tiene la fuerza del caso francés y es al contrario impulsada por las superestructuras (intelectuales-Estado). No es inversión de los términos, sin embargo, de lo que se trata es de una relación no lineal. Se trata de una relación mucho más compleja, en la que la tendencia

estructural del desarrollo es débil, pero *no inexistente,* y donde el papel de las superestructuras es más visible, más decisivo desde los inicios de la formación del Estado. La debilidad estructural de la nueva clase implica precisamente que los *principios del 89*, «la mentalidad francesa», son introducidos por la capa afín a la nueva clase y no por esta misma. En este caso, los intelectuales no solo son los portadores de los nuevos principios que desarrollarán la base, y por tanto a la sociedad en su conjunto, sino que además se identifican con el Estado: son parte de la «clase política» que gobierna al Estado. Y ya veremos más adelante con qué consecuencias políticas. También veremos por qué en este caso Gramsci no habla de la «organicidad» de los intelectuales, como en Francia, con respecto a la burguesía, sino del «oficio que ellos han creído tener» (C 10 II, 61: 231).

En esta vía de transición al capitalismo que, sin ser la clásica, sí es la más universal, por frecuente, *los intelectuales (el Estado, las superestructuras) no han hecho más que obedecer a un movimiento, a una tendencia universal que no por débil fue inexistente, ni mucho menos*. El Estado que surgirá, igualmente será resultado de la afirmación de una clase en la producción.

Es por una «astucia de la razón», dice Gramsci, que los intelectuales adquieren una autonomía inversamente proporcional a la fuerza de la burguesía como clase económica, y por ello su carácter de «casta», sus manifestaciones grandilocuentes, su específica psicología, su autosuficiencia, *su creencia de ser ellos los que dirigen el Estado creando además a la sociedad*.

La revolución pasiva es la «superación» nacional de un proceso que es internacional, proceso que en su conjunto es de revolución-restauración; la revolución pasiva pertenece al término restauración de la unidad. Y es por ello que la filosofía que la nutre y «vivifica» es la filosofía idealista que concibe al Estado como generador del proceso histórico, encarnación del espíritu absoluto y el desarrollo como automovimiento de la idea o de los intelectuales que la encarnan.

2. La revolución pasiva

La edición crítica de los *Cuadernos* permite constatar, entre otras muchas cosas interesantes con respecto a la complejidad del pensamiento gramsciano, el hecho de que los temas centrales –entre ellos el de la

revolución pasiva– que Gramsci aborda en la cárcel, aparecen desde el primer Cuaderno y se van profundizando y estudiando desde todos los puntos de vista (de la historia, la filosofía y de la política) a medida que avanza en su elaboración teórica.

El rigor de su metodología es posible constatarlo tanto a un nivel general, si se consideran los tres grandes niveles generales, los tres aspectos desde los que se estudia al marxismo (filosofía, historia, política), como en cada uno de los conceptos con los que Gramsci innova al marxismo: la revolución pasiva es también estudiada y profundizada a lo largo de los *Cuadernos*, desde los tres puntos de vista centrales. Por esta vía, siendo un «criterio de interpretación histórica», termina siendo base fundamental de análisis político.

La revolución pasiva es ejemplar en el sentido de que prueba de manera concreta el «ritmo» del marxismo gramsciano, como unidad entre los niveles históricos, filosóficos y político de la investigación. Es por ello además que ha sido necesario, para entender su teoría de la historia, exponer su concepción más general del marxismo como filosofía de la *praxis*, como unidad teórica entre historia, filosofía y política.

En este sentido del «ritmo» del pensamiento gramsciano, verificable en los *Cuadernos* en su conjunto y en cada uno de los conceptos centrales por separado, se ha creído útil (antes de establecer al final el contenido universal de la teoría de la revolución pasiva como criterio o modelo de interpretación histórica) analizar de modo sistemático una de las notas más esenciales sobre el tema: se trata de la C 10 II, 61 (231-234), «Puntos para un ensayo crítico sobre las dos Historias de Croce: la de Italia y la de Europa». A su vez, es ampliación y está construida sobre dos notas anteriores del Cuaderno 1; Una con el título «La concepción del Estado según la productividad (función) de las clases sociales» (C 1, 150: 188-189); y la otra con el título «Relación histórica entre el Estado moderno francés nacido de la Revolución y los otros Estados modernos europeos» (C 1, 151: 181-182).

La reelaboración de estas dos notas en la del Cuaderno 10 contiene los elementos más fundamentales de la teoría de la historia gramsciana, y con ello una de las innovaciones más importantes introducidas al marxismo. Con base en su metodología (ya explicada hasta aquí varias veces), que consiste en el análisis interrelacionado de los niveles filosóficos, histórico y político, Gramsci intenta comprender el fenómeno complejo del surgimiento y formación del mundo burgués después de la revolución francesa. Para ello va más allá de la realidad empírica tal

cual se presenta, aunque sí parte de ella, lo que hace es plantearse el problema de un hecho histórico surgido por una tendencia estructural, de clase, e investigar el cómo esta tendencia se concreta en un movimiento político que culmina en la fundación de un nuevo Estado, forma a su vez de un nuevo mundo productivo. Analiza, por lo tanto, la conversión de una concepción del mundo (filosofía) inherente a una tendencia de las clases, en historia en acto, en política.

De los elementos fundamentales en los que se centra la investigación destacan tres aspectos que Gramsci desarrollará tanto en esta nota (aunque de modo resumido) como en todas las demás en relación a este tema. Estos temas son: 1) el significado histórico de la Revolución francesa y, en relación a esta, la fundación de los Estados modernos; y 2) el papel de los intelectuales en su relación con el Estado, los intelectuales como supuesta «encarnación de absoluto» que impulsa el devenir social. Todo esto para plantear la pregunta de si de este análisis de la fundación del Estado moderno como reflejo y reacción de la revolución francesa se podrá extraer algún «canon de interpretación histórica».

En otras palabras, la preocupación de Gramsci es ver si de la reflexión sobre la filosofía política de una historia determinada se podrán verificar ciertas leyes tendenciales que permitirán la comprensión del carácter de las clases y del Estado actual.

El primer hecho relevante a examinar será la Revolución francesa misma como explosión «con radical y violenta mutación de las relaciones sociales y políticas» (C 10 II, 61: 231). Ligado a lo anterior, un segundo elemento sería la oposición creada en los otros países y *la difusión* de esta por los «poros» de clase en toda Europa. Un tercer elemento, importante a considerar en este orden de cosas, será *la guerra* de Francia, primero para defenderse, para no ser «sofocada», y después para constituir una hegemonía «con tendencia a formar un imperio universal» (C 10 II, 61: 231).

Si estos son los elementos que hay que tomar en cuenta del lado del Estado francés en su relación con los demás Estados: del lado de estos suceden «mutaciones» que resultan en el surgimiento de los Estados modernos, mutaciones que serán expresadas en los siguientes elementos históricos y que constituirán el núcleo de la revolución pasiva; o sea, del modo como en esos países se trastoca el viejo orden y se establece uno nuevo, no a la manera plebeya de los jacobinos.

En primer lugar, estarían las *insurrecciones nacionales* contra la hegemonía francesa, las *guerras* a través de las cuales *nacen* los *Estados*

modernos por «oleadas» sucesivas y pequeñas, «pero no por explosiones revolucionarias como la francesa original» (C 10 II, 61, 231). Guerras que permiten a las burguesías ascendentes, lo que en Francia se llevó a cabo de manera natural: la alianza de las masas campesinas y urbanas, cuestión vital para el acceso de la nueva clase al poder.

Pero las oleadas sucesivas no son pequeñas revoluciones sino procesos que consisten de una combinación de luchas de clases con «intervenciones desde lo alto» (C 10 II, 61, 231), estilo monarquía iluminada, y *guerras nacionales*, prevaleciendo estos dos últimos hechos.

Lo característico de este proceso de modernización del Estado será la combinación de las guerras de defensa o liberación nacional (Independencia), protagonizadas por la burguesía a la cabeza de las masas, con las intervenciones desde el aparato estatal mismo, y no tanto las luchas de clases internas, como en Francia, que, sin embargo, siguen siendo el trasfondo del proceso. Estas últimas encuentran «contextos elásticos», *tipo restauración que es por demás la forma política adecuada* «en la que la lucha de clases encuentra cuadros elásticos que permiten a la burguesía llegar al poder sin rupturas notables, sin el aparato terrorista francés» (C 1, 151: 190). Esto es tanto más vital para la nueva clase, ya que su debilidad no le permite, ni mucho menos, liquidar o eliminar físicamente a las viejas clases, sino que se limita a degradarlas a «castas», a fracciones de ella (determinadas por el capital).

También esta parte meramente histórica de la nota concluye con la pregunta de si la repetición de esos hechos no hará posible que surja algún canon de interpretación histórica general. Y también, a propósito de esto y en nota al margen, Gramsci plantea el problema metodológico de modo más amplio: la imposibilidad precisamente de «pensar» a la historia como simple «historia nacional», sin tomar en cuenta el hecho que en la realidad no hay tal, y que lo que Hegel llamó «espíritu del mundo que se encarna en las distintas naciones» no es más que la manera de plantearse «metafóricamente» el hecho cierto de que la historia es total y universal, en cuanto tendencia del desarrollo social que adquiere formas concretamente nacionales.

De ahí en adelante la nota está dedicada a caracterizar al Estado y al papel de los intelectuales. Para empezar, Gramsci excluye la posibilidad de pensar al Estado como relación lineal entre clases y poder: afirma la imposibilidad de pensar al Estado *mecánicamente* «como función productiva de las clases sociales» (C 10 II, 61: 232). Aunque es cierto que el Estado moderno no puede ser más que la *forma* concreta

de un sistema de producción, esto no es suficiente para su entendimiento, ya que hay que tomar en cuenta las relaciones de fuerza internas y externas del país dado, así como su posición geopolítica.

Si en la Revolución francesa el impulso a la renovación revolucionaria proviene de las necesidades *propias* de la clase económica que culmina en la explosión del 89 y en la expansión del imperio, en la revolución pasiva el impulso viene dado por «fuerzas progresistas escasas» (C 10 II, 61, 232) e insuficientes *per se*, pero que tienen un altísimo potencial, ya que representan la tendencia general y cuentan con una situación internacional favorable.

Cuando el desarrollo económico no es el del caso francés, cuya represión artificial lleva a la explosión, y cuando «el impulso del progreso no va estrechamente ligado a un vasto desarrollo económico local que es artificialmente limitado y reprimido, sino que es reflejo del desarrollo internacional que manda a la periferia sus corrientes ideológicas, nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados» (C 10 II, 61: 233), entonces el grupo portador de las nuevas ideas no es el económico sino la capa de intelectuales y la concepción del Estado, del que se hace la propaganda, cambia de aspecto. El Estado es concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional» (C 1, 150: 189). Así, aun cuando ahora también el Estado sigue siendo la *forma* concreta del modo de producción, pero los intelectuales los impulsores de su formación con base en ideas que son resultado del desarrollo internacional y no de las fuerzas locales, y ellos constituyen además el personal gobernante, este Estado se concibe como un absoluto.

En la revolución pasiva los intelectuales unifican filosofía (concepción del mundo) y política (Estado). Hay «traductibilicíad» entre los principios que encarnan los jacobinos (política) y la concepción del Estado de la filosofía idealista (filosofía) en una misma historia universal.

En la revolución pasiva, los «jacobinos» serán los intelectuales que «acogían y elaboraban teóricamente los reflejos de la más sólida y autóctona vida del mundo no italiano» (C 10 II, 61: 234). La influencia del papel de los intelectuales en este tipo de Estado, que se convertirá en el estado burgués sin más, será determinante para la innovación de la teoría del Estado que Gramsci desarrolla en los *Cuadernos*.

De las particularidades antes señaladas en el análisis filológico de la nota que precedió, particularidades históricas que presiden la fundación de los Estados nacionales, por relación a la revolución francesa, Gramsci indaga una de las cuestiones fundamentales que caracterizan la esencia

de la revolución pasiva. A saber, cómo lo que es política (práctica) para la clase deviene racionalidad para sus intelectuales: cómo esta capa ha llegado a representar el papel activo de sujeto histórico en la constitución de la burguesía. Por qué «astucia de la razón» han creído ser el motor de la historia, la catarsis misma, el paso (de una clase social débil) del nivel económico, al ético-político, al del Estado. Qué proceso histórico sucedió para que los intelectuales se pensaran a sí mismos como la pura racionalidad, la síntesis de la historia; los factores, en tanto momento del espíritu, conciencia y libertad del hecho real, demiurgos del mundo. Y concebir al Estado y a sí mismos como el absoluto racional en sí y para sí; la realización del espíritu absoluto que en su devenir en espíritu mundano se materializa en las naciones-Estados que fundan sus sociedades civiles.

Esta indagación del problema de los intelectuales y su relación con el Estado posibilita a Gramsci el plantearse en concreto lo central de su concepción de la historia y de extraer de ahí su método de interpretación: la identidad de filosofía y política.

La importancia central de este proceso, del que surge el mundo moderno en cuerpo y alma (y por ello su relevancia para la política actual) induce a Gramsci a la investigación de la filosofía de la restauración-revolución pasiva; o sea, de la filosofía de Hegel y sus derivaciones nacionales que animaron y «vivificaron» el nacimiento del Estado moderno. Gramsci verifica, en los hechos reales, cómo los que pretendiendo encarnar en racionalidad lo que es práctica (política) para la clase fundamental, han jugado el papel y «creído tener por oficio» dotar a un movimiento productivo, débil pero necesario en la historia, de una conciencia de sí, abrogándose además la dirección moral e intelectual del proceso, dirección que para ellos consiste en la fuerza de la razón, de la idea, del espíritu, que funda y origina el movimiento real.

Los intelectuales de la restauración no podían sino haberse elaborado en la historia como grupo especial, y tener por filosofía precisamente el hegelianismo. Este sistema les viene como anillo al dedo, ya que teorizó especulativamente, como realización del espíritu, la historia de la humanidad en general y al ascenso de la burguesía es especial, por la dialéctica de la concreción –enajenación– superación de la enajenación –libre vuelo del espíritu– y nueva concreción, hasta la culminación del advenimiento del espíritu absoluto, racionalidad pura (*capitalismo puro*); concreción de los tiempos y del espíritu en su forma más alta: *el Estado*.

El hegelianismo de los intelectuales sería así, en lo especulativo (en filosofía), la traducción a realidades nacionales de los principios

jacobinos del 89 (política). Ayudando a nacer un movimiento, que es débil pero real, «traducen» la filosofía (concepción del mundo nuevo) en «norma de conducta» por medio del Estado, en política.

Gramsci explica la concepción de fondo de esta filosofía con la de la dialéctica de la conservación –innovación– donde la tesis (conservación) engloba a la antítesis (innovación) y realiza así las tareas de esta misma, ya que, al fin, sí es una revolución, y ello porque los representantes de la antítesis, la pequeña burguesía jacobina, no pudo arrojar todo su potencial al terreno de la lucha debido a su debilidad intrínseca, y por haber sido decapitada por el transformismo. El jacobinismo (antítesis) en la revolución pasiva no tiene proyecto nacional y está en desventaja frente a la restauración (tesis) que sí lo posee.

Si se tiene clara la concepción de la filosofía de la *praxis* y de la historia implícita en ella, si el análisis filológico de un apunte esencial sobre revolución pasiva hizo posible la comprensión del cómo se relacionan historia, filosofía y política, quizás sea ahora oportuno y útil repasar los *elementos de la historia real* que Gramsci considera tienen un carácter de repetición y regularidad, y por tanto de necesidad histórica, y, con ello, son *elementos de leyes tendenciales* a través de las cuales se puede interpretar la historia nacional, en cuanto historia de la formación del Estado burgués.

Durante la revolución pasiva *las masas* se expresan por medio de sublevaciones esporádicas, anárquicas, sin unidad ni autonomía con respecto a las clases dominantes. A estas sublevaciones «elementales» de las masas, los grupos dirigentes responden con un reformismo atemperado, por «pequeñas dosis», que moderniza al Estado y evita a toda costa la participación en él de las masas: la modernización del Estado y de la sociedad se efectúa legalmente, «desde arriba». Los fines de la revolución burguesa, que son los mismos del jacobinismo, se consiguen por otros medios; por medios reformistas, sin el cadalso ni la reforma agraria.

Por encima de las luchas entre viejas clases dominantes y la nueva clase en ascenso, *la lucha que determinará el tipo de Estado* que de aquí surgirá es la lucha que se lleva entre las dos tendencias o corrientes políticas que participan en la renovación revolucionaria. Por una parte, una especie de «jacobinos», «apóstoles iluminados» que, sin embargo, no disponen de un proyecto a largo plazo, y sobre todo no tienen conciencia de los fines del adversario, cuestión esta última que decidirá su derrota. Por otra parte, está la tendencia moderada, los liberales conservadores que cuentan con la ventaja de poseer un proyecto de Estado y

de sociedad a fundar, que son conscientes no solo de los propios fines y tareas sino también de los del adversario. Esta es la tendencia que vencerá, haciendo suyos los fines de la primera, quitándole el filo jacobino, concediendo espacio a las viejas clases, eliminando cualquier intento de experiencia estatal de las masas: haciendo la revolución sin revolución, *la revolución pasiva*.

Otro elemento regular en la revolución pasiva es el papel y la función del *Estado*. La debilidad estructural de la nueva clase y la no participación unitaria de las masas en su propio nombre implica un tipo de modificaciones de las relaciones sociales a través de un «esquema político», a través del *Estado* (las superestructuras). El Estado aquí se erige en «clase dirigente» en el partido de ella, por la necesidad que tenía la burguesía ascendente de «una fuerza nueva, independiente de todo compromiso y condición, [con la que] se convirtiese en arbitro de la Nación» (C 15, 59: 232). Para ello, en Italia, por ejemplo, sirvió la monarquía, la monarquía iluminada, el Estado de Piamonte con funciones de partido de la burguesía. La lucha por la renovación no es dirigida por la clase como tal, sino por el Estado, con toda su fuerza política y militar. El Estado sustituye a la clase y por eso tiene carácter de partido, ejerce una hegemonía limitada a la clase en su conjunto y no a las demás clases: «dictadura sin hegemonía». Ausencia de alianza con las masas, ausencia de reforma intelectual y moral, ausencia de una voluntad nacional-popular que transforme al Estado a la manera jacobina.

El «documento histórico» más claro de este proceso de formación del Estado es el *transformismo*, o sea, la incorporación «molecular» al gobierno conservador y moderado de los intelectuales aislados y los grupos enteros de radicales y demócratas de la tendencia opuesta, gobierno que se caracteriza por una aversión a la participación popular a la vida estatal, por el conservadurismo, por las reformas hechas con base en la dictadura sobre todas las demás clases subalternas y en una hegemonía limitada a la propia clase nada más.

El transformismo efectúa una radicalización dosificada del grupo moderado y un empobrecimiento del radical, estableciendo así un equilibrio entre ambas tendencias en el Gobierno Estado, Estado que, por su actividad legislativa, «desde arriba» introduce las transformaciones en las relaciones sociales en su conjunto, «sin rupturas espectaculares, sin el aparato de terror francés».

El transformismo constituye una prueba de la fuerza hegemóníca del grupo dirigente en el Estado, en los niveles intelectuales, moral y

político. Absorbe por todos los métodos posibles los elementos más activos de los aliados, y sobre todo de los enemigos- logra la *decapitación y el aniquilamiento* de estos últimos, por un periodo muy largo. Transformismo es el *proceso de elaboración de una clase dirigente dentro del contexto fijado por los conservadores* haciendo que la dirección política se convierta en un «aspecto de la función de dominio» por medio de la absorción de las elites de los grupos enemigos.

Es así como se forman los intelectuales orgánicos del capitalismo, en ausencia de una reforma intelectual y moral previa- Es el método a través del cual se funda el Estado burgués en condiciones de revolución pasiva, y a través del cual se cumple la exigencia (universal) en el desarrollo de las clases, de que estas *antes de ser dominantes pueden y deben ser dirigentes*: exigencia que en este caso de revolución pasiva significa que la hegemonía requerida es limitada a la propia clase.

El transformismo es el método por excelencia del devenir Estado de una clase débil que necesariamente debe excluir a las masas y aliarse a las viejas clases para llegar y mantenerse en el poder. Es el proceso político e ideológico que resume y ejemplifica la revolución pasiva como lucha entre dos tendencias renovadoras del Estado. *Es la concreción de un proyecto de formación del Estado moderno por la asimilación de todo radicalismo en una sola tendencia moderada en el aparato estatal*. Esta última será la vencedora, porque posee un proyecto de Estado que corresponde a la situación concreta del país y de la clase (es consciente de su debilidad), y porque conoce los fines del adversario y por tanto puede asimilarlo.

En la dialéctica de la revolución-restauración (revolución pasiva), los moderados entienden muy bien que para no dejarse superar deben de desarrollar la tesis hasta incorporar una parte de la antítesis (los radicales). Ellos son la tesis que sabe desarrollar «todas sus posibilidades de lucha hasta ganarse a los que se dicen representantes de la antítesis» (C 15, 11: 188), la cual no supo unirse a las masas con un programa radical (reforma agraria). Los moderados pusieron en práctica la idea correcta que consiste en que «cada miembro de la oposición dialéctica debe tratar a ser todo él mismo y lanzar a la lucha todos sus propios «recursos» políticos y morales, y que solo así se tiene superación real» (C 15, 11: 188). (es correcto, problema de la traducción de los Q)

A diferencia de los radicales, los moderados están conscientes que las condiciones en las que se desempeñan (el atraso nacional y la correlación de fuerzas internacionales), no permiten una lucha jacobina; son realistas porque son conscientes de la debilidad de la clase que

representan; de la necesidad de un Estado que impulse las nuevas fuerzas productivas y que este Estado no puede surgir de manera «natural» y espontánea a partir de estas últimas. Su concepción corresponde, por lo tanto, al desarrollo real y de ahí su idea peculiar de la dialéctica histórica como conservación-innovación, donde suponen que la tesis debe ser conservada por la antítesis para evitar la destrucción del proceso: «El error filosófico (¡de origen práctico!) de tal concepción consiste en el hecho de que en el proceso dialéctico se presupone «mecánicamente» que la tesis deba ser «conservada» por la antítesis para no destruir el proceso mismo, que por tanto es «previsto»» (C 10 I, 6: 124).

A través de este tipo de «racionalismo», estos intelectuales se conciben (como ya se explicó) los árbitros y mediadores de las luchas políticas reales y el «oficio que ellos han creído tener» (C 10 II, 61: 231) consiste precisamente en que se creen así mismos, la «catarsis», el momento ético-político, la síntesis del proceso dialéctico mismo:

> Semejante modo de concebir la dialéctica es propio de los intelectuales, los cuales se conciben a sí mismos como árbitros y mediadores de las luchas políticas reales, aquellos que personifican la «catarsis» del momento económico al momento ético-político, o sea la síntesis del proceso dialéctico mismo, síntesis que ellos «manipulan» especulativamente en su cerebro dosificando los elementos arbitrariamente (o sea pasionalmente) (C 10 i, 6: 124).

Lo que no perciben, sin embargo, los actores principales de la revolución pasiva, es que en realidad:

> si bien es cierto que el progreso es dialéctica de conservación e innovación y la innovación conserva superando el pasado, también es cierto que el pasado es cosa compleja y que es dado elegir en esa complejidad: pero la elección no puede ser hecha arbitrariamente por un individuo o una corriente; si esta elección se establece del tal modo se trata de una «ideología», de tendencia práctico-política unilateral (C 8, 27: 232).

De esta manera queda explícito cómo el modelo de análisis gramsciano de los fenómenos sociales consiste en una compenetración de los tres niveles del conocimiento (histórico, filosófico y político). La revolución pasiva, *lejos de ser un programa de acción* (que sí lo fue para los fundadores

de los Estados nacionales después de la revolución francesa) *es un criterio de interpretación* válido y rico en posibilidades en cuanto agota todos los aspectos de una investigación de la realidad y unifica análisis histórico con análisis político. La revolución pasiva como *modelo de investigación* realiza así lo que Gramsci llamó «traductibilidad» de los lenguajes científicos. Lo que, es más: se podría decir que la *complejidad misma del pensamiento gramsciano es un conjunto de lenguajes científicos que continuamente se «traducen» y sobreponen uno al otro, siendo que él, Gramsci, expresa «en racionalidad lo que en la vida de la clase es política (práctica)»*.

Sin embargo, la revolución pasiva no es un simple criterio de interpretación histórico-política. El estudio de los *Cuadernos* y la elaboración de este trabajo nos llevan a concluir que esta categoría es el centro en tanto que es el *sustrato lógico e histórico* y en cuanto es *punto de unión teórico* de las principales categorías de la reflexión gramsciana. Esta categoría que se constituye una teoría, en el sentido de las dos vertientes del conocimiento social (el histórico y el político) *incluye en sí y puede ser analizada en los tres niveles conceptuales de la «traductibilidad» gramsciana*. Ello se hace posible si prestamos la atención a una de las más importantes notas sobre el tema en donde Gramsci, una vez más, cita el prólogo de Marx (de memoria):

> El concepto de «revolución pasiva» debe ser rigurosamente deducido de los dos principios fundamentales de *ciencia política*: 1. que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se desarrollaron en su interior encuentran aún posibilidades de ulteriores movimientos progresivos; 2. que la sociedad no se plantea objetivos para cuya solución no se hayan dado ya las condiciones necesarias, etcétera. Se entiende que estos principios deben primero ser desarrollados críticamente en toda su importancia y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo (C 15, 17: 193).

El significado de la revolución pasiva en relación a los principios marxianos del 59, nos parece que se puede desentrañar en la siguiente dialéctica: la revolución pasiva *engloba y explica* los tres momentos en los que se unen historia y política (desarrollo social y actividad humana):

1) La afirmación de que ninguna sociedad desaparece antes de haber agotado sus posibilidades de desarrollo, representaría *la tesis*. Ello supone que una sociedad, en tanto no ha desarrollado todas las formas de vida que contiene en potencia (tendencialmente) tiene

carácter expansivo, que hay en ella aún posibles desarrollos posteriores. 2) El hecho de que ninguna formación surge sin que para ello existan bases materiales, o (lo que es lo mismo), el hecho que los hombres solo se proponen lo que es *tendencialmente* existente, representa la antítesis. Ello a su vez supone que una sociedad podría ser subvertida aún antes de haber desarrollado todas sus formas de vida, si existen por lo menos los gérmenes que portan sus antagonismos a su anulación histórica, en tanto que estos antagonismos serían una de las formas de vida contenidas en la propia sociedad. Y ambas cuestiones *se sintetizan* en el principio (tercero) del 59, que Gramsci cita y analiza infinidad de veces en los *Cuadernos*. 3) Los hombres adquieren conciencia de los conflictos de la estructura y de la necesidad de resolverlos en el nivel de las ideologías. Esta sería la síntesis, la unidad dialéctica de historia y política a través de la filosofía.

La consecuencia es que las sociedades no se desarrollan de manera automática, ni porque los hombres se lo proponen simplemente. Se eliminan así el fatalismo y el voluntarismo. Para la transformación, a estas alturas de desarrollo, son necesarios los gérmenes materiales inherentes al funcionamiento social, ligados a la existencia de una fuerza «permanentemente organizada» que se aplica en la formación de la conciencia colectiva que opera en sentido contrario al de las fuerzas que se aplican (y que también son inherentes al funcionamiento social) a su conservación.

Estos tres principios son los que indican el contenido de «las relaciones de fuerza o análisis de situaciones» de *la ciencia política de Gramsci*. Si ellos explican, en términos generales, el sentido de la teoría de la historia como teoría de la revolución pasiva, con mayor razón nos parece que sirven de *punto de partida y punto de unión* de los conceptos de la teoría de la política o teoría del Estado, que es la que da sentido a toda la reflexión de la cárcel.

Esperando a Gramsci: formación del Estado, revolución pasiva y lo International

ADAM DAVID MORTON

Estragon: Qué hacemos ahora…?
Vladimir: Esperar a Godot

SAMUEL BECKETT, *Esperando a Godot*[18]

De una manera similar a como ha descrito Vivian Mercier (1919-1989) en la obra *Esperando a Godot* de Samuel Becket, como una función de dos actos donde «nada pasa [...] dos veces», también pueden describirse los debates en el seno de la sociología histórica sobre Relaciones Internacionales. Principalmente, se trata de una discusión en dos actos que, una de dos, o se ha ido tomando distancia respecto de las contribuciones de Antonio Gramsci, o simplemente se ha ignorado la existencia de las mismas. Nuestro primer acto trata el asunto de la omisión que se ha hecho de su contribución a la caracterización de la historia internacional de la formación del Estado y de las condiciones del desarrollo desigual, así como, en el segundo acto, señalando otra omisión, la de su contribución a la comprensión de procesos intrínsecos al surgimiento del sistema de Estados específicamente modernos en el marco de las condiciones dadas por el desarrollo desigual. Tal como sucede con los vagabundos, Vladimir y Estragon, quienes esperan inútilmente al borde del camino

18 Samuel Beckett (1956), *Waiting for Godot*, Londres, Faber and Faber Limited: 60.

por la llegada de Godot, la sociología histórica en RI ha estado quizás esperando en vano por la llegada de Gramsci.

Mi propuesta central en este artículo es que la sociología en RI efectivamente lo ha estado haciendo sin que, hasta ahora, haya llegado. Afirmaciones tales como la de Craig Calhoun acerca de que el trabajo de Gramsci «fue apropiado de manera activa en la sociología histórica gracias a su interés por la identificación de regímenes institucionales históricamente específicos [...] y a su preocupación por variaciones históricas en la lucha de clases»[19], resultan demasiado prematuras, debido precisamente a la ausencia en la disciplina de abordajes semejantes a los que refiere. De allí deriva que resulte oportuno explicar aquí las contribuciones gramscianas a la sociología histórica de RI en específico y, con ello, poner atención a lo que en términos más generales tiene para ofrecer. Por lo tanto, uno de los objetivos centrales del artículo es desentramar la forma en que piensa Gramsci la articulación del capitalismo a través de diferencies escalas, por medio de una discusión que delinee su manera específica de entender el posicionamiento tanto de las relaciones «nacionales» en el marco de las condiciones de «lo internacional» para dar cuenta de la teoría de la hegemonía, como de la revolución pasiva en consideración de las distinciones espaciales de la geopolítica. No reconocer la existencia de esta constatación acerca el espacio en la mirada de Gramsci podría conducir a sobrestimar las limitantes nacionales de la problemática que él aborda; por ejemplo, al equiparar el énfasis que hace en el punto de partida «nacional» con relaciones estrictamente concurrentes al interior del Estado. Una suposición tan equivocada como esta es muy evidente en las afirmaciones que hacen Randal Germain y Micheal Kenny acerca de que Gramsci estaba «por encima de cualquier teórico que haya lidiado con los discursos y realidades del "estatismo"» y que «la cualidad histórica de sus conceptos implica que obtienen su significado y potencia explicativa fundamentalmente de su anclaje en formaciones sociales nacionales», en el marco de los cuales fueron «utilizados de manera exclusiva»[20]. De manera similar, es desacertado afirmar que, en los debates sobre la sociología

19 Craig Calhoun (2003), «Why Historical Sociology», en *Handbook of Historical Sociology*, Londres, Sage: 389.

20 R. D. Germain y M. Kenny (1998), «Engaging gramsci: Internacional Relations Theory and the New Gramscians», en *Review of International Studies* 24, núm. 1: 4 y 20. Ver A. D. Morton (2003), «Historicising Gramsci: Situating Ideas in and beyond their Context», en *Review of International Policial Economy* 10, núm. 1: 118-146, para una refutación de este abordaje de la historia de las ideas.

histórica sobre RI, la atención a condiciones nacionales «condujo a Gramsci a eliminar de la escala internacional cualquier cualidad constitutiva en el campo de su guía para la acción» y que él «rechazó la dimensión internacional» como un factor causal de la transformación social[21].

Aquella espera por Gramsci también es una condición de la que ha dado cuenta Justin Rosenberg, según quien:

> Ninguno de los teóricos sociales clásicos más importantes ha tratado el asunto de la coexistencia e interacción intersocietales en sus perspectivas teóricas sobre la causalidad social –ya fuera en correspondencia con la explicación de la constitución de órdenes sociales, o con la teorización del proceso dinámico de su desarrollo histórico contemporáneo[22].

Efectivamente, la figura de Gramsci se encuentra excluida del listado de teóricos sociales clásicos, quizás bajo la suposición de que la adición de Gramsci no contraviene a la idea de que «no hay teoría clásica de desarrollo social que explícitamente incorpore a sus fundamentos teóricos el tema de la coexistencia intersocietal»[23]. Aun así, como se pretende mostrar, la espera por Gramsci aquí resulta importante, porque este pensador sardo ofrece un conocimiento que resulta relevante para la historia de la formación del Estado y, por tanto, del desarrollo social en lo «nacional», lo que se encuentra conectado de manera interna con el condicionamiento causal y las dinámicas geopolíticas más extensivas de «lo internacional». Esto implica que ha de demostrarse que la contribución de Gramsci puede tomarse como un conjunto de explicaciones pioneras del desarrollo social desigual y de la propagación mundial del capitalismo, en una combinación con la emergencia geopolítica del Estado moderno[24].

21 R. Shilliam (2004), «Hegemony and the Unfashionable Problematic of 'Primitive Accumulation'», en *Millennium: Journal of International Studies* 33, núm. 1: 72-73.

22 J. Rosenberg (2006), «Why is There No International Historical Sociology», en *European Journal of International Reltaions* 12, núm. 3: 311.

23 Ibídem:. 337.

24 Sobre cómo la desigualdad del desarrollo precede a los factores de su combinación, ver G. Novack (1972), *Understanding History: Marxist Essays*, Nueva York, Pathfinder Press: 98; también a J. Rosenberg (2005), «'Globalisation Theory: A Post-Mortem'», en *International Politics* 42, núm. 1: 68-69; y a B. Teschke (2003), *The Myth of 1648: Class, Geopolitics and the Making of Modern International Relations*, Londres, Verso. Claro está, estas perspectivas se sostienen en las reflexiones de León Trotsky acerca de los procesos mundiales históricos de desarrollo desigual y combinado, con el señalamiento de la inserción y adaptación de los

La tarea correspondiente a la discusión que viene a continuación, por tanto, es la de llevar a la superficie la perspectiva que desarrolló Gramsci sobre la formación del Estado italiano y cómo es que, en consecuencia, esto conduce a la historia del moderno sistema internacional capitalista de Estados. Como ya reconoció Dante Germino, «la convicción de Gramsci acerca de que no se puede entender el presente italiano de manera aislada respecto del pasado europeo, resulta evidente en su fascinación por la alta edad media, el renacimiento y los principios de la historia moderna europea»[25]. El objetivo fundamental es recuperar el abordaje histórico que hace Gramsci de la emergencia y desarrollo de la formación del Estado italiano para dar cuenta de cómo es que está entreverada con varios aspectos de las transformaciones dadas en el marco de la emergencia internacional del sistema de Estados y la posterior transición capitalista. Tal como había hecho notar Perry Anderson acerca de Gramsci, «la lógica de su teoría, de lo cual él estaba consciente, se hizo extensiva también al sistema internacional»[26]. Y no obstante el interés directamente relacionado con la explicación de la formación histórica del Estado ofrecida en los escritos de Gramsci generalmente ha sido desplazado por la priorización que se hace de su teorización más elaborada sobre la hegemonía[27]. Como se pretende aquí demostrar, tiene una enorme importancia la cuenta histórica acerca de la consecución de la lucha de clases que Gramsci delineó en el marco de la constitución de la formación del Estado italiano, a partir de lo cual

---

Estados a etapas diferentes del desarrollo, ver L. Trotsky (1936), *The history of the Russien Revolution*, vol. I, Londres, Victor Gollancz: 25-32, 72, 334-335.

25 D. Germino (1990), *Antonio Gramsci: Architect of a New Politics*, Baton Rouge, Luisiana State University: 221.

26 P. Anderson (2002), «Force and Consent», en *New Left Review* II, núm. 17: 21.

27 De manera inteligente, se ha hecho notar que el concepto de revolución pasiva es una contrapartida del concepto de hegemonía, ver R. Cox (1983), «Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method»', en *Millennium: Journal of International Studies* 12, núm. 2: p. 167. No obstante, en RI se tiende de manera predominante a sobrestimar la importancia de la hegemonía de clase para la comprensión del orden mundial. El papel que juega el Estado en el capitalismo para la creación y sustento de la acumulación mediante el uso de la fuerza, en tanto característica emblemática de la revolución pasiva, prácticamente no se ha explorado. Un estado inicial de esta tarea es evidente en el análisis extenso que hace R. Cox (1997), *Production, Power and World Order: Social Forces in the Making of History*, Nueva York, Columbia University Press: 230-244; K. Van Der Pijl (1998), *Transnational Classes and International Relations*, Londres, Routledge: 78-83, y K. Van Der Pijl (2006), *Global Rivalries from the Cold War to Iraq*, Londres, Pluto Press: 17-21.

se prefiguró la emergencia del Estado dentro de un sistema internacional de Estados.

Este artículo se sujetó a dos ejes centrales en la consecución del objetivo de desentrañar a Gramsci y sopesar su importancia para comprender los procesos de formación del Estado en el marco de «lo internacional». El primer eje delinea los principios de la investigación histórica que Gramsci ha propuesto durante su análisis de: 1) la Italia renacentista y el papel del capital mercantil en la formación del Estado absolutista, 2) la «cuestión meridional» concerniente al asunto del desarrollo desigual del Mediodía en Italia y más allá de ella, y 3) el *Risorgimento* italiano representado como una «revolución pasiva», una teoría de la supervivencia y reorganización de la identidad estatal a través de la cual las relaciones sociales se reproducen en formas novedosas, en consonancia con las relaciones capitalistas de producción. Específicamente, una revolución pasiva indica cómo es que la «restauración se convierte en la forma política en la que las luchas sociales encuentran cuadros bastante elásticos para permitir a la burguesía llegar al poder sin rupturas espectaculares» (C 10 II, 61, 231). La extensa (y al mismo tiempo específica) teoría de la revolución pasiva funge como el pivote para la constatación de cómo la formación del Estado en Italia y Europa ha tenido lugar a partir del condicionamiento de «lo internacional».

El segundo eje del artículo aborda la idea particular en Gramsci sobre el punto de partida «nacional», así como lo que esto significa para el desarrollo de una teoría de «lo internacional». La manera en que Gramsci colocó en yuxtaposición los procesos «nacionales» en el marco de las tendencias «internacionales» en su análisis de la revolución pasiva es pasado generalmente por alto pese a que tiene una importancia fundamental para la elaboración de su argumentación, principalmente en referencia a tres temáticas que están interrelacionadas. Estas son: 1) la comprensión del moderno sistema de Estados y su relación con la emergencia de la hegemonía del capitalismo anglosajón, 2) el fascismo como una respuesta en Europa a la creciente intervención y predominio del capital extranjero, y 3) las condiciones del desarrollo desigual en el sentido del contexto específico de la Revolución rusa y del internacionalismo liberal de Woodrow Wilson.

En conclusión, esto conduce a la idea de que el concepto de la revolución pasiva puede ser una contribución directa a la comprensión de estrategias de clase en el contexto de la transición al capitalismo, mediante el rastreo de mecanismos correspondientes al Estado, los cuales

coadyuvaron, en la emergencia del capitalismo, a convertirlo en el principal órgano de la acumulación primitiva y el desarrollo social. Comprender las transiciones a la modernidad capitalista como revoluciones pasivas abre la posibilidad de un enriquecido abordaje histórico y metodológico de la sociología histórica de RI, al poner en relieve los factores específicos de la formación del Estado, de la expansión capitalista y de la lucha de clases, en relación a la transformación del sistema internacional, lo cual continua hasta el día de hoy sin recibir atención.

I. Gramsci en perspectiva: hacia el *Risorgimento* italiano

En los *Cuadernos de la Cárcel*, el término «renacimiento» contiene varias elaboraciones clave relacionadas con la experiencia histórica de la formación del Estado italiano. Principalmente, estas se resumen de la siguiente manera: 1) el fracaso de las comunas italianas en la creación de un Estado nacional, debido al papel que juega el capital mercantil como lastre en la transición desde el Estado absolutista, 2) el «atraso» histórico específico de Italia y los problemas dados por la «cuestión meridional» de desarrollo desigual, y 3) el carácter regresivo «cosmopolita» de las clases intelectuales italianas que impulsaron la revolución pasiva a través del *Risorgimento* italiano[28]. En estas reflexiones, Gramsci terminó por reconocer a Maquiavelo como el «teórico de los Estados nacionales gobernados por monarquías absolutas»[29]. Las prioridades que influyeron en las ideas de Maquiavelo tenían que ver con los conflictos internos de la República florentina y la particular estructura del Estado que no tenía la posibilidad de liberarse de los residuos de la comuna y la municipalidad; los conflictos regionales entre los Estados italianos por un equilibrio de poder en la península, el cual era obstaculizado por la presencia del papado y de otros formas feudales residuales de Estado basadas en la ciudad más que en el territorio, y los conflictos de los Estados italianos dentro del equilibrio de poderes en Europa o «las contradicciones entre las necesidades de un equilibrio interno italiano y las exigencias de los Estados europeos en la lucha por la hegemonía»

28 Q. Hoare y G. Nowell-Smith (1971), «Notes on Italian History: Introduction», en A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Lawrence and Wishart: 44-45.

29 A. Gramsci (1994), *Letters from Prision*, vol. I, Nueva York, Columbia University Press: 153.

(C 13, 13: 27). Las reflexiones de Maquiavelo también llegan a influir de diferentes maneras en el análisis que hace Gramsci de la debilidad inherente a la formación estatal italiana, a las bases corporativas de la formación gremial dentro de las comunas italianas, y al parroquialismo de los intereses mercantiles así como los del Papa[30]. Por tanto, «los comentarios sobre esta figura […] son momentos en la historia intelectual del surgimiento de una consciencia político-filosófica de la modernidad»[31]. Si bien declara de manera exagerada que «Maquiavelo es representante en Italia de la comprensión de que el Renacimiento no puede ser tal sin la fundación de un Estado nacional»(C 17, 8: 305), Gramsci ha tenido su propio mérito al contribuir en la aclaración de las relaciones históricas concretas respecto de las cuales las ideas de Maquiavelo son producto y conciencia.

II. Italia renacentista

Después del año 1000 y tras la desintegración del Imperio Carolingio, según Gramsci, se desarrolló un quiebre gradual que culminaría en el Renacimiento y el Humanismo en Italia. Producto de ello es la presencia de clases «regresivas» desde el punto de vista de la historia italiana, lo cual hizo contraste con tales procesos en el resto de Europa. En Italia, ciertos intereses de clase vinculados al papado adoptaron un carácter reaccionario, mientras que las nuevas clases intelectuales a lo largo de Europa fueron absorbidas en los progresos que eventualmente conducirían a la organización de los Estados modernos (C 17, 3: 303-304); de allí el «doble aspecto del Humanismo y el Renacimiento» en la historia europea de la formación del Estado (C 19, 7: 234). Las comunas jugaron un papel crucial en estas circunstancias, en el sentido de que eran incapaces de trascender las relaciones feudales de producción, o «no pudo desarrollarse más allá del feudalismo medio, o sea el que sucedió al feudalismo absoluto […] que existió hasta el milenio y al cual sucedió la monarquía absoluta en el siglo xv, hasta la Revolución francesa» (C 5, 123: 329). Lo que aquí es central es el enfoque en las comunas medievales

30 Ver A. D. Morton (2007), *Unravelling Gramsci: Hegemony and Passive Revolution in the Global Political Economy*, Londres, Pluto Press: 51-56.

31 G. Balakrishnan (2005), «States of War», en *New Left Review* II, núm. 36, 2005: 14-15.

–ciudades-Estado autónomas tales como Florencia, Génova y Venecia– que representaron aquella fase en la historia italiana en la que había una imposibilidad de crear un Estado unificado. En relación con las primeras reflexiones de Maquiavelo, el problema que enfrentaba Gramsci era «la constitución real» que tendría que ser estudiada en términos de «la actitud concreta que sus representantes adoptan respecto al gobierno comunal» (C 5, 85: 308).

Por lo tanto, la comuna medieval es fundamental en el análisis que hace Gramsci de la especificidad del devenir italiano. Las comunas las pensaba como cargadas de una incapacidad de transcender la etapa sindicalista del progreso de manera que representaban «la etapa económico-corporativa» en la historia de la formación del Estado italiano. «En Italia las comunas no supieron salir de la fase corporativa, la anarquía feudal tuvo el predominio en formas apropiadas a la nueva situación y luego sobrevino la dominación extranjera» (C 5, 123: 329). El desarrollo de la historia italiana, por tanto, tendría que pensarse desde un punto de vista que otorgue importancia al desarrollo de las comunas, con la finalidad de reconocer el Renacimiento como un movimiento «reaccionario» debido a la incapacidad de establecer una relación dominante sobre la ciudad respecto del campo[32]. «En el resto de Europa», describe Gramsci, «el movimiento general culminó en los Estados nacionales y luego en la expansión mundial de España, de Francia, de Inglaterra, de Portugal. En Italia, a los Estados nacionales de estos países correspondió la organización del papado como Estado absoluto –iniciado por Alejandro VI–, organización que disgregó al resto de Italia» (C 17, 8: 306).

Como ya se ha dicho, junto al surgimiento del Humanismo se disolvió la posibilidad de establecer relaciones de soberanía territorial unificada. El Humanismo adoptó un carácter restitutivo, «políticamente domina la aristocracia compuesta en gran parte de advenedizos, agrupada en las cortes de los señores y protegida por sus huestes de soldados de fortuna: ella produce una cultura del XVI y ayuda a las artes, pero políticamente es limitada y acaba bajo el dominio extranjero» (C 5, 123: 336). El Estado italiano llegó a depender de «determinados auxiliares» de la dominación extranjera en la organización de su propia forma de Estado, debido al fracaso de las clases mercantiles de las comunas medievales –las ciudades-Estado autónomas– en unificarse en un ámbito

32 A. Gramsci (1994), *Letters from Prision*, vol II, Nueva York, Columbia University Press: 67-68.

nacional. Esta incapacidad de la clase comunal de unificar en torno suyo al pueblo «fue la causa de sus derrotas y de las interrupciones de su desarrollo» (C 25, 5: 183). Entre las consecuentes derivaciones del Humanismo se incluyó la «abjura ante la hoguera, siendo el ejemplo más importante el de Girolamo Savanarola (1452-1498), el cura dominicano que fue cabeza de Florencia entre 1495 y 1498, hasta su excomunión por parte del papado, siendo también objeto del rechazo por parte de la gobernante *signoria*, poco antes de ser quemado en la hoguera» (C 25, 123: 338). Por encima de todo, el Estado italiano se subordinó a la dominación extranjera, la cual era consecuencia de:

> una condición de atraso y estancamiento de la historia italiana política y social desde el siglo XVI al XVIII, condición que se debía en gran parte a la preponderancia de las relaciones internacionales sobre las internas, paralizadas y entumecidas (C 13, 13: 29).

Por lo tanto, Italia se encontraba ante el problema del desarrollo desigual debido a factores internacionales que producirían su posterior identidad estatal. Entre tanto, las comunas equivalían a «formas urbanas del feudalismo, las cuales estaban incapacitadas para la transformación y expansión económica y, con ello, para la conversión hacia un estilo de Estado aglutinador»[33].

Es así que Gramsci señala las diferencias de desarrollo entre Italia y Europa durante el Renacimiento. Particularmente en Francia «el aparato monárquico» permitió las luchas entre clases feudales, mientras que en Italia los intereses del capital mercantil dieron como resultado una burguesía «incapaz de salir del terreno toscamente corporativo y de crearse una civilización estatal integral propia» (C 5, 123: 333). «En Francia […] el origen del absolutismo se halla en las luchas entre la burguesía y las clases feudales», absorbiendo aquella «al artesanado y a los campesinos» (C 5, 123: 334). En la misma nota, Gramsci señala que «un paso orgánico de la comuna a un régimen ya no feudal se dio en los Países Bajos y solamente en los Países Bajos» (C 5, 123. 329). Mientras tanto, en Francia, el rechazo a la autoridad del Papa se diseminó a través de la Reforma Protestante, mientras que en Italia ese rechazo se ubicó en los apoyos a Savanarola. Regresando a nuestro tema, «el pensamiento político de Maquiavelo», Gramsci lo interpreta como «una

33 L. Althusser (1999), *Machiavelli and Us*, Londres, Verso: 71.

reacción al Renacimiento, es la apelación a la necesidad política y nacional de volver a acercarse al pueblo como lo hicieron las monarquías absolutas de Francia y España» (C 5, 123: 335).

De esto emana lo que Gramsci ha denominado como «método de la analogía histórica como criterio de interpretación» (C 3, 18: 30). La potencia explicativa de este método de interpretación histórica destaca ciertos elementos de la formación del Estado. Su importancia yace en las opiniones de Gramsci acerca de la relación entre conceptos y circunstancias en el abordaje de la formación del Estado y de «lo internacional». A partir de esto puede sostenerse que Gramsci desarrolla una teoría razonablemente clara para el establecimiento de un proceso de investigación en el marco de condiciones históricas. Se crea así un criterio de interpretación proveniente de la manera en que Gramsci escribe la historia. Esto puede definirse como una forma de análisis con el que se puede conseguir cierta capacidad explicativa (el método de la analogía histórica), fundada en la comparación de procesos históricos diferentes y, con ello, de la particular configuración que tienen las formas sociales, culturales y políticas del Estado, en los conflictos en torno a las transiciones a la modernidad. Partiendo de este método, Gramsci produce ciertos principios de la investigación histórica que se encuentran relacionados con el sistema de Estados emergente en Europa. Como se elabora a continuación, el valor explicativo de este método yace en la secuencia causal de eventos que Gramsci considera importantes en la orientación italiana y europea de la formación del Estado. La importancia de este método para la sociología histórica es el enfoque en la lucha de clases, la cual deja su marca en las condiciones y avances estructurales de la formación del Estado. Cuando menos, este método recupera elementos específicos que pueden postularse como fundamentales en el debate sobre sociología histórica en RI. Dicho método será discutido más a profundidad al momento de delinear los contornos del *Risgorgimento* italiano, así como de las condiciones de la revolución pasiva.

III. La «Cuestión meridional» y el desarrollo desigualdad

En el tema de la estructura nacional de la formación del Estado italiano, Gramsci también hizo un rastreo de la relación entre campo y ciudad, la cual era intrínseca a las condiciones de desarrollo desigual, tanto en el ámbito rural como en la escala mayor de la división de Europa.

La relación entre campo y ciudad era vista como un microcosmos de la relación histórica entre el norte y el sur de Italia, la misma que condicionaría la sucesión de diferentes crisis políticas en torno al *Risorgimento*. La distinción espacial entre norte y sur ha reflejado la «estructura económico-política relativamente homogénea» que configuró el desarrollo desigual del Estado italiano desde aproximadamente 1815 en adelante (C 19, 26: 408). «De la relación ciudad-campo», dice Gramsci, «debe partir el examen de las fuerzas motrices fundamentales de la historia italiana» (C 19, 26: 412). Entonces, lo que puede encontrarse es una equiparación entre el liderazgo o prestigio que tiene el norte sobre el sur, y el que tiene la ciudad sobre el campo, desde donde se postulan las problemáticas de la reforma agraria de una manera irresuelta, la que habría de favorecer al campesinado (C 19, 26: 413). En torno a la cuestión de la estructura nacional, se ha resaltado la prevalencia de las así llamadas «ciudades del silencio», tenidas por residuos del pasado feudal, «herencia de parasitismo dejada a los tiempos modernos por la destrucción, como clase, de la burguesía comunal» (C 13, 1: 17). Estas ciudades, que son varias (incluyen Asís, Brescia, Pisa, Volterra y Vicenza) llegaron a desarrollar una aversión por el campo, teniendo como algo inferior el «atraso» del campesinado (C 19, 26: 415-416). Desde el punto de vista de estos centros no-rurales, la pobreza en el Mediodía se explicaba en términos de una supuesta incapacidad o «atraso» por parte de los sureños, más que por los impedimentos al desarrollo impuestos en las condiciones estructurales políticas y económicas. Como resultado, «El *Mezzogiorno* estaba reducido a un mercado de ventas semicolonial», controlado a través de medidas políticas directas y generales para la coerción y cooptación (C 19, 26: 409).

Es probable que estas problemáticas las explique Gramsci de manera más clara en el ensayo *Algunos temas sobre la cuestión meridional* (1926), el cual también hace un rastreo sobre el asunto de los intelectuales y de su función en la lucha de clases como mediadores entre los *latifondisti*, la burguesía rural y el campesinado[34]. Allí se puede observar una consideración acerca de la relación campo-ciudad desde una perspectiva aterrizada en «diversas concepciones culturales y actitudes mentales» (C 19, 26. 409). En torno al ámbito rural del sur de Italia, Gramsci prestó especial atención a los *morti di fame* o «muertos de hambre»; es decir, el

34 A. Gramsci (1994), «Some aspects of the Southern Question», en *Pre-Prision Writings*, Cambridge, Cambridge University: 331-337.

campesinado y los jornaleros agrícolas, quienes generalmente se han manifestado mediante expresiones confusas de la lucha de clases. Al mismo tiempo, en relación a su trasfondo de clase, los intelectuales sureños llegaron a recibir una «áspera aversión al campesino trabajador, considerado como máquina de trabajo que hay que roer hasta el hueso y que se puede sustituir fácilmente dada la superpoblación trabajadora»[35]. Sin embargo, gracias a «procesos de capilaridad» relacionados con la composición de los partidos locales o los consejos comunales y provinciales, diferentes estratos de intelectuales buscarían la «redefinición de las corrientes políticas y actitudes mentales», en relación con la constitución de un boque agrario que pudiera mantenerse vigilante de la burguesía industrial del norte[36].

Algo que queda como una prioridad dada por sentada es un enfoque en las luchas entre apropiadores y productores, terratenientes y campesinos. Según Gramsci, «el capitalismo empieza la disolución de relaciones tradicionales inherentes a la institución de la familia y el mito religioso»[37]. Con esto, centra su atención en la manera en la cual el poder político y militar personalizado en grupos de apropiadores se ha reconstituido en la forma impersonal del Estado italiano. Por lo tanto, el campesino pasa a sentir la presencia del Estado a través de la economía o mediante la lucha directa por los derechos a la propiedad, representada por la «guerra» entre el derecho feudal de adquisición, basado en la extracción del excedente por medios extraeconómicos, así como la producción de la extracción de excedente llevado a cabo a través de mecanismos puramente «económicos» del mercado[38]. La manera en que el Estado empieza a establecer su presencia en el campo de la conciencia política de la formación del sentimiento de clase y la mentalidad de los productores, por tanto, es rastreada mientras los productores campesinos, al mismo tiempo, se transforman en individuos no propietarios obligados a vender su fuerza de trabajo. Como resultado, «la realidad es el enorme abismo sin fondo que el capitalismo ha producido entre el

35 Ibídem: 329.
36 Ibídem: 324-325.
37 A. Gramsci (1975), «The Italian Catholics», en *History, Philosophy and Culture in the Young Gramsci*, Saint Louis, Telos Press: 113.
38 A. Gramsci (1975), «The Peasants and the State», en *History, Philosophy and Culture in the Young Gramsci,* Saint Louis, Telos Press: 75-79.

proletariado y la burguesía, así como el antagonismo cada vez mayor entre ambas clases»[39].

Estas lecturas proveen una vía para abordar la conformación de identidades y subjetividades encuadradas en los conflictos entre clases, constitutivos estos de las transformaciones en la modernidad capitalista[40]. Se incurre en un distorcionamiento complaciente de la centralidad de la lucha de clases si se pretende que tal enfoque se pueda sintetizar con un abordaje de la historia social tenida como un objeto independiente. Peor aún si se les otorga a las clases estatales un lugar privilegiado, a expensas de un análisis de las agencias estructuradas de los productores campesinos a través de las cuales las formas estatales se construyen[41]. Una perspectiva holística que aborda la lucha de clases entre productores directos y apropiadores resulta esencial. Es algo que, sin embargo, recibe una escasa atención, incluso por parte de aquellos quienes han centrado su trabajo en las relaciones sociales de producción[42]. De allí que, en el marco de la sociología histórica, las preguntas acerca de la estructura de agencia como lucha de clases permanezcan irresueltas[43]. Sin embargo, el fundamento de las asimilaciones en la modernidad no es otra cosa que el surgimiento del capitalismo mediante procesos de acumulación primitiva. Tal como había ya anticipado Gramsci en la importantísima *Tesis de Lyon* (1926), «entonces veremos aumentada la explotación económica 'colonial' y el empobrecimiento del sur, y el lento proceso de separación entre la pequeña burguesía sureña respecto del Estado acelerado»[44]. De allí que sea tan intrínseco a la historia del *Risgorimento*

39 A. Gramsci (1975), «Lenins Work», en *History, Philosophy and Culture in the Young Gramsci,* Saint Louis, Telos Press: 134.

40 A.D. Morton (2005), «The Age of Absolutism: Capitalism, the Modern State and International Relations», en *Review of International Studies* 31, núm. 3: 495-517.

41 B. Teschke (2006), «Debating "The Myth of 1648": State Formation, the Interstate System and the Emergence of Capitalism in Europe: A Rejoinder», en *International Politics* 43, núm. 5: , p. 565. El énfasis insistente en la imposición de transformación por parte de las clases estatales también es evidente en Lacher (2006), *Beyond Globalisation: Capitalism, Territoriality and the International Relations of Modernity*, Londres, Routledge: 95-96.

42 A.D. Morton (2005), *Unravelling Gramsci*, cit.: 42-51, y N. Davidson (2005), «How Revolutionary Were the Burgeois Revolutions?», en *Historical Materialism* 13, núm. 3: p. 16.

43 En cambio, ver A. Bieler y A. D. Morton (2002), «The Gordian Knot of Agency-Structure in International Relations: A Neo-Gramscian Perspective», en *European Journal of Internationl Relations* 7, núm. 1.

44 A. Gramsci y P. Togliatti (1978), «The Lyons Thesis», en *Selections from Political Writings, 1921–1926*, Londres, Lawrence and Wishart: 352. Si bien cinco fueron

el rastreo en la organización de la economía nacional y el Estado italiano de los vínculos que tienen las relaciones ideológicas y las de clase entre facciones del norte y del sur.

IV. El *Risorgimento* italiano, la revolución pasiva y la presencia de «lo internacional»

A las problemáticas del desarrollo desigual y combinado a lo largo de los siglos XVIII y XIX de la historia de Europa, Gramsci las entendió también como series de revoluciones pasivas. Eso resulta evidente en su análisis de la expansión de la Revolución francesa mediante ««*meatus*» de clase» que influyeron en la creación de los Estados modernos europeos. Tales eventos se desarrollaron mediante estrategias modernizantes y «olas sucesivas» de luchas de clases y guerras nacionales conocidas como revoluciones pasivas (C 1, 151: 189).

> en Francia hubo una ruptura entre nobles y monarquía y una alianza entre monarquía, nobles y alta burguesía. Solo que en Francia tuvo la fuerza motriz incluso en las clases populares que le impidieron detenerse en las primeras etapas, lo que por el contrario faltó en la Italia meridional y sucesivamente en todo el *Risorgimento* (C 3, 103: 95).

Aunque fungió inicialmente como un intento por explicar el *Risorgimento*, esto es, el movimiento nacional de liberación de Italia que culminó con la unificación del país en 1860-1861, la noción de revolución pasiva fue expandida para integrar todo un conjunto nuevo de fenómenos históricos[45]. Si bien debe tenerse en cuenta que el termino mismo de «revolución pasiva» es un préstamo cuidadosamente modificado de

---

las tesis redactadas para el Congreso de Lyon del PCI de 1926, solo esta, la cuarta, sobre «La situación italiana y las tareas del PCI», ha sido traducida. Por supuesto, las restantes podrían ofrecer elementos importantes de la teorización de Gramsci sobre el desarrollo desigual, pues incluyen escritos sobre: 1) la situación internacional, 2) la cuestión nacional y colonail, 3) la cuestión agraria, y 4) los sindicatos. Esta falta la ha notado Quentin Hoare en *Selections from Political Writings* cit.: 498 núm. 194, y es posible que sea relejo de una semejante omisión en la anterior edición en italiano, ver A. Gramsci (1971), *La costruzione del partito comunista: 1923–1926*, Turín, Einaudi: 488-513, la cual solamente contiene la misma «cuarta» tesis.

45 A. D. Morton, «The Age of Absolutism», cit.: 507-515.

Vincenzo Cuoco (1770-1823), en el caso de Gramsci lo «pasivo» se refiere a la forma restrictiva de la hegemonía tal como surgió del *Risorgimento* gracias al fracaso del potencial «jacobino» en el Partito d'Azione, liderado por Giuseppe Mazzini y Giuseppe Garibaldi, entre otros, al establecer un programa que reflejara las demandas de las masas populares y, sobre todo, del campesinado. En cambio, los cuestionamientos quedaron frustrados y los cambios en las relaciones de producción contenidos gracias a los «moderados», liderados por Camillo Benso Cavour, con el establecimiento de alianzas entre los grandes terratenientes y en el Mediodía y la burguesía norteña, mientras absorbían a la oposición en el parlamento a través de un cambio continuamente asimilado o transformismo, dentro de la formación social concurrente. «Puede incluso decirse», propone Gramsci, «que toda la vida estatal italiana desde 1848 en adelante está caracterizada por el transformismo» (C 19, 24: 386). El Partito d'Azione no pudo emular la fuerza jacobina, demostrando la debilidad relativa de la burguesía italiana en el sistema internacional de Estados en el desarrollo desigual después de 1815, de manera que «en Italia la lucha se presentaba como lucha contra los viejos tratados y el orden internacional vigente y contra una potencia extranjera, Austria, que los representaba y sostenía en Italia, ocupando una parte de la península y controlando el resto» (C 19, 24: 402-403). Por lo tanto, el proceso no es literlamente «pasivo», pero se refiere al intento por «revolucionar» mediante la intervención estatal, o con la inclusión de nuevas clases en el ámbito hegemónico de un orden político sin una masiva expansión del control de producción sobre la política[46]. Indicativo de ello es la manera en que los moderados creyeron que el «problema nacional exigía un bloque de todas las fuerzas de derecha, incluidas las clases de los grandes terratenientes, en torno al Piamonte como Estado y como ejército» (C 19, 26: 415). Como ya se dijo, esto mantuvo intactos los sedimentos heredados de las relaciones sociales precapitalistas por parte del partisanismo meridional rural burgués –esos «pensionados de la historia económica»– residentes de las imperturbables «ciudades del silencio»(C 22, 2: 63). En palabras de Guiseppe Garibaldi, «el país entero, tan lleno de entusiasmo y energía, capaz no solo de resistir, sino también de vencer al enemigo que ocupa su territorio, fue reducido a un estado de postración e inercia gracias a la demencia

46 A. Showstack Sassoon (1987), *Gramci's Politics*, 2a ed., Minneapolis, University of Minnesota Press: 210.

y traición de aquellos hombres que lo gobernaron: su monarquía, su *intelligentsia*, su clero»[47]. Como resultado se dio un proceso de cambio social fundamental pero carente de todo intento por incorporar al Estado nacional aquellos intereses de las clases subordinadas, especialmente del campesinado. A ello se debe que «el concepto de "revolución pasiva"», tal como concluye Neil Davidson, «es quizás el más evocativo al describir el proceso de la "revolución desde arriba"», desarrollado en la tradición clásica del materialismo histórico[48]. En Italia, lo que hacía falta era una fuerza jacobina que «en las otras naciones suscitó y organizó la voluntad colectiva nacional-popular y fundó los Estados modernos» (C 13, 1: 16). O como explica Fred Halliday, «en el caso de una revolución burguesa incompleta en Italia misma […] [Gramsci] tuvo un poderoso ejemplo del impacto del desarrollo combinado y desigual»[49].

Aunque la noción de revolución pasiva estaba estrechamente ligada a los escritos sobre la crisis del Estado liberal en Italia, Gramsci también la relacionó con transformaciones en Europa proyectadas bajo la sombra del jacobinismo revolucionario francés (C 10 I, 9: 128-130). Allí es donde el método de la analogía histórica, en comparación con diferentes pero relacionadas circunstancias de formación estatal y lucha de clases, se convierte en un elemento importante. Para toda Europa, la noción de la revolución pasiva se refiere, entonces, a las consecuencias controladas de las «revoluciones burguesas» y de transiciones hacia el capitalismo forjadas a partir del surgimiento de la nación moderna[50]. Sin embargo, algo que resulta muy significativo es el resultado de tales revoluciones pasivas y las consecuencias que tuvieron para las clases emergentes «burguesas» en toda Europa, al establecerse un Estado comprometido a garantizar la acumulación del capital, específicamente, en términos de una transformación de la sociedad con dirección «burguesa», pero sin una participación activa de las masas de productores del campo[51]. Según Gramsci, la Revolución francesa en el siglo XIX estableció un Estado «burgués» sobre la base del apoyo popular y la eliminación de

47 G. Garibaldi (2004), *My Life*, Londres, Hesperus Books: 15.
48 N. Davidson (2005), «How Revolutionary Were the Bourgeois Revolutions?», en *Historical Materialism* 13, núm. 4: 19.
49 F. Halliday (1999), *Revolution and World Politics: The Rise and Fall of the Sixth Great Power*, Londres, Macmillan: 246.
50 Algo que ha sido notado (aunque no desarrollado) por Lacher, *Beyond Globalisation*, cit.: 98, 128.
51 N. Davidson (2007), «The French Revolution is Not Over», en *International Socialism*, núm. 113: 160 y 162.

las viejas clases feudales, pese a lo cual en el resto de Europa la institución de formas políticas acordes con la expansión del capitalismo ocurrió de maneras diferentes. De allí que resaltara que las «diferencias entre Francia, Alemania e Italia en el proceso de toma del poder por parte de la burguesía (Inglaterra). En Francia se da el proceso más rico en desarrollos y en elementos políticos activos y positivos» (C 19, 24: 404). Después de la restauración postnapoleónica (1815-1848), la tendencia a establecer un orden político y social burgués se consideró como una suerte de principio universal, pero no en un sentido absoluto ni fijo. Escribe Gramsci:

> Toda la historia desde 1815 en adelante muestra el esfuerzo de las clases tradicionales para impedir la formación de una voluntad colectiva de este género, para mantener el poder «económico-corporativo» en un sistema internacional de equilibrio pasivo (C 13, 1: 17).

Es más, «las «olas sucesivas» [de la lucha de clases] están constituidas por una combinación de luchas sociales, de intervenciones desde arriba del tipo monarquía iluminada y de guerras nacionales, con predominio de estos dos últimos fenómenos» (C 10 II, 61: 231). Esto ha sido indicativo de las unificaciones nacionales europeas de mediados del siglo XIX, durante las cuales la gente se convirtió (sin dejar de estar activa) en auxiliares del cambio organizado desde arriba; un proceso que en otras partes del mundo parece haberse replicado. Para aquellos países que, como lo expresa Eric Hobsbawum, «buscan abrirse camino en la modernidad, por lo general, carecen de originalidad respecto a sus ideas, aunque no necesariamente respecto a sus prácticas»[52]; se trata de un argumento que resuena con la fuerza del análisis del desarrollo desigual y combinado de Trotsky, según el cual «un país atrasado asimila las conquistas materiales e intelectuales de los países desarrollados. Pero esto no significa que los siga ciegamente, [y] reproduzca todas las etapas de su pasado»[53]. Por ende, una revolución pasiva ha sido una revolución marcada por un trastorno social violento y la lucha de clases, aunque también ha tenido que ver con una elite relativamente pequeña que liderase la

52 E. J. Hobsbawm (1975), *The Age of Capital: 1848–1875*, Londres, Weidenfeld & Nicolson: 166.

53 L. Trotsky, *History of the Russian Revolution*, cit.: 26.

creación del poder estatal y un marco institucional que estuviera en consonancia con las relaciones capitalistas de producción[54].

A partir del análisis de las revoluciones de 1848, Gramsci propuso que las tácticas de golpe de Estado directo han tenido que modificarse al grado en que la estrategia de clase en una forma expansiva de hegemonía se ha hecho relevante (C 13, 7: 21-22). De allí que una combinación de elementos progresistas y reaccionarios en las condiciones de la revolución pasiva, descrita como «revolución-restauración» o «revolución sin revolución» (Q1, 44: 107). En tales condiciones afirma con toda claridad que:

> Se ha planteado un nuevo problema de hegemonía, o sea que *la base histórica del Estado se ha trasladado*. Se tiene una forma extrema de sociedad política: o para luchar contra lo nuevo y conservar lo vacilante fortaleciéndolo coercitivamente, o como expresión de lo nuevo para destruir las resistencias que encuentra su desarrollo (C 7, 28; 165, Énfasis añadido).

Estas son las circunstancias que influyeron sobre Gramsci cuando concluyó que:

> El concepto de revolución pasiva me parece exacto no solo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución política de tipo radica-jacobino (C 4, 57: 216).

Lo que discute allí no es aquella cuestión más amplia relacionada con la Revolución francesa. Después de todo, tal como ya había señalado Gramsci, «los historiadores no están para nada de acuerdo (y es imposible que lo estén) en cuanto a establecer los límites de aquel grupo de acontecimientos que constituye la Revolución francesa» (C 13, 57: 35).[55]

54 Vale la pena mencionar que el concepto de revolución pasiva también fue desarrollado por parte de Gramsci como una elaboración explícitadel «Prefacio» de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política*; ver K. Marx (1987), «A Contribution to the Critique of Political Economy», en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, vol. xxix, Londres, Lawrence and Wishart: 261-265.

55 Es importante que Roger Simon (1991, *Gramsci's Political Thought: An Introduction*, Londres, Lawrence and Wishart: 34) ha notado que «el abordaje que hace Gramsci de la Revolución francesa bordea lo idealista». También pueden notarse diferencias simbólicas entre esta lectura y otros desarrollos

Desde el punto de vista de Gramsci, fue solo en 1870-1871, con la Tercera República, que la «nueva clase burguesa» venció al viejo régimen en Francia y demostró su vitalidad en la lucha por el poder de manera que «se agotan históricamente todos los gérmenes nacidos en 1789» (C 13, 17: 34). Entre tanto, para algunos, el asunto en cuestión bien podría ser la interpretación de la Revolución francesa (como una revolución o contrarrevolución), «para otros la historia de la revolución continúa hasta 1830, 1848, 1870 e incluso hasta la guerra mundial de 1914» (C 13, 17: 35). Como sugiere Gramsci mismo, la teoría que ha desarrollado simplemente «no puede ser aplicada mecánicamente a la interpretación de la historia italiana y europea desde la Revolución francesa hasta todo el siglo XIX». Existe un riesgo de «dar un canon de investigación e interpretación como "causa histórica"» (C 15, 62: 236; C 10 II: 61, 232; C 13, 17: 35). Por tanto, lo que estoy proponiendo es que se puede observar en Gramsci una periodización que distingue los aspectos de la forma del Estado absolutista respecto del caso de las comunas medievales de principios de la época moderna del capitalismo, marcada por el *Risorgimento* en el desarrollo histórico italiano. Como reiteración, esta forma de interpretar la sociología histórica del final del medioevo y la incipiente formación del Estado moderno no se pretende como un esquema mecánico. El método de la analogía histórica como criterio de interpretación simplemente pretende dilucidar algunos principios comparativos de la ciencia política en los cuales la historia de los Estados modernos y la lucha de clases pueden ubicarse en términos tanto de trayectorias generales como de especificidades históricas (C 15, 17, 193-194; C 15, 11: 187-189; C 15, 62: 236). La teoría de la revolución pasiva puede relacionarse con la extensión del capitalismo en el marco de la formación social del Estado moderno, como una precondición histórica de su consolidación y expansión[56]. Esto resulta ser así debido a que la noción de revolución pasiva es capaz de englobar procesos específicos dentro de circunstancias generales de desarrollo desigual y combinado. En palabras de Gramsci, «lo importante es profundizar el significado que tiene […] el hecho de que un Estado sustituye a los grupos sociales locales para dirigir una lucha de renovación» (C 15, 59: 233). La teoría

marxistas; ver E. J. Hobsbawm (1990), *Echoes of the Marseillaise: Two Centuries Look Back at the French Revolution*, Londres, y G. Comninel (1987), *Rethinking the French Revolution: Mrxism and the Revisionist Challenge*, Londres, Verso 1987.

56 S. Kaviraj (1988), «A Critique of the Passive Revolution», en *Economic and Political Weekly* 23, núm. 45-47: 29-44.

hace un énfasis en aquellos aspectos progresivos del cambio histórico, los cuales quedan indeterminados, resultando la reconstitución de relaciones sociales como formas novedosas del orden capitalista y relaciones de producción. Es una perspectiva de cambio histórica que se centra en la restauración de las relaciones sociales del desarrollo capitalista en un periodo de crisis de la formación del Estado moderno, mientras hace énfasis en la lucha de clases de apropiadores y productores.

Al destacar las implicaciones que esto tiene respecto de la sociología histórica en RI, es en el contexto del desarrollo desigual y combinado, y por medio de conflictos de clase específicos adscritos a procesos de acumulación del capital, que la historia de la formación del Estado puede emparentarse con la revolución pasiva. Siguiendo las reflexiones de Marx acerca de la fuerza estatal como una potencia económica por sí misma, Ernest Mandel señala que en estas instancias el Estado empieza a actuar como «partero del capitalismo moderno»[57]. En otro momento, Rosa Luxemburgo afirma que en tales condiciones «la fuerza es la única solución disponible para el capital; la acumulación de capital, vista como un proceso histórico, emplea la fuerza como un arma permanente, no solo en su génesis, sino incluso hasta nuestros días»[58]. Por lo tanto, en las transiciones a la modernidad capitalista, la formación del Estado se despliega en un contexto de escala global del desarrollo desigual y combinado, con una influencia formativa sobre las estructuras políticas, que son el sistema internacional de Estados[59]. Es así que el comportamiento imitativo en tales Estados, que lidian con crisis sociales generadas por las circunstancias del desarrollo desigual y combinado, conlleva intentos por crear un Estado moderno como una precondición necesaria para el desarrollo del capitalismo. O, como lo expresa Robert Cox, en palabras más delicadas, «aquellos Estados poderosos son precisamente los que han pasado por una revolución social y económica profunda y han resuelto casi en su totalidad las consecuencias de tal revolución a través del Estado y las relaciones sociales»[60]. Esto significa que el dominio del capital a través de revoluciones pasivas –o intentos de actualización del grado de

57 K. Marx (1975), *Capital*, vol. I, en Marx y Engels, *Collected Works*, vol. xxxv, Londres, Lawrence and Wishart: 54.

58 R. Luxemburgo (2003), *The Accumulation of Capital* (1913), Londres, Routledge, Londres: 351.

59 F. Halliday (1987), «State and Society in International Relations: A Second Agenda», en *Millennium: Journal of International Studies* 16, núm. 2: 220, 226.

60 Cox, «Gramsci, Hegemony and International Relations», cit.: 169.

desarrollo conducidos desde el Estado– generalmente conduce al «nacimiento bastardo» de logros «sorprendentemente incompletos» además de la construcción del Estado moderno[61]. Por lo general, en tales casos la formación del Estado pasó literalmente a convertirse en procesos de *étatisation está bien , en francés*, lo que implica la introducción de estructuras políticas transplantadas, a veces por la fuerza, como una forma importada de centralización política[62]. Como sostiene Fred Halliday, el resultado de esto respecto del mundo postcolonial fue un «*pathos* de escape semiperiférico», en el cual la emergencia del capitalismo requirió un Estado para imponer su reproducción en territorios y relaciones sociales específicas[63]. En suma, la estrategia de «la revolución pasiva deviene en camino por el que el desarrollo "nacional" del capital puede ocurrir sin que se resuelvan o superen aquellas contradicciones» del capital[64]. Esto no solo representa el tipo de estrategia de clase adoptada en el establecimiento y mantenimiento de la expansión del Estado, sino también las formas en las cuales el capitalismo es obligado a revolucionarse a sí mismo cuando sea que la hegemonía está debilitada o una formación social no puede atender la necesidad de expandir las fuerzas de producción.

La revolución pasiva, en ese caso, es un concepto con una multiplicidad de orígenes, que revela continuidades y cambios en el orden del capital. Se refiere a una situación en la que «en la estructura económica del país serían introducidas modificaciones más o menos profundas» (C 10 I, 9: 129). Esto podría deberse a que «el impulso del progreso no va estrechamente ligado a un vasto desarrollo económico […] sino que es el reflejo del *desarrollo internacional* que manda a la periferia sus corrientes ideológicas, nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados» (C 10 II, 61, 233, énfasis añadido). Es momento de acudir a las contribuciones gramscianas sobre la comprensión de «lo internacional» en la transformación del proceso de formación del Estado «nacional» de principios del siglo xx.

61 P. Anderson (1992), *English Questions*, Londres, Verso: 115.
62 B. Badie and P. Birnbaum (1983), *The Sociology of the State*, Chicado, University of Chicago Press: 97-99.
63 F. Halliday (1992), «International Society as Homogeneity: Burke, Marz and Fukuyama», en *Millennium: Journal of International Studies* 21, núm. 3: 458-459.
64 P. Chatterjee (1986), *Nationalist Thought and the Colonial World*, Londres, Zed Books: 43.

V. Yuxtaposición de «lo nacional» como punto de llegada de «lo internacional»

Ya en 1919, Gramsci sostuvo que, si bien la espera de lo «nacional» era un campo en el que la explotación de clase y la propiedad privada debían ser eliminadas, el capitalismo era un fenómeno histórico-global con un desarrollo desigual, de manera que las crisis económicas y políticas experimentadas por la sociedad italiana debían ser resueltas en el marco del contexto mundial[65]. Lo que resulta más importante de este énfasis es la manera en la que Gramsci atribuyó un carácter causal a las formas mundiales de producción capitalista, a lo cual se refirió como «el sistema político-económico global» del capitalismo anglosajón o «hegemonía mundial anglosajona»[66]. El capitalismo en Italia tuvo que ser adaptado al contexto mayor del sistema internacional de Estados y de la decadencia relativa de la hegemonía «inglesa» que condujo a «una lucha gigantesca entre fuerzas hegemónicas por dividir el mundo»[67]. Como se ha expuesto, el *Risorgimento* fue un intento por «"resanar" las debilidades de estructura» (C 19, 5: 362) engendradas por la posición del Estado italiano en el sistema internacional de desarrollo desigual, ya que «las relaciones internacionales ciertamente han tenido gran importancia para determinar la línea de desarrollo del *Risorgimento* italiano» (C 19, 24: 405). Posteriormente, Gramsci desarrolló un enfoque continuo sobre las relaciones entre el mundo capitalista avanzado y los países en desarrollo, resaltando las formas de la «hegemonía mundial de América» (C 5, 8: 254). Los Estados Unidos quedaron descritos como «árbitro de las finanzas mundiales» (C 2, 16: 218), el cual trataba de «sobreponer una red de organizaciones y movimientos guiados por ellos» (C 3, 5: 18).

En otro momento profundicé en la teoría gramsciana subyacente de la geopolítica y la modernidad capitalista con la finalidad de hacer un aporte a la teoría materialista histórica no reduccionista del sistema

65 A. Gramsci (1977), «The Return of Freedom…», en *Selections from Political Writings, 1910–1920*, Londres, Lawrence and Wishart: 69-72.

66 A. Gramsci, «Towards the Communist International» y «The Development of the Revolution», en *Selections from Political Writings, 1910–1920*, cit.: 79-82, 92-93.

67 A. Gramsci, «Revolutionaries and the Elections» y «Predictions» en *Selections from Policial Writings, 1910–1920*, cit.: 127-129, 365-369.

geopolítico[68]. Se trata simplemente de relacionar esta perspectiva con la pregunta que postuló Gramsci, recurrentemente citada:

> ¿Las relaciones internacionales preceden o siguen (lógicamente) a las relaciones sociales fundamentales? Siguen, indudablemente. [...] Por otra parte, las relaciones internacionales reaccionan pasivamente y activamente sobre las relaciones políticas. (C 13, 2: 18-19)

Por otro lado, lo que viene a continuación sugiere algo que se pretende más fundamental y profundo en términos del debate de la sociología histórica en RI. Se discute que la teoría subyacente de Gramsci acerca de la revolución pasiva relacionada con el sistema de Estados propone un posible método de elaboración teórica para el rastreo de cómo «la situación internacional debe ser considerada en su aspecto nacional» (C 14, 68: 156). La teorización propuesta por Gramsci no presupone lo «nacional» como una categoría ontológicamente primitiva, sino interpone un argumento histórico que, dadas las maneras particulares en las cuales ocurrió el desarrollo precapitalista y capitalista, ciertos problemas del desarrollo internacional de alguna manera se tradujeron a través del contexto de lo «nacional». En esencia, lo «nacional» es teorizado como el punto de llegada del condicionamiento «internacional» de la expansión capitalista. Como resultado:

> Esta diferencia de proceso en la manifestación del mismo desarrollo histórico [es decir, revolución pasiva] en los diversos países debe vincularse no solo con las distintas combinaciones de relaciones internas en la vida de las distintas naciones, sino también con las distintas relaciones internacionales (C 19, 24: 405).

Una de las maneras en las cuales tales relaciones se entrelazaron en los tiempos de Gramsci fue a través del surgimiento del americanismo y el fordismo, así como la expansión exterior en una escala mundial del modo particular de producción sostenido por mecanismos de organización internacional[69]. Sin embargo, lo que resulta clave para aclarar la caracterización que hace Gramsci de lo «nacional» como un punto de

68 A. D. Morton (2007), «Disputing the Geopolitics of the States-System and Global Capitalism», en *Cambridge Review of International Affairs* 20, núm. 4.
69 Ver ibídem.

llegada de «lo internacional» es el crecimiento general del análisis de las formas del «expansionismo mundial de los Estados Unidos», que ha previsto como relevante, desde el punto de vista causal, en la etapa mundial de la lucha por la «seguridad de los capitales norteamericanos en el extranjero» (C 3, 55: 58). Al mismo tiempo, esto quedó relacionado de manera categórica con la articulación cambiante del poder en las formas de Estado consustanciales del capitalismo moderno, matizando todos los aspectos de la producción y reproducción social. De allí que Gramsci cuestionara de manera profética «si el americanismo puede constituir una "época" histórica, es decir, si puede determinar un desarrollo gradual del tipo [...] de las "revoluciones pasivas"» (C 22, 1: 61).

Pasando de estas circunstancias mundiales en la expansión del capitalismo a la cuestión del fascismo italiano como una respuesta local, Gramsci puso en discusión si este no era el intento más reciente en la historia italiana del siglo xx por profundizar la transición a la modernidad: «¿Un nuevo «liberalismo», en las condiciones modernas, no sería precisamente el «fascismo»? ¿No sería el fascismo precisamente la forma de «revolución pasiva» propia del siglo xx, así como el liberalismo lo fue del siglo xix?» (C 8, 236: 344). En el desarrollo desigual del mercado mundial, la ideología del fascismo se reconoció como un intento por parte de las clases gobernantes en Italia –aliadas con una base social de la pequeña burguesía urbana y rural que se creó a partir de la transformación en la propiedad rural– de desarrollar las fuerzas productivas «en competencia con las más avanzadas formaciones industriales» (C 10 I, 9: 129[70]). La economía política del fascismo fue, por tanto, una respuesta a la «intervención de capitales anglo-americanos en Italia» lo que significó el creciente predomio del capital financiero sobre el Estado[71]. «Es el intento de resolver los problemas de producción y comercio con ametralladoras y disparos»[72].

Claramente esa es la razón por la cual el representante de la revolución pasiva «además de práctico (para Italia), ideológico (para Europa) es el fascismo» (C 10 I, 9: 130). Anteriormente, el fascismo se tenía como una modificación de la reacción conservadora que había dominado siempre en la política italiana en las condiciones de la revolución pasiva.

70 A. Gramsci y P. Togliatti, «The Lyons Theses» cit.: 350.
71 Ibídem, y A. Gramsci, «A Study of the Italian Situation», en *Selections from Political Writings 1921–1926*: 352, 403.
72 A. Gramsci, «Italy and Spain», en *Selections from Political Writings 1921–1926*, cit.: 23.

De esto se derivó la explotación colonial en casa (en la forma de la explotación de las masas meridionales del Mediodía con el apoyo de Acción Católica y la monarquía como «forma estatal» del régimen fascista) y la explotación colonial en el extranjero (en la forma de la expansión en Etiopía[73]). Estas deberían considerarse como formas conjugadas de explotación colonial, con líderes tales como Francesco Crispi (1818-1901), primer ministro italiano en varias ocasiones entre 1876 y 1896, quien respondía a las exigencias de la política interna con la invocación del «espejismo de las tierras coloniales que explotar» en el intento por desplazar la explotación del Mediodía hacia la expansión colonial (C 19, 24: 393). La respuesta italiana al desarrollo desigual y combinado fue, entonces, un reflejo de tendencias más generales de colonialismo en tanto que «la Europa capitalista, rica en recursos y llegada al punto en que la tasa de ganancia comenzaba a mostrar una tendencia decreciente, tenía necesidad de ampliar el área de expansión de sus inversiones rentables; así fueron creados, después de 1890, los grandes imperios coloniales» (C 19, 24: 393). Por lo tanto:

> Toda la propaganda ideológica y la actividad política y económica del fascismo es corolario de su tendencia al «imperialismo» [...] Este contiene el germen de una guerra, pero una en la que la Italia fascista en realidad será instrumento en las manos de uno de los grupos imperialistas en la lucha por la dominación mundial[74].

De igual manera, la principal condición del desarrollo desigual y combinado en el sistema internacional de Estados de principios del siglo xx fue el contexto específico de la Revolución rusa y (como respuesta) del internacionalismo liberal de Woodrow Wilson. En referencia a este último, y con la afirmación de Gramsci de que «a nivel económico, la clase burguesa es internacional: necesariamente tiene que extenderse por encima de las diferencias nacionales», el asunto del reformismo liberal fue por, lo general, señalado como resultado en una doctrina de clase, concretamente el «liberalismo en la política y [el] libre mercado en la economía»[75]. De manera aún más específica, la diseminación del cosmopolitanismo wilsoniano y la

73 A. Gramsci y P. Togliatti, «The Lyons Thesis», cit.: 352, 371.
74 Ídem.
75 A. Gramsci, «The Social Function of the National Party», en *History, Philosophy and Culture*, cit.: 105.

Liga de Naciones fueron asumidos como «la ideología correspondiente al capitalismo moderno»:

> Busca liberar la forma individual de todas las ataduras autoritarias colectivas dependientes de estructuras económicas precapitalistas, con la finalidad de instaurar una cosmópolis burguesa y abrir paso a una carrera de enriquecimiento individual más irrestricta, posible únicamente con la caída de los monopolios nacionales en los mercados del mundo. La ideología wilsoniana es anticatólica, antijerárquica: es la revolución capitalista demoníaca, la cual el Papa siempre ha exorcizado sin poder con ello defender del patrimonio económico y político tradicional del catolicismo feudal que está en su contra[76].

La Revolución rusa también fue bosquejada en una manera que coincidía con el debido cuidado de las características particulares nacionales del desarrollo histórico, mientras ninguna de estas difiriera de su «desarrollo normal» respecto del mundo occidental[77]. Como propuso Gramsci, «la causalidad desplegada es emparejada y entreverada», pero una investigación penetrante no debe ver la historia como «un cálculo matemático: no posee un sistema métrico decimal, ni una numeración progresiva de cantidades iguales». Por tanto, continúa Gramsci, «el proceso de causación debe ser estudiado en el marco de los eventos rusos y no desde un punto de vista abstracto y general». Esto promovió el rechazo a una concepción de la historia basada en la progresión de «etapas fijas del desarrollo predecible», para enfocarse más bien en la manera específica en que las relaciones de la necesidad capitalista dieron forma tanto a las circunstancias internacionales del sistema de Estados, como a las condiciones particulares de la formación del Estado en Rusia[78]. Es de esta manera que Gramsci vinculó los asuntos de la lucha de clases con elementos de la historia mundial y nacional, «que forma una parte del sistema mundial y obedece a las presiones de los sucesos internacionales». Por tanto, dichas condiciones de la esfera nacional «solo pueden comprenderse y resolverse en un contexto mundial»[79].

76 A. Gramsci, «The Italian Catholics» y «Wilson and the Russian Maximalists», en *History, Philosophy and Culture*, cit.: 114, 129-131.
77 A. Gramsci, «The Revolutions against Capital», cit.: 39-42.
78 A. Gramsci, «The Russiens Utopia», en *History, Philosophy and Culture*, cit.: 149-155.
79 A. Gramsci, «The Return to Freedom»; «Revolutionaries and the Elections»; «Predictions», en *Selections from Political Writings, 1910–1920*, cit.: 69, 128 y 357.

Los temas brevemente examinados hasta aquí –dando cobertura a la emergencia de la hegemonía del capitalismo anglosajón y de las condiciones del desarrollo desigual en términos de la Revolución rusa y del internacionalismo de Woodrow Wilson– demuestran la motivación en Gramsci para pensar y hacer interpretación a través y en conjunción de experiencias discrepantes, o los «tejidos conjuntivos», que amalgaman historias interconectadas y sobrepuestas[80]. Los aportes a esta sociología histórica en RI, en términos de teorización de lo «nacional» como punto de llegada, bajo un condicionamiento «internacional» de la expansión capitalista, tienen la finalidad de profundizar en el registro de aquellos materialistas históricos que han considerado la coexistencia intersocietal como algo central en la teorización del desarrollo social. Las directrices históricas y metodológicas para el análisis de transiciones estatales hacia la modernidad capitalista, relevantes para la sociología histórica en RI, se revelan en el reconocimiento de la teorización gramsciana sobre la revolución pasiva y su contribución a los debates sobre el desarrollo desigual y combinado. Por ejemplo, reconocer lo «nacional» como punto de llegada en «lo internacional» habla de aquello que Philip McMicheal ha denominado como método de comparación incorporada. Se trata de un abordaje interpretativo de la sociología histórica con enfoque en instancias interrelacionadas de transición estatal en procesos históricos globales, donde las particularidades de la formación del Estado se manifiestan en las características generales de la modernidad capitalista. Para ponerlo en palabras de McMichael, este método «observa fenómenos sociales comparables como resultados diferenciables o momentos de un proceso integrado de manera histórica, donde la comparación convencional trata dichos fenómenos sociales como casos paralelos»[81]. Instancias de diferentes revoluciones pasivas comparadas mediante el método de la analogía histórica pueden tomarse como parte de un proceso acumulativo de momentos de la formación del Estado, históricamente relacionados en el marco del orden de mercado mundial del capitalismo y del sistema internacional de Estados. La comparación incorporada engloba el método de observar procesos de revolución pasiva como instancias específicas de transición estatal y lucha de clases,

80 A. Gramsci, «The war in the Colonies», en *Selections from Political Writings, 1910-1920*, cit.: 60.

81 P. Mcmichael, «Incorporating Comparison within a World-Historical Perspective: An Alternative Comparative Method», en *American Sociological Review* 55, núm. 3: 392.

que resultan relacionadas de manera interna mediante condiciones históricas globales generales de desarrollo desigual y combinado. Por tanto, hay diferentes procesos «nacionales» históricamente particulares de la revolución pasiva que pueden rastrearse como variaciones vinculadas a las condiciones internacionales del capitalismo mundial. Tomando lo «nacional» como punto de llegada a través del método de comparación incorporada entonces permite el análisis del desarrollo concreto de las relaciones sociales de producción y la relación entre la política y la economía, lo que queda inscrito en la lucha por la hegemonía en un Estado, mientras que se reconoce también que «la perspectiva es internacional y no puede ser de otra manera» (C 14, 68: 155). De esta forma, se puede iniciar con el análisis de la originalidad y singularidad de las especificidades «nacionales» y las diferencias históricas mientras se demuestra una conciencia de «lo internacional» en tanto momento constitutivo de la dinámica de la formación del Estado. A partir de ello es posible tener presente cómo es que las relaciones en el seno de una sociedad pueden reaccionar tanto pasiva como activamente a las mediaciones de las tendencias internacionales y las diferencias locales o de fuerzas globales y regionales (C 13, 2: 18-19[82]). Como resultado, Gramsci se revela como un teórico que ha incorporado a su teoría de la historia y la causalidad social un reconocimiento de la coexistencia e interacción intersocietales. Un punto de convergencia entre Gramsci y Trotsky, por lo tanto, queda al descubierto en términos de fortaleza complementaria y explicativa tanto sobre la revolución como del desarrollo desigual y combinado en la dilucidación de condiciones históricas y contemporáneas del orden mundial capitalista.

En síntesis, un enfoque sobre el desarrollo desigual representado en el análisis de Gramsci sobre el sistema político-económico global del capitalismo anglosajón, la interpretación del fascismo como una respuesta a la intervención del capital angloamericano en Italia, y un enfoque en el internacionalismo de la Revolución rusa y, en tanto respuesta, el wilsonianismo como una doctrina de clase del liberalismo y el capitalismo moderno, pueden ser todos caracterizados mediante la teoría de la revolución pasiva. La lógica de la teorización de Gramsci, entonces, es un reflejo de la necesidad de identificar una jerarquía de escalas en la cual diferentes procesos pueden servir para anclar prioridades

82 A. Schowstack Sassoon (2001), «Globalisation, Hegemony and Passive Revolution», en *New Political Economy* 6, núm. 1: 11-13.

geopolíticas en formas espaciales y geográfico-territoriales específicas. Una teoría de la revolución pasiva es capaz de englobar los procesos de acumulación de capital y de lucha de clases en la forja de formas estatales que quedan enmarcadas en el modelado (*patterning*) geopolítico del orden mundial.

Conclusión: «el acertijo de la historia»

Este artículo ha intentado resaltar el hecho de que el debate de la sociología histórica en RI ha estado esperando por Gramsci. El hecho de si efectivamente ha llegado como una fuente intelectual y un foco de debate en el escenario de la sociología histórica, es algo que seguirá siendo objeto de discusión en RI. Aun así, mi propuesta se ha dirigido a resaltar la contribución que acaso ha hecho Gramsci en favor de la comprensión del desarrollo desigual del sistema de Estados y las dimensiones causales de «lo internacional» para las transiciones a la modernidad capitalista mediante la noción de la revolución pasiva. Principalmente, esto ha requerido la demostración de cómo las mismas reflexiones de Gramsci sobre los comienzos de la formación estatal en Italia se adaptaron a las realidades sociales de cara a la forma del estado absolutista y la Italia renacentista. La argumentación luego prosiguió con la discusión en términos de desarrollo desigual sobre la «cuestión meridional» del Mediodía en Italia, mientras que se ha privilegiado la lucha secular de las clases subalternas en una perspectiva general sobre la lucha de clases. Esto permite adentrarse en contextos históricos y contemporáneos alternativos en los cuales se construyen nuevas identidades sociales y subjetividades y la lucha de clases es condición constitutiva de la formación del Estado y la producción capitalista[83]. Tal como han esbozado Marx y Engels en el *Manifiesto del partido comunista*, resulta imperante hacer el rastreo de cómo las definiciones sociales de la propiedad, de la familia, la ley, las costumbres y los derechos, se materializaron en y a través de las acciones de las clases productoras en su

83 Ver A. D. Morton (2006), «Mexican Revolution, Primitive Accumulation, Passive Revolution», ponencia presentada en la 47 *Annual Convention of the Internationsl Studies Associations*, San Diego, California, 22-25, marzo,, y A. D. Morton (2007), «Global Capitalism and the Peasantry in Latin America: The Recompositions of Class Struggle», en *The Journal of Peasant Studies* 34, núm. 3-4.

«moderno yugo del capital»[84]. A esto se debe el «acertijo de la historia»: a que «el conflicto entre existencia y esencia, objetivación y autoconfirmación, entre libertad y necesidad, entre el individuo y la especie»[85].

El enfoque sobre el estudio sociológico histórico gramsciano de las transiciones a la modernidad coadyuva en el abordaje de este acertijo en el marco de procesos históricamente específicos de la formación del Estado. El recurrir a la noción de la revolución pasiva permite develar cómo el fomento al poder estatal y la reorganización de las identidades de las clases apropiadoras y productoras ha sido forjada en un campo de constitución causal de «lo internacional», ya fuera en relación con el surgimiento del dominio del capitalismo anglosajón, la respuesta europea fascista frente a la creciente intervención y predominancia del capital angloamericno, o la manera en la que el desarrollo desigual dio forma al contexto específico de la Revolución rusa y su consecuente respuesta en el internacionalismo wilsoniano. También se ha discutido que estos procesos no son ajenos a las prácticas de las revoluciones pasivas del siglo xx en condiciones alternas de desarrollo social, donde sea que los mecanismos estatales se despliegan como una estrategia de clase en la coadyuvación de la transición y transformación capitalista[86]. El método de analogía histórica como criterio interpretativo ofrece, quizás como ningún otro, a los debates de la sociología histórica del desarrollo desigual y combinado en RI, una forma para dar cuenta de las dinámicas complejas de la conformación escalar (local, nacional, regional, global) de procesos de formación estatal. Como escribe Bob Jessop, «Gramsci era extremadamente sensible a la cuestión de las escalas, incluyendo sus expresiones territoriales tanto como las no territoriales. No se trata de un "nacionalista metodológico" quien tomara la escala nacional como algo dado, sino generalmente analizaba toda escala concreta en términos de su relación con las demás»[87]. Con este

84 K. Marx y F. Engels (1998), *The Communist Manifesto*, Londres, Verso: 48.

85 K. Marx (1975), «Economic and Philosophic Manuscripts of 1844», en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, vol. iii, Londres, Lawrence and Wishart: 296-267.

86 Ver A. D. Morton (2003), «Structural Change and Neoliberalism in Mexico: "Passive Revolution" in the Global Political Economy», en *Third World Quarterly* 24, núm. 4: 631-653, y S. Schields (2006), «Historicising Transition: The Polish Political Economy in a Period of Global Structural change: Eastern Central Europe's Passive Revolution?», en *International Politicas* 43, núm. 4: 474-499.

87 B. Jessop (2006), «Gramsci as a Spatial Theorist», en Bieler y Morton (eds.), *Images of Gramsci: Connections and Contentions in Political Theory and International Relations*, Londres, Routhledge, Londres: 31.

enfoque sobre la escala «nacional» como un punto de llegada, Gramsci relacionó el proceso de formación estatal con relaciones productivas en el marco del condicionamiento de la escala de «lo internacional», combinando la política (horizontal) de clase con la política (vertical) del Estado, lo que entonces «se complica aún más por la existencia en el interior de cada Estado de numerosas secciones territoriales de diversa estructura» (C 13, 17: 37). Dicho de otra manera, Gramsci demuestra estar consciente de las relaciones de poder implicadas en el desarrollo desigual y de la lucha de clases como provisora de un estímulo para la toma de la forma social de lo «nacional» como un punto de llegada entrelazado con las mediaciones y reacciones activas de las dimensiones de «lo internacional». El debate en la sociología histórica de RI sobre territorialidad, poder estatal y transiciones a la modernidad capitalista, tiene más para ofrecer de lo que en realidad se le reconoce actualmente.

La época neoliberal: ¿revolución pasiva o contrarreforma?

CARLOS NELSON COUTINHO

Los marxistas aún no han realizado una caracterización completa y sistemática de nuestra época, es decir, de aquella caracterizada por la globalización o mundialización del capital y signada por el predominio de las políticas neoliberales. Para realizar esta tarea se requiere un amplio análisis teórico y empírico que traiga a nuestro tiempo, actualizándolas y, si es necesario, revisándolas, las categorías de la crítica de la economía política iniciadas por Marx y continuadas por muchos de sus más importantes seguidores. Tal análisis ciertamente ya ha comenzado a dar sus frutos, pero en mi opinión estos son todavía insuficientes y no llegan a proporcionar una visión marxista global, permítanme jugar con palabras, de la globalización.

Resulta evidente que no pretendo realizar, ni aquí ni en ningún otro lado, ni siquiera un breve esbozo de este análisis; tampoco pretendo esbozar una presentación de la extensa literatura marxista existente sobre este tema. Creo, sin embargo, que una discusión, ya en curso en la literatura gramsciana, sobre la posibilidad de comprender las características esenciales de lo contemporáneo a la luz del concepto gramsciano de revolución pasiva puede contribuir a esta tarea aún en progreso. Anticipo mi conclusión, ciertamente provisional y, por lo tanto, sujeta a correcciones: soy escéptico sobre esta posibilidad. Creo que, en lugar de hablar de revolución pasiva, sería útil tratar de identificar muchos fenómenos de la era neoliberal a través del concepto de contrarreforma, que, como veremos, también es parte, aunque solo marginalmente, de la parafernalia categórica de Gramsci.

I. Revolución pasiva

Para comenzar, recordemos brevemente las características principales del concepto gramsciano de revolución pasiva, retomado por Gramsci del historiador napolitano Vincenzo Cuoco, pero al que le atribuye un nuevo contenido, completamente propio. Es una herramienta clave utilizada para analizar, en primer lugar, los eventos del *Risorgimento*, es decir, la formación del Estado burgués moderno en Italia, pero no se limita a este análisis. El concepto también es utilizado por Gramsci como criterio para interpretar hechos sociales complejos y periodos históricos completos, incluso muy diferentes entre sí, como, por ejemplo, la Restauración, el fascismo y el americanismo.

Esta posibilidad de generalización del concepto fue adoptada por distintos autores que se inspiraron en estas reflexiones gramscianas. Recordemos aquí solo a algunos de ellos, a modo de ejemplo. Christine Buci-Glucksmann y Göran Therborn realizaron un análisis de la acción de la socialdemocracia europea y la construcción del Estado de bienestar a partir del concepto de revolución pasiva[88]. Dora Kanoussi, habiéndolo convertido quizás en el concepto central de la reflexión gramsciana, sostiene incluso que es posible entender toda la modernidad como una revolución pasiva[89]. Más recientemente, Giuseppe Chiarante lo utilizó para definir la democracia postfascista en Italia como un caso particular de revolución pasiva[90]. No discutimos aquí lo correcto o incorrecto de estos (y otros) usos del concepto, aunque debemos admitir que Gramsci los hizo metodológicamente posibles, ya que él mismo fue el primero en extender la noción de revolución pasiva a diversas y enteras fases históricas. Pero, ¿cuáles son, según Gramsci, las principales características de una revolución pasiva? Al contrario de una revolución popular, «jacobina», que se realiza desde «abajo»

88 Christine Buci-Glucksmann, Göran Therborn (1981), *Le défi social-démocrate*, París, Maspero, Paris: 138.

89 Dora Kanoussi y Javier Mena (1985), *La revolución pasiva. Una lectura de los Cuadernos de la cárcel*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla; Dora Kanoussi (2000), *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, México-Puebla, BUAP-Plaza y Valdez: 141.

90 Giuseppe Chiarante (1997), *Da Togliatti a D'Alema*, Laterza. *La tradzione dei comunisti e le origini del PDS*, Roma-Bari: 38 y ss. Por mi parte, he tratado de demostrar que la aplicación del concepto resulta de gran utilidad para determinar algunas de las características fundamentales de la formación histórico-política brasileña. Cfr. Carlos Nelson Coutinho (1985), «Le categorie di Gramsci e la realtà brasiliana», en *Critica marxista* 23, núm. 5: 38-43.

y que, por lo tanto, rompe radicalmente con el viejo orden político y social, una revolución pasiva siempre implica la presencia de dos momentos: el de la «restauración» (se trata siempre de una reacción conservadora ante la posibilidad de una transformación efectiva y radical que viene «desde abajo») y el de la «renovación» (donde algunas de las demandas populares son satisfechas «desde arriba» por las clases dominantes). En este sentido, hablando de Italia, pero expresando características universales de la revolución pasiva, Gramsci afirma que una revolución de este tipo expresa:

> el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia italiana y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares *con «restauraciones» que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo, por lo tanto «restauraciones progresistas» o «revoluciones-restauraciones» o incluso «revoluciones pasivas»* (C 10 II, 41 XIV, 205[91]).

El aspecto de restauración no cancela, por lo tanto, el hecho de que también tienen lugar modificaciones reales. La revolución pasiva, por lo tanto, no es sinónimo de contrarrevolución o incluso de contrarreforma; en una revolución pasiva nos enfrentamos de hecho a un reformismo «desde arriba»[92]. En este sentido, en otro pasaje, Gramsci afirma:

> Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el *Risorgimento* italiano) el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones (C 15, 11: 188).

Más adelante, especialmente en su controversia contra el Croce de Historia de Europa en el siglo XIX, Gramsci amplía su concepto y dice que el *Risorgimento* es parte de una revolución pasiva más amplia, de alcance europeo, que marca toda una época histórica iniciada con la Restauración postnapoleónica. En este momento histórico, las nuevas clases

91 Cursivas propias. Para una eficiente exposición del concepto gramscaino, remito a: Voza (2004), «Rivoluzione passiva», en Fabio Frosini y Guido Liguori (eds.), *Le parole di Gramsci*, Roma, Carocci: 189-207.

92 Buci-Glucksmann y Therborn, cit.: 138 y ss., hablan del *Welfare* como «reformismo de Estado».

dominantes, ahora formadas por un compromiso entre la burguesía y las viejas clases de grandes terratenientes, reaccionan contra las consecuencias más radicales de la Revolución francesa, pero, al mismo tiempo, introducen desde arriba –aunque contra las masas populares– muchas de las conquistas de esta revolución[93]. Esta es la época en la que el liberalismo se consolida y se expande, pero en una abierta oposición a la democracia, por lo que Gramsci no duda en decir que el liberalismo antidemocrático de Croce no es más que una ideología que busca justificar y legitimar la revolución pasiva.

> se tendría una revolución pasiva en el hecho de que por la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país serían introducidas modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento «plan de producción», esto es, sería acentuada la socialización y cooperación de la producción *sin por ello tocar (o limitándose solo a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia* (C 10, I, 9, 129, Cursivas propias).

Al usar el concepto en referencia al americanismo, Gramsci es más cauteloso:

> Puede decirse genéricamente que el americanismo y el fordismo resultan de la necesidad inmanente de llegar a la organización de una economía programada […] cuestión de si el americanismo puede constituir una «época» histórica, es decir, si puede determinar un desarrollo gradual del tipo […] de las «revoluciones pasivas» […] o si por el contrario representa solamente la acumulación molecular de elementos destinados a producir una «explosión», o sea una transformación de tipo francés (C 22, 1: 61).

En el caso del americanismo, por lo tanto, si bien Gramsci habla de revolución pasiva, expresa una duda. Sin embargo, me parece que el desarrollo ulterior de su argumento va en el sentido de concebirlo como una «época histórica» de revolución pasiva. Además, una era que, como Buci-Glucksmann y Therborn han demostrado persuasivamente, se realiza aún más plenamente con el Estado de Bienestar, donde se expanden las características que Gramsci ya había identificado en el temprano

93 Ver, por ejemplo, C 10 I, 9: 128-130.

americanismo: el crecimiento del consumo masivo y la intervención estatal en la economía[94].

Podemos, así, resumir algunas de las características principales de una revolución pasiva: 1) las clases dominantes reaccionan a las presiones provenientes de las clases subordinadas, a su «subversismo esporádico y elemental», es decir, aún no lo suficientemente organizado para promover una «revolución jacobina desde abajo» pero ya capaz de imponer una nueva actitud a las clases dominantes; 2) esta reacción, aunque tiene como objetivo principal la preservación de los fundamentos del antiguo orden implica, sin embargo, la aceptación de «alguna parte» de las exigencias que vienen «desde abajo»; 3) por ello, junto con la preservación del dominio de las viejas clases, se introducen modificaciones que abren el camino, a su vez, para nuevas modificaciones. Por lo tanto, nos enfrentamos a una dialéctica compleja de revolución-restauración.

II. Contrarreforma

Contrariamente a «revolución pasiva», Gramsci utiliza pocas veces, en los *Cuadernos*, «contrarreforma». Además, en la gran mayoría de los casos el término se refiere directamente al movimiento a través del cual la Iglesia Católica reaccionó contra la Reforma Protestante en el Concilio de Trento y a algunas de las consecuencias políticas y culturales de esta reacción. Sin embargo, también se puede observar que Gramsci no solo extiende el término a otros contextos históricos, sino que, también, trata de deducir algunas características que nos permiten, aunque sea solo aproximadamente, hablar de la creación de un concepto. Sobre la posibilidad de extender el término históricamente, se puede ver que Gramsci, en un párrafo donde habla de humanismo, refiere a «principios Contrarreforma». Queda claro, entonces, que, para él, puede haber una contrarreforma incluso ante fenómenos históricos distintos de la Reforma Protestante (en este caso, frente a la época de las comunas medievales):

> Tampoco le gusta [a Arezzio] que Toffanin presente todo el Humanismo como fiel al cristianismo, aunque reconoce que incluso los escépticos

94 Ver C 22, 12: 85-87.

> hacían ostentación de religiosidad. La verdad es que se trató del primer fenómeno «clerical» en el sentido moderno, *una Contrarreforma anticipada (por lo demás era Contrarreforma en relación a la época comunal)*. Se oponían a la ruptura del universalismo medieval y feudal que estaba implícito en la Comuna y que fue sofocada en embrión, etcétera (C 7, 68: 190, cursivas propias)

En otro párrafo, identificando las utopías como reacciones «modernas» y «populares» a la Contrarreforma, Gramsci presenta una de sus características como típica de todas las restauraciones:

> la Contrarreforma, la cual, por lo demás, como todas las restauraciones, no fue un bloque homogéneo, *sino una combinación sustancial, si no es que formal, entre lo viejo y lo nuevo* (C 25, 7: 185, cursivas propias).

Me parece importante subrayar que aquí Gramsci caracteriza la contrarreforma como una «restauración» propiamente dicha, y no, como lo hace en el caso de la «revolución pasiva», como una «restauración-revolución». A pesar de esto, admite que, incluso en estos casos, tiene lugar una «combinación de lo viejo y lo nuevo». Por lo tanto, podemos suponer que la diferencia esencial entre una revolución pasiva y una contrarreforma radica en el hecho de que, mientras que en la primera hay «restauraciones», que sin embargo «han aceptado parte de las exigencias desde abajo», en el segundo caso no es predominante el momento de lo nuevo, sino precisamente aquel de lo viejo. Esta es una diferencia quizás sutil, pero que tiene un significado histórico importante.

Otra observación significativa refiere al hecho de que la contrarreforma no se define como tal, sino que, al igual que el neoliberalismo actual, intenta presentarse como una «reforma», dice Gramsci:

> los católicos (y especialmente los jesuitas que son más cuidadosos y consecuentes incluso en la terminología) no quieren admitir que el Concilio de Trento solamente fue una reacción al luteranismo y a todo el conjunto de tendencias protestantes. sino que sostienen que se trató de una «Reforma católica» autónoma, positiva, que habría tenido lugar en cualquier caso. La investigación de la historia de estos términos tiene un significado cultural no desdeñable (C 26, 11: 199).

III. Del *Welfare* al neoliberalismo

Una vez esbozadas las principales determinaciones que las dos nociones asumen en Gramsci, podemos volver a la pregunta planteada al comienzo de nuestra intervención: ¿la era neoliberal, que comenzó en las últimas décadas del siglo xx, está más cerca de una revolución pasiva o de una contrarreforma? La pregunta evidentemente no tiene sentido para la ideología neoliberal. Ni siquiera sus primeros defensores, doctrinarios duros y puros que al menos tenían el mérito de la sinceridad, dijeron que eran «conservadores»[95]. Hoy en día los ideólogos del neoliberalismo adoran presentarse como defensores de una pretendida «tercera vía» entre el liberalismo puro y la socialdemocracia «estatista», es decir, como un movimiento esencialmente vinculado a las necesidades de la modernidad (o, más precisamente, de la llamada posmodernidad) y por lo tanto del progreso[96]. La ideología neoliberal hoy dominante hace de la reforma (o incluso la revolución, como algunos que llegan a hablar de una «revolución liberal») su principal bandera.

La palabra «reforma» siempre ha estado orgánicamente vinculada a las luchas de los subalternos para transformar la sociedad y, en consecuencia, ha adquirido una connotación claramente progresista e incluso de izquierda en el lenguaje político. Así, el neoliberalismo intenta utilizar a su favor el aura de simpatía que implica la idea de «reforma». Es por eso que las medidas que se proponen e implementan se presentan de manera desconcertante como «reformas», es decir, como algo progresivo con respecto a un «estatismo» que, tanto en sus versiones comunistas como socialdemócratas, ahora estaría inexorablemente condenado al basurero de la historia. Por lo tanto, nos enfrentamos a un cambio en el significado de la palabra «reforma»: lo que antes de la ola neoliberal significaba la ampliación de los derechos, la protección social, el control y la limitación del mercado, etc., ahora significa recortes, restricciones, supresión de estos derechos y estos controles. Nos

95 Me refiero sobre todo a Friedrich Von Hayek (Ver, por ejemplo 1997, *Perché non sono un conservatore,* Roma, *Ideazione*). El moralista francés La Rochefoucauld, quien vivió en el siglo xvii, afirmó que «la hipocresía es el homenaje que el vicio hace a la virtud»; Hayek no era hipócrita: nunca ocultó que su principal enemigo, quizás incluso más que el comunismo, era la socialdemocracia reformista que luchó por el Estado de Bienestar. Hayek no se consideraba un «reformista», sino un restaurador del viejo orden, de un mercado supuesto como completamente libre.

96 Ver, entre tantos otros: Anthony Giddens (1997), *Oltre la destra e la sinistra*, Bologna, *Il Mulino.*

enfrentamos a una operación de mistificación ideológica que resulta en gran medida exitosa.

Hemos visto que la noción de revolución pasiva puede vincularse (como hicieron Buci-Glucksmann y Therborn, siguiendo los pasos de Gramsci) con la idea de reforma, o incluso de reformismo, aunque en última instancia se trate de un reformismo conservador y «desde arriba». Un verdadero proceso de revolución pasiva tiene lugar cuando las clases dominantes, presionadas desde abajo, dan lugar –para continuar dominando e incluso para obtener el consentimiento pasivo de los subalternos– a «parte de las exigencias desde abajo», como dijo Gramsci.

Esto fue precisamente lo que sucedió en la época del Estado de Bienestar y en los gobiernos de la vieja socialdemocracia. De hecho, el momento de la restauración tuvo un papel decisivo en el *welfare*: a través de las políticas intervencionistas sugeridas por Keynes y de la aceptación de muchas demandas de las clases trabajadoras, el capitalismo logró superar (al menos por un tiempo determinado) la profunda crisis en la que se vio envuelto entre las dos guerras mundiales. Pero esta restauración se articuló con momentos de revolución, o al menos de reformismo, que se manifestaron en la conquista de importantes derechos sociales por parte de los trabajadores y en la adopción por parte de los gobiernos capitalistas de elementos de economía programática, hasta ese momento solo eran defendidos por los socialistas y comunistas. Es cierto que las viejas clases dominantes continuaron dominando, pero los subalternos pudieron conquistar victorias significativas de la economía política del trabajo sobre la economía política del capital[97].

Debe recordarse que el *welfare* surgió en un momento en que la clase trabajadora, a través de sus organizaciones (sindicales y políticas), tuvo un fuerte impacto en la composición de las relaciones de fuerza. Tampoco debe olvidarse que la revolución pasiva del *welfare* fue también una respuesta al gran desafío que para el capital representaba la Revolución de Octubre y una Unión Soviética que contaba, tras la salida de la Segunda Guerra, con un enorme prestigio entre las masas trabajadoras de todo el mundo.

97 La expresión de Marx pertenece al Manifiesto fundacional de la Asociación Internacional de Trabajadores de 1864, y es utilizada para referirse a la limitación legal de la duración de la jornada de trabajo.

IV. Paliativos

No creo, por lo tanto, que en la «época neoliberal» podamos observar lo que (de manera algo inapropiada) llamé la dialéctica restauración-revolución, que distingue, según Gramsci, a las revoluciones pasivas. En la situación que nos involucra actualmente, las clases trabajadoras, por muchas razones, incluida por la llamada «reestructuración productiva» que puso fin al fordismo y, por lo tanto, a las formas correspondientes de organización de los trabajadores, se han visto obligadas a ponerse a la defensiva: sus expresiones sindicales y políticas han sufrido un retroceso indiscutible en la relación de fuerzas con respecto al capital. Del mismo modo, con el colapso del llamado «socialismo real», la atracción de las ideas socialistas, que en una hábil propaganda ideológica fueron identificadas con el modelo «estatocrátrico» vigente en los países de Europa del Este, ha disminuido considerablemente. La lucha de clases, que ciertamente sigue existiendo, ya no se emprende en nombre de la conquista de nuevos derechos sino en defensa de aquellos adquiridos en el pasado.

En la era en que vivimos, no tenemos entonces esa aceptación «de alguna parte de las exigencias desde abajo» a la que Gramsci se refirió como una característica de las revoluciones pasivas. En la era neoliberal no hay espacio para una expansión, aunque sea limitada, de los derechos sociales, sino que nos enfrentamos a un intento abierto, desafortunadamente muy exitoso, de eliminar estos derechos, de deconstruir y negar las reformas ya conquistadas por las clases subalternas durante la era de la revolución pasiva que comenzó con el americanismo y se completó en *Welfare*. Las llamadas «reformas» de la seguridad social, las leyes de protección laboral, la privatización de las empresas públicas, etc., –las «reformas» que están presentes en la agenda política de los principales países capitalistas y periféricos (hoy renombrados elegantemente como «emergentes»)– tienen como propósito la simple restauración de condiciones propias de un capitalismo «salvaje», en el que se deben hacer cumplir vigorosamente las leyes del mercado.

Nos enfrentamos a un intento de suprimir radicalmente lo que, como hemos visto, Marx llamó «victorias de la economía política del trabajo» y, en consecuencia, a la restauración total de la economía política del capital. Es por eso que la noción de contrarreforma parece más adecuada para una descripción genérica de la época contemporánea. Después de todo, al menos en los países occidentales, no se trata, en mi opinión, una

contrarrevolución: el objetivo de la ofensiva neoliberal no fue el resultado de una revolución real, sino del reformismo que se deriva del Estado de Bienestar.

También es cierto que en la era neoliberal no se logra destruir por completo algunos logros de la era del bienestar, y esto se debe principalmente a la resistencia de los subalternos. A su vez, y por otro lado, que también en los círculos neoliberales más vinculados a la llamada «tercera vía» (e incluso en organizaciones financieras internacionales como el Banco Mundial), ha surgido una «preocupación» en los últimos tiempos con respecto a las consecuencias más desastrosas de las políticas que se siguen implementando, como, por ejemplo, el aumento exponencial de la pobreza. Pero esta supuesta «preocupación», que condujo a la adopción de políticas sociales paliativas, como «Hambre Cero» en Brasil, no cancela el hecho de que estamos enfrentando una verdadera contrarreforma. Recordemos que Gramsci advierte sobre el hecho de que «las restauraciones [no son] un bloque homogéneo, sino una combinación sustancial, si no es que formal, entre lo viejo y lo nuevo» (C 25, 7: 185[98]). Lo que marca un proceso de contrarreforma no es la ausencia total de lo nuevo, sino la enorme preponderancia de la conservación (incluso de la restauración) sobre cualquier cambio.

V. Transformismo

Como sabemos, Gramsci llamó la atención sobre una consecuencia importante de la revolución pasiva: la práctica del transformismo como un modo de desarrollo histórico, como un proceso que, a través de la cooptación de los liderazgos políticos y culturales de las clases subalternas, trata de excluirlos de cualquier protagonismo histórico efectivo. A pesar de presentarse (en palabras de Gramsci) como una «dictadura sin hegemonía» (C 15, 59: 233), el Estado, como protagonista de una revolución pasiva, no puede prescindir de un mínimo de consenso. Y es también el propio Gramsci quien indica la forma de obtener este consentimiento mínimo, «pasivo», en el caso de procesos de transición

98 Cursivas propias. El texto A del respectivo párrafo dice prácticamente lo mismo: «la Contrarreforma, como todas las Restauraciones no podía dejar de ser un compromiso y un arreglo sustancial, si no formal, entre lo viejo y lo nuevo, etcétera» (C 3, 71: 69).

igualmente «pasivos» desde arriba. Si bien se refiere solo a Italia, hace observaciones también válidas para otros países y otras épocas:

> El transformismo como una de las formas históricas de lo que ya ha sido señalado sobre la «revolución-restauración» o «revolución pasiva» […]. Dos periodos de transformismo: 1) de 1860 a 1900 transformismo «molecular», o sea las personalidades políticas individuales elaboradas por los partidos democráticos de oposición se incorporaban aisladamente en la «clase política» conservadora-moderada (caracterizada por la aversión a toda intervención de las masas populares en la vida estatal, a toda reforma orgánica que propusiera una «hegemonía» como sustitución del crudo «dominio» dictatorial); 2) de 1900 en adelante transformismo de grupos extremistas enteros que se pasan al campo moderado (C 8, 36: 235).

Una de las razones que han parecido justificar el uso del concepto de revolución pasiva para caracterizar la era del neoliberalismo es precisamente la generalización de los fenómenos de transformismo, tanto en los países centrales como en los periféricos. Aunque no propongo aquí discutir el tema de manera más extensa (lo que, sin embargo, merecería una especial atención), creo que el transformismo como fenómeno político no es exclusivo de los procesos de revolución pasiva, sino que también puede vincularse a los procesos de contrarreforma. De lo contrario, sería difícil comprender los mecanismos que marcaron la acción de los socialdemócratas y los excomunistas en apoyo a los gobiernos contrarreformistas en muchos países europeos, pero también fenómenos como los gobiernos de Cardoso y Lula en un país de la periferia capitalista como Brasil. Pero el tratamiento más detallado de esta pregunta va más allá de los límites de esta contribución.

«Pero la concepción sigue siendo dialéctica»: «utilidades» y «peligros» del concepto de revolución pasiva

PASQUALE VOZA

El histórico interrogante por la «fortuna crítica» de la categoría de revolución pasiva constituye, naturalmente, un elemento consustancial –pero en una forma, sin embargo, mayormente implícita– del recorrido de la investigación de las páginas que siguen. Por eso, de tal recorrido quisiera señalar un impulso y una intención inicial: no ligar la centralidad –a cierto punto surgida en forma irreversible– de la categoría en cuestión sobre todo, cuando no exclusivamente, al campo del siglo XX (como, de hecho, se puede decir que haya sucedido mayormente desde los años setenta en adelante, a partir del primer, fundamental y decisivo aporte de Franco De Felice en 1972), sino intentar leerla en su dinámica peculiar, la cual refiere –podría decirse– constantemente al campo del *Risorgimento* italiano y del siglo XIX europeo, entendido como proceso de formación de los Estados modernos.

En otros términos, un replanteo orgánico del nexo, propiamente gramsciano, pasado-presente me parece una condición necesaria y útil para volver a investigar e indagar sobre este nudo tan relevante del léxico de los *Cuadernos*.

I. Cuoco, Quinet, *Risorgimento* italiano

Antes que nada, conviene releer el texto donde el concepto de «revolución pasiva» aparece por primera vez en los *Cuadernos*, ya que allí es

posible descubrir un primer núcleo genético del concepto, así como también algunos indicios de su compleja, riquísima dinámica futura. Se trata del C 1, 44, titulado *Dirección política de clase antes y después de la llegada al gobierno*: aquí Gramsci, en relación –podemos decir– no inmediata con el carácter teórico y político «general» del título, indica el «criterio histórico-político» a partir del cual, en su opinión, es necesario fundar las investigaciones para aproximarse y comprender el problema del *Risorgimento* italiano:

> El criterio histórico político […] es este: que una clase es dominante de dos maneras, esto es, es «dirigente» y «dominante». Es dirigente de las clases aliadas, es dominante de las clases adversarias. Por esta razón una clase, incluso antes de subir al poder, puede ser «dirigente» (y debe serlo): cuando está en el poder deviene dominante, pero continúa siendo también «dirigente» (C 1, 44: 106).

Tras haber precisado los aspectos y significados de tal criterio histórico-político («Puede y debe existir una «hegemonía política» incluso antes de llegar al gobierno, y no hay que contar solo con el poder y la fuerza material que este da para ejercer la dirección o hegemonía política»), Gramsci alcanza, por decirlo así, una primera «conclusión»:

> De la política de los moderados se desprende claramente esta verdad y es la solución de este problema lo que hizo posible el *Risorgimento* en las formas y dentro de los límites en que se efectuó, de revolución sin revolución (o de revolución pasiva según la expresión de V. Cuoco) (C 1, 44: 106).

Aparte de a consideración de que la expresión «revolución pasiva» fue agregada a margen en una época posterior, debe observase que viene siendo empleada casi de paso para indicar las «formas» y los «límites» del *Risorgimento*, cuya fisonomía integral, marcada fuertemente por la política de los moderados, es señalada por Gramsci, en cambio, como factor de confirmación del criterio histórico-político, de la «verdad» según la cual «puede y debe existir una «hegemonía política» incluso antes de la llegada al gobierno», a partir de la cual, más en general, «una clase es dominante en dos sentidos, esto es, es «dirigente» y «dominante».

Si nos detuviéramos en este punto no sería ilegítimo preguntarse: ¿cuál es la relación entre la existencia comprobada en el *Risorgimento*

de una hegemonía política precedente a la conquista del poder gobernativo y las formas y los límites de una revolución sin revolución una revolución pasiva? Buci-Glucksmann hablaba de «una hegemonía relativamente fallida, como en el caso del partido moderado (Cavour) en el *Risorgimento*»[99]. Pero aquella expresión casi oximorónica no nos ayuda a comprender este punto de la reflexión gramsciana, en el cual aquella expresión resulta, a decir verdad, sustancialmente extraña. En el texto en cuestión, Gramsci pasa a examinar ampliamente en qué forma los moderados lograron establecer «su aparato de dirección política». Gramsci, es bien sabido, pone el acento sobre los caracteres de condensación y concentración orgánica de los moderados, quienes, siendo «una vanguardia real, orgánica de las clases altas, porque ellos mismos pertenecían económicamente a las clases altas», podían ejercer «una poderosa atracción, en forma "espontánea", sobre toda la masa de intelectuales existentes en el país, en estado "difuso", "molecular"» (C 1, 44: 107).

Al mismo tiempo, Gramsci hace notar por qué el Partito de la Acción no podía ejercer este poder de atracción, no estaba en condiciones de constituirse como una «fuerza autónoma» ni de imprimir al movimiento del *Risorgimento* «un carácter más marcadamente popular y democrático»: en sustancia, no estaba en condiciones de contraponer, a la atracción «espontánea» ejercida por los moderados, «una atracción "organizada", de acuerdo a un plan». En consecuencia, el enfrentamiento entre jacobinos y Partido de la Acción está marcada *per differentiam*: los jacobinos «lucharon enérgicamente para asegurar el vínculo entre campo y ciudad» (y fueron derrotados «porque tuvieron que sofocar las veleidades de clase de los obreros»), el Partido de la Acción sigue la tradición «retórica» de la literatura italiana y confunde «la unidad cultural con la unidad política y territorial». Según Gramsci, las razones por las cuales no hubiera surgido en Italia un partido jacobino deben buscarse en dos niveles: «en el campo económico», es decir, en la «relativa debilidad de la burguesía italiana», en relación a «la temperatura histórica distinta a la de Europa» (C 1, 44: 118).

Es interesante relevar también (en el C 8, 25: 231) cómo Gramsci asemeja por primera vez el concepto de Quinet, «revolución-restauración», a aquel de Cuoco, «revolución pasiva»: ambos son asimilados a partir de su valor como llaves interpretativas eficaces de la historia italiana.

Ambos conceptos, entonces, sirven para expresar:

99 Christine Buci-Glucksmann (1976), *Gramsci e lo Stato*, Roma, Editori Riuniti: 324.

> El hecho histórico de la falta de iniciativa popular en el desarrollo de la historia italiana, y el hecho de que el «progreso» tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares con «restauraciones» que acogen cierta parte de las exigencias populares, o sea «restauraciones progresivas» o «revoluciones-restauraciones» o bien «revoluciones pasivas» (C 8, 25: 231).

Se trata, entonces, de dos conceptos que sirven para delinear «formas» y «límites» del *Risorgimento* italiano, incluso al interior –como hemos visto– de aquella capacidad que Gramsci atribuye a los moderados de haber sabido desarrollar una plena función hegemónica, simultáneamente «dirigente» y «dominante».

Aquellas formas y aquellos límites constituyen un pasaje profundo, esencial de la historia italiana: en la segunda redacción –en la cual confluye también esta nota, presente en el Cuaderno 10 II, 41 XIV– Gramsci se propone indagar los orígenes «nacionales» del historicismo crociano y, en tal perspectiva, lo define como una forma de moderacionismo político, que «establece como único método de acción política aquel en el que el progreso, el desarrollo histórico, resulta de la dialéctica de conservación e innovación» (C 10 II, 41 XIV: 205). Por este camino, Gramsci intuye aquel nexo Gioberti-Croce, tan recurrente en los *Cuadernos*, que encuentra aquí una formulación particular, en referencia a la noción de clasicismo: «la combinación de conservación y de innovación constituye precisamente el 'clasicismo nacional' de Gioberti, así como constituye el clasicismo literario y artístico de la última estética crociana» (C 10 II, 41 XIV: 205).

II. «Reacción-superación nacional»: Gioberti-Croce

Pero el concepto de revolución pasiva, según Gramsci, no es circunscribible solamente al *Risorgimento* o a la historia italiana. Este es extensible a la historia europea del siglo XIX:

> Vincenzo Cuoco llamó revolución pasiva a la que tuvo lugar en Italia como contragolpe a las guerras napoleónicas. El concepto de revolución pasiva me parece exacto no solo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través una serie de

> reformas o de guerras nacionales, sin pasar por una revolución política de tipo radical-jacobino (C 4, 57: 216-217).

Por lo demás, ya en una nota del C 1, 151, Gramsci, reflexionando sobre la relación histórica entre el Estado moderno francés nacido de la Revolución y los otros Estados modernos europeos, hablaba de «insurrecciones nacionales contra la hegemonía francesa» y de «el nacimiento de Estados modernos europeos por oleadas sucesivas, pero no por explosiones revolucionarias como aquella originaria francesa», y agregaba:

> La «Restauración» es la época más interesante desde este punto de vista: aquella es la forma política en la que la lucha de clases encuentra cuadros elásticos que permiten a la burguesía llegar al poder sin rupturas notables, sin el aparato terrorista francés (C 1, 151: 190).

Se puede decir –en mi opinión– que la extensión del concepto de revolución pasiva a la entera historia europea del siglo XIX es un aspecto que debe ser necesariamente tenido en consideración si se pretende entender la entera dinámica de la propia noción gramsciana de «revolución permanente», si se quiere aprehender qué es aquello que motiva a Gramsci

> a reformular la teoría de la revolución permanente no más como fórmula correspondiente a la guerra de movimiento, en su significado «jacobino-cuarentiochezco», sino como unidad de guerra de movimiento y guerra de posición, como permanencia de la continuidad revolucionaria incluso en la discontinuidad de las diversas formas y fases del proceso histórico[100].

Ahora, las formas y los límites, de los cuales Gramsci habla a propósito de la revolución pasiva del *Risorgimento* italiano, ¿indican un conjunto de caracteres comunes al proceso histórico europeo o presentan, en cambio, una especificidad y peculiaridad?

100 Cfr. Valentino Gerratana (1979), «Gramsci come pensatore rivoluzionario, en Politica e storia in Gramsci», en Franco Ferri (ed.), *Politica e storia in Gramsci. Atti del convegno internayionale di studi gramsciani (Firenze, 9–11 dicembre 1977)*, vol. II, Roma, Editori Riuniti: 96,

Para responder a esta pregunta creo que deba indagarse a fondo la segunda redacción de la nota dónde confluye el texto del Cuaderno 1 citado anteriormente. Se trata del C 10 II, 61, cuyo título *Apuntes para un ensayo crítico sobre las dos Historias de Croce: de Italia y de Europa* alude a una reflexión preliminar y, en alguna medida, fundacional respecto del enfrentamiento crítico con el ético-político croceano y, por lo tanto, a los fines del parto teórico alrededor de las cuestiones centrales de la hegemonía. Es dentro de esta perspectiva que Gramsci propone y piensa nuevamente la cuestión de «el modelo Francia-Europa», el problema de su relación.

En la primera redacción del texto, Gramsci se pregunta si el «modelo» de la formación de los Estados modernos pueda repetirse, y responde que «es de excluirse» (agregando que «por lo menos en cuando a la amplitud y en lo que respecta a los grandes Estados»); en este caso, la pregunta es más compleja y articulada:

> ¿Puede repetirse en otras condiciones este 'modelo' de la formación de los Estados modernos? ¿Debe excluirse esto en sentido absoluto, o bien puede decirse que al menos en parte pueden darse evoluciones similares, bajo la forma de advenimiento de economías programáticas? (C 10 II, 61, 231, las cursivas son mías).

Como puede verse, no formula una respuesta, aunque se perfilan algunas alternativas. En particular, la referencia a «el advenimiento de economías programáticas» se propone como una mención, aun cuando fuese superficial, al crucial tema de la forma (o de las formas) de las revoluciones pasivas en los inéditos procesos *novecentescos*: también este pasaje confirma la especial complejidad de esta segunda redacción. Sin embargo, el punto de mayor interés y relevancia está constituido por el nuevo recorte de la reflexión, respecto de aquello que Gramsci llama «la concepción del Estado según la función productiva de las clases sociales». En el Cuaderno 1, Gramsci –indicando la presencia de una gran cantidad de materiales útiles para la investigación y la reflexión en el libro de Raffaele Ciasca[101]– afirmaba que para las clases productivas –es decir, la burguesía capitalista y el proletariado moderno– el Estado no puede ser concebido si no como «forma concreta de un determinado mundo económico, de un determinado sistema de producción» (C 1,

101 Raffaele Ciasca (1916), *L'origine del «Programma per l'opinione nazionale italiana» del 1847–1848*, Milán-Roma-Napoli, Albrighi, Segati y c.

150: 188): al punto que la conquista del poder y la afirmación de un nuevo mundo productivo son, en sustancia, inescindibles y de hecho coinciden, y que justamente (Gramsci dice «solo») en esta coincidencia reside el origen unitario, económico y político, de la clase dominante.

Sin embargo, puede haber, históricamente hablando, otra concepción del Estado, como «una cosa en sí», como un «absoluto racional»: esto se verifica –observaba Gramsci– en la clase de los intelectuales, que deviene ella misma «portadora de nuevas ideas», cuando «el impulso del progreso no está estrechamente ligado a un desarrollo económico local, sino que es reflejo del desarrollo internacional, que manda a la periferia sus corrientes ideológicas [nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados]». En el ritmo del pensamiento de esta nota, esta consideración no era, sin embargo, estable. Esta era –por decirlo así– puesta en contrapunto con otra consideración, que no se presentaba tan ligada a la circunstancia del impulso del progreso como «reflejo del desarrollo internacional», sino que aparecía dotada de una validez histórica general:

> Puede decirse esto: siendo el Estado el marco de un mundo productivo, y siendo los intelectuales el elemento social que e identifica mejor con el personal gubernativo, es propio de la función de los intelectuales poner al Estado como un absoluto: así es concebida como absoluta su función histórica, es racionalizada su existencia (C 1, 150: 189).

Que tal discurso no se refiriera tanto a la circunstancia específica del *Risorgimento* italiano («formas» y «límites») sería aclarado ulteriormente en el pasaje sucesivo, en el cual Gramsci observaba que este autoposicionamiento de los intelectuales constituía un elemento «basilar» del idealismo filosófico y se encontraba propiamente ligado «a la formación de los Estado modernos en Europa como »reacción-superación nacional» de la Revolución francesa y del napoleonismo» (en una época posterior agregaría al margen «revolución pasiva» para designar de esta forma el entero proceso europeo).

Ahora, volviendo al texto del Cuaderno 10, podemos observar como la preocupación de Gramsci sea aquella de señalar, de aclarar que la concepción del Estado según la función productiva de las clases sociales no puede ser aplicada mecánicamente a «la interpretación de la historia italiana y europea desde la Revolución francesa hasta todo el siglo XIX» (C 10 II, 61, 232). Si la elaboración de aquella concepción debía servir a

Gramsci para superar críticamente cada concepción «neutra» y separada del Estado (el Estado-máquina, pura mediación técnico-formal) así como también cada concepción «instrumental» (el Estado como instrumento de las clases dominantes, consejo de administración de los asuntos comunes de la burguesía, etc.) entonces aquella debía ser liberada de los posibles riesgos de un uso, en diversa medida, mecanicista o sociológico. Por ello el singular tono de continua autorreflexión, casi de diálogo tenaz y urgente con sí mismo:

> Aunque sea cierto que para las clases productivas fundamentales (burguesía capitalista y proletariado moderno) el Estado no es concebible más que como forma concreta de un determinado mundo económico, de un determinado sistema de producción, *no se ha establecido* que la relación de medio y fin sea fácilmente determinable y adopte el aspecto de un esquema simple y obvio a primera vista (C 10 II, 61: 232, las cursivas son mías).

En tal sentido,

> *Es verdad* que conquista del poder y afirmación de un nuevo mundo productivo son inseparables, que la propaganda para una cosa es también propaganda para la otra y que en realidad solo en esta coincidencia reside la utilidad de la clase dominante que es al mismo tiempo económica y política; *pero* se presenta el complejo problema de las fuerzas internacionales, de la posición geopolítica del país dado (C 10, II, 61: 232, las cursivas son mías).

Este conjunto de especificaciones conduce a Gramsci a establecer una comparación teórico-histórica entre Francia e Italia, y a enfocarse sobre la naturaleza específica del *Risorgimento* italiano: por un lado, el impulso a la «renovación revolucionaria» puede ser causado por la necesidad apremiante de un país dado en circunstancias específicas, teniéndose entonces «la explosión revolucionaria de Francia, victoriosa incluso internacionalmente»; por el otro lado, el impulso a la «renovación» (y aquí Gramsci no incluye el adjetivo «revolucionario») puede ser dada, en cambio, «por la combinación de fuerzas progresivas limitadas e insuficientes de por sí (sin embargo, de elevadísimo potencial porque representan el porvenir de su país) con una situación internacional favorable para su expansión y victoria».

A este punto, Gramsci cita el libro de Ciasca en tanto este no solo muestra que en Italia existían los mismos apremiantes problemas que en la Francia del antiguo régimen y que existía una fuerza social capaz de interpretar y representar tales problemas «en el mismo sentido francés», sino que observa también que esta fuerza, o esta serie fragmentada de fuerzas, era limitada e insuficiente, y que «los problemas se mantenían al nivel de la «pequeña política»».

La especificidad de la revolución pasiva del *Risorgimento* italiano se encuentra, en consecuencia, aquí: en la angustia y en la insuficiencia de las fuerzas, que hace posible aquella circunstancia en la cual «el grupo portador de las nuevas ideas no es el grupo económico, sino la capa de los intelectuales», y por la cual, por la obra de tal capa, se forma la concepción del Estado «como una cosa en sí, como un absoluto racional». Si el «presentar al Estado como un absoluto» es propio del intelectual «todavía no fuertemente anclado en un poderoso grupo económico», el *Risorgimento* italiano presentaba una particular a este respecto, dada la marcada ausencia de grupos económicos fuertes y dado que la condensación de «representante» y «representado», verificada en el ámbito de los intelectuales moderados y en su rol hegemónico, era una característica todavía interna a aquella ausencia de fondo.

Pero este conjunto de «formas» y «límites» del *Risorgimento* italiano, aunque si tenazmente indagado y analizado, no constituye el *proprium* del interés cognoscitivo de Gramsci. En el texto en cuestión, de hecho –con uno de los pasajes repentinos y casi imperceptibles, típicos del rimo de su escritura-pensamiento– pone inmediatamente el acento en la circunstancia general, europea antes que italiana, por la cual, mediante la presentación del Estado como un absoluto, es concebida «como absoluta y preeminente la misma función de los intelectuales», siendo «racionalizada abstractamente su existencia y su dignidad histórica». Luego agrega:

> Este motivo es básico para comprender históricamente el idealismo filosófico moderno y está vinculado al modo de formación de los Estados modernos en la Europa continental como «reacción-superación nacional» de la Revolución francesa, que con Napoleón tendía a establecer una hegemonía permanente (motivo esencial para comprender el concepto de «revolución pasiva», de «restauración-revolución» y para comprender la importancia de la confrontación hegeliana entre los principios de los jacobinos y la filosofía clásica alemana) (C 10 II, 61, 233).

En este pasaje, el concepto de revolución pasiva –en relación al proceso de «reacción-superación nacional» de la Revolución francesa– es asimilado a un motivo que recorre frecuentemente los *Cuadernos*, en una notable multiplicidad de cuestiones, y que se basa –como es sabido– en una referencia a la *Sagrada familia*, allí donde, poniendo en relación la «igualdad francesa» con la «conciencia alemana», se afirma que «el segundo principio expresa *en alemán*, es decir, en el pensamiento abstracto, aquello que el primero dice *en francés*, esto es, en la lengua de la política y del pensamiento intuitivo»[102]. Ahora bien, también a partir de esta aproximación, se puede afirmar que el concepto de revolución pasiva, nacido como reelaboración radical de la expresión de Cuoco, se cada vez, incluso cuando se refiere al *Risorgimento* italiano, como un concepto válido para connotar e interpretar el modo de formación de los Estados modernos en el siglo XIX europeo y continental. Es a partir de esta validez europea y orgánica que nace su capacidad para analizar en cada caso el problema del *Risorgimento* italiano y de producir una continua tensión inspiradora de nexos y de relaciones en distintos pasajes analíticos o veloces y concisos apuntes:

> la filosofía alemana ha influido en Italia en el periodo del *Risorgimento*, con el «moderacionismo» liberal (en el sentido más estricto de «libertad nacional», por más que en De Sanctis se sienta la intolerancia de esta posición «intelectualista» como se desprende de su paso a la «Izquierda» de algunos escritos (C 11, 49: 321-322).

En la brevísima nota 138 del Cuaderno 1 (una especie de apunte), titulado *Risorgimento*, Gramsci afirma que «la vida de los Estados italianos hasta 1870, esto es, la «historia italiana», es más «historia internacional» que «historia nacional»» (C 1, 138: 183): de tal modo, este pasaje puede ser considerado, en cierto sentido, una referencia elíptica al concepto de revolución pasiva, por el énfasis en el carácter asimétrico y, por así decirlo, patológico del nexo nacional-internacional que caracteriza a la historia italiana preunitaria del siglo XIX.

102 Karl Marx y Friedrich Engels (1967), *La sacra famiglia*, Roma, Editori Riuniti: 47.

III. Pasado y presente

El concepto de revolución pasiva se encuentra, sin dudas, entre los conceptos más marcados y atravesados por el ritmo del pensamiento gramsciano, siendo tal vez el más expresivo de la tensión «metafórica» que este representa. De aquí deriva, antes que nada, su centralidad, incluso antes de constituir un «punto de llegada del análisis gramsciano de los procesos de desarrollo histórico»[103]. El Cuaderno 15 (Cuaderno misceláneo, sobre el cual Gramsci trabajó entre febrero y agosto de 1933) contiene una serie de notas en las cuales es posible aprehender un proceso en acto de dilatación histórica, teórica y política del concepto de revolución pasiva.

En la nota 11, titulada «Maquiavelo», Gramsci se pregunta si «el concepto de «revolución pasiva» en el sentido de Vincenzo Cuoco, atribuida al primer periodo del *Risorgimento* italiano» puede ser puesto en relación «con el concepto de «guerra de posición» en contraposición a la guerra de maniobras» (C 15, 11: 187). Es como si, mediante la analogación con la guerra de posición, Gramsci quisiera desarrollar y, al mismo tiempo, redefinir las implicaciones de la noción «reacción-superación nacional de la Revolución francesa» y, en consecuencia, de la revolución pasiva del siglo XIX europeo, indicando los posibles elementos dinámicos («es un juicio «dinámico» que hay que dar sobre las «restauraciones», que serían una «astucia de la providencia» en sentido viquiano»).

Desde este punto de vista, entonces, la misma dialéctica Cavour-Mazzini, dentro la cual Cavour puede considerarse el exponente de la «revolución pasiva-guerra de posición» y Mazzini, en cambio, el exponente de la «iniciativa popular-guerra de maniobras», es repensada, en tanto debe reflexionarse sobre el hecho de que ambos han sido «indispensables […] en la misma precisa medida». Más bien, si Mazzini no hubiera sido un «apóstol iluminado» y hubiera tenido conciencia política de su tarea (allí donde Cavour tenía conciencia de su tarea y también de aquella de Mazzini) el proceso de formación del Estado unitario se habría realizado sobre bases menos atrasadas y más modernas, en la medida en que «el equilibrio resultante de la confluencia de su actividad habría sido diferente, más favorable al mazzinianismo».

103 Luisa Mangoni (1987), «La genesi delle categorie storico-politiche nei Quaderni del carcere,» en *Studi storici* 3: 578.

En virtud de este juicio «dinámico», Gramsci afirma entonces la posibilidad de extraer «algún principio general de ciencia y de arte política»:

> Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el *Risorgimento* italiano) el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones (C 15, 11: 188).

El criterio interpretativo de las modificaciones moleculares, aplicable al concepto de revolución pasiva, sirve para leer en profundidad los procesos de disgregación y fragmentación del mazzinianismo y del Partido de Acción después de 1848, así como su progresiva absorción dentro de las redes del bloque moderado, y sirve para captar la génesis del transformismo, de aquel fenómeno complejo que caracterizó «toda la vida estatal italiana desde 1848 en adelante» (C 19, 24: 387).

El proceso de dilatación histórica, teórica y política de la noción de «revolución pasiva» termina invistiendo también (y no podía ser de otra forma), en la nota 25 del Cuaderno 15, titulado «Maquiavelo», el nudo que –dice Gramsci– «en algunas tendencias historiográficas es provocado por las relaciones entre condiciones objetivas y condiciones subjetivas del suceso histórico» (C 15, 25: 199): a saber, el problema de la relación estructura-superestructura, en la compleja dinámica de su circulación al interno del «ritmo del pensamiento en desarrollo», el problema que Gramsci define firmemente como «el problema crucial del materialismo histórico» (C 4, 38: 167), queriendo decir que, históricamente hablando, había sido así y que continuaba a serlo[104].

Aquí, la «superación» de la *vexata quaestio* encuentra una formulación neta y decidida:

> Parece evidente que nunca pueden faltar las llamadas condiciones subjetivas cuando existen las condiciones objetivas en cuanto que se trata de simple distinción de carácter didáctico: por lo tanto es en la medida de las fuerzas subjetivas y de su intensidad sobre lo que puede versar la discusión, y por lo tanto sobre la relación dialéctica entre

104 Sobre la centralidad de tal cuestión, ver, definitivamente, el lúcido ensayo de Giuseppe Cospito (2000), «Struttura-sovrastruttura nei Cuadernos di Gramsci», en *Critica marxista*, núm. 3-4.

> las fuerzas subjetivas en contraste. Hay que evitar que la cuestión sea planteada en términos «intelectualistas» y no histórico-políticos (C 15, 25: 199).

Tal sentencia se vincula a la necesidad, cada vez más marcada, de depurar de «cada residuo de mecanicismo y fatalismo» el concepto de revolución pasiva y, en consecuencia, los principios de ciencia política desde donde este puede y debe ser deducido. Es interesante observar cómo, en la nota 17 del Cuaderno 15, Gramsci torna sobre los dos principios recuperados del conocido pasaje, tantas veces citado, de la introducción de Marx a *Para una crítica de la economía política*:

> El concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de ciencia política. 1) que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2) que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias, etcétera. *Se entiende que estos principios deben primero ser desarrollados críticamente en todo su alcance y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo* (C 15, 16: 193-194, las cursivas son mías).

Como puede verse, desarrollo crítico del pasaje marxiano y dilatación del concepto de revolución pasiva se encuentran estrechamente entrelazados, en una óptica que se muestra, de parte de Gramsci, atormentada y caracterizada, en formas particulares, por la urgencia cognoscitiva del propio presente (del fracaso de la revolución en Occidente al fascismo y el americanismo). En este sentido, la labor de la reflexión del Cuaderno 15 tiene, sin dudas, una relevancia especial, como ha sido justamente observado[105]. La nota 62 es particularmente significativa, porque allí (se trata de un texto B, titulado «Pasado *y* presente. Epílogo primero») Gramsci parece querer indicar casi programáticamente el sentido y el objetivo del laborioso proceso de redefinición y dilatación al cual es sometido su concepto de revolución pasiva. En primer lugar, la «cuestión» de la revolución pasiva es aquí propuesta como una interpretación no solo de la época del *Risorgimento*, sino también de «toda época

105 Luisa Mangoni, *La genesi delle categorie storico-politiche nei Quaderni del carcere*, cit.: 579.

compleja de cambios históricos». Inmediatamente después, Gramsci menciona la «utilidad» y los «peligros» de tal cuestión, diciendo que:

> Peligros de derrotismo histórico, o sea de indiferentismo, porque el planteamiento general del problema puede hacer creer en un fatalismo etcétera; pero la concepción sigue siendo dialéctica, o sea que presupone, incluso postula como necesaria, una antítesis vigorosa y que presente todas sus posibilidades de explicación intransigentemente. *Por lo tanto no teoría de la «revolución pasiva» como programa, como fue en los liberales italianos del* Risgorgimento*, sino como criterio de interpretación en ausencia de otros elementos activos en forma dominante. (Por lo tanto, lucha contra el morfinismo político que emana de Croce y su historicismo.) (Parece que la teoría de la revolución pasiva es un necesario corolario crítico de la Introducción a la crítica de la economía política*) (C 15, 62: 236, las cursivas son mías).

La teoría de la revolución pasiva puede ser útil para un desarrollo creativo de la filosofía de la *praxis* si se la asume no como un programa (como sucediese en el ámbito de la formación y del ejercicio de la hegemonía moderada, católico-liberal, del *Risorgimento* italiano), sino como criterio de interpretación que encuentra su validez y su necesidad en ausencia de la actividad determinante de otros elementos o factores («movimiento» de tipo jacobino-cuarentiochezco, o bien escasa presencia o no-visibilidad de una «antítesis vigorosa»).

Y si, en la nota 17, como hemos visto, la teoría de la revolución pasiva debía ser rigurosamente deducida de los dos principios del pasaje marxiano, desarrollados críticamente, aquí tal teoría es propuesta incluso como su necesario corolario crítico, en sustancia, el necesario desarrollo crítico de la entera introducción de Marx, la verdadera rectificación teórico-política de los riesgos de economicismo en ella presentes.

Pero aquello que aun más debemos relevar es que Gramsci asocia tal teoría a la necesidad de luchar contra el «morfinismo político» de Croce y de su historicismo. Se podría decir que, para Gramsci, justamente el valor gnoseológico y político de su concepto de revolución pasiva hace posible y alimenta el «Anti-Croce», la lucha crítica contra el teórico de las revoluciones pasivas. En la nota 36, Gramsci indica como formidable ejemplo de morfinismo político la apostilla de Croce: *El mundo va hacia*…, observando que, si bien Croce no ha mencionado todos los aspectos de la fórmula, esta «es esencialmente una fórmula

política, de acción política», en tanto «llegar a convencer de que el «mundo va hacia…» una cierta dirección significa nada menos que llegar a convencer sobre la ineluctabilidad de la propia acción y obtener el consenso pasivo para su explicación» (C 15, 36: 206). En una breve nota del Cuaderno 8 (más tarde volcada en el texto más amplio del Cuaderno 10), Gramsci define la *Historia de Europa* de Croce como «un tratado de revoluciones pasivas […] que no pueden justificarse ni comprenderse sin la Revolución francesa, que fue un acontecimiento europeo y mundial y no solo francés», para preguntarse más adelante: «¿Puede tener este tratamiento una referencia actual? ¿Un nuevo «liberalismo» en las condiciones modernas, no sería precisamente el «fascismo»? ¿No sería el fascismo precisamente la forma de «revolución pasiva» propia del siglo xx?» (C 8, 234: 344).

Ha sido dicho, a propósito del Cuaderno 15, que esto «deviene […], mientras las condiciones físicas de Gramsci van precipitando, el lugar donde la conciencia de riesgo político, supuesto en el punto de llegada de su reflexión teórica, vuelve más explícito el juicio sobre una larga época aún abierta y sobre la tarea a desarrollar»[106]. Se puede también decir –creo– que aquello constituye el lugar donde los límites, siempre sumamente móviles y provisorios, entre los criterios de interpretación histórico-teórica, elementos de ciencia política y análisis del presente, resultan aún más radicalmente sujetos a un incesante proceso de mutua influencia y redefinición. Desde este punto de vista, la noción de revolución pasiva se vuelve más conflictiva en la medida que tiende a ligar pasado y presente al interior de la reflexión gramsciana, en la particular complejidad de sus formas, «elípticas», «metafóricas», «analógicas»[107].

106 Ibídem.

107 Absolutamente imprescindibles estas palabras de Gramsci: «Habría que señalar aún que, si se quiere, todo el lenguaje es una serie de parangones elípticos, que la historia es un parangón implícito entre el pasado y el presente (la actualidad histórica) o entre dos momentos distintos del desarrollo histórico. ¿Y por qué la elipsis es ilícita si el parangón se produce con una hipótesis futura, mientras que sería lícita si el parangón se establece con un hecho pasado (el cual en tal caso es asumido justamente como hipótesis, como punto de referencia útil para mejor comprender el presente)?» (C 10 II, 41 vi, 194). Nótese que Buci-Glucksmann asimila la «escritura fragmentaria y múltiple» de los *Cuadernos* a una «estructura reticular», y habla eficazmente de la presencia en Gramsci de «un sentimiento particularmente agudo de la pluralidad ideológica y material del lenguaje» (Buci-Glucksmann, *Gramsci e lo Stato*, cit.: 20). Sobre la «estrategia del pensamiento y de la escritura» de Gramsci, véanse los agudos apuntes de Eduardo Sanguineti (1987), «Introduzione», *Gramsci, Letteratura e vita nazionale*, Roma, Editori

Naturalmente, basta decir que el trabajo en torno a una noción tal es el mismo entero trabajo en torno a las estructuras portantes de la reflexión gramsciana, desde el nexo guerra de movimiento-guerra de posiciones a la interacción Estado-sociedad civil, al problema del Príncipe moderno, del partido como intelectual colectivo y, en una conexión aún más estrecha, al crucialísimo problema de la hegemonía.

Aquí se coloca la estrecha confrontación crítica y, por así decir, sistemática con el ético-político de Croce, la lucha contra el «partido ideológico de la burguesía», contra un planteo hegemónico capaz de sublimar teóricamente la revolución pasiva, haciéndola valer como un «programa», en condiciones históricas diferentes respecto de aquellas dentro las cuáles se había construido la hegemonía moderada del *Risorgimento*. Croce es definido como un «líder intelectual de las corrientes revisionistas del final del siglo XIX», y su historiografía puede ser considerada «un renacimiento de la historiografía de la Restauración adaptada a las necesidades y a los intereses del periodo actual» (C 10 I, 6: 123). En esta misma nota del Cuaderno 10 I, Gramsci vuelve sobre la «fórmula crítica de Vincenzo Cuoco sobre las "revoluciones pasivas"», reiterando que aquella, que había surgido en Cuoco como «advertencia» destinada a crear «una moral nacional de mayor energía y de iniciativa revolucionaria popular», se había convertido después, a través del «pánico social» del neoguelfismo moderado, en «concepción positiva». De la misma forma se ocupa del nexo Proudhon-Gioberti, observando que, más allá de la apariencia paradojal, «Proudhon es el Gioberti de la situación francesa, porque Proudhon tiene con respecto al movimiento obrero francés, la misma posición de Gioberti frente al movimiento liberal-nacional italiano».

Pero aquello que es necesario señalar es que Gramsci, mientras afirma que se encuentra en Proudhon la «misma mutilación del hegelianismo y de la dialéctica» que se verifica en los moderados italianos, declara «cada vez más viva y actual» la crítica dirigida por Marx en la *Miseria de la filosofía* a una tal concepción político-historiográfica. Se trata, sin duda, de una referencia al presente, que significa volver sobre la figura de Croce, incluso en su estatura europea, dentro los surcos profundos de la historia y de la sociedad nacional, con la institución de

---

Riuniti: 1987. Ver también Giorgio Baratta (2003), *Le rose e i Quaderni,* Roma, Carocci (en particular el capítulo v) y Fabio Frosini (2000), «Il divenire del pensiero nei Quaderni del carcere», en *Critica marxista*, núm. 3-4.

un nexo Gioberti-Croce. (Es en este pasaje que la expresión de Quinet «revolución-restauración» es definida nítidamente «la traducción francesa del concepto de "revolución pasiva" interpretado "positivamente" por los moderados italianos»).

Por lo tanto, aunque sin decirlo explícitamente, las consideraciones que vienen después –también gracias a la referencia sarcástico-alusiva del paréntesis inicial– se proponen como un ataque decidido a la teoría de la histórica ético-política de Croce y a su religión de la libertad (Gramsci hablaría de «sarcasmo apasionado»[108]):

> El error filosófico (¡de origen práctico!) de tal concepción consiste en el hecho de que en el proceso dialéctico se presupone «mecánicamente» que la tesis debe ser «conservada» por la antítesis para no destruir el proceso mismo, que por lo mismo es «previsto», como una repetición al infinito, mecánica, arbitrariamente prefijada. En realidad se trata de uno de tantos modos de «ponerle frenos al mundo», de una de tantas formas de racionalismo antihistoricista (C 10 I, 6: 124).

A continuación, en la nota 10, Gramsci observa explícitamente:

> Me parece que Croce no consigue, ni siquiera desde su punto de vista, mantener la distinción entre «filosofía» o «ideología», entre «religión» y «superstición», que en su modo de pensar y en su polémica con la filosofía de la *praxis* es esencial. Cree tratar de una filosofía y trata de una ideología, cree tratar de una religión y trata de una superstición, cree escribir una historia en la que el elemento de clase es exorcizado y por el contrario describe con gran esmero y mérito la obra maestra política mediante la cual una determinada clase logra presentar y hacer aceptar las condiciones de su existencia y de su desarrollo de clase como principio universal, como concepción del mundo, como religión, es decir, describe en acto el desarrollo de un medio práctico de gobierno y de dominio (C 10 I, 10: 131-132).

108 «En el caso de la acción histórico-política el elemento estilístico adecuado, la actitud característica del *desapego-comprensión, es el «sarcasmo» y también en una forma determinada, el «sarcasmo apasionado»*. En los fundadores de la filosofía de la *praxis* se encuentra la expresión más alta, ética y estéticamente, del sarcasmo apasionado» (C 26, 5:193, la cursiva es mía).

La necesidad del ataque tiene un valor general, de orden teórico y político: se trata de rehacer para el sistema idealístico-crociano la misma obra de *inversión*, de «reducción», que «los primeros teóricos de la filosofía de la *praxis* han realizado con la concepción hegeliana». Este es el único modo históricamente fecundo –observa Gramsci– para operar una gran recuperación del marxismo, para elevarlo nuevamente del pantano de su «vulgarización» (debida a la «necesidad de la vida práctica inmediata»), y de llevarlo hacia aquella altura que lo vuelve indispensable para la «s*olución de las tareas más complejas que el desarrollo actual de la lucha propone*» (C 10 I, 11: 133, las cursivas son mías). La propia noción de hegemonía, absolutamente central en esta obra de rectificación y desarrollo creativo del leninismo, puede alcanzar una fuerza y una maduración «inédita», si se define a través de un orgánico ataque crítico contra aquella versión «teológico-especulativa», contra aquella «hipótesis» arbitraria a la cual, con eficaz sabiduría, el ético-político de Croce reduce el momento de la hegemonía[109] («La historia ético-política, en tanto prescinde del concepto de bloque histórico, donde el contenido económico social y forma ético-política se identifican concretamente en la reconstrucción de los diversos periodos históricos, no es otra cosa que una presentación polémica de filosofemas más o menos interesantes, pero no es historia»: C 10 I, 13: 137).

Para Croce, la historia ético-política es historia de los valores dominantes, de la función de dirección-recomposición concebida como una constante en el tiempo, es historia de los momentos «catárquicos», hegemónicos, considerados en sí mismos, «liberados» de la historia («Escribir historia –notó una vez Goethe– es un modo de quitarse el peso el pasado. El pensamiento histórico lo rebaja a su materia, lo transfigura en su objeto, y la historiografía nos libera de la historia»[110]).

Gramsci devela críticamente los ejes portantes de este idealismo, indicando el carácter de la moderna y orgánica teoría de la revolución pasiva y proponiendo, en cambio, el conocimiento histórico como

109 Sobre el «clásico» tópico de la relación Lenin-Gramsci (inteligentemente puesto por Togliatti) quisiera citar los estudios, significativos por diversas razones, de Leonardo Paggi (1974), «La teoría generale del marxismo in Gramsci», en Aldo Zanardo (comp.) (1974), *Storia del marxismo contemporaneo, Annali Feltrinelli 1973*, Milán, Feltrinelli; y de Biagio Di Giovanni (1976), «Lenin, Gramsci e la base teorica del pluralismo», en *Critica marxista*, núm. 3-4; y de Raul Mordenti (1996), «Quaderni del carcere di Antonio Gramsci», en *Letteratura italiana, Le opere, IV, Il Novecento*, Turín, Einaudi, Turín (en particular: 586-588).

110 Benedetto Croce (1954), *La storia come pensiero e come azione*, Bari, Laterza: 32.

conocimiento crítico de los *procesos de formación de la hegemonía*, sobre la base de la noción de «bloque histórico» y sobre la base de un «historicismo absoluto», que implicaba una doble batalla contra el historicismo «especulativo» y contra toda forma de economicismo[111]. En consecuencia, la hegemonía puede devenir un terreno de lucha en tanto, más allá de cualquier equívoco, comporta una radical negación crítica de la noción crociana de ético-político y, al mismo tiempo, no asume nunca el carácter –digamos– *positivo* y utopístico del modelo cultural, moral, ideológico para contraponer a la hegemonía existente.

IV. La «crisis orgánica»: «revolución pasiva» y «¿qué hacer?»

Hemos visto cómo, en el ritmo de los *Cuadernos*, el concepto de revolución pasiva vive una dinámica compleja y articulada, entre forma peculiar del *Risorgimento* italiano y forma general de los procesos de formación de los Estados modernos en el siglo XIX y como, en realidad, esto comporta siempre, sea implícito o explícito, un nexo y una relación tenaz con la cuestión del presente, con la crisis moderna como «crisis orgánica» y con las respuestas en acto. En el corazón de la propuesta gramsciana, cognoscitivamente y políticamente dramática, entre pasado y presente, la revolución pasiva no puede que estar íntimamente caracterizada por una incesante tensión, por un incesante proceso de dilatación y generalización: hemos visto, por otra parte, cómo el Cuaderno 15 se configura como uno de los lugares más ricos y trabajosos de este proceso.

Ahora bien, si ponemos atención sobre la cuestión del americanismo, en su compleja conexión con el concepto de revolución pasiva, podemos

111 Sobre la hegemonía y la «cuestión política de los intelectuales», ver Giuseppe Vacca, «La 'quistione política degli intellettuali' e la teoría marxista dello Stato nel pensiero di Gramsci», en *Politica e storia in Gramsci*, vol. I, cit. Véanse también las importantes páginas de Valentino Gerratana (1995), «Il concetto di egemonia nell'opera di Gramsci», en Antonio Baratta y Andrea Catone (comps.), *Antonio Gramsci e il 'progresso intellettuale di massa'*, Milán, Edizioni Unicopli. Sobre el anti-Croce, véase en particular Biagio De Giovanni (1975), »Il revisionismo di Benedetto Croce e la critica di Gramsci all'idealismo dello Stato», en *Lavoro critico*, núm. 1; Arcangelo Leone de Castris (1981), *Egemonia e fascismo*, Boloña, Il Mulino, Boloña.

observar inmediatamente los caracteres particularmente dinámicos y estratificados de su tratamiento[112].

En la nota 61 del Cuaderno 1, Gramsci se pregunta si «la concentración plutocrática [puede] determinar una nueva fase del industrialismo europeo sobre el modelo de la industria norteamericana» (C 1, 61: 134) y, después de haber afirmado que «el tentativo probablemente sea hecho», se pregunta si será exitoso. Nace aquí, sobre la base de estos interrogantes, la importantísima serie de observaciones comparativas sobre Europa y América: por un lado, sobre aquella que debe ser considerada la condición preliminar del americanismo, «la racionalización de la población», esto es, la inexistencia de clases absolutamente parasitarias (de «clases numerosas sin una función en el mundo de la producción»); por otra parte, sobre la tradición europea, caracterizada, en cambio, por la existencia de estas clases, creadas por una variedad de elementos sociales (como la administración estatal, el claro y los intelectuales, la propiedad de la tierra, el comercio). Al final de su análisis comparativo, Gramsci afirma netamente que es «esta "racionalización" preliminar de las condiciones generales de la producción, ya existente o facilitada por la historia», aquella que ha permitido a América la racionalización de la producción, «combinando la fuerza (–destrucción del sindicalismo–) con la persuasión (–salarios y otros beneficios–)» y de «colocar toda la vida del país sobre la base de la industria» (C 1, 61: 136): esta misma afirmación neta parece contener, aunque de forma implícita, una repuesta negativa a los interrogantes iniciales.

Otra nota, sumamente importante, del *Quaderno* 1, también titulada *Americanismo*, repropone este orden de problemas, en forma más compleja y con referencias más específicas y determinadas, sea al fascismo como a la situación italiana. Discutiendo el libro de Fovel (*Economia e corporativismo*), y junto a la reseña correspondiente de Pagni, Gramsci subraya en primer lugar la necesidad de tener en cuenta la «función económica del Estado en Italia y el hecho de que el régimen corporativo tuvo orígenes de *política económica, y no de revolución económica*» (C 1, 135: 181-182, las cursivas son mías), planteando así aquello que define la cuestión esencial de la situación italiana: si las corporaciones ya existentes, aun con su origen de «política», por una de aquellas astucias de la providencia que hacen sí que «los hombres, sin quererlo, obedezcan a los

112 Sobre esta cuestión, ver Luisa Mangoni, «Il problema del fascismo nei Quaderni del carcere», en *Politica e storia in Gramsci*, vol. I, cit.: 428.

imperativos de la historia», pueden convertirse en la forma de una «transformación» en el sentido del americanismo. Gramsci responde, nuevamente, con claridad: «necesariamente nos vemos empujados a negarlo»[113].

En la segunda redacción, de 1934 (C 22, 6: 72-76), donde se condensa este texto A, Gramsci responde a la misma cuestión esencial de otra manera («Por ahora, nos inclinamos a dudarlo»), aunque manteniendo para la respuesta dubitativa el conjunto de argumentaciones previamente provistos para la respuesta negativa. Ahora, hemos observado que aquello se podría explicar a partir del hecho que «la crisis económica ha llevado a una acentuación tal de la desconfianza en el sistema capitalista y a una tal concentración del ahorro en el Estado, que el Estado mismo deviene *holding* estatal»[114]: de frente a este fenómeno, Gramsci, en 1934, sería inducido a concebir, al menos teóricamente, la posibilidad de que el Estado lograra ejercitar no solo el control del aparato productivo, sino también una reorganización que favoreciera el desarrollo. En el texto en cuestión, Gramsci se detiene sobre esta posibilidad, articulándola y precisándola:

> Si el Estado se propusiera imponer una dirección económica por la que la producción del ahorro, de «función» de una clase parasitaria debiera convertirse en función del mismo organismo productivo, estos desarrollos hipotéticos serían progresivos, podrían caber en un vasto plan de racionalización integral (C 22, 14: 91[115])

Sin embargo, más allá de las referencias a las encendidas discusiones teóricas en curso sobre el corporativismo, ¿cuál es el sentido de la

113 El conjunto de las motivaciones aducidas es demasiado amplio e incisivo, y conduce a la conclusión de que el régimen corporativo, en la realidad, está volviéndose «una máquina de conservación del sistema tal como es y no un resorte de propulsión»: «La americanización exige un ambiente determinado, una determinada conformación social y un cierto tipo de Estado. El Estado es el Estado liberal, no en el sentido del liberalismo aduanal, sino en el sentido más esencial de la libre iniciativa y del individualismo económico, llegado por medios espontáneos, por el mismo desarrollo histórico, al régimen del monopolio. La desaparición de los *rentistas* en Italia es una condición de la transformación industrial, no una consecuencia: la política económico-financiera del Estado es la médula de esta desaparición: amortización de la deuda pública, nominatividad de los títulos, tributación directa y no indirecta. No parece que esta sea la dirección actual de la política o que esté por serlo. Al contrario, el Estado va aumentando el número de los rentistas y creando cuadros sociales cerrados» (C1, 135: 182).

114 Mangoni, «Il problema del fascismo nei Quaderni del carcere», cit.: 429.

115 Las cursivas son mías. (¿cuáles?)

delimitación de estos escenarios hipotéticos dentro los cuales, en general y a pesar de cada inflexión dubitativa, funciona como contrapunto el análisis, conducido cada vez en formas incluso perentorias, de la situación real? (Por ejemplo: «De ahí se sigue que teóricamente el Estado paree tener su base político-social en la "gente pequeña" y en los intelectuales, pero en realidad su estructura sigue siendo plutocrática y resulta imposible romper los vínculos con el gran capital financiero»). Mirando bien, podría ser una exigencia, por así decirlo, de la lucha teórico-política aquella que empujase a Gramsci en tal dirección: en el momento en el cual, a la altura del Cuaderno 22, el fascismo se le presenta ya en modo estable y decidido como forma de la revolución pasiva, Gramsci –que pretende desplegar orgánicamente, a fondo, todo el valor epocal de la revolución pasiva, para centrar y subrayar su *inédito* poder de reestructuración– cree útil identificar en el fascismo, y especialmente respecto del corporativismo, las posibilidades, aun cuando solo teóricas, de un intervencionismo capaz de racionalización y reestructuración, sin renunciar nunca, en lo más mínimo, sea a la potencia de su análisis diferenciado (americanismo, fascismo), como a la necesidad de afrontar una eventual subestimación del alcance político de su juicio sobre el fascismo como forma de la revolución pasiva[116]. Son dos los planos que se delimitan y se entrelazan continuamente en la reflexión gramsciana: la definición de los resultados reales del régimen corporativo como «máquina de conservación de lo existente, así como es» y la referencia a sus «desarrollos hipotéticos» de carácter «progresivo», al interior de «un vasto proyecto de racionalización integral». No se trata de una oscilación en el juicio, sino de un muy particular *estilo indirecto* como modo extremo para conjuntar el análisis de los procesos y la lucha teórico-política.

Observado las «innovaciones» radicales constituidas por la racionalización de la producción y por la taylorización del trabajo, Gramsci las devuelve al problema de fondo contra el cual se medían, en el corazón de los años veinte, las sociedades capitalistas, esto es, «el pasaje del viejo individualismo económico a la económica programática». Cuando, más tarde, se plantea la cuestión de si «el desarrollo debe tener el punto de

116 Sobre el valor del análisis y del juicio de Gramsci sobre el fascismo en relación a la orientación de la Internacional comunista de aquellos años, y a las diferentes líneas de juicio presentes en el grupo dirigente italiano, ver Franco De Felice, "Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci", en *Poltica e storia in Gramsci*, vol. II, cit.

partida en el seno del mundo industrial y productivo o puede provenir del exterior, por la construcción cautelosa y masiva de una armazón jurídica formal que guíe desde el exterior los desarrollos necesarios para el aparato productivo» (C 22, 1: 62), Gramsci se enfoca en la complejidad de la relación América-Europa, de la relación entre fordismo americano («punto de partida en el seno del mundo industrial y productivo») y «corporativismo» e intervencionismo estatal experimentado bajo diversas formas o en curso de experimentación en el interior de la «estructura masiva de las democracias modernas» (C 13, 7: 22). Pero especialmente individua y delinea los caracteres inauditos de una época, de una transición epocal marcada por los cambios morfológicos de la reestructuración capitalista como respuesta a la «crisis orgánica» y por los procesos de formación de un nuevo rol del Estado: en definitiva, aquel entrelazamiento de elementos y de problemas que da el nombre de revolución pasiva como nueva forma histórico-teórica del presente.

Dentro de esta perspectiva se coloca también el proceso de redefinición del nexo guerra de posición-revolución pasiva. Este vínculo es explícitamente establecido por Gramsci en referencia al periodo de la posguerra. Si el pasaje de la guerra maniobrada y el ataque frontal a la guerra de posición en el campo político es definido «la cuestión de teoría política más importante, planteada por el periodo de la posguerra y la más difícil de resolver justamente» (C 6, 138: 105), se especifica entonces que, en la época actual, la guerra de movimiento que tuvo lugar políticamente desde marzo de 1917 hasta marzo de 1921 ha seguido una guerra de posición «cuyo representante, además de práctico (para Italia), ideológico, para Europa» es el fascismo, indicado por Gramsci como expresión de la revolución pasiva.

Ya en el periodo posterior a 1870 –observa Gramsci– todos los elementos que volvían posible y apropiado el concepto político de la así llamada «revolución permanente» cambian profundamente, y aquella formula es elaborada y superada, en la ciencia política, dentro la fórmula de «hegemonía civil» (C 13, 7: 22)[117]. Por lo tanto, ambas nociones están profundamente entrelazadas, pero, sin embargo, no son equivalentes. La primera –revolución pasiva– define la morfología nueva de los

117 «La estructura masiva de las democracias modernas, tanto como organizaciones estatales cuanto como complejo de asociaciones en la vida civil, constituyen para el arte de la política, las «trincheras» y las fortificaciones permanentes del frente en la guerra de posiciones: hacen solamente «parcial» el elemento del movimiento que antes era «toda» la guerra, etcétera» (C 13, 7: 22).

procesos reales del presente con posterioridad a 1917-1921, después de aquella que puede considerarse la última guerra de movimiento, es decir, la Revolución de Octubre: se trata de procesos moleculares de transformación, de crisis-reestructuración, de «continua crisis» capitalista.

La segunda –guerra de posición– define las formas de la lucha política, «las formas del enfrentamiento de clase»[118], así como estas se desarrollan dentro y en relación a estos procesos.

Ambas nociones, su nexo y su dinámica interna, impulsan a Gramsci a una continua reelaboración y redefinición de los nudos cruciales de su reflexión. (En relación a esta cuestión, puede comprenderse también la tenacidad con la cual tiende a mantener la distinción del fenómeno del cesarismo moderno, relacionado a la temática del jefe carismático, de la más orgánica complejidad de la forma histórico-teórica del fascismo-revolución pasiva[119]). Ahora bien, si «se puede aplicar al concepto de revolución pasiva […] el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones» (C 15, 11: 188), pues bien, para Gramsci –como hemos visto– esto comporta la necesidad de enfocar y de definir la complejidad de las respuestas en acto a la «crisis orgánica», a partir de la trama de relaciones entre hegemonía y producción, sociedad civil y Estado. En la nota 18 del Cuaderno 13, titulado *Algunos aspectos teóricos y prácticos del «economismo»*, en el marco de un discurso de crítica del economicismo, con particular referencia al liberalismo y al sindicalismo teórico, Gramsci observa a un cierto punto que

> Es por lo menos extraña la actitud del economismo frente a las expresiones de voluntad, de acción y de iniciativa política e intelectual, como si estas no fuesen una emanación orgánica de necesidades económicas e incluso la única expresión eficiente de la economía; así, es incongruente que el planteamiento concreto de la cuestión hegemónica sea interpretado como un hecho que subordina al grupo hegemónico (C 13, 18: 42).

118 De Felice, «Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci», cit.: 171.

119 Sobre este punto, ver especialmente los citados estudios de Mangoni y De Felice. Sobre la noción de cesarismo en Gramsci, véase el lúcido estudio de Alberto Burgio (2007), *Per Gramsci. Crisi e potenza del moderno*, Roma, DeriveApprodi, (en particular, el capítulo IV).

Más tarde, afirma: «si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica».

En este punto, no se trata solamente de subrayar el pronunciamiento «metodológico» de claro signo antiidealista, de la noción de hegemonía, sino también –y, diría, especialmente– la novedad real de la «cuestión hegemónica» aparecida después de la decadencia del «individualismo económico», las nuevas formas de la relación entre política y economía, la penetración y difusión inaudita de la política y del Estado en la trama «privada» de la sociedad de masa.

Y es la forma histórico-teórica de la revolución pasiva, con la conexa «cuestión hegemónica», que –como representa la crítica radical y orgánica del «catastrofismo» y de las teorías del derrumbe– hace necesario en Gramsci la profundización continua del «clásico» tema marxiano sobre la relación Estado-sociedad civil. Desde el momento que «la verdad es que no se puede elegir la forma de guerra que se quiere» (C 13, 24: 61), y puesto que «al menos por lo que respecta a los Estados más avanzados» se debe decir que «la sociedad civil» se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las «irrupciones» catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresión, etc.)» y que «las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna» (C 13, 24: 62), entonces se vuelve necesario que la función estratégica sea asumida dentro la guerra de posición y que sea desarrollada la capacidad y la voluntad política de «estudiar con 'profundidad' cuáles son los elementos de la sociedad civil que corresponden a los sistemas de defensa de la guerra de posiciones» (C 13, 24: 62-63).

Si uno de los «elementos constitutivos del marxismo» está dado para Gramsci, en el terreno de la política, en «la relación entre el Estado y la sociedad civil» (C 7, 18: 158), esto es en la particularidad, históricamente móvil, de su entrelazamiento y mutua compenetración, así como él continuamente la define, en su doble carácter antieconomicista y antiidealista, entonces el desarrollo creativo de tal elemento fundamental debe llevar a comprender que, cuando crece y madura el pasaje «de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas» (C 13, 17: 36), «el Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo,», aunque si, simultáneamente, este desarrollo y esta expansión «son concebidos y

presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales'» (C 13, 17: 37[120]).

En tiempos de revolución pasiva, la concepción del «Estado ampliado» –vinculada con los procesos de difusión inaudita de la hegemonía– no quiere decir, no significa, la puesta en suspenso o la atenuación de la concepción del Estado «según la función productiva de las clases sociales», sino que significa una complejización radical de la relación entre economía y política, una intensificación molecular de un primado de la política entendido como capacidad, como poder de *producción* y de *gobierno* de procesos de pasivización, estandarización y fragmentación.

La atención gramsciana sobre los fenómenos del cesarismo moderno, del jefe carismático, del rol de la burocracia en vinculación a las funciones del «Estado-gobierno» (atención nutrida, como es sabido, mediante las referencias a Roberto Michels y Max Weber) indica, en el fondo, la emergencia de una nueva complejidad, *moderna*, postliberal, de las relaciones masas-Estado, hegemonía-producción.

Croce, promoviendo en 1919 la publicación por parte de la editorial Laterza del libro de Max Weber *Parlamento y gobierno en la Alemania reorganizada*, esperaba que

> en Italia, fructificase la crítica confesión dolorosa que Weber hacía sobre la inferioridad de la concepción burocrática de la política, cultivada y exaltada por los alemanes, respecto a aquella libre de Europa occidental (entre los que estaba Italia), que los dotes alemanes despreciaban como caótica y ridiculizaban como charlatanezca, en lugar de entender su sanidad y vigor, y aconsejarla a su propio pueblo[121].

Gramsci, confrontándose explícitamente y –algunas veces, también implícitamente– con el texto weberiano en su reflexión, sea sobre la formación de los Estados modernos, sea sobre los aspectos del «equilibrio inestable» de la primera posguerra, ciertamente no trabaja sobre las directrices del programa croceano, sino que elabora un momento ulterior de su análisis diferenciado: Italia-Europa, con particular referencia a la relación burocracia-Estado (y debemos subrayar que el suyo pretende ser

120 Sobre tal orden de problemas, ver el lúcido ensayo de Guido Liguori (2000), «Stato e società civile da Marx a Gramsci», en *Critica marxista*, núm. 6. Del mismo autor, véase también el importante volumen (2006), *Sentieri gramsciani*, Roma, Carocci.

121 Benedetto Croce (1955), *Terze pagine sparse*, Bari, Laterza: 130.

un análisis diferenciado más que una «critica de la historia de Italia desde el punto de vista de la más avanzada ciencia política burguesa»[122]).

Sin embargo, en general, debe decirse que, sea el texto weberiano, con la polémica clarísima contra la «política de los literatos»[123] y con la elaboración de la categoría de la *política como profesión*, sea la reflexión «sociológica» de Michels sobre la naturaleza de los partidos políticos, son utilizados y colocados por Gramsci en el cauce teórico de la revolución pasiva y –por lo tanto, podríamos decir– en el cauce de «su» marxismo, que sin dudas constituye una de las respuestas más altas de su tiempo a la «crisis orgánica», de la moderna crisis de masas del siglo xx: respuesta alternativa al grandioso «morfinismo» del ético-político crociano, sabiamente nutrido de «hegelianismo domesticado» (C 8, 225: 338), como de la lectura y la «fijación» teórica, operada por Weber, de la fase de reorganización sistémica del capitalismo, vista como proceso de distinción-separación entre ciencia y vida, como proceso de desencantamiento del mundo, de racionalización de las formas, dentro de la «jaula de acero», de la formidable trama de los «círculos especiales», de los especialismos y de los aparatos institucionales[124].

La «robusta cadena de fortalezas y de casamatas» de la cual nos habla Gramsci, las «superestructuras complejas», especialmente el «bloque histórico» («en el que precisamente las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma, distinción de forma y de contenido meramente didascálica» C 7, 21: 160), son todos elementos creativos de un marxismo que se propone enérgicamente de alcanzar la «identificación de historia y política», contra cada reabsorción idealista y economicista, definir un primado de la política no en ausencia de «una antítesis vigorosa» y, por lo tanto, por esta vía, un primado de la política como terreno práctico-teórico de la crítica y, por esto mismo, no cerrado en una separación o autonomía «profesional», a la vez capaz de contaminar y cuestionar la red de los especialismos y del saber[125]. Desde este

122 Mangoni, «Il problema del fascismo nei Quaderni del carcere», cit.:;:408.

123 Max Weber (1982), *Parlamento e governo*, Roma-Bari, Laterza: 6.

124 Max Weber (1966), *Il lavoro intellettuale come professione*, Turín, Einaudi. Sobre Max Weber como teórico de la forma burguesa de la política, ver Biagio De Giovanni (1976), *La teoría política delle classi nel Capitale*, Bari, De Donato; Remo Bodei y Franco Cassano (1977), *Hegel e Weber. Egemonia e legittimazione*, Bari, De Donato.

125 Sobre la modalidad del fortísimo entrelazamiento entre estrategia teórica y estrategia política en Gramsci, ver Paggi, «La teoria generale del marxismo in Gramsci» cit.: 1354.

punto de vista, se comprende bien la compleja articulación del concepto de revolución pasiva en la dinámica de la reflexión gramsciana: desde la función de advertencia, nutrida de energía moral, en Cuoco a «programa» político del bloque moderado en el *Risorgimento*, a criterio de interpretación («en ausencia de otros elementos activos en modo dominante») de los procesos de formación de los Estados modernos (Europa-Italia), a forma histórico-teórica del presente y eje portante de una «ciencia de la política». No se trata de una articulación o de una disolución temporal o lógica-conceptual. En realidad, se trata de elementos o momentos críticos *siempre* entrelazados, incluso cuando esto no sea explícito (de este entrelazamiento, la trama de las relaciones entre los textos de primera y segunda redacción puede constituir, ocasionalmente, un momento de verificación o de confirmación). De todos modos, el mismo Gramsci busca llamar la atención sobre la tensión teórico-política ligada al «movimiento» de la revolución pasiva dentro de propia reflexión cuando, por un lado, señala la «utilidad» y el «peligro» de tal cuestión, mientras que, por otro lado, afirma que «la concepción sigue siendo dialéctica, o sea que *presupone, incluso postula* como necesaria, una antítesis vigorosa y que presente todas sus posibilidades de explicación intransigentemente» (C 15, 62: 236, las cursivas son mías).

En aquella formulación expresiva («presupone, mejor dicho, postula») es posible encontrar el índice de toda la dramaticidad del «¿qué hacer?» gramsciano. La utilidad del argumento «revolución pasiva» está en la pensabilidad «una revolución activa», es decir, de «una antirrevolución pasiva»[126]. Aquí se coloca la naturaleza no «kantiana» del crucial interrogante y del problema gramsciano: «cómo nace el movimiento histórico sobre la base de la estructura» (C 11, 22: 281). Tal interrogante se vincula estrechamente a la exigencia de elaborar una teoría de la subjetividad política que, en Gramsci, no es nunca reconducible o reductible a ninguna filosofía de la historia: desde el momento en que, para él –como ha sido observado– «el sujeto, capaz de dar lugar a la iniciativa histórica, no está jamás presupuesto de

126 En cuanto a la primera expresión, ver Gianni Francioni (1984), *L'officina gramsciana*, Nápoles, Bibliopolis, Nápoles: 215. Respecto de la segunda, eficazmente subrayada por Guido Liguori (1996) en su volumen *Gramsci conteso*, Roma, Editori Riuniti: 171; ver Christine Buci-Glucksmann (1977), «La classe operaia e lo Stato», en *L'Unità*.

antemano, sino siempre puesto, es decir, siempre instituido por la acción política en cuanto tal»[127].

Un último punto: la antirrevolución pasiva supone, en Gramsci, también la crítica del americanismo[128] (ninguna recaída en teorías «productivísticas») y además, mediatamente, la pensabilidad de un ataque crítico a los procesos de subsunción de la ciencia al capital, y al nexo hegemonía-producción. En una nota del Cuaderno 9, Gramsci observa:

> Para el trabajador aislado, «objetivo» es el encuentro de las exigencias del desarrollo técnico con los intereses de la clase dominante. Pero este encuentro, esta unidad entre desarrollo técnico y los intereses de la clase dominante es solo una fase histórica del desarrollo industrial, debe ser concebido como transitorio. El vínculo puede disolverse; la exigencia técnica puede ser pensada concretamente separada de los intereses de la clase dominante, no solo eso sino unida con los intereses de la clase todavía subalterna. Que tal «escisión» y nueva síntesis esté históricamente madura es algo demostrado perentoriamente por el hecho mismo de que un proceso semejante es comprendido por la clase subalterna, que precisamente por do no es ya subalterna, o sea que da muestra de tender a salir de su condición subordinada (C 9, 67: 49).

A este pasaje de un texto B, Gramsci, en su construcción de una ciencia política marxista, manda un mensaje fuerte, concretamente «utópico»: la necesidad, para el intelectual colectivo, de una crítica práctica de aquello que es «objetivo», es decir, de aquello que Marx había identificado como el poder de abstracción real del capital[129].

127 Finelli (1989), «Universale concreto e universale astratto nel pensiero di Antonio Gramsci», en Giorgio Baratta y Andrea Catone (comps.), *Modern times. Gramsci e la critica del americanismo,* Milán, Diffusioni '84: 211.

128 Sobre este tópico tan importante (y controvertido), ver De Felice, «Rivouzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci», cit. (en particular, las páginas 216-220) y, más recientemente, Giorgio Baratta, «Antonio Gramsci, critico dell'americanismo», en Baratta y Catone (comps.), *Modern Times. Gramsci e la critica dell'americanismo*, cit.

129 Me complace señalar que, sobre la utilidad y la fecundidad de un retorno, hoy, al Marx «teórico de lo abstracto y de su fuerza de universalización» se detiene lucidamente Roberto Finelli (2001) en un reciente ensayo, ««Globalizzazione»: una questione abstracta, ma non troppo, en *L'ospite ingrato*, Anuario del Archivo Fortini, núm. 3.

Pasividad y subalternidad. Una relectura del concepto gramsciano de revolución pasiva

MASSIMO MODONESI

En este artículo pretendo esbozar una línea de lectura centrada en el concepto gramsciano de *revolución pasiva* –y en sus dos correlatos: *cesarismo y transformismo*–, para afilar herramientas teóricas capaces de identificar y caracterizar una serie de procesos y proyectos de desmovilización que con frecuencia se implementan y despliegan desde arriba, lo cual es la antítesis de las dinámicas antagonistas y autonómicas que activan y retroalimentan los procesos de subjetivación política. Aunque dichos procesos y proyectos de desmovilización no llegan a ser propiamente de des-subjetivación, ya que el sujeto permanece –anclado en la resistencia–, sí impulsan y operan una *resubalternización*, pues tienden a desactivar y *pasivizar* mediante la reducción de los márgenes de antagonismo y autonomía. Como lo veremos, se trata de procesos reactivos, reaccionarios, que surgen en respuesta –como contratendencia y antítesis– al surgimiento de movimientos antagonistas en el seno de las clases subalternas. Frente a la emergencia del principio antagonista se eleva siempre la contratendencia hacia la subalternidad, porque, como lo señalaba Antonio Gramsci, «los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aun cuando se rebelan e insurgen» (C 25, 2: 178).

La primacía genealógica del principio antagonista es una clave de lectura de la lógica y las formas de la revolución pasiva, de sus orígenes, sus objetivos y su desarrollo; a la inversa, la revolución pasiva permite apreciar los límites del antagonismo y su posible extravío en los laberintos de la subalternidad.

El potencial del concepto de revolución pasiva en relación con el análisis histórico, ha sido confirmado por los múltiples y diversos modos en que ha sido aplicado y sigue aplicándose en el terreno historiográfico. Más problemático es su uso como clave de lectura de fenómenos en curso, en los escenarios abiertos del tiempo presente. Sin embargo, asumiendo que una revolución pasiva es tanto un proceso como –simultáneamente– un proyecto, es posible y pertinente colocar el análisis en el presente y no solo retrospectivamente. Una revolución pasiva –y la tirante combinación de elementos progresivos y regresivos que la caracteriza– puede ser reconocida coyunturalmente como valoración puntual que permite distinguir y caracterizar los proyectos políticos en curso, y no solo *a posteriori* y retrospectivamente, bajo el prisma historiográfico[130].

En consecuencia, la conveniencia de pulir el arsenal conceptual gramsciano radica no tanto en la necesidad de restituirle filológicamente claridad sino en la de darle filo analítico, a fin de comprender una serie de fenómenos y procesos políticos del pasado y el presente. Con y más allá de Gramsci, podemos partir de la textualidad del concepto de revolución pasiva –de las razones de su surgimiento y acuñación– para movernos hacia una construcción categorial de mayor amplitud, en un ejercicio metateórico que refuerce y habilite el uso de la categoría, así como su aplicación al análisis de procesos contemporáneos.

Para avanzar en esta dirección, quiero exponer dos tesis estrechamente articuladas entre sí. La primera sostiene que a la hora de analizar e interpretar el concepto de revolución pasiva, la dimensión o, mejor dicho, el criterio de la *pasividad*, aunque es crucial –ya que expresa la atención y preocupación de Gramsci por la subalternidad–, no ha sido suficientemente reconocido y destacado. La segunda afirma que, si asumimos que la noción de *progreso* de Gramsci posee una vertiente política y subjetiva, es posible y pertinente aplicar la distinción entre lo progresivo y lo regresivo –distinción que Gramsci utilizó para diferenciar los tipos de *cesarismos*– con miras a discernir entre revoluciones pasivas de diferente orientación. Dicho de otra manera, sostengo una lectura subjetivista del concepto de revolución pasiva, una lectura donde la pasividad, entendida como elemento y factor de subalternidad, no

130 Luisa Mangoni sostiene que Gramsci apuntaba en esta dirección: «Ya no revolución pasiva solo como modelo de interpretación histórica, y tampoco solo como criterio general de ciencia política, sino como instrumento de comprensión de procesos en acto»: Luisa Mangoni (1987), «La genesi delle categorie storico-politiche nei Cuadernos del carcere", en *Studi Storici* 28, núm. 3: 579.

solo adquiere peso y centralidad en la configuración y en el alcance del concepto; también sirve como clave de lectura de la articulación del concepto con sus correlatos o dispositivos: el *transformismo* y el *cesarismo*, lo cual abre la puerta a la posible distinción entre revoluciones pasivas progresivas y regresivas.

I. Coordenadas del concepto de revolución pasiva

El concepto de revolución pasiva, acuñado por Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*, ha sido objeto de diversos estudios específicos que sopesan y resaltan su valor y alcance dentro del andamiaje conceptual gramsciano, así como su aplicación interpretativa a la historia del *Risorgimento* italiano[131].

Tras asumir las aportaciones de estos estudios, me interesa ver en qué medida es posible sintetizar –a partir de las notas de los *Cuadernos*– los elementos constitutivos de la categoría de *revolución pasiva* con vistas a delimitar un concepto operativo de alcance general y lo suficientemente preciso y elástico para ser aplicado a procesos históricos de distintas épocas, incluida la actual.

La posibilidad de aplicar este concepto a nuestra época se sostiene en la ampliación progresiva del uso de la noción que traza el propio Gramsci a lo largo de los *Cuadernos*. En efecto, la idea de revolución pasiva –que en realidad el filósofo y político italiano tomó prestada de la obra del historiador Vincenzo Cuoco– es rastreada y usada por Gramsci en primera instancia para formular una lectura crítica de un pasaje fundamental de la historia italiana: el *Risorgimento* (C 4, 57: 216-217). Posteriormente Gramsci la utiliza como clave de lectura de toda la época de «reacción-superación» de la Revolución francesa, es decir, de reacción conservadora en clave antijacobina y antinapoleónica (C 1, 150: 189). La historia del siglo XIX europeo aparecerá entonces como una época de revolución pasiva (C 10 I, Sumario: 114). Finalmente –y no por casualidad, ya que es obvia la analogía que lo inspira– esta extensión del concepto de revolución pasiva se verterá en la época de Gramsci: será aplicado tanto al

131 Pasquale Voza (2004), «Rivoluzione passiva», en Fabio Frosini y Guido Liguori, *Le parole di Gramsci*, Carocci, Roma; Javier Mena y Dora Kanoussi, «Sobre el concepto de rivolución passiva», supra; Franco De Felice (2009), «Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci», supra; P. D. Thomas, *The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism*, Leiden-Boston, Brill.

fascismo italiano como al *New Deal* estadounidense, para identificarlos como reacciones a la oleada revolucionaria desencadenada por el octubre bolchevique; en esos dos lugares tan lejanos entre sí y con regímenes políticos tan disímiles se da un empuje modernizador con rasgos similares –vía el corporativismo fascista y el industrialismo fordista– y orientado a una racionalización de la economía y la sociedad por medio de la intervención y la planificación estatales (C 8, 236: 344).

En este traslado a otro tiempo histórico, el concepto alcanza el nivel –al decir del propio autor– de criterio de interpretación «de toda época compleja de cambios históricos» (C 15, 62: 236).

Asumiendo la intención de Gramsci, partimos del potencial generalizador del concepto, de su posible ampliación teórica ya ensayada por él.

Veamos, después de haber apostado por su elasticidad analítica e interpretativa, cuáles son sus coordenadas constitutivas, tal y como fueron apareciendo en los *Cuadernos*.

La primera vez que la expresión «revolución pasiva» aparece es como sinónimo de «revolución sin revolución» (C 1, 44: 106[132]), lo cual define de entrada, con toda claridad, el punto de ambigüedad y contradicción que constituye el meollo del concepto y de su alcance descriptivo-analítico. En efecto, la noción de revolución pasiva busca dar cuenta de la tensión –desigual y dialéctica– entre dos tendencias o momentos: restauración y renovación, preservación y transformación o, como señala el propio Gramsci, «conservación-innovación» (C 8, 39: 238). Es importante reconocer aquí dos niveles de lectura: en el primero se reconoce la coexistencia o simultaneidad de ambas tendencias, lo cual no excluye que, en un segundo plano, pueda distinguirse cuál de las dos se vuelve determinante y caracteriza el proceso o ciclo. En efecto, Gramsci pone explícitamente en clave dialéctica la caracterización de las revoluciones pasivas[133].

132 En el C 1, 44, Gramsci habla de «revolución sin revolución». Solo posteriormente agregará «o de revolución pasiva». Será solo hasta el C 4, 57 donde el concepto aparece con una explícita referencia a Cuoco.

133 «Se dirá que no fue comprendido tampoco por Gioberti y los teóricos de la revolución pasiva y la «revolución-restauración», pero la cuestión cambia: en estos la «incomprensión» teórica era la expresión práctica de las necesidades de la «tesis» de desarrollarse enteramente, hasta el punto de llegar a incorporar una parte de la antítesis misma, para no dejarse «superar», o sea que en la oposición dialéctica solo la tesis, en realidad, desarrolla todas sus posibilidades de lucha hasta ganarse a los que se dicen representantes de la antítesis: precisamente en esto consiste la revolución pasiva o revolución-restauración» (C 15, 11: 188).

Lo que Gramsci llama revolución pasiva remite a un fenómeno histórico relativamente frecuente y característico de una época –el siglo XIX– que se presta para ser clave de lectura de otra época en la que los factores parecen engarzarse de forma similar –los años veinte y treinta del siglo XX.

En un pasaje crucial de los *Cuadernos*, Gramsci enuncia sus elementos fundamentales:

> Tanto la «revolución-restauración» de Quinet como la «revolución pasiva» de Cuoco expresarían el hecho histórico de la falta de iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia italiana, y el hecho de que el progreso tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares como «restauraciones» que acogen cierta parte de las exigencias populares, o sea «restauraciones progresistas» o «revoluciones-restauraciones» o también «revoluciones pasivas» (C 8, 25: 231[134]).

Las equivalencias pueden ser leídas menos como sinónimos que como importantes matices de distinción en la medida en que introducen otro concepto antitético al de *revolución* –el de restauración– y otro criterio diferenciador –el de *progresividad*– que volveremos a encontrar, en forma mucho más evidente y determinante, cuando Gramsci trata de definir la idea de *cesarismo*. En todo caso, más allá de esta aproximación por medio de sinónimos y equivalencias, Gramsci se queda finalmente con la fórmula revolución pasiva, porque expresa con mayor claridad el sentido de lo que quiere señalar. Escoge *revolución* como sustantivo –con toda la carga polémica que implica la elección de esta palabra y asumiendo una versión amplia, descriptiva y no político-ideológica del concepto– y *pasiva* como adjetivo, para distinguir claramente esta específica modalidad de *revolución*, no caracterizada por un eficaz movimiento subversivo (antagonista) de las clases subalternas sino, por el contrario, como contramovimiento de las clases dominantes que impulsa un conjunto de

134 La segunda redacción –texto C según la tipología de Gerratana– es la siguiente: «Hay que ver si la fórmula de Quinet puede ser aproximada a la de revolución pasiva de Cuoco; ambas expresan seguramente el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia italiana y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con «restauraciones» que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo. Por la tanto «restauraciones progresivas» o «revoluciones-restauraciones» o incluso «revoluciones pasivas»» (C 10 II, 41 XIV, 205).

transformaciones objetivas que marcan una discontinuidad significativa y cambios importantes, pero limitados y orientados estratégicamente a garantizar la estabilidad de las relaciones fundamentales de dominación.

II. Modernización conservadora

La caracterización del sustantivo *revolución* refiere fundamentalmente al contenido y el alcance de la transformación, como se infiere de la fórmula «revolución sin revolución» que Gramsci asume como equivalente a la de revolución pasiva: transformación revolucionaria sin irrupción revolucionaria, sin revolución social, sin protagonismo de las clases subalternas, sin antagonismo. El *quid* del contenido revolucionario y/o restaurador de las revoluciones pasivas remite sustancialmente a la combinación de dosis de renovación y de conservación y da cuenta de la vertiente más estructural de la fórmula y de la caracterización de los fenómenos históricos: los contenidos de clase de las acciones políticas emprendidas por las clases dominantes. ¿En qué medida reproducen o restauran el orden existente o lo modifican para preservarlo? ¿En qué medida «acogen cierta parte de las exigencias populares»? ¿Cuántas y cuáles partes? Finalmente, anticipando una cuestión que desarrollaremos más adelante: ¿qué tan progresivas o regresivas son estas acciones?

Las variaciones posibles son múltiples pero acotadas por dos puntos límite: la revolución pasiva no es una revolución radical –al estilo jacobino o bolchevique–, y la *restauración* no es una *restauración total*, un restablecimiento pleno del *statu quo ante*. Escribe Gramsci: «Se trata de ver si en la dialéctica «revolución-restauración» es el elemento revolución o el de restauración el que prevalece, porque es cierto que en el movimiento histórico no se vuelve nunca atrás y no existen restauraciones *in toto*» (C 9, 133: 102).

Aunque el concepto de revolución pasiva remite al análisis de una resolución política en el ámbito superestructural, es explícita –en los casos del fascismo y el fordismo– la referencia a una consolidación capitalista por medio de la intervención estatal anticíclica. En este sentido cabe toda la extensión bicéfala de la expresión «formas de gobierno de las masas y gobierno de la economía» usada por Gramsci para referirse al estatalismo propio de una época de revolución pasiva –un Estado ampliado que incluye a la sociedad civil y pretende controlar las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas mediante

la planificación–, lo cual, dicho sea de paso, podría aludir también a problemáticas propias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) por aquellos años[135].

De hecho, la intervención estatal se asume como un elemento de progresividad orientado a la planificación «en sentido integral», es decir, a poner el acento en la «socialización y cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose solo a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia»[136].

La revolución pasiva se verificaría en la transformación «reformista» de la estructura económica individualista en economía planificada (economía dirigida); el advenimiento de una «economía media entre la individualista pura y la planificada en sentido integral, permitiría el paso a formas políticas y culturales más avanzadas sin cataclismos radicales y destructivos en forma exterminadora» (C 8, 236: 344).

En el terreno estructural, el alcance revolucionario se asocia con la modernización operada desde el Estado, se mide en términos del proceso de reformas y de proyectos reformistas, limitado por la «dialéctica entre conservación e innovación» (C 10 II, 41 xiv, 205); es decir: solo es posible operar transformaciones mediante un proceso de «corrosión reformista» (C 10 I, 9: 129).

Con relación a su dinámica y a su forma política, la *modernización conservadora* implícita en toda revolución pasiva, señala Gramsci, es conducida desde arriba. El *arriba* remite tanto al nivel subjetivo de la iniciativa de las clases dominantes como a su ejercicio instrumental por medio de las instituciones estatales; el lugar o el momento estatal es crucial a nivel táctico, ya que compensa la debilidad relativa de las clases dominantes. Estas recurren, por lo ya expuesto, a una serie de medidas «defensivas» que incluyen una combinación de coerción y consenso, aunque (se podría argumentar entre paréntesis, apuntando a la distinción entre revoluciones pasivas

135 En un sentido positivo cuando Gramsci se refiere al principio de «planificación» como realización de una plena racionalidad. La posibilidad de que Gramsci interpretara el caso de la URSS como *revolución pasiva* es objeto de controversia, ya que no existen referencias literales que la avalen.

136 «La hipótesis ideológica podría ser presentada en estos términos: se tendría una revolución pasiva en el hecho de que por la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país serían introducidas modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento «plan de producción», esto es, sería acentuada la socialización y cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose solo regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia» (C 10 I, 9: 129).

regresivas y progresivas que nos ocupará más adelante) con más uso de la coerción que del consenso; en el caso del fascismo habría más dictadura que hegemonía, y viceversa en el *New Deal*. Es evidente que si Gramsci está forjando un concepto original –compuesto por los términos *revolución y pasividad*– hay que deducir que no quiso destacar ningún rasgo dictatorial ni particularmente coercitivo, por cuanto tiende a reconocer o destacar la legitimación del proceso, sus rasgos hegemónicos, aun cuando pone en duda su alcance hegemónico en los casos del fascismo y el *New Deal*; duda de la capacidad de estos proyectos políticos para «hacer época». En todo caso, Gramsci parece apuntar hacia la constitución de un formato de dominación basado en la capacidad de promover reformas conservadoras maquilladas de transformaciones «revolucionarias» –una modernización conservadora– a fin de obtener el consentimiento pasivo de las clases subalternas.

La cuestión de la *progresividad* queda, en primera instancia, esbozada en estos términos estructurales relativos a la caracterización del sustantivo *revolución*, pero al mismo tiempo se ancla directamente en la lucha política, en la correlación de fuerzas y en la iniciativa de las clases dominantes, ya que, dice Gramsci, «el progreso tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares» (C 8, 25: 231).

III. Pasividad y subalternidad

Una vez establecido el contenido ambiguo y contradictorio del proceso en el nivel estructural, y luego de haber identificado el Estado como el ámbito superestructural por medio del que se impulsa el proceso, hay que señalar que en el concepto gramsciano está clara y *principalmente* colocado el tema de la *forma* revolucionaria. Ello implica directamente tres cuestiones: la subjetividad, la subversión como acto, y la tensión entre subordinación e insubordinación de las clases subalternas en el proceso histórico de subjetivación, movilización y acción política. A esto apunta la idea gramsciana de *pasividad*, ella alude tanto a la subordinación de las clases subalternas como a su contraparte, la iniciativa y la capacidad de las clases dominantes para reformar las estructuras y las relaciones de dominación con miras a apuntalar la continuidad de un orden jerárquico. En este sentido, se trata de una fórmula que no solo rebasa la dicotomía revolución-conservación; también introduce la idea antieconomicista y anticatastrofista de que las clases

dominantes pueden resolver situaciones de crisis por cuanto disponen de márgenes de acción política para reconfigurar la hegemonía perdida.

Además, en el Cuaderno 15 Gramsci pone en relación el concepto de revolución pasiva con la *guerra de posiciones* hasta sugerir una eventual «identificación» –lo que nos lleva a pensar el concepto como una forma específica de construcción de hegemonía–, y afirma lo siguiente:

> Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el *Risorgimento*) el criterio interpretativo de las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones (C 15, 11: 187-188).

En este sentido, toda revolución pasiva es la expresión histórica de determinadas correlaciones de fuerza y, al mismo tiempo, un factor de modificación de las mismas.

La revolución pasiva es siempre un movimiento de reacción desde arriba, de «contragolpe», lo cual implica –subordina y subsume– la existencia de una acción previa desde abajo sin que esto necesariamente desemboque en la simplificación dicotómica revolución-contrarrevolución, siendo los dos polos planteados por Gramsci mucho más matizados en tanto que relacionados dialécticamente.

Esta tensión dialéctica entre el aspecto pasivo y el aspecto activo es por demás evidente, Gramsci pensaba la revolución pasiva desde el paradigma de la revolución activa o de una «antirrevolución pasiva»[137], así como pensaba la *guerra de posiciones* de cara al paradigma de la guerra de movimiento y de la *revolución permanente*[138]. Lo que no hay que perder de vista es que la concepción de revolución pasiva

> sigue siendo dialéctica, es decir presupone, mejor dicho, postula como necesaria, una antítesis vigorosa [para evitar] peligros de derrotismo

137 Christine Buci-Glucksmann (1979), «State, Transition and Passive Revolution», en *Gramsci and Marxist Theory,* Londres-Boston, Routledge & Kegan: 228.

138 Y aun cuando señalaba la época clave de la relación entre guerra de movimiento y revolución pasiva, no descartaba el regreso a una época donde el paradigma volviera a ser el de guerra de movimiento: «¿O existe al menos o puede concebirse todo un periodo histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobras?» (C 15, 11: 187).

> histórico, o sea de indiferentismo, porque el planteamiento general del problema puede hacer creer en un fatalismo (C 15, 62: 236).

El adjetivo pasiva es descriptivo en cuanto a la forma que adquiere el proceso, pero también es prescriptivo, acorde con la finalidad conservadora que mueve las revoluciones pasivas: un proyecto de pasivización como condición *sine qua non* para evitar una revolución activa, una revolución con revolución.

Esto corresponde al interés de Gramsci por la pasividad relativa de las clases subalternas en la época de la movilización y politización posterior a la Primera Guerra Mundial; corresponde en particular a la atención que prestó a la contradicción entre la activación antagonista de las masas y su posterior reconducción a la pasividad relativa y a la subalternidad en los años treinta.

Gramsci no define explícitamente en sus *Cuadernos* la noción de pasividad, solo reflexiona, de manera difusa y dispersa, sobre la tensión-contradicción entre los aspectos activos y los pasivos en el marco de la condición de subalternidad. En efecto, Gramsci reconoce las acciones esporádicas e inorgánicas de los subalternos, y en la revolución pasiva señala la falta de acción autónoma de los subalternos. En esta dirección, la revolución pasiva puede ser entendida, en términos gramscianos, como una revolución subalterna o, mejor dicho, subalternizante, de reconducción hacia la condición de subalterno, de resubalternización. Si bien los términos no refieren a situaciones idénticas, hay que considerar que la subalternidad incluye tanto una dimensión de pasividad, de aceptación relativa de la condición de subordinación, como otra activa, ligada a la acción de resistencia. Existe una tendencia a la pasividad que cohabita con tendencias hacia la acción, hacia el antagonismo y la autonomía[139]. En este sentido, la evocación de la pasividad remite a la vertiente pasiva de la noción de subalternidad, un aspecto que, dicho sea de paso, se vincula al punto de partida etimológico del concepto –a la subordinación o sujeción–, aunque haya sido enriquecido con propiedades subjetivas activas desde Gramsci en adelante, a tal punto que se ha convertido, para algunas corrientes –que

139 Massimo Modonesi (2020), *Subalternidad, antagonismo y autonomía. Marxismo y subjetivación política*, Buenos Aires, CLACSO, Prometeo, Buenos Aires: 37-39.

denomino subalternistas[140]–, en un concepto que refiere a un sujeto en acción, es decir, a un sujeto que resiste.

Por otra parte, es evidente que se trata de una pasividad relativa o, si se prefiere, predominante, ya que podemos convenir en que no existe la pasividad absoluta, siempre hay elementos que operan a contracorriente, y las revoluciones pasivas nunca dejan de buscar y de obtener ciertos niveles de «consenso activo» y no solo pasivo. En efecto, puede existir una actividad subalterna –distinta a la resistencia generada desde arriba– para generar «consenso activo» o –para usar términos no gramscianos– una movilización controlada, con el correspondiente –limitado, pero no irrelevante– impacto experiencial en clave de subjetivación, ya que implica niveles y grados de activación subalterna.

Con todas estas salvedades, leer el adjetivo pasiva, a la luz de la caracterización de lo subalterno por parte de Gramsci, da un valor nuevo y un mayor peso a la noción de revolución pasiva. En efecto, aunque no haya sido objeto de igual atención por parte del propio Gramsci y de los posteriores estudios gramscianos, consideramos que el adjetivo pasiva tiene igual importancia –y merece la misma atención– que el sustantivo revolución.

En relación con la génesis de la revolución pasiva, ya vimos que Gramsci anota que se trata de reacciones de las clases dominantes al «subversivismo esporádico, elemental e inorgánico de las masas populares», reacciones que «acogen cierta parte de las exigencias populares». En el inicio del proceso está entonces una acción desde abajo –aunque sea limitada y no unitaria–, la derrota de un intento revolucionario o, en un sentido más preciso, un acto fallido, la incapacidad de las clases subalternas para impulsar o sostener un proyecto revolucionario (jacobino o típico o desde abajo según los énfasis que encontramos en distintos pasajes de los *Cuadernos*), pero capaces de esbozar o amagar un movimiento que resulta amenazante o que aparentemente pone en discusión el orden jerárquico. En efecto, si bien el empuje desde abajo no es suficiente para una ruptura revolucionaria, basta para provocar u obligar a una reacción y para imponer –por vía indirecta– ciertos cambios sustanciales –además de otros aparentes–, por cuanto algunas demandas, o partes de ellas, son incorporadas y satisfechas desde arriba.

En un libro reciente, Alberto Burgio se pregunta por qué Gramsci llamó revoluciones a lo que habría que considerar, desde la misma lógica gramsciana, simples procesos reaccionarios de estabilización cuando solo las

140 Ibídem: 39.

revoluciones pasivas decimonónicas, a diferencia de las del siglo xx[141], fueron «verdaderas» revoluciones, por cuanto realizaban una transición histórica[142].

El mismo Burgio se responde, aduciendo que Gramsci asoció los procesos en función del rasgo común de pasividad por encima de las diferencias. En esto coincidiría, pero inmediatamente después Burgio sostiene que es «mucho más relevante» el otro interrogante, el de la diferencia de los efectos macrohistóricos de procesos similares[143]. En este sentido, Burgio señala una contradicción en el pensamiento de Gramsci: para este la pasividad es un criterio general que, al reunir fenómenos disímiles, los confunde, dejando al descubierto el problema central, que se sitúa en el otro término de la formulación, en la noción de revolución. Sostengo, por el contrario, que el vaso queda medio vacío por la otra mitad, que el aspecto potencialmente más sólido, estable y contundente de la definición es, en efecto, el de la elección del criterio de la pasividad. Sin embargo, a diferencia de la cuestión de la revolución, Gramsci no lo desarrolla suficientemente, desequilibrando la definición del concepto y las interpretaciones que del mismo se dieron.

Si seguimos estrictamente la pista de la definición de revolución pasiva, podemos convenir con Burgio en que el adjetivo pasiva se debe al hecho de que este tipo de revolución es «padecida por los sujetos que en línea de principio deberían actuarla, y dirigida por aquello que debería adversarla»[144]. Para Burgio «pasividad» es sinónimo, en la obra de Gramsci, de «atraso y debilidad», de lo cual se deriva una ineficacia en el terreno macrohistórico[145].

Sin embargo, como ya lo hemos señalado, es evidente que en Gramsci la cuestión de la pasividad no se reduce a un análisis político-estratégico sobre la dirección de la revolución –aunque la incluya–, sino que remite –en última instancia– a la profundidad político-cultural de la relación mando-obediencia, a la dimensión hegemónica en toda su complejidad, a la correlación de fuerzas como lucha de clases,

141 Caracterizadas por una serie de elementos que el autor deriva de las reflexiones de Gramsci sobre el cesarismo: equivalencia de fuerzas, contraste irreductible entre capital y trabajo, asedio recíproco, enfrentamiento totalitario y catastrófico e intento de contener la crisis orgánica.

142 Alberto Burgio (2014), *Gramsci. Il sistema in movimiento*, Roma, Derive Approdi, Roma: 259 y 266.

143 Ibídem: 261.

144 Ibídem: 248.

145 Ibídem: 254.

como dinámica intersubjetiva de implicaciones societales. Si bien Gramsci no se detuvo a definir explícitamente la categoría de pasividad, esta se asocia, se trenza y se deriva lógicamente de la noción de subalterno, que el marxista sardo va desarrollando en paralelo, sin entrecruzarlas explícitamente.

Y, en efecto, agrega acertadamente Burgio, «el dato determinante es la carencia de conflictualidad»[146]. Pero no la simple conflictividad táctica y estratégica de la teoría de juegos sino aquella que es habitada subjetivamente, la conflictividad como polo activo, como indicador de activación, de procesos de subjetivación política, aunque estos hayan sido relegados a la subalternidad, a los estrechos márgenes resistenciales propios de la subordinación.

Esta dimensión subjetiva es un dato relacionado con el análisis de la coyuntura, pero adquiere el estatus de una construcción histórico-política en la temporalidad más amplia en que se insertan los fenómenos de revolución pasiva.

El análisis de Burgio queda atrapado en el corto y mediano plazos cuando señala que a Gramsci «el rasgo que más le interesa es la responsabilidad de las fuerzas de oposición»[147], en particular las direcciones políticas y sindicales socialistas reformistas, la debilidad que permite a las clases dominantes seguir dirigiendo los procesos. Sin duda Gramsci refiere a la «inmadurez de las fuerzas progresivas» (C 13, 23: 53) y manifiesta su crítica respecto de los grupos dirigentes, pero al mismo tiempo su idea de debilidad, al ser justamente macrohistórica, está ligada a la subalternidad, al fondo del asunto, al trazo más amplio de los procesos históricos a través de los cuales se forjan y se confrontan entre sí las subjetividades sociopolíticas.

Por otra parte, al margen de la polémica con Burgio, hay que problematizar la cuestión de la pasividad de las masas. ¿Es solo causa o también consecuencia de las revoluciones pasivas?

Como ya lo mencioné, Gramsci dedica más tinta a reflexionar sobre el alcance y los límites del carácter revolucionario que sobre las formas de pasivización que acompañan, producen y reproducen la subalternidad, por cuanto son instrumentos para reconfigurar la hegemonía. De ahí que, desde un seguimiento textual, no resalte la idea de pasividad como resultado, como producto histórico específico, de la revolución pasiva.

146 Ibídem: 251.
147 Ibídem: 261.

Sin embargo, es evidente en la lógica política y en el razonamiento de Gramsci, que las revoluciones pasivas procuran evitar que las masas sigan siendo activas y se vuelvan protagonistas; las concesiones son el medio para producir pasividad, y el resultado conservador se logra debido a la pasividad, ella es la condición que acompaña el proceso y sanciona su éxito político. Este es, en efecto, el objetivo en el origen de las revoluciones pasivas entendidas como procesos, pero también como proyectos de pasivización y de subalternización[148]. Así pues, el proyecto-programa de la revolución pasiva se realiza como un proceso cuyo fin es desactivar, pasivizar y subalternizar.

Por cuanto la actividad de las masas o la amenaza de ella[149] es siempre el detonador de la revolución pasiva, es necesario conseguir que un cierto grado de pasividad (subalternidad) impida la realización de una revolución activa y habilite el camino para la pasiva, la cual se presenta como proyecto y proceso de pasivización, siempre relativa pero predominante, aunque incorpore eventualmente formas de movilización controlada. La pasividad-pasivización es, por lo tanto, el objetivo fundamental del proyecto; no es solo la causa y la condición para la realización del proceso, también es su consecuencia más relevante en términos de la modificación de la correlación de fuerzas en favor de las clases dominantes, lo cual es finalmente el resultado deseado y alcanzado por medio de los proyectos-procesos de revolución pasiva.

IV. Dispositivos de pasivización: cesarismo y transformismo

Podemos reforzar esta primera conceptualización de la pasividad como criterio definitorio de las revoluciones pasivas, a través de las categorías transformismo y cesarismo; por cuanto uno y otro son dispositivos que las viabilizan, son también de utilidad en los procesos de pasivización que acompañan y caracterizan toda revolución pasiva.

148 Gramsci aclara que la idea de revolución pasiva es, para el marxismo, «un criterio o canon de interpretación» y no un programa como lo sería para la burguesía (y para su intelectuales, Benedetto Croce *in primis*). En este sentido reconoce explícitamente su dimensión proyectual.

149 Considerando que una crisis orgánica puede también tener causales internas a la dominación burguesa.

Estos conceptos han sido mucho menos analizados que el de revolución pasiva[150]. Ello se debe a que son menos recurrentes en los *Cuadernos*, a que tienen un peso teórico o interpretativo menor y a que, como se argumentará más adelante, son subsidiarios del primero, en el sentido de que Gramsci no les otorga el estatus de «canon interpretativo».

La categoría de revolución pasiva parece, en efecto, de orden general respecto a mecanismos más particulares o específicos como el transformismo y el cesarismo[151]. Ambos dispositivos son, a mi parecer, subsidiarios del proceso general de revolución pasiva, ya que operativizan, es decir vuelven operativas, tanto la vertiente revolucionaria como su contraparte de pasividad.

Por lo general se acepta que la noción de transformismo complementa el andamiaje teórico de la noción de revolución pasiva, por cuanto ambos conceptos surgen y son utilizados por Gramsci para entender el *Risorgimento* italiano. Gramsci utiliza el neologismo transformismo para designar un proceso de deslizamiento o retención molecular que lleva al fortalecimiento del campo de las clases dominantes, estas drenan o absorben paulatinamente (por medio de la cooptación o del tránsito voluntario) fuerzas y poder del campo de las clases subalternas; o, si se quiere, a la inversa: el campo subalterno se debilita a causa del abandono o traición de sectores que transforman oportunistamente sus convicciones políticas y cambian de bando[152]. El transformismo aparece entonces como

150 Guido Liguori y Pasquale Voza (comps.) (2009), Dizionario Gramsciano *(1926–1937)*, Roma, Carocci, Roma:. 123-125, 860-862; Alberto Burgio, *Gramsci. Il sistema in movimiento*, cit.

151 Alberto Burgio (2009), *Per Gramsci. Crisi e potenza del moderno*, Roma, Derive Approdi, Roma: 82.

152 Veamos el pasaje más significativo a este respecto de los *Cuadernos*: «Puede incluso decirse que toda la vida estatal desde 1848 en adelante está caracterizada por el transformismo, o sea por la elaboración de clase dirigente cada vez más numerosa en los cuadros establecidos por los moderados después de 1848 y la caída de las utopías neoguelfas y federalistas, con la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos en su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados e incluso de los adversarios y que parecían irreconciliablemente enemigos. En este sentido la dirección política se volvió un aspecto de la función de dominio, en cuanto que la absorción de las elites de los grupos enemigos conduce a la decapitación de estos y a su aniquilamiento por un periodo a menudo muy largo. De la política de los moderados resulta claro que puede y debe haber una actividad hegemónica incluso antes de la llegada al poder y que no hay que contar solo con la fuerza material que el poder da para ejercer una dirección eficaz: precisamente la brillante solución de estos problemas hizo posible el *Risorgimento* en las formas y los límites en el cual se efectuó, sin «Terror», como «revolución sin revolución» o sea como «revolución pasiva»

una forma[153], un dispositivo vinculado a la revolución pasiva en la medida en que modifica la correlación de fuerzas en forma molecular drenando –por medio de la cooptación o el tránsito voluntario– fuerzas y poder hacia un proyecto de dominación en aras de garantizar la pasividad y de promover la desmovilización de las clases subalternas. Toda revolución pasiva se apoya en un proceso transformista, aunque no todo transformismo corresponde a una revolución pasiva.

Más problemática y, por lo mismo, más fecunda es la relación que existe entre el concepto de revolución pasiva y el de cesarismo.

Por medio de la noción de cesarismo, que para él no difiere de la de bonapartismo[154], Gramsci amplía de hecho su acepción corriente al introducir un matiz importante por medio de la distinción explícita entre modalidades progresivas y regresivas. Gramsci asume –siguiendo las intuiciones de Marx– que frente a un «empate catastrófico» el cesarismo ofrece una «solución arbitral» ligada a una «gran personalidad heroica», pero sugiere que esta salida transitoria no «tiene siempre el mismo sentido histórico».

> Es progresista el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresiva a triunfar, aunque sea con ciertos compromisos y atemperamientos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva (C 13, 27: 65).

---

para emplear una expresión de Cuoco en un sentido un poco distinto del que Cuoco quiere decir» (C 1, 44: 106; C 19, 24: 387).

153 Según el propio Gramsci, «una de las formas históricas» de la revolución pasiva (C 8, 36: 235). «El transformismo como una forma de la revolución pasiva en el periodo de 1870 en adelante» (C 10 I, 13: 137).

154 Aceptando e incorporando por lo tanto todas sus implicaciones teóricas. En efecto, en varios pasajes de los *Cuadernos*, bonapartismo y cesarismo aparecen como sinónimos. En relación con el desarrollo del concepto de bonapartismo, además de los textos clásicos de Marx y Engels, véase Mauro Volpi, «El bonapartismo: historia, análisis, teoría», en *Críticas de la Economía Política*, núm. 24 y 25. Señalo aquí que Trotsky, guardadas las diferencias de las perspectivas, tuvo una inquietud similar a la de Gramsci, sin desarrollarla, al reconocer una variante progresista de bonapartismo y al interrogarse sobre la variable de la actividad-pasividad de las masas como criterio de definición, cuando definió como «bonapartismo *sui generis*» al régimen de Lázaro Cárdenas en México en un texto de 1939 –pero inédito hasta 1946–: «La industria nacionalizada y la administración de los trabajadores y anteriormente "Discusión sobre América Latina", 4 de noviembre de 1938» (León Trotsky (2013), *Escritos latinoamericanos*, México, Instituto del Pensamiento Socialista Karl Marx, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones León Trotsky.).

La distinción se hará más fina y compleja cuando Gramsci introduzca los criterios «cualitativo» y «cuantitativo», asumiendo que, en algunos casos, del tipo Napoleón I, se da un «paso de un tipo de Estado a otro tipo, un paso en el que las innovaciones fueron tantas y tales que representaron una completa transformación», a diferencia de casos como el de Napoleón III (C 13, 27: 67[155]). Por otra parte, cabe señalar que Gramsci, en una nota sobre el movimiento Dreyfus, habla también de cesarismo reaccionario y establece una distinción entre cesarismo absoluta y relativamente progresivo (C 14, 23: 116-117[156]).

El vínculo entre los conceptos de revolución pasiva y cesarismo es visible en varios puntos de contacto[157]. Se trata de conceptos en los que se cruzan las mismas variables correspondientes al fondo de las preocupaciones políticas y teóricas de Gramsci, como reflejo de su marxismo crítico, donde estructura y acción son dos campos de reflexión entrecruzados de los que brotan hebras analíticas que van entrelazándose de forma no lineal en distintos momentos de su pensamiento, pero que confluyen, desembocan y culminan en una reflexión estratégica sobre el sujeto y la acción política.

Si bien Gramsci se mueve entre distintos niveles de conceptualización –histórica, politológica y político-estratégica–, las distinciones formales entre los conceptos no deben hacernos perder de vista que la intención es totalizadora, es decir, articuladora o, para usar una noción

155 En otros pasajes de los *Cuadernos*, la idea de lo «históricamente progresivo» se define por cuanto «resuelve los problemas de la época» (C 13, 25: 64). Aparece en un sentido similar en otra nota cuando se define lo regresivo por cuanto «tiende a comprimir las fuerzas vivas de la historia» (C 14, 34: 125).

156 «Del tipo Dreyfus encontramos otros movimientos histórico-políticos modernos, que ciertamente no son revoluciones, pero que no son completamente reacciones, al menos en el sentido de que también en el campo dominante rompen cristalizaciones estatales sofocantes e introducen en la vida del Estado y en las actividades sociales un personal distinto y más numeroso que el anterior: también estos movimientos pueden tener un contenido relativamente «progresivo» en cuanto indican que en la vieja sociedad estaban latentes fuerzas activas que los viejos dirigente no supieron aprovechar, aunque sea «fuerzas marginales», pero no absolutamente progresivas, en cuanto no pueden «hacer época». Se hacen históricamente eficientes por la debilidad constructiva del adversario, no por una íntima fuerza propia, y entonces están ligadas a una situación determinada de equilibrio de las fuerzas en lucha, ambas incapaces en su propio campo de exprimir una voluntad reconstructiva por sí mismas» (C 14, 23: 116-117).

157 Burgio sostiene que son categorías «gemelas» cuya diferencia fundamental es que el segundo no incluye la caracterización de los procesos de modernización y el primero no se basa en la relación entre jefe y masa (Burgio, *Gramsci. Il sistema in movimiento*, cit.: 267).

gramsciana, susceptible de *traducción*. Así pues, aunque el concepto de revolución pasiva nace en el terreno historiográfico, el de cesarismo –en el nivel de la ciencia política y de la *guerra de posición*– parece más de orden político-estratégico. La cuestión de la hegemonía es el hilo conductor que los une: una conexión interpretativa respecto del pasado y el presente históricos y políticos, que Gramsci asume como horizonte de visibilidad y de reflexión en términos de filosofía de la *praxis*. Es cierto que Gramsci señala explícitamente que el cesarismo es una noción más teórica («formal», «geométrica»[158]) que vale para distintas épocas, ligada a la teorización de la correlación de fuerzas y a la hipótesis del empate catastrófico que, aparentemente, no supone como necesaria –a diferencia de las nociones de revolución pasiva y transformismo– la existencia de una hegemonía, de una forma específica de la hegemonía. Si bien el historicismo del concepto de revolución pasiva lo aleja aparentemente del teoricismo del de cesarismo, a medida que el primero se generaliza a lo largo de los *Cuadernos* se vuelve más y más abstracto, más teórico y, por lo mismo, se acerca al segundo. Finalmente, aun concediendo la necesidad y la utilidad de mantener la distinción para fines de sutil lectura gramsciológica, desde una más elástica perspectiva gramsciana, su interconexión proporciona elementos para conectar interpretación histórica y teoría política en aras de forjar instrumentos de análisis de procesos concretos[159].

Volviendo a centrarnos en el criterio de la pasividad y en el principio de la subalternidad, un elemento característico del cesarismo es invocado directamente por Gramsci cuando señala que el «equilibrio catastrófico» puede ser el resultado de los límites orgánicos insuperables en el seno de la clase dominante, o bien simplemente de razones políticas momentáneas que producen una crisis de la dominación, y no de una maduración o fortalecimiento de las clases subalternas (C 13, 27: 67). Ello evoca y se conecta lógicamente con el carácter «esporádico e inorgánico» de las luchas populares como elemento fundamental para el surgimiento de una revolución pasiva.

158 «Por lo demás el cesarismo es una fórmula político-ideológica y no un canon de interpretación histórica» (C13, 27: 65).

159 A nivel formal, más bien habría que señalar una diferencia: si en la definición de *revolución pasiva* los dos términos configuran dialécticamente la contradicción, en el caso del cesarismo Gramsci opta por otro formato de definición en donde la tensión dialéctica entre las tendencias se vierte en el adjetivo al abrirse como disyuntiva entre dos posibilidades.

Por otra parte, la noción de cesarismo alude indirectamente a la pasividad, ya que la emergencia y centralidad de una figura carismática –«gran personalidad heroica» dice Gramsci– cumple una función política específica en un contexto de empate catastrófico, y en particular es susceptible de impulsar y viabilizar una revolución pasiva operando como factor de equilibrio entre clases, entre tendencias conservadoras y renovadoras, y como factor de pasivización, en particular canalizando las demandas populares y asumiendo –por delegación– nominal y demagógicamente la representación de los intereses de las clases subalternas[160]. El cesarismo opera así cubriendo el vacío y reemplazando fuerzas o clases capaces de impulsar un proceso de modernización que, por sus características híbridas, termina coincidiendo con la ambigüedad de los contenidos de conservación-transformación (modernización conservadora) de la revolución pasiva y, en cuanto a las formas, pasiviza y subalterniza por medio de la delegación y la representación distorsionada propia del fenómeno carismático[161].

En síntesis, el criterio de la pasividad, nominalmente expresado en la fórmula *revolución pasiva*, aparece implícitamente contenido en la lógica de la delegación carismática en el caso del cesarismo.

Pasando al otro lado de la fórmula, la conexión entre el concepto de revolución pasiva y el de cesarismo es evidente y explícita cuando

160 Si bien el cesarismo es un concepto que Gramsci utiliza como sinónimo de bonapartismo, hay que aclarar en qué medida ha sido inspirado por la lectura de Weber y Michels su interés por la cuestión del *carisma*. Es evidente, no obstante, que se aleja de una acepción estrictamente personalista del concepto cuando sostiene que en la era de las organizaciones de masas (partidos y sindicatos) puede haber «solución cesarista sin César» (sin personalidad heroica), es decir por medio de organizaciones y partidos de masas o vía parlamentaria o vía coaliciones, y que más que militar, el cesarismo tiende a ser policiaco, entendiendo por policía algo más que la represión, esto es, un conjunto de mecanismos de control social y político (C 9, 133: 102-103; C 13, 27: 65-68).

161 Aun cuando, como señala Hernán Ouviña en un comentario a este pasaje, hay que tomar en cuenta el valor positivo que con frecuencia cumple el carisma en términos de agregación y de proyección. Comparto y reproduzco su planteamiento, ya que contiene una sugerente hipótesis de trabajo: «En ciertas ocasiones implica que ese Príncipe Moderno no se encarne en instancias de organización colectiva, sino en personas «carismáticas». Sí, creo que, a contrapelo de lo que afirmó Gramsci en sus notas, ese Príncipe que unifique a las clases subalternas, en algunos procesos latinoamericanos, para bien o para mal, como dato de la realidad y no como anhelo o apuesta política, ha encarnado en sujetos concretos, no colectivos, como síntesis de proyectos colectivos. Esta es una de las aristas más problemáticas y menos profundizadas por Gramsci, que me parece importante ahondar desde una perspectiva neogramsciana».

Gramsci, en su esfuerzo por aclarar la distinción entre lo progresivo y lo regresivo, evoca el criterio de la «dialéctica "revolución-restauración"», el mismo criterio de caracterización de la ambigüedad típica de las revoluciones pasivas. En este sentido, *progresivo* sería a *revolución* lo que *regresivo* a *restauración*. La referencia a la dialéctica alude al procedimiento analítico que consiste en reconocer combinaciones desiguales de elementos progresivos y regresivos, combinaciones en las que es posible distinguir proporciones y medidas y, por lo mismo, asignar a un elemento el carácter determinante o dominante. Todo cesarismo sería, por lo tanto, simultáneamente progresivo y regresivo –y en efecto Gramsci menciona de paso la posibilidad de formas «intermedias»–, aunque un elemento tendencialmente prevalezca y etiquete nominalmente al fenómeno.

Si bien toda revolución pasiva pasa por el tamiz de la tensión progresivo-regresiva, no todas recurren a la forma cesarista, esta es un dispositivo, un recurso posible, aunque–hay que reconocerlo– es tan recurrente y frecuente que termina superponiéndose constantemente. Pero, por decirlo así, técnicamente, no toda revolución pasiva surge de un «equilibrio catastrófico» –la situación típica de surgimiento del cesarismo–, aunque es evidente que todas ellas tratan de resolver un *impasse* en la relación de dominación, de evitar su trastrocamiento, de contener la acción de las clases subalternas, aun cuando esta se presente en forma inorgánica y esporádica. Quieren por lo tanto desempatar, evitar o prevenir una situación de equilibrio.

El matiz de distinción podemos encontrarlo con gran claridad en la página de Gramsci que reproduzco a continuación:

> Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeño burgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución […].
>
> La clase tradicional dirigente, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reabsorbe el control que se le estaba escapando con una celeridad mayor que la que poseen las clases subalternas; hace incluso sacrificios, se expone a un futuro oscuro con promesas demagógicas, pero conserva el poder, lo refuerza

> por el momento, y se sirve de él para aniquilar al adversario y dispersar a su personal de dirección, que no puede ser muy numeroso ni muy adiestrado […].
>
> Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, sino la del jefe carismático, significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser dispares, pero en el que prevalece la inmadurez de las fuerzas progresistas), tiene la fuerza necesaria para la victoria y que incluso el grupo conservador tiene necesidad de un amo (véase *El 18 brumario de Luis Bonaparte*) (C 13, 23: 52-53).

La revolución pasiva desempata, ofrece una solución orgánica al empate, mientras que el bonapartismo-cesarismo, cuando no es un dispositivo de la revolución pasiva, puede ser una fórmula de solución solo aparente y transitoria surgida del empate, al que prolonga de forma efímera como equilibrio precario. En este sentido, por su naturaleza instrumental –aun cuando suelen acompañar y operativizar a las revoluciones pasivas– puede haber cesarismos sin revolución pasiva, por ejemplo cuando un cesarismo rebasa el perímetro externo de la versión regresiva: cesarismo contrarreformista[162].

Otro aspecto que debe señalarse, en vista de la posibilidad de extender el uso del concepto para caracterizar fenómenos y procesos actuales, es que Gramsci marca una distancia entre los cesarismos del pasado y los del siglo xx, cuando señala que estos últimos son «totalmente» diferentes por la imposibilidad de la fusión o unificación de fuerzas ya irremediablemente contrapuestas y cuyo antagonismo, subraya, se acentuaría con el advenimiento de formas cesaristas. Acto seguido sugiere que siempre hay márgenes de manifestación de la forma cesarista, en particular en tanto exista «debilidad relativa de la fuerza progresiva

162 Sobre este punto resulta discutible y polémica otra conclusión de Burgio, quien asume que la noción de cesarismo, a diferencia de la de bonapartismo, no siempre es negativa, sino que, en el pensamiento de Gramsci, se conecta con la idea emancipatoria del moderno príncipe entendido como cesarismo sin césar, colectivo, democrático y progresivo (Burgio, *Gramsci. Il sistema in movimiento*, cit.: 282). Más bien, la idea del cesarismo visto como coalición da otra pista que confirma la conexión conceptual con la revolución pasiva y que se trata del correlato formal, ya que en la forma coalición o alianza se expresan los cruces entre el carácter progresivo y regresivo (revolución-conservación, etcétera) en donde uno prevalece y le da su sello. La coalición sintetiza la contradicción y la resuelve aparente y temporalmente por medio de una solución de «compromiso» como lo demuestra, en los ejemplos de Gramsci, el hecho de que tendencialmente aparece una figura carismática o cumpliendo un papel arbitral.

antagónica, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de esta, debilidad que hay que mantener: por eso se ha dicho que «el cesarismo moderno más que militar es policiaco»» (C 13, 27: 68).

Una vez más, aparecen de la mano la dimensión subjetiva y la lógica de la correlación de fuerzas, donde la «debilidad que hay que mantener» implica pasivizar, subalternizar, restar fuerza antagonista a las clases subalternas.

V. Revoluciones pasivas progresivas y/o regresivas

Tanto entre gramsciólogos como entre gramscianos está muy difundida la idea de que el concepto de revolución pasiva, por su amplitud, se presta a un uso excesivamente elástico que se extiende a fenómenos muy diversos, a tal punto que genera confusión y pone en tela de juicio el valor analítico y explicativo del concepto mismo.

Sin embargo, existen pistas y caminos más o menos explorados que permiten delimitar su perímetro y precisar la amplitud del territorio sociopolítico que cubre.

Para empezar, la revolución pasiva no caracteriza todos los procesos de reconfiguración de la dominación burguesa, sino solo aquellos que introducen elementos progresivos con la finalidad de modificar los términos de la relación mando-obediencia entre clases dominantes y clases subalternas, para conservar su esencia jerárquica y su contenido capitalista.

Por otro lado, en la terminología de Gramsci aparecen dos fronteras o límites: el ya mencionado límite *izquierdo* de la revolución activa, y el límite *derecho* de la restauración o, como lo señala Coutinho[163], de la *contrarreforma* –una noción que Gramsci usa ocasionalmente–, donde forma y contenido del proceso-proyecto son inequívocamente regresivos o reaccionarios (palabras que Gramsci usa frecuentemente como sinónimos). Dicho de otra manera, la *contrarreforma* y la *restauración* están a la extrema derecha de la revolución pasiva, así como la revolución activa está a su extrema izquierda.

Así, la revolución pasiva, en una tipología de hipótesis y escenarios histórico-políticos, aparece como una alternativa progresista a la vía reaccionaria, y como un antídoto conservador a la vía revolucionaria

163 Coutinho (2007), «L'epoca neoliberale: rivoluzione passiva o controriforma?», en *Crítica Marxista*, núm. 2, supra.

desde abajo, frente al empuje –insuficiente pero significativo– de las clases subalternas.

Sin embargo, esta delimitación sigue dejando una paleta de distintos tonos grises que puede ser considerada demasiado amplia. Una solución gramsciana a este problema sería introducir la distinción entre *progresivo* y *regresivo* como criterio para distinguir dos tipos de revoluciones pasivas.

En esta dirección apunta Alberto Burgio cuando sostiene que el cesarismo «puede ser progresivo o regresivo, justo como una revolución pasiva» y refiere a una posible «comparación entre revoluciones pasivas progresivas y regresivas»[164]. Lamentablemente, Burgio no desarrolla ni sustenta sus afirmaciones sobre este delicado punto en relación con la lógica de la obra de Gramsci, quien es particularmente fecundo en su aplicación. Posiblemente la falta de interés de Burgio en desplegar esta intuición se deba a que, exacerbando la anotación de Gramsci mencionada arriba, considera que no puede haber revoluciones pasivas progresivas después de 1870; a partir de entonces serán, lo mismo que los cesarismos, inexorablemente reaccionarias y defensivas (tanto en sentido político como macrohistórico) por el carácter orgánico de la crisis y del conflicto[165]. En este sentido, la distinción dejaría de tener interés en relación con los fenómenos actuales.

Al margen de esta muy discutible afirmación, podemos retomar el hilo del razonamiento abandonado por Burgio y argumentar en qué términos puede formularse y sostenerse esta distinción como criterio para el análisis de fenómenos contemporáneos.

Para Gramsci, como vimos, la progresividad solo puede ser evaluada plenamente en retrospectiva, cuando ya se cuenta con la perspectiva necesaria para observar si se avanzó más o menos en la dirección del *progreso*, es decir, hacia la victoria definitiva de las clases subalternas; propone así una versión sociopolítica y subjetiva de la progresividad, muy lejana del paradigma del desarrollo de las fuerzas productivas. Por esta cualidad retrospectiva del concepto –de la que sí pudo echar mano en su análisis sobre el siglo XIX– Gramsci no está seguro del alcance histórico ni del carácter de revoluciones pasivas del fascismo o del americanismo, no puede dar una respuesta concluyente sobre la época y, por lo tanto, se siente incapaz de evaluar su carácter progresivo o regresivo. Gramsci, en efecto, se pregunta si el americanismo llegará a marcar una

164 Burgio, *Gramsci. Il sistema in movimiento*, cit.: 264.
165 Ibídem: 279-280.

época, es decir, si alcanzará un desarrollo del tipo de las «revoluciones pasivas» (C 22, 1: 61), e igualmente se pregunta si el fascismo será la forma de la revolución pasiva del siglo xx, como el liberalismo lo fue del xix (C 8, 236: 334).

Ahora bien, si se trata de evaluar la dirección, la orientación, el «sentido histórico», es decir, de evaluar si un cesarismo impulsa o inhibe, favorece o desfavorece un desenlace u otro, una fuerza sociopolítica u otra, todo paso hacia la construcción de una hegemonía –lo cual, desde la óptica de las clases subalternas, no equivale estrictamente a una victoria política inmediata, al quiebre definitivo del «hacerse Estado»– puede o debe incluir acumulaciones más o menos moleculares a mediano o largo plazo.

El reformismo desmovilizador de una revolución pasiva busca neutralizar el potencial revolucionario activo, una resubalternización que implica un retroceso, una regresión. Sin embargo, en la medida en que las reformas satisfacen algunas demandas formuladas desde abajo, y, por cuanto, como lo señala Gramsci, el antagonismo se volvió irreductible después de 1870, se trata de un proceso que desplaza hacia delante el conflicto, y este desplazamiento es objetivamente progresivo por cuanto implica nuevos escenarios históricos donde se disuelve el antagonismo y se forjan subjetividades políticas correspondientes y a la altura de los desafíos de época.

Simplifiquemos nuestro argumento desde la lógica de la guerra de posiciones: tiene un carácter progresivo o progresista todo proceso o proyecto de reformismo social que, además de ampliar los márgenes de fuerza política de que disponen las clases subalternas, no incluya medidas profundamente reaccionarias en el plano de las libertades políticas. Mientras que son regresivos aquellos proyectos o procesos que combinan reformas con altos niveles de represión, o que por medio de las reformas buscan o logran interrumpir el proceso hacia la autonomía integral de los subalternos, esto es, para decirlo en términos más actuales, que buscan o logran desmovilizarlos[166].

166 Aquí se abren las siguientes interrogantes: ¿todas las reformas sociales son conquistas y pueden contabilizarse como saldo positivo de la lucha de clase? ¿Son concesiones que renegocian la subordinación y la desmovilización, o son estrictamente reajustes de los patrones o modelos de acumulación? Aunque la respuesta apunta a una combinación, su distinta composición corresponderá a la predominancia de un elemento y de una orientación del proceso.

Como puede verse, la cuestión de la conformación de la subjetividad política y el protagonismo de las clases subalternas se vuelve la variable central y discriminante en última instancia, dejando en segundo plano el tema de las reformas socioeconómicas que aparecen como una constante en experiencias sociopolíticamente tan diversas como el *New Deal* estadounidense y el fascismo italiano.

Conscientes de que estamos estirando del lado subjetivo y dejando voluntariamente de lado el aspecto estructural de la acepción de progreso de Gramsci, hay que reconocer y poner de relieve que para el marxista italiano lo progresivo está relacionado con la victoria política y no solo, o no tanto, con el desarrollo de las fuerzas productivas, con la disminución de la distancia entre clases subalternas y el poder, una distancia que se puede cubrir solo con una construcción subjetiva de activación de las masas, de construcción de conciencia, que arranca de la subalternidad, pasa por el antagonismo y la autonomía y desemboca en la hegemonía. La medida última es entonces subjetiva, relacionada con la acción política, antitética de la pasividad y la subalternidad. Esta cuestión es una constante en la obra de Gramsci y caracteriza el concepto de *revolución pasiva*. Por lo tanto, debería precisar su alcance y orientar el uso del concepto.

Revolución pasiva y laboratorio político: apuntes sobre el análisis del fascismo en los *Cuadernos de la cárcel*

FABIO FROSINI

I. Efecto Groethuysen

Sería reductivo –aunque en absoluto falso– decir que el fascismo entra en los *Cuadernos de la cárcel* como un análisis del adversario, como un reconocimiento de las fuerzas enemigas. Esta es, naturalmente, la primera y, quizás, más fundamental exigencia que alimenta y justifica la asiduidad con la que Gramsci desarrolla, en sus apuntes de prisión, una variada reconstrucción de la galaxia de fuerzas que se agitan dentro del fascismo, caracterizando su peculiar «identidad». Si bien es correcto –y también banal– notar que, sin la máquina represiva puesta en movimiento por el régimen, y sin el Tribunal especial, los *Cuadernos* no hubieran sido escritos, también es cierto (y sobre este punto es necesario insistir en un modo peculiarmente fuerte) que la «naturaleza» más profunda de estos –su singular «estatuto» de texto permanentemente *in fieri*, pero también a cada momento tendiente a alguna forma de «unidad» articulada, sin encontrar jamás una forma estable– se encuentra precisamente en el hecho de que estos intentan confrontarse con la Italia fascista desde una perspectiva *estratégica*. Los *Cuadernos* son, en este sentido, al mismo tiempo una obra de prisión y la negación de este mismo punto de partida, porque se proponen como un texto inmediatamente político; es decir, están escritos no desde el punto de vista de un *leader* derrotado y aislado, sino de un partido que, aun encontrándose reducido por las condiciones de clandestinidad, no cesaba de luchar por la conquista del poder.

Sobre esta consideración se puede agregar una puntualización relativa a la definición, que he llamado reductiva, del análisis del fascismo como mero reconocimiento del campo adversario. El carácter profundamente político de los *Cuadernos* lleva a considerar que el *Hic Rhodus* consistiera, para Gramsci, en la capacidad de plantear una estrategia para el Partido Comunista que resultase realizable en Italia, esto es, en la Italia fascista de fines de los años veinte y los primeros años treinta. Con esto se entiende –y lo digo recuperando sus indicaciones, muy claras a este propósito– una estrategia que brotara de un análisis específico, capaz de identificar el modo –en el límite, «único»– en el cual las relaciones internacionales se «anudaban» para constituir una determinada «personalidad» nacional[167]. Un análisis que fuese, en definitiva, el exacto contrario del doctrinarismo, de la aplicación mecánica al caso nacional de una «lengua» que se pretendía universal. Las *Tesis de Lyon* habían sido el primer análisis de la realidad italiana desde el punto de vista comunista, un análisis que había encontrado su profundización monográfica en el escrito de 1926 sobre la cuestión meridional. No es casual que, en marzo de 1927, cuando escribiera a su cuñada Tatiana Schucht que quería ocuparse «intensa y sistemáticamente de algún tema que […] absorbiese y centralizase *su* vida interior», Gramsci recordase como antecedente del primero, y sin dudas más importante, de los cuatro temas apuntados –«una investigación acerca de la formación del espíritu público en Italia en el siglo pasado; en otras palabras, una investigación acerca de los intelectuales italianos, sus orígenes, sus reagrupamientos según las corrientes de la cultura, sus diversos modos de pensar, etc.»– justamente «mi rapidísimo y muy superficial escrito sobre la Italia meridional y sobre la importancia de Benedetto Croce»[168].

Los *Cuadernos* pueden ser considerados como una prosecución de aquel conjunto de análisis estratégicos: una prosecución, por cierto,

167 «La personalidad nacional (como la personalidad individual) es una abstracción, considerada fuera del nexo internacional (y social). La personalidad nacional expresa un «distinto» del complejo internacional, por consiguiente, está ligada a las relaciones internacionales» (C 9, 90: 1161). Véase también 14, 68: 1728-1730. Los términos de datación de los textos de los *Cuadernos* que aquí utilizamos son aquellos establecidos por Gianni Francioni y recuperados por Giuseppe Cospito (2011), *Appendice*, en «Verso l'edizione critica e integrale dei «Quaderni del carcere»», en *Studi Storici* 52, núm. 4: 896-904 (donde está también detallada la contribución de Cospito).

168 Antonio Gramsci y Tatiana Schucht (1997), *Lettere 1926–1935, a cura di A. Natoli e C. Daniele*, Turín, Einaudi, Turín: 61-62.

enormemente más completa y profunda y, en muchos aspectos, radical (Gramsci sintetiza todas estas características en la expresión «desde un punto de vista "desinteresado", "für ewig"»), aunque no en discontinuidad respecto de las aproximaciones precedentes[169]. El concepto donde esta continuidad se condensa es, como indica Gramsci, el *Risorgimento*, término en el cual se resumen los procesos que culminan en la formación del Estado-nación vistos desde la perspectiva de la hegemonía, esto es, de la capacidad de una clase social de articular, dentro de la sociedad civil –en la dimensión de las organizaciones «privadas»– un despliegue de fuerzas que apoyara su supremacía a nivel del poder político-estatal.

La peculiaridad de la vía italiana al Estado moderno consiste, para Gramsci, en el carácter *pasivo* de los procesos hegemónicos que allí se realizan, es decir, en el hecho de que tales procesos no hayan apuntado, como en el caso de la Revolución francesa, a instituir un bloque rural-urbano bajo dirección burguesa que pudiera contraponerse a la nobleza feudal y quebrar su resistencia, sino a *impedir* que tal bloque se formase. Esto habría, de hecho, supuesto la entrada de la masa de los campesinos en la vida política, bajo la dirección de la burguesía urbana de tendencia democrática, otorgando así a esta última la iniciativa hegemónica en la lucha por la formación del Estado. En este sentido, las campañas militares por la independencia nacional habrían sido dotadas de un contenido político y social muy similar a aquel jacobino de 1789, y el término «nación» se habría nutrido de contenidos presentes en aquel otro de «pueblo». Gramsci recupera, como es sabido, el precoz núcleo generador de este argumento de los escritos de Maquiavelo, especialmente del par formado por *El Príncipe* y *El arte de la guerra* y –en modo abreviado, icástico y «mítico»– de la invocación final de *El Príncipe*.

Pero, como hemos dicho, en Italia esta línea fracasó. Los «moderados» alcanzaron el objetivo de frustrar cualquier amenaza jacobina gracias a su capacidad de hegemonizar a los dirigentes –reales y potenciales– del lado democrático, interrumpiendo de raíz cualquier tentativo de formación de un bloque alternativo. No es posible entrar aquí en mayores detalles. Basta por ahora haber aclarado que, para una correcta comprensión de los *Cuadernos de la cárcel*, es indispensable

169 Ver Giovanni Mastroianni (1979), *Vico e la rivoluzione. Gramsci e il diamata*, Pisa, Ets, Pisa: 63-71 y, del mismo autor (2003), «Gramsci, il "für ewig" e la questione dei "Cuadernos"», en *Giornale di storia contemporeanea* 6, núm. 1: 225-227; Joseph Francese (2009), «Sul desiderio gramsciano di scrivere qualcosa "für ewig"», en *Critica marxista*, núm. 1: 45-54.

tomar en consideración su carácter estratégico, que un análisis estratégico no puede brotar, para Gramsci, sino a partir de una reconstrucción monográfica de la historia de un país determinado, que, en definitiva, esta reconstrucción pone –para el caso italiano– el concepto de pasividad de las masas populares (como producto de una operación política) en el centro del proceso de construcción del Estado unitario.

A estos tres puntos se agrega un cuarto, indispensable para la comprensión de aquello que Gramsci entiende, a un cierto punto, con el término «hegemonía» en relación al fascismo. Llamaré a este punto el carácter de «larga duración» de la hegemonía. Me permito una puntualización sobre esta última expresión, que uso a propósito, para condensar en ella el modo en el que Gramsci incorpora el libro de Bernhard Groethuysen sobre los *Origines de l'esprit bourgeois en France*, leído por él en 1927, en la traducción francesa aparecida ese mismo año[170]. Ciertamente, este volumen no pertenece a la escuela de los «Annales» (que, por otra parte, nacerá oficialmente solo en el año 1929, con la fundación de la revista por parte de Marc Bloch y Lucien Febvre). A pesar de esto, no carece de interés notar que existía una cierta afinidad entre el enfoque de Groethuysen y aquel de Bloch, en tanto este último había propuesto, en vistas a la fundación de la revista, agregarlo al proyecto, encontrándose con la inflexible oposición de su colega y *sodale* Febvre[171].

En todo caso, aquello que importa es que Groethuysen funciona cada vez con mayor profundidad dentro la mente de Gramsci como un palimpsesto en su propia reflexión sobre la hegemonía en Italia. Esta cuestión es por sí misma digna de mención, en tanto el historiador holandés estudia el nacimiento de «lo burgués» en aquel país, la Francia del *ancien régime*, que, como recuerda Gramsci, «da un tipo

170 El libro se conserva en el Fondo Gramsci de la *Fondazione Gramsci* de Roma: *Origines de l'esprit bourgeois en France*, vol. 1, *L'Église et la bourgeoisie*, Nrf Librarie Gallimard, París, 1927, con el sello de la cárcel de San Vittore (donde Gramsci permaneció encarcelado desde febrero de 1927 hasta mayo de 1928).

171 Große Kracht (2002), *Zwischen Berlin und Paris. Berhard Groethuysen (1880–1946). Eine intellektuelle Biographie,* Tubinga, Max Niemeyer Verlag, Tubinga: 196-197. Sobre Groethuysen puede consultarse también (2003), «Catholicisme et bourgeoisie. Bernard Groethuysen», dossier de *Les Cahiers du Centre de Recherches Historiques* 16, núm. 32, disponible en: http://ccrh.revues.org/266, en particular Catherine Maire y Bernard Hours, «Catholicisme et bourgeoisie. Retour sur les "Origines de l'esprit bougeois e France" de Bernard Groethuysen»*;* Catherine Maire, «Aux orígines de l'esprit bourgeois en France. Pour une relecture de Bernard Groethuysen»; y Bernard Hours, «Réception et fortune historiographique des "origines de l'esprit bourgeois"».

acabado de desarrollo armónico de todas las energías nacionales y especialmente de las categorías intelectuales» (C 4, 49: 191). Trasladarlo a Italia significa, al menos implícitamente, hacer *parangonables* los dos procesos, no más netamente opuestos, sino parte de un mismo ciclo histórico de modernización del Estado mediante la constitución de la hegemonía burguesa en Europa.

Si efectivamente se observan las sucesivas referencias a este libro, y se lee entonces su vínculo con los apuntes sobre el *Risorgimento*, se puede constatar cómo, la inicial oposición *Risorgimento* vs. Revolución francesa, demasiado centrada en el siglo XIX, es sucedida por un enfoque de tipo unitario, que –proyectado retrospectivamente– incorpora la historia de la mentalidad como piedra de toque de cada proceso de formación hegemónica. Ya en 1927, al momento de su lectura, el libro había impresionado a Gramsci por su capacidad de proponer una historia de la mentalidad corriente, popular: «el autor […] tuvo la paciencia para analizar molecularmente las colecciones de sermones de libros de devoción antes de 1789, para reconstruir puntos de vista, creencias y las actitudes de la nueva clase dirigente en formación»[172]. Aquello es recordado, en octubre-noviembre de 1930, como un ejemplo a recuperar si se quiere «comprender exactamente el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas nacionales en Italia en el periodo que va desde el nacimiento de las Comunas al triunfo del dominio extranjero» (C 5, 55: 288). Y más tarde, en marzo-agosto de 1931 (C 6, 101: 85), esta tarea es considerada ejemplar para quién pretenda hacer un «estudio de la formación y de la difusión del espíritu burgués en Italia». Todavía más tarde, en la nota 3 del Cuaderno 8, de enero de 1932, Gramsci escribe:

> En otra nota [se refiere al texto del Cuaderno 5, aquí citado] señalé que se podría hacer una investigación «molecular» en los escritos italianos de la Edad Media para captar el proceso de formación intelectual de la burguesía, cuyo desarrollo histórico culminará en las Comunas, para sufrir después su disgregación y una disolución. La misma investigación podría hacerse para el periodo 1750-1850, cuando se produce la nueva formación burguesa que culmina en el *Risorgimento*. También aquí el modelo de Groethuysen (*Origines de l'esprit bourgeois en France: 1º L'Eglise et la Bourgeoisie*) podría servir,

172 Gramsci a Berti, 8 de agosto de 1927, en Antonio Gramsci (1996), *Lettere dal carcere,* Palermo, Sellerio, Palermo: 103.

> integrado, naturalmente, con aquellos motivos que son peculiares de la historia social italiana (C 8, 3: 215).

Este enfoque se hace notar también al mes siguiente, en la nota 195 del Cuaderno 8:

> Podría estudiarse en concreto la formación de un movimiento histórico colectivo, analizándolo en todas sus fases moleculares, lo que habitualmente no se hace porque cargaría cualquier trabajo con un peso excesivo […]. Se trata de un proceso molecular, minuciosísimo, de análisis extremo, capilar, cuya documentación está constituida por una cantidad infinita de libros, de opúsculos, de artículos de revistas y de periódicos, de conversaciones y debates orales que se repiten infinitas veces y que, en su conjunto gigantesco representan aquel trabajo a del que nace una voluntad colectiva de un cierto grado de homogeneidad, de aquel preciso grado que es necesario y suficiente para determinar una acción coordinada y simultánea en el tiempo y en el espacio geográfico en el que el hecho histórico se verifica (C 8, 195, 314-315).

Entre fines de 1930 y comienzos de 1932 –contemporáneamente a la elaboración del concepto de «Estado integral»[173]–, el modelo de hegemonía utilizado para entender el *Risorgimento* es asimilado a aquel que ilumina la dinámica histórica de la burguesía comunal, así como aquella de la burguesía francesa. La «larga duración» de la hegemonía desplaza la cuestión en un modo sensible: no se trata más solamente de individualizar los puntos nodales de la articulación y desarticulación de los proyectos hegemónicos, aquello que en el Cuaderno 1 se condensaba en la capacidad de los intelectuales moderados para «absorber» a los intelectuales democráticos. Los primeros, había anotado Gramsci en la fundamental nota 44, «ejercen un poder de atracción tal, que terminan, en última instancia, subordinando a los intelectuales de las otras clases y creando un ambiente de solidaridad entre todos los intelectuales, con ligámenes de carácter psicológico (vanidad, etc.) y frecuentemente de casta (técnico-jurídicos, corporativos)» (C 1, 44: 108). Esta explicación, que presenta al mismo tiempo claros límites idealistas y economicistas, es sustituida alrededor de enero de 1932 por otra, ahora capaz de aferrar el modo a través del cual la hegemonía se construye de acuerdo a una

173 Ver Guido Liguori (2006), *Sentieri gramsciani*, Roma, Carocci, Roma: 13-42.

modalidad molecular, difusa, gracias a un trabajo sobre la mentalidad colectiva, sobre aquello que Gramsci poco después –en el Cuaderno 8– llamará «sentido común»[174]. Claro está que, respecto del enfoque de los «Annales», para Gramsci continúa siendo central el momento político y estratégico, que no se disuelve en el análisis de los desplazamientos tectónicos de la mentalidad colectiva. Pero este momento de articulación no puede ser más pensado separadamente del nexo que lo une a la dimensión molecular dentro la cual es ejercido.

En este desplazamiento de perspectiva no es difícil volver a encontrar un parentesco con los rasgos fundamentales del pasaje de la guerra de movimiento a la guerra de posición, idea que, no casualmente, es elaborada en el curso de 1931. Deberíamos ocuparnos largamente de este pasaje, y de la sucesiva elaboración relativa al Estado integral y a la noción de sociedad civil[175]. Aquí me limitaré a recordar que, no obstante, las ideas más difundidas sobre este par conceptual, el criterio distintivo entre los dos métodos de lucha no es aquel de la *complejidad* de la estructura social, sino aquel de su carácter más o menos *políticamente organizado*. Dicho de otro modo: el elemento que desplaza la preponderancia de un tipo de guerra a la otra es la presencia de la política dentro de la sociedad: presencia ramificada, molecular y no exclusivamente concentrada en los ganglios de tipo represivo. A su vez, la propia difusión de la política depende de la intensidad de la «guerra» en curso entre las clases, que está a su vez ligada al grado de organización alcanzado por las clases subalternas. Se entiende, a este punto, por qué es reductivo definir el análisis del fascismo como un mero reconocimiento del campo enemigo. La guerra de posición impide pensar los campos como netamente separados. La difusión de la hegemonía en la mentalidad –que, a su vez, corresponde a la presencia de una trama organizativa que satura el espacio social– hace que el enfrentamiento se instale en todos los puntos de la sociedad, porque en todas partes está la política y porque allí se decide el tipo de sentido común que podrá imponerse: una miríada de momentos de lucha que están, en el límite, presentes incluso al interior de la personalidad individual[176]. Por estas razones, el análisis de la hegemonía y la correspondiente estrategia para oponerle no

174 Ver Giuseppe Cospito (2011), *Il ritmo del pensiero. Per una lettura diacronica dei «Quaderni del carcere» di Gramsci*, Nápoles, Bibliopolis: 247-265.

175 Ver Fabio Frosini (2010), *La religione dell'uomo moderno. Politica e verità nei «Quaderni dal carcere» di Antonio Gramsci*, Roma, Carocci: 210-226.

176 Ver C 11, 12: 252-254.

podrían ser deducirse del vocabulario jacobino del enfrentamiento entre grupos (entre «estados») ajenos recíprocamente, portadores de proyectos de civilización incompatibles.

II. Pasividad, subversivismo y revolución pasiva

En las páginas precedentes, he intentado mostrar la existencia de un nexo entre fascismo y *Risorgimento*, en torno al cual, en los *Cuadernos de la cárcel*, se organiza un análisis específico del caso italiano. Si en un primer momento este nexo tiende a desplazar al caso italiano hacia una posición de ajenidad y exterioridad respecto del modelo jacobino, en 1930-1931 adquiere características adicionales y en parte discrepantes, si consideramos el modo en el que Gramsci utiliza la noción de «pasividad». En la C 2, 70, titulado «La Revolución Francesa y el Risorgimento», registramos un uso del término «pasivo» que puede ser considerado propiamente «cuoquiano»:

> El error consiste en considerar la superficie y no las condiciones reales de las grandes masas populares. De cualquier modo, es cierto que sin la invasión extrajera, los «patriotas» no habrían adquirido aquella importancia y no habrían experimentado aquel proceso de desarrollo relativamente rápido que luego tuvieron. El elemento revolucionario era escaso y pasivo (C 2, 70: 263).

En este caso, «pasivo» indica el hecho de que la revolución de 1799 fue fruto de la iniciativa de una pequeña minoría ajena a la sensibilidad popular circundante. Esta acepción, demasiado específica, se sobrepone con una idea más general de «pasividad», que está presente en Gramsci desde *Neutralidad activa y operante*, reapareciendo sin variaciones en todo el periodo de escritura de los *Cuadernos*. Según este otro significado, «pasividad» es una característica de la masa de la población, en tanto no participa de manera consciente de la vida política[177]. La masa desorganizada sigue siendo una fuerza, pero –si es posible decirlo– «inercial», en tanto desempeña una función de resistencia sorda, incoherente y determinada meramente por su número, respecto de las

177 Sobre esta acepción de pasividad, ver Nicola Badaloni (1988), *Il problema dell'immanenza nella filosofía politica di Antonio Gramsci*, Venecia, Arsenale: 71-86.

«fuerzas activas», que son, a su vez, minorías organizadas[178]. Se podría afirmar que la pasividad-desorganización de las masas populares y la pasividad-aislamiento de la iniciativa de los grupos revolucionarios son –vistas sobre el tapiz de la historia italiana– dos aspectos de una idéntica ausencia de un ligamen orgánico entre intelectuales y pueblo. Sobre la base de esta *doble pasividad*, la situación italiana resulta caracterizada por la ausencia de hegemonía (si la hegemonía es entendida como el proceso de constitución nacional del pueblo bajo la dirección de la burguesía, tal como se verifica en Francia).

Sin embargo, ya desde el Cuaderno 1 resulta claro que, a los ojos de Gramsci, entre Revolución y Restauración no hay fronteras definidas (nótese que este razonamiento se relaciona a lo dicho anteriormente sobre la imposibilidad de aislar un «campo adversario» separado del propio). La creación de la categoría «jacobinismo (de contenido)» en la nota 48 del Cuaderno 1[179] muestra precozmente cómo Gramsci tiende a leer el entero siglo XIX, a escala continental, como una consecución del proceso de modernización burguesa lanzado en 1789. Este tópico es recuperado y profundizado en la nota 25 del Cuaderno 4, titulado *La restauración y el historicismo*, donde la noción de «pasividad» es asimilada al pasaje de la edad de la Revolución francesa a aquella de la

178 En *Neutralidad activa y operante* se lee: «Pero los revolucionarios que conciben la historia como creación del propio espíritu, hecha de una serie ininterrumpida de tirones actuados sobre las otras fuerzas activas y pasivas de la sociedad…» («Il Grido del Popolo» (1980), 31 de octubre de 1914, en Antonio Gramsci, *Cronache torinesi. 1913-1917*, Turín, Einaudi: 11-12). Muy importante para esta noción de pasividad es *El relojero*, en «Il Grido del Popolo», 18 de agosto de 1917, reproducido en Antonio Gramsci (2015), *Scritti (1910–1926)*, vol. II, *1917*, a cargo de Rapone, con la colaboración de Righi y la participación de Garzarelli, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana: 410-401: «Por tres años, han gozado de la confianza de una pequeña parte activa de la sociedad: han disciplinado exteriormente la inmensa pasividad social, a los indiferentes: la otra parte activa, que no sufre la exterioridad, no ha cedido su confianza, su colaboración. Ahora también la inmensa pasividad se organiza en el pensamiento, se disciplina, no según esquemas exteriores, sino según la necesidad de su propia vida, de su pensamiento naciente».

179 «El desarrollo del jacobinismo (de contenido) ha encontrado su perfección formal en el régimen parlamentario, que realiza, en el periodo más rico de energías «privadas» en la sociedad, la hegemonía de la clase urbana sobre toda la población, en la forma hegeliana del gobierno con el consenso permanentemente organizado (con la organización dejada a la iniciativa privada, es decir, de carácter moral o ético, porque es un consenso «voluntario», de una forma u otra)» (C 1, 48: 58). Este pasaje y la nota 48 entera deben ser puestos en relación con el texto precedente, *Hegel y el asociacionismo*, donde es esbozada una muy original lectura de la *Filosofía del derecho* en clave neocorporativa, sobre la cual volveremos más adelante.

Restauración, es decir, del «sufragio universal» al «sufragio censitario»: del «consenso (directo) de las clases populares» al «consenso indirecto, o sea la pasividad política» (C 4, 24: 155).

De este proceso unitario «revolucionario-restaurador», Italia resulta excluida en un primer momento, justamente porque esta aparece como externa al propio mecanismo de producción de hegemonía. De forma repentina, sin embargo, este estado de cosas cambia en cuestión de pocos meses. El texto sobre la Restauración y el historicismo es de mayo-agosto de 1930. En noviembre, Gramsci escribe una nota titulada «Vincenzo Cuoco y la revolución pasiva», en la cual las relaciones se invierten y el «tipo» italiano de la revolución interrumpida deviene llave explicativa del entero siglo XIX europeo:

> Vincenzo Cuoco llamó revolución pasiva a la que tuvo lugar en Italia como contragolpe a las guerras napoleónicas. El concepto de revolución pasiva me parece exacto no solo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por una revolución política de tipo radical-jacobino. Ver en Cuoco cómo desarrolla el concepto para Italia (C 4, 57: 216-217).

Volveré más adelante sobre el apunte conclusivo, que demuestra que Gramsci recurre aquí a una fuente indirecta. Por ahora, basta señalar que esta *inversión* marca un punto de inflexión. A partir de aquí, la «pasividad» –sin negar las primeras dos acepciones (desorganización de las masas y aislamiento de los intelectuales)– asumirá un significado ulterior, que permitirá incluir a Italia en el ciclo de la «revolución pasiva» europea, redefiniendo el significado del concepto. Este ya no hace referencia a la ausencia de hegemonía, sino al carácter inédito –podríamos decir postjacobino o, si se quiere, «jacobino de contenido»– de la hegemonía: una hegemonía que no se produce gracias a la activación, a la movilización y al involucramiento directo de las masas populares (guerra de movimiento), sino por medio de su control capilar, de una estrategia de neutralización continua de sus tentativos para conquistar una posición autónoma en el terreno político y que, en definitiva, se define como «guerra de posición».

Sobre esta nueva estrategia, Gramsci volverá más tarde, en un texto de enero-febrero de 1932 (por consiguiente, contemporáneo, o apenas posterior, a aquel sobre la transferibilidad del enfoque de Groethuysen al estudio del *Risorgimento*, donde nota que

> Tanto la «revolución-restauración» de Quinet como la «revolución pasiva» de Cuoco expresarían el hecho histórico de la falta de iniciativa popular en el desarrollo de la historia italiana, así como el hecho de que el «progreso» tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares, con «restauraciones» que acogen cierta parte de las exigencias populares, o sea «restauraciones progresivas» o «revoluciones-restauraciones», o incluso «revoluciones pasivas» (C 8, 25: 231).

El tema de la excepcionalidad italiana en el cuadro europeo es aquí recuperado, pero encuadrado en una nueva forma. La pasividad no consiste más en el par especular formado por la desorganización de las masas y el aislamiento de los intelectuales, sino que esta es el *efecto* de la estrategia de neutralización de los continuos reflejos de «subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares», puesta en funcionamiento por las «clases dominantes». Nótese que el «subversivismo» ocupa un lugar destacado en el léxico gramsciano, aproximándolo a aquel del movimiento socialista. Este, de hecho, fue por mucho tiempo definido por los partidarios del orden –y, por lo tanto, así se autodefinió polémicamente– «movimiento subversivo»[180]. En este sentido, como *vox media*, este término es usado por Gramsci para indicar el conjunto de las fuerzas antiburguesas en los textos que van desde 1916 hasta 1924[181]. Recién en los *Cuadernos* el término es redefinido, para indicar una «posición negativa y no positiva de clase» (C 3, 46: 48[182]), es decir, una política desarrollada en ausencia de una comprensión adecuada del Estado.

«Subversivismo» aparece en el texto del Cuaderno 8 en relación a la revolución pasiva según este nuevo significado, que cambia sin excluir al significado inicial. Se refiere, en definitiva, al movimiento de las clases subalternas que, carentes de conducción, coordinación y organización, intentan quebrar periódicamente el dominio de las clases al cual se encuentran sujetas. Estos tentativos, aun esporádicos e inorgánicos,

180 Ver Carl Levy (2007), «"Sovversivismo": The Radical Political Culture of Otherness in Liberal Italy», en *Journal of Political Ideologies* 12¸ núm. 2: 148.

181 Ver Carl Levy (2012), «Antonio Gramsci, Anarchism, Syndicalism and Sovversivismo», en *Libertarian Socialism*: *Politics in Black and Red*, Londres, Palgrave Macmillan: 96-115.

182 Sobre esta acepción de «subversivismo», cfr. Antonello Mattone (1981), «Messianesimo e sovversivismo. Le note gramsciane su Davide Lazzaretti», en *Studi Storici* 22, núm. 2: 372-374.

constituyen una amenaza tal para la hegemonía de las clases dominantes que estas se ven forzadas a innovar el contenido de su propia política mediante la inclusión, en su propio discurso, de «una parte de las exigencias populares» (C 8, 25: 231).

Se delinea entonces completamente una nueva forma de hegemonía que, paradojalmente, se apoya sobre «la ausencia de iniciativa popular en el desarrollo de la historia italiana». Esta «ausencia» no corresponde más a la determinación recíproca de dos «separaciones» (el pueblo respecto de la política y los intelectuales respecto del pueblo), sino, al contrario, a un tipo *diferente* de integración respecto de la matriz jacobina. El pueblo es, a su modo, «protagonista» de la historia de Italia: la política de las clases dominantes se ve constantemente constreñida a relacionarse con ello, mediante una serie de innovaciones que logren impedir una explosión revolucionaria, desviando constantemente su energía –como se leía en el texto del Cuaderno 4– a través de «una serie de reformas o de guerras nacionales» (C 4, 57: 216). El pueblo, aunque disgregado y disperso, «presiona» sobre el Estado y, aunque permanezca fuera de él, su presión modifica al Estado, impulsándolo a «modernizarse» (como se lee en el texto del Cuaderno 4 comentado más arriba). La pasividad de las masas no corresponde más al contrario de la pasividad, sino a la ausencia de aquella organización gracias a la cual solamente –volvemos aquí al «jacobinismo precoz» de Maquiavelo (C 13, 1: 17[183])– de un «pueblo disperso y pulverizado» puede brotar una «voluntad colectiva» (C 8, 21: 226).

Comentando el texto del Cuaderno 8 sobre Cuoco y la revolución pasiva, mencioné que Gramsci se vale de una fuente indirecta. Esta fuente es, sin dudas, el *Prefazione* a la segunda edición (1897) de *La rivoluzione napoletana del 1799*, donde Croce, tras describir el reformismo iluminista de la monarquía borbónica antes de 1789, afirma que

> el cambio de orientación política del gobierno, por el contragolpe de los acontecimientos de Francia, no podía no ponerse en contra, a largo plazo, de aquello que suele llamarse el espíritu de los tiempos, es decir, los sentimientos de la mejor y mayor parte de la población. No obstante, en lo inmediato, solo un puñado fue empujado a una

183 Ver también con la carta a Tatiana del 7 de septiembre de 1931, donde Maquiavelo es definido como «el primer jacobino italiano» (Gramsci y Schucht, *Lettere 1926–1935,* cit.: 792)

> actitud hostil, encontrando aliados entre los jóvenes y entre los insatisfechos de toda clase.

Y, de hecho, observa Croce, «los patriotas más perspicaces llamaban a su revolución una revolución «pasiva»; y el *Saggio storico* de Vincenzo Cuoco debía entonces ilustrar largamente este juicio»[184]. La «matriz» de la pasividad, en la acepción presente inicialmente en los *Cuadernos* –como sinónimo de aislamiento de los «patriotas», como ausencia de un nexo real entre la revolución y la historia del Reino de Nápoles– se encuentra pues en este pasaje[185], donde aparece también el revelador término «contragolpe» (ausente en Cuoco[186]), utilizado por Croce para caracterizar el viraje reaccionario del gobierno borbónico frente a 1789 y trasladado por Gramsci al nexo entre revolución y guerras napoleónicas.

Si insisto sobre esta presencia de Croce en la raíz de todo el discurso sobre la revolución pasiva, es porque resulta claro que la redefinición de esta categoría indica, al mismo tiempo, también un alejamiento frente al paradigma crociano de la historia de Italia y de su «historicismo». A la luz de este matriz, se visibiliza la importancia del esfuerzo de Gramsci en torno a la definición de qué cosa sea expresión genuina de la historia italiana y qué cosa, por el contrario, no sea representativa de ella[187]: esto constituye, precisamente, un tentativo por liberarse de la acepción crociana de «revolución pasiva». Pero, sobre todo, en tal sentido pueden ser interpretados correctamente dos textos del Cuaderno 8, poco posteriores a aquel sobre Cuoco (nota 25), las notas 36 y 39, titulados respectivamente «Risorgimento. El trasformismo» y «El "historicismo" de Croce», donde, en definitiva, es el propio modelo crociano de la historiografía aquel reconducido bajo la categoría de «revolución pasiva», precisando que

184 Benedetto Croce (1912), *La rivoluzione napoletana del 1799. Biografie, racconti, ricerche*, 3ª ed., Bari, Laterza: VII-VIII. El volumen, republicado en una «cuarta edición revisada» en 1926, no se encuentra en el Fondo Gramsci, pero, por las razones aducidas en el texto, seguramente fue leído o releído en la cárcel.

185 Ver ibídem: IX: «Y aquella república, pasado el primer momento de entusiasmo y de estupor, se encontró sin raíces y sin fuerzas. Su situación era, en verdad, contradictoria y desesperada».

186 Ver Vincenzo Cuoco (1913), *Saggio storico sulla rivoluzione napoletana del 1799*, así como también el *Rapporto al cittadino Carnot* de Francesco Lomonaco, a cargo de Nicolini, Bari, Laterza.

187 Ver especialmente C 1: 150-151, 189-191.

> Este del «historicismo» es uno de los puntos y de los motivos permanentes de toda la actividad intelectual y filosófica de Croce, y una de las razones del éxito y de la influencia ejercida por su actividad desde hace treinta años […]. Establecer con exactitud el significado histórico y político del historicismo crociano significa precisamente reducirlo a su alcance real, despojándolo de la grandeza brillante que le es atribuida como manifestación de una ciencia objetiva, de un pensamiento sereno e imparcial que se coloca por sobre todas las miserias y las contingencias de la lucha cotidiana, de una contemplación desinteresada del eterno devenir de la historia humana (C 8, 39: 238-239).

La inversión respecto de la acepción inicial de «pasividad» se encuentra aquí (estamos en febrero de 1932) consumada, así como también queda definido el terreno sobre el cual Gramsci podrá (en la primavera del mismo año) leer la *Storia d'Europa* como una intervención política, como un «tratado de revoluciones pasivas, para emplear la expresión de Cuoco, que no pueden justificarse ni comprenderse sin la Revolución francesa, que fue un acontecimiento europeo y mundial y no solo francés» (C 8, 236: 344)[188].

III. Un asedio recíproco

Vuelvo brevemente sobre la nueva acepción de «pasividad», elaborada en el curso de 1930-1931. Esta designa la relación entre las rebeliones de las masas populares y la modernización del Estado por parte de las clases dominantes, modernización realizada mediante la apropiación, por parte de estas últimas, de una serie de reivindicaciones de las primeras. Considerando esta imagen, las masas no son ajenas a la política ni se encuentran carentes de iniciativa. La pasividad tiende cada vez más a identificarse con la categoría de «subalternidad», acuñada por Gramsci en junio de 1930 y puesta en una vinculación cada vez más estrecha con aquella de «hegemonía»[189].

188 Este texto es de abril de 1932.

189 Sobre los grupos sociales subalternos, ver Gianni Francioni y Fabio Frosini (2009), «Nota introduttiva al Quaderno 25», en Gramsci, *Cuadernos del carcere, Edizione anastatica dei manoscritti*, vol. 18, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana: 203-211; Guido Liguori (2015), *Conceptions of Subalternity in Gramsci*, en *Antonio Gramsci*, Basingstoke, Palgrave Macmillan: 118-133; y del mismo autor (2015), «"Classi subalterne" marginali e "classi subalterne" fondamentali in Gramsci», en *Critica Marxista*, núm. 4: 41-48.

De hecho, la pasividad es cada vez menos pensada como una real exterioridad de las clases populares respecto de la política y del Estado, y cada vez más como el efecto de una estrategia de neutralización de sus tentativas para superar el estado de disgregación[190]. Este último punto es muy importante, porque demuestra que, a partir de cierto momento, es abandonada la equivalencia entre pasividad y exterioridad (respecto de la política). Las masas «rebeldes» son excluidas de la esfera de la autonomía, no de la política. Esta, que puede ser considerada como una tendencia de largo alcance de la historia italiana, es la forma nacional de la revolución pasiva continental, esto es, de la larga guerra de posiciones regada de «trastornos en oleadas cada vez más largas», como expresa Gramsci en el Cuaderno 4 haciendo referencia a Francia (C 4, 38: 169). Gracias a esta estrategia, las masas son incorporadas en forma subalterna, es decir, *heterónoma*, dentro la hegemonía burguesa.

Este tipo de incorporación quiebra «la línea de desarrollo hacia la autonomía integral» (C 3, 90: 89). Sin embargo, justamente porque instituye así una relación de incorporación pasiva, no puede impedir completamente el desarrollo de esta propia dinámica. Considerando este aspecto, la guerra de posición asume un nuevo matiz, adelantado al inicio de este trabajo: no solamente esta forma de guerra es dictada por la necesidad de neutralizar la autoorganización de las clases subalternas, sino que depende del grado de autoorganización que ellas han alcanzado en cada caso. En otras palabras: el pasaje de la guerra extemporánea y puntual (de movimiento) a aquella permanente y molecular (de posición) es, al mismo tiempo, una victoriosa estrategia defensiva de las clases dominantes, pero es también el terreno en el cual las clases subalternas las obligan a combatir. Esta noción restituye invertido, como en una *cámara oscura*, el grado de «potencia» alcanzado por estas últimas.

Esta doble implicancia de la guerra de posición puede ser aprehendida examinando dos textos pertenecientes respectivamente a junio de 1930 y agosto de 1931. Ambos desarrollan una lectura neocorporativa de la *Filosofía del derecho* de Hegel, bocetada en la nota 47 del Cuaderno 1, así como la noción de «jacobinismo de contenido», acuñada en el texto sucesivo. En la nota 18 del Cuaderno 3, uno de los primeros dedicados a la historia de las clases subalternas, Gramsci anota:

190 Ver Peter D. Thomas (2015), «Cosa rimane-dei subalterni alla luce dello "Stato integrale"?», en *International Gramsci Journal* 1, núm. 4: 83-93, disponible en http://ro.uow.edu.au/gramsci/vol1/iss4/7.

> El Estado moderno abolió muchas autonomías de las clases subalternas, abolió el Estado de federación de clases, pero ciertas formas de vida interna de las clases subalternas renacen como partido, sindicato, asociación de cultura. La dictadura moderna abolió también estas formas de autonomía de clases y se esfuerza por incorporarlas a la actividad estatal: o sea, la centralización de toda la vida nacional en las manos de la clase dominante se vuelve frenética y absorbente (C 3, 18: 30).

Aquí, como se ve, el fascismo no es una desviación respecto de la guerra de posición moderna, sino su forma más adecuada a un determinado momento de esta dinámica, aquel en el cual las «formas de autonomía de clase» de los subalternos han alcanzado, dentro de la sociedad civil, un grado tal de robustez y difusión que ponen en peligro una estrategia que, con Gramsci, podríamos llamar «hegeliana». En otras palabras (como es explicado en la nota 47 del Cuaderno 1), el «gobierno con el consenso de los gobernados, pero con el consenso organizado, no aquel genérico y vago como se afirma en el instante de las elecciones», mediante el cual «el Estado tiene y pide el consenso, pero también «educa» este consenso con las asociaciones políticas y sindicales, que sin embargo son organismos privados, dejados en manos de la iniciativa privada de la clase dirigente» (C 1, 47: 122). Es la misma «educación» del consenso aquella que favorece necesariamente los procesos de autoorganización de clase en clave autónoma. Esto encuentra respuesta en el tentativo de «incorporar» estas organizaciones «dentro la actividad estatal».

Por consiguiente, el fascismo no suprime a las organizaciones de los subalternos, sino que las incluye en el Estado. De aquí se deriva aquella impresión sobre la «centralización […] frenética y absorbente» propia del Estado totalitario. Sin embargo, este mismo pasaje no puede negar la tendencia de las clases subalternas hacia la autonomía. En cambio, la incorporación de las organizaciones sociales dentro de la actividad estatal nace justamente de la conciencia de que «el ascenso de masas era una realidad irreversible: su subjetividad podía ser comprimida, canalizada, neutralizada, pero no eliminada: y entonces se le debía *dar*, en todo caso, una *forma*»[191]. En este sentido, se puede decir que el Estado totalitario es, en el mismo movimiento, una estatalización de la sociedad y una socialización del Estado. Aquel logra perpetuar la condición de pasividad de las masas

191 Guiseppe Vacca (2004), «La lezione del fascismo», en Palmiro Togliatti, *Sul fascismo*, Roma-Bari, Laterza: XCVII.

gracias a una paradoja: llevando hasta el extremo aquella actividad de organización, que significaba precisamente la salida de la pasividad, pero apropiándosela y sustrayendo su dirección a las masas. En definitiva, en la Italia fascista, la pasividad no tiene más ni siquiera la apariencia de la exterioridad y la ajenidad, dado que coincide plenamente con la organización, es decir, con la puesta en movimiento de la entera población en cada momento de su vida.

El fascismo, en tanto desplaza continuamente la frontera entre esfera privada y pública, por momentos suprimiéndola completamente, representa no una negación del Estado liberal, sino, se podría decir, su continuidad por otros medios, adecuados a los tiempos de la sociedad de masa, si con este término se entiende, siguiendo a Gramsci y más allá de cualquier abstracción sociológica, la sociedad totalmente organizada y movilizada. Como hemos observado anteriormente, estamos aquí en presencia de un nexo muy estrecho entre la reflexión sobre el fascismo y aquella sobre el Estado integral, en el sentido de que la elaboración de esta nueva noción, en el curso de 1931, responde a la necesidad de pensar la relación entre sociedad civil y Estado sobre la base de su inédita y recíproca implicación, y de elaborar un modelo capaz de explicar tanto el Estado totalitario como las formas postbélicas de la democracia existente en otros países europeos.

Este último punto aparece netamente en el segundo de los textos mencionados más arriba, perteneciente a agosto de 1931:

> La guerra de posiciones exige enormes sacrificios a masas inmensas de la población; por eso es necesaria una concentración inaudita de hegemonía y por lo tanto una forma de gobierno más «intervencionista», que más abiertamente tome la ofensiva contra los opositores y que organice permanentemente la «imposibilidad» de la disgregación interna: controles de todo tipo, políticos, administrativos, etcétera, reforzamiento de las «posiciones» hegemónicas del grupo dominante, etcétera […]. En la política, el asedio es recíproco, no obstante, todas las apariencias, y el solo hecho de que el dominador deba desplegar todos sus recursos demuestra el cálculo que hace del adversario (C 6, 138: 106).

Como ha sido señalado[192], es aquí donde guerra de posición y hegemonía son relacionadas por primera vez en modo orgánico. Haciendo

192 Cospito, *Il ritmo del pensiero*, cit.: 94.

esto, Gramsci afirma que, mediante la guerra de posición, la hegemonía asume formas *específicas*, desplegadas con una «concentración inaudita» y condensadas en una nueva relación del Estado con la sociedad, cuya sustancia es el control capilar, el «intervencionismo» masivo[193].

Alcanzamos, entonces, tres resultados importantes. En primer lugar, el modelo clave para comprender la lucha política en la Europa postbélica es el fascismo italiano, no los regímenes democráticos. Estos últimos son redefinidos a partir del experimento italiano: el «intervencionismo» fascista es el modelo para el planismo socialdemócrata, porque el primero reconoce en forma realista la presencia de un «asedio» que no puede ser neutralizado, sino solo mediante la organización de uno igual y contrario. Asediar al pueblo significa no dejar liberado ningún espacio de su vida a la autoorganización, a la autonomía. De esta forma, aquello que se presenta como un tentativo «frenético y absorbente» deviene de pleno derecho una nueva forma de hegemonía, entendida no más como dirección cultural, sino como control capilar (y también cultural, «antropológico») de la vida de las masas populares. En segundo lugar, el asedio es «recíproco»: el Estado totalitario no solo no elimina las causas del conflicto, sino que las sanciona con la extensión y la intensidad de su propia acción generalizada de control, represión, prevención y orientación. Esta exhibición pública es extremadamente importante. En un texto del Cuaderno 3, dedicado a la historia de las clases subalternas, Gramsci había señalado que

> en Roma, los esclavos no podían ser reconocidos como tales. Cuando un senador propuso que se diese a los esclavos un vestido que los distinguiese, el Senado fue contrario a la medida, por temor a que los esclavos se volvieran peligrosos al poder darse cuenta de su proprio gran número (C 3, 99: 93).

En la Italia fascista, esta situación se encuentra completamente invertida: el «pueblo» *como tal*, en todas sus dimensiones, es convertido en objeto de una exhibición que no tiene nada que ver la retórica, porque es incorporado mediante prácticas segmentadas de control, organizadas sobre la base de la vida concreta de las masas populares: trabajo, procreación, sanidad, recreación, socialización, educación, etc. Esto no

193 Sobre el tema del «control», ver Franco De Felice, «Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci», supra pp. 62 y ss.

significa que la retórica del pueblo esté ausente, sino que su importancia se vuelve relativa. En las revistas fascistas, los problemas del pueblo no son más evocados como cuestiones abstractas, sino tratados desde la concreta modalidad de su resolución. Se propone así una perspectiva pública, universal, sobre la masa de los subalternos, como nunca antes se había verificado en Italia, haciendo posible pensar una estrategia de resignificación de las estructuras creadas por el fascismo a partir de la dinámica conflictual que, inevitablemente, volverán a reaparecer dentro suyo.

En tercer lugar, el citado texto del Cuaderno 6 muestra el punto de partida de aquella nueva definición de «revolución pasiva» que, al inicio de 1932, se especifica como, al mismo tiempo, definitiva colocación del fascismo al centro de la reconstrucción de la Europa burguesa y como individuación del rol central de Benedetto Croce en esta estrategia de estabilización.

IV. Croce y el fascismo

En el apartado precedente, presenté tres ejes que organizan el análisis del fascismo en los *Cuadernos de la cárcel*: *a)* el carácter paradigmático del «intervencionismo» fascista en el ámbito del diseño europeo de la reconstrucción de la hegemonía burguesa, es decir, el tema del corporativismo; *b)* el ingreso del pueblo en el espacio de la visibilidad política o, en otras palabras, la cuestión de la doble dinámica –de control y de emancipación– de la hegemonía «molecular»; *c)* la confluencia, en la categoría de «revolución pasiva», de los dos grandes temas del régimen fascista y de Benedetto Croce. Estos tres ejes se definen gradualmente, como intenté ilustrar, en el curso de los años 1930 y 1931, conociendo una reorganización unitaria en la primavera de 1932. Cada uno de ellos podría ser desarrollado y reconstruido en detalle a través del proceso de su definición durante estos dos años. Hasta aquí me detuve especialmente sobre el tercer punto, que conduce de la «pasividad» a la «revolución pasiva», porque mientras los otros dos no sufren desplazamientos decisivos, en este último caso, la transformación y la casi inversión del juicio sobre el nexo entre *Risorgimento* y fascismo, y sobre qué significado dar al término «pasividad», impulsan a Gramsci a reorganizar su análisis entero, englobando allí, en un modelo coherente, también los temas del corporativismo y de la «visibilidad» del pueblo, que asumen de esta forma un nuevo significado.

Esta reorganización se produce a propósito de la «reseña» a la *Storia d'Europa nel secolo decinonono* que Tatiana pide a Antonio Gramsci bajo consejo de Piero Sraffa. La cuestión fue reconstruida al detalle más de una vez[194]. No volveremos nuevamente sobre esto, sino solo para recordar que se llega aquí a la tematización del fascismo como revolución pasiva del siglo xx, en relación al papel desempeñado por Croce a lo largo de toda su trayectoria intelectual y, en particular, como pregonero de la «historia ético-política». Esta hipótesis se lee en un texto del C 8, 236, escrito en abril (C 8, 236: 344), transcripto por primera vez en el sumario del Cuaderno 10 escrito entre abril y mayo (C 10, I, Sumario: 113-116), así como en la nota 9 del Cuaderno 10, escrito en mayo, donde todo el argumento conoce una extraordinaria expansión, con el agregado de una apostilla respecto de la función desempeñada por la *Storia d'Europa* en el contexto político de la Italia fascista (C 10 I, 9: 128-130):

> (¿Puede tener este tratamiento una referencia actual? ¿Un nuevo «liberalismo», en las condiciones modernas, no sería precisamente el «fascismo»? ¿No sería el fascismo precisamente la forma de la «revolución pasiva» propia del siglo xx, así como el liberalismo lo fue en el siglo xix? Este argumento lo mencioné en otra nota, y todo el argumento debe ser profundizado) (C 8, 236: 344).
>
> ¿Tiene un significado «actual» la concepción de la «revolución pasiva»? ¿Estamos en un periodo de «restauración-revolución» que se ha de establecer permanentemente, organizar ideológicamente, exaltar líricamente? ¿Tendría Italia con respecto a la URSS la misma relación que Alemania (y la Europa) de Kant-Hegel con la Francia de Robespierre-Napoleón? (C 10 I, Sumario: 115).
>
> Se plantea el problema de si esta elaboración crociana, en su tendenciosidad no tiene una referencia actual e inmediata, no tiene el fin de crear un movimiento ideológico correspondiente al de la época tratada por Croce, de restauración-revolución […]. Pero en

194 Ver Giaani Francioni (1984), *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei «Cuadernos dal carcere»*, Nápoles, Bibliopolis:100-107; Angelo Rossi (2003), «Tra Gramsci e Togliatti. L'ultimo dibattito: le lettere su Croce», en *La Capitanata* 41, núm. 3: 199-220; Gianni Francioni, «Nota introduttiva al Cuaderno 8, vol». 13, cit.: 11-15; Gianni Francioni y Fabio Frosini, «Nota introduttiva al Cuaderno 10», vol. 14, cit.: 3-4; Giuseppe Vacca (2012), *Vita e pensieri di Antonio Gramsci, 1926–1937*, cap. xiii, Turín, Einaudi; Fabio Frosini (2015), «Sulle "spie" dei "Cuadernos del carcere"175», en *International Gramsci Journal* 1, núm. 4: 43-65, disponible en: http://ro.ouw.edu.au/gramsci/vol1/iss4/5.

> las condiciones actuales, el movimiento correspondiente al del liberalismo moderado y conservador, ¿no sería más precisamente el movimiento fascista? […] Podría ser una de tantas manifestaciones paradójicas de la historia (una astucia de la naturaleza, para decirlo con Vico) esta por la que Croce, movido por preocupaciones determinadas, llegase a contribuir a un fortalecimiento del fascismo, proporcionándole indirectamente una justificación mental después de haber contribuido a depurarlo de algunas características secundarias, de orden superficialmente romántico, pero no por ello menos irritantes para la compostura clásica de Goethe (C 10 I, 9: 129).

Cautelas e interrogantes transitan inmutados de la primera a la segunda redacción, aunque si la «referencia actual» de la primera se ve reforzada en la segunda como «referencia actual e inmediata». Pero debe observase especialmente que, en la segunda versión, Gramsci se fuerza a explicitar cuál es esta «referencia», identificándola en la necesidad (como había escrito en el sumario del Cuaderno 10) de absorber la onda expansiva «jacobina» proveniente de la Unión Soviética, relanzando y renovando la práctica transformistica de «toda la historia italiana desde 1815 en adelante»[195], como escribirá a Tatiana en la carta del 6 de junio de 1932.

Por esta razón, Gramsci habla de la «preocupación determinante» de Croce, y de una «astucia de la naturaleza» (es decir, un resultado no premeditado) como mediación entre estas preocupaciones y el «reforzamiento del fascismo». En sustancia, Croce se vería empujado, por su anticomunismo y más allá de sus propias intenciones, a apoyar al fascismo en tanto garante del orden contra el peligro bolchevique. En la primera redacción, recordando que «este argumento lo mencioné en otra nota», Gramsci había aludido al texto del Cuaderno 1, donde se preguntaba si «las corporaciones se convertirán en la forma de esta transformación [industrialista de la nación] por una de aquellas «astucias de la providencia» que hace que los hombres, aun sin quererlo, obedezcan a los imperativos de la historia» (C 1, 135: 182[196]). También en aquel caso, la hipótesis era que las corporaciones, nacidas de la preocupación inmediata de controlar la insubordinación obrera generalizada por efecto de 1917 y de la guerra, pudieran efectivamente ser el vehículo de una

195 Gramsci y Schucht, *Lettere 1926–1935*, cit.: 1022.

196 En el aparato crítico de la edición de Valentino Gerratana se remite (pero en forma dubitativa) al C 8, 36. En cambio, creo que Gramsci aluda al texto aquí citado.

modernización reivindicada por la propia clase obrera[197]. De hecho, el pasaje aquí recordado del Cuaderno 10 también desarrolla la hipótesis de que, gracias al corporativismo, «serían introducidas modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento "plan de producción", acentuando entonces la socialización y la cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose solamente a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia» (C 10 I, 9: 129).

En conclusión, en mayo de 1932 y a partir de la *Storia d'Europa*, Gramsci recupera el tema del industrialismo llevado adelante por el grupo de *L'Ordine Nuovo*, como forma de autoorganización del proletariado como clase dirigente, releyéndolo a la luz de la función de la absorción transformista ejercida en Italia por Benedetto Croce. De este modo, postula la existencia de una analogía y de un nexo entre el corporativismo como medida legislativa y la religión de la libertad como empresa ideológica: ambos fenómenos son incomprensibles sin la presencia de aquello que, en el Cuaderno 15, será definido como «fenómeno sindical», entendido como la presencia «de los elementos sociales de nueva formación, que anteriormente no tenían 'vela en este entierro' y que por el solo hecho de unirse modifican la estructura política de la sociedad» (C 15, 47: 220). Y poco más adelante, en el mismo Cuaderno, «el fenómeno sindical» es definido como

> término general en el que se suman diversos problemas y procesos de desarrollo de diferente importancia y significado (parlamentarismo, organización industrial, democracia, liberalismo, etcétera), pero que objetivamente reflejan el hecho que una nueva fuerza social se ha constituido, que tiene un peso no desdeñable, etcétera, etcétera (C 15, 59: 1824).

Corporativismo (fascismo) y religión de la libertad se asocian, porque se ponen de la misma manera frente a la tendencia de las clases subalternas a organizarse de forma autónoma, a formular la cuestión de la hegemonía. Organizando sindicalmente desde arriba, en modo autoritario, a la entera masa obrera e interpretando la historia como

197 «L'O[rdine] N[uovo] […] sostenía su proprio "americanismo"» (C 1, 61: 136). Ver también el C 1, 135: «Un análisis cuidadoso de la historia italiana anterior al 22, que no se dejase deslumbrar por el carnaval externo, sino que supiese los motivos profundos del movimiento, debería llegar a la conclusión de que fueron precisamente los obreros los portadores de las nuevas exigencias industriales y quienes a su manera las afirmaron valerosamente» (C 1, 135: 182).

(necesariamente) revolución-restauración, se realiza una misma operación, consistente en la negación de la posibilidad de una ruptura real. Sin embargo, este se consigue solo al precio de incorporar dentro del Estado a las mismas masas que reclaman la ruptura. De este modo, se abre una dinámica entre las masas, el fascismo y el liberalismo –o, si se quiere, entre proletariado, corporativismo y religión de la libertad– dentro la cual los comunistas pueden intentar introducir su propia acción política.

V. Conclusión: «Solo desde hace diez años…»: fascismo y «constituyentismo»

Tomemos ahora el C 10 II, 22: «Pero habría que ver si precisamente no es esto lo que se propone Croce, para obtener una actividad reformista desde arriba, que atenúe las antítesis y las concilie en una nueva legalidad obtenida 'transformisticamente'» (C 10 II, 22: 155). Aquí –como también en la carta del 6 de junio[198]– es enunciada la hipótesis de que la colaboración de Croce con la estabilización fascista tenga un carácter no enteramente no premeditado. El texto se abría con esta consideración: «Que Croce se propone la educación de las clases dirigentes no me parece dudoso. Pero ¿cómo es efectivamente acogida su obra educativa, a cuáles "leyes" ideológicas da lugar? ¿Qué sentimientos positivos hace nacer?» (C 10 II, 22: 154). La primera oración refleja aquello que encontramos también en la carta, pero las preguntas que la suceden abren un espacio de reflexión ulterior. Que Croce pretenda *provocar* una transformación –que Gramsci llamaría «molecular», pasiva– del fascismo, su «normalización» es, a este punto, una hipótesis en discusión. Pero entonces, *a fortiori*, debe ser considerada concretamente, en el concreto de la situación italiana, la dinámica de transformación desencadenada por tal empresa ideológica.

Estos «sentimientos positivos» se condensan en aquello que Gramsci llama «constituyentismo»:

198 «Puesta en perspectiva histórica –de la historia italiana, naturalmente– la laboriosidad de Croce aparece como la más potente máquina que el grupo dominante hoy posea para «conformar» a las nuevas fuerzas a sus intereses vitales (no solo inmediatos, sino también futuros) y que, yo creo, valora justamente, a pesar de alguna apariencia superficial» (Gramsci y Schucht, *Lettere 1926–1935*, cit.: 1022).

> Croce tiene una buena manera de acorazarse de sarcasmos por lo que toca a la igualdad, la fraternidad y exaltar la libertad –aunque sea especulativa–. Esta será comprendida como igualdad y fraternidad, y sus libros aparecerán como la expresión y justificación implícita de un constituyentismo que brota de todos los poros de aquella Italia «*qu'on ne voit pas*» y que solo desde hace diez años está haciendo su aprendizaje político (C 10 II, 22: 154).

Solo desde hace diez años, es decir *desde 1922*, año del golpe de Estado fascista. Señalando que el fascismo trae a la luz una Italia hasta aquel momento desconocida, invisible, particularmente la Italia campesina (en la carta a Tatiana del 19 de octubre de 1931, la expresión, correspondiente al título de un libro de Auguste Brachet, había sido usada para referirse al mundo de los campesinos[199]), Gramsci alude al encuadramiento de la población en organizaciones que cubren la entera vida del trabajo, extendiéndose también más allá de ella, hacia la infancia, la vejez y el tiempo libre; alude, en definitiva, a la puesta en marcha, por primera vez en Italia, de una verdadera y propia política demográfica que se constituye como una unidad junto al proyecto político de movilización y control del entero cuerpo social.

199 Ibídem: 840-841.

Las revoluciones de Gramsci: pasiva y permanente[200]

PETER D. THOMAS

La singular noción de «revolución pasiva» de Antonio Gramsci ha sido objeto de un interés creciente en los últimos años, tanto en términos de estudios teóricos sobre su coherencia interna, como en términos de estudios empíricos que lo utilizan para analizar procesos políticos contemporáneos. De manera vacilante, dicha noción fue inicialmente esbozada en veintisiete notas escritas de forma intermitente entre finales de 1930 y principios de 1935, en los textos que eventualmente serían conocidos como *Cuadernos de la Cárcel*. La perspectiva de Gramsci sobre el papel de los intelectuales en la organización de la cultura fue el principal asunto de debate inmediatamente después de la publicación de la edición temática de sus escritos carcelarios a finales de la década de 1940, mientras que –de manera sorpresiva, dada su posterior suerte– el concepto de «hegemonía» solo obtuvo prominencia después de 1956[201]. Sin embargo, no fue

200 Versiones previas de este artículo han sido presentadas en conferencias y seminarios en la *Mimar Sinan Güzel Sanatlar Üniversitesi*, Istambul, en el Departamento de Economía Política en la Universidad de Sidney, y en la Universidad de Oxford. Estoy agradecido con los participantes en esos eventos por su compromiso con mis argumentos. También me gustaría agradecer a Francesca Antonini, Rjurik Davidson, a cuatro lectores anónimos y a los coeditores de esta revista por sus provechosos comentarios y críticas.

201 Sobre la historia de la recepción de la hegemonía a principios de la década de 1950, véase Francesca Chiarotto (2008), «I primi dieci anni (1948–1958). Note sulla recezione del Gramsci teorico politico: la fortuna dell'egemonia», en Angelo D'Orsi, *Egemonie*, Nápoles, Dante & Descartes; y Francesca Chiarotto

sino hasta la década de 1970, sobre todo después de la histórica publicación de la edición crítica de los *Cuadernos de la Cárcel* en 1975 de Valentino Garretana, que empezó a dársele mayor atención a la revolución pasiva[202]. Desde entonces ha habido una proliferación de lecturas sobre su importancia, su singularidad en comparación con otras teorías de la revolución, y su «actualidad» en diferentes coyunturas. De la oscuridad en que se encontraba desde su formulación y de la relativa desatención que obtuvo durante los primeros veinticinco años de la fama de postguerra de Gramsci, la revolución pasiva se ha convertido de manera progresiva en uno de las más importantes referencias en los estudios filológicos que buscan atravesar el laberinto de los *Cuadernos de la Cárcel*[203].

(2011), *Operazione Gramsci: alla conquista degli intellettuali nell'Italia del dopoguerra*, Milán, Mondadori. Sobre las diferentes temporadas de los estudios sobre Gramsci, véase Guido Liguori (2012), *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibatti e polemiche 1922–2012*, Roma, Editori Riuniti.

202 Sobre el enfoque de los debates de la década de 1970 en la revolución pasiva, véase Fabio Frosini (2007), «Beyond the Crisis of Marxism: Thirty Years Contesting Gramci's Legacy», en Jcques Bidet y Stathis Kouvelakis (eds.), *Critical Companion to Conteporary Marxism*, Leiden, Brill, Leiden. Las contribuciones iniciales más tempranas incluyen a Franco De Felice (1972), «Una chiave di lettura in 'Americanismo e fordismo», en *Rinascita - Il Contemporanio* 19, núm. 42: 33-35; y Franco De Felice (1977), «Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci», en Franco Ferri (ed.), *Politica e storia in Gramsci, v*ol. 1, Roma, Editori Riuniti, Roma: 161-220. Para una contextualización crítica de estos trabajos, véase a Franco De Felice (2017), *Il presente come storia*, eds. Gregorio Sorgonà y Ermanno Taviani, Roma, Carocci. Quizás bajo la influencia del debate sobre el *Risorgimento* como una «revolución agraria fallida» [*rivoluzione agraria mancata*], iniciado por Rosario Romeo en la década de 1950, las discusiones anteriores a las intervenciones de De Felice no solían hacer énfasis en la especificidad de la revolución pasiva, si es que acaso llegó a ser tomada en cuenta. Véase Rosario Romeo (1956), *Risorgimento e capitalismo*, Bari, Laterza. Sobre la influencia del concepto de una *rivoluzione mancata* en los estudios sobre el *Risorgimento*, véase A. William Salomone (1962), «The Risorgimento between Ideology and History: The Political Myth of rivoluzione mancata», en *The American Historical Review* 68, núm. 1: 38-56.

203 Véase, por ejemplo, a Dora Kanoussi (2000), *Una introducción a los Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*, México, Plaza y Valdés; Pasquale Voza (2004), «Rivoluzione passive» en Fabio Frosini y Guido Liguori (eds.), *Le parole di Gramsci: per un lessico dei «Cuadernos del carcere»*, Roma, Carocci; Alvaro Bianchi (2008), *O laboratório de Gramsci. Filosofia, Histórica e Política*, São Paulo, Almeda; Peter D. Thomas (2009), *The Gramscian Moment: Philosophy, Hegemony and Marxism*, Leiden, Brill; Fabio Frosini (2012), «Reformation, Renaissence and the state: the hegemonic fabric of modern sovereignty», en *Journal of Romance Studies* 12, núm. 3; Antonio Di Meo (2014), «La «rivoluzione passiva» da Cuoco a Gramsci, Appunti per un 'interpretazione'», en *Filosofia italiana*.

Sin embargo, la revolución pasiva no solo se ha hecho relevante para los estudios sobre Gramsci y la historia del marxismo. También es uno de los conceptos derivados de las distintas tradiciones marxistas más influyentes en otros campos académicos contemporáneos e históricos. Ha sido empleado de manera prolífica para analizar procesos de formación del Estado y levantamientos populares de diversa índole, en casos tales como las contradicciones en la modernización en la Alemania de Guillermo II, el Estado indio (post) colonial, el México revolucionario y postrevolucionario, la «marea rosa» en América latina y sus antecedentes (particularmente en Brasil), el surgimiento del islamismo en Turquía, la Sudáfrica post-*Apartheid*, la revolución egipcia y la primavera árabe[204]. Pueden identificarse al menos cuatro diferentes formas de comprender el significado de la revolución pasiva en el campo académico reciente. En primer lugar, se ha presentado como una reformulación del ya establecido concepto de «revolución (burguesa) desde arriba», comprendida como un proceso en el cual las elites políticas existentes instigan y administran periodos de convulsión social y transformación[205]. En segundo lugar, la revolución pasiva se ha entendido como una contraparte o complemento de otras teorías sociológicas macrohistóricas de la formación del Estado, la modernización, o la descolonización[206]. En tercer lugar, particularmente

204 Jan Rehmann (1998), *Max Weber: Modernisierung als passive Revolution*, Hamburgo-Berlín, Argument, Hamburgo-Berlín; Partha Chatterjee (1993), *Nationalist Tought and the Colonial World* - a Derivative Discourse?, Minneapolis, University if Minnesota Press, Minneapolis; Morton (2011), *Revolution and State in Modern Mexico: The Political Economy of Uneven Development*, Lanham, Rowman & Littlefield, Lanham; Massimo Modonesi (2013), «Revoluciones pasivas en América Latina. Una approximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de iniçio de siglo», en *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensammiento de Antonio Gramsci*, Ciudad de México, FCPyS-UNAM; Marcos Del Roio (2010), «Translating Passive Revolution in Brazil», en *Capital & Class* 36, núm. 2: 215-234; Carlos Nelson Coutinho (2012), *Gramsci's Political Thought*, Leiden, Bill; Cihan Tugal (2009), *Passive Revolution: Absorbing the Islamic Challenge to Capitalism,* Stanford, Stanford University Press*;* Gillian Hart (2014), *Rethinking the South African Crisis: Nationalism, Populism, Hegemony*, Atlanta, University of Georgia Press; Brecht De Smet (2016), *Gramsci on Tahrir: Revolution and Counter- Revolution in Egypt*, Londres, Pluto Press.

205 Ver Neil Davidson (2010), «Scotland: birthplace of passive revolution», en *Capital & Class* 34, núm. 3: 343-359.

206 Ver Chris Hesketh (2017), «Passive Revolution: a Universal Concept with Geographical Seats», en *Review of International Studies* 43, núm. 4: 389-408. Como un intento por articular la revolución pasiva con la teoría del desarrollo desigual y combinado, ver Jaime Allinson y Alexander Anievas (2010), «The Uneven and Combined Development of the Meiji Restoration: A Passive Revolutionary

desde el punto de vista de la tradición italiana del transformismo, se ha conceptualizado como una estrategia política y técnica de gobierno particular, y a veces en relación con teorías de la gubernamentalidad[207]. En cuarto lugar, la revolución pasiva se ha tenido por un lente útil para el análisis de la naturaleza y transformación del capitalismo contemporáneo, ya fuera que se entienda como «neoliberalismo» o con otros términos[208].

En el transcurso de la historia de su recibimiento, políticamente sobredeterminado, la revolución pasiva se ha convertido de manera efectiva en lo que Adam Morton ha llamado «concepto *portmanteau*» o, en una formulación alternativa, un «*continuum*» de diferentes interpretaciones: en todo caso, una serie de conceptos a veces solo con similitudes mínimas[209]. Cada una de estas conceptualizaciones ha sido (re)construida, enfatizando uno o más de los temas que Gramsci desarrolla sobre la temática en una o varias de sus notas, con la finalidad de proponer una interpretación abarcadora de lo que la revolución pasiva «realmente» significa, o para localizar su «núcleo conceptual»[210]. Pese a las diferencias resultantes en sus formas de abordaje y conclusiones, la vasta mayoría de tales lecturas comparten, en mayor o menor medida, tres presupuestos interpretativos implícitos, cada uno relacionado con tendencias metodológicas de la historia intelectual contemporánea.

En primer lugar, postulan que la manera más coherente de comprender la revolución pasiva es «narrativizándola»; es decir, con la composición narrativa secuencial y cronológica del «largo siglo XIX», aparentemente disperso de manera no lineal a lo largo de varias notas

---

Road to Capitalist Modernity», en *Capital & Class* 34, núm. 3: 469-90. En cuanto a la afirmación de que la revolución pasiva representa la «forma general de la transición colonial a los estados nacionales postcoloniales en el siglo XX», ver Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World*, cit.: 50.

207 Christine Buci-Glucksmann (1981), *Gramsci and the State*, Londres, Lawrence & Wishart, enfatiza la importancia del *transformismo* en un estudio clásico. Jan Rehman, *Max Weber: Modernisierung als passive Revolution*, cit., desarrolla este tema en relación a la noción (en alto grado weberiana) de racionalización.

208 Para pensar la revolución pasiva en términos de tal «contemporaneidad», ver Tugal, Cit.; estos artículos están incluidos en la edición especial de *Capital & Class* 34, núm. 3, 2010; y Partha Chatterjee (2008), «Democracy and Economic Transformation in India», en *Economic and Political Weekly* 43, núm. 16: 53-62.

209 Adam M. Morton (2010), *Unravelling Gramsci: Hegemony and Passive Revolution in the Global Political Economy*, Londres, Pluto Press: 68; Adam M. Morton (2010), «The Continuum of Passive Revolution», en *Capital & Class*, 34, núm. 3: 315-342.

210 La noción de un «núcleo conceptual» es teorizada de manera explícita por Roberto Roccu (2017), «Passive Revolution revisited: From the Prison Notebooks to our 'great and terrible world'», en *Capital & Class* 41, núm. 3: 544.

en los *Cuadernos de la Cárcel*[211]. Este supuesto corresponde a lo que Hayden White ha caracterizado como la tendencia a considerar la narrativa como un tipo de «metacódigo» para la producción de significado y coherencia en la manera en que un orden racional es impuesto en lo que, de otro modo, son fenómenos discretos[212].

En segundo lugar, asumen que esta narrativa es un medio para revelar el «significado pretendido» de Gramsci, con lo cual el propósito de sus lecturas es una reconstrucción (en el caso de estudios filológicos) o, sobre la base de una reconstrucción previa, un despliegue analítico (en el caso de estudios empíricos[213]). Esta suposición puede emparentarse con las reflexiones de Quentin Skinner sobre la importancia de tomar en cuenta tanto la intención autoral (interna), como la «fuerza ilocucionaria» de su expresión (externa, «convencional»), con la finalidad de reconstruir el «significado» de cualquier afirmación en su contexto histórico[214].

En tercer lugar, suponen que la revolución pasiva es un concepto que expresa su narrativa y sentido pretendido porque precede a ambos o los completa. Los precede en el sentido de un concepto como representación de la lógica general que gobierna cada manifestación del término, entendida como la realización de una intención. Los completa en el sentido de que el concepto provee un «índice» unificador de la multiplicidad potencial de significados discordantes articulados en el proceso

211 Anteriormente propuse una narrativización semejante en Thomas, *The Gramscian Moment*, cit.: 133-158. Ver también el abordaje de los siglos XIX y XX presentados a partir del concepto de revolución pasiva en Bianchi, *O laboratório de Gramsci*, cit.; Alberto Burgio (2003), *Gramsci storico. Una lettura dei 'Cuadernos del carcere'*, Roma-Bari, Laterza; Alberto Burgio (2014), *Gramsci: Il sistema in movimento*, Roma, DeriveApprodi; Giuseppe Vacca (2017), *Modernità alternative: il novecento di Antonio Gramsci*, Turín, Einaudi.

212 Hayden White (1987), «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», en *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1: 24.

213 El trabajo de Fabio Frosini es el ejemplo más acabado de un abordaje filológico «reconstructivo e intencional» de este tipo; ver el más reciente Fabio Frosini (2017), «Rivoluzione passiva e laboratorio politico: appunti sull'analisi del fascismo nei Quaderni del carcere,», en *Studi Storici*, núm. 2: 297-328. Las reflexiones de Morton sobre las metodologías en la historia de las ideas y el «revelamiento» del pensamiento de Gramsci en el proceso de comprensión del presente, provee un ejemplo representativo de un desarrollo analítico basado en semejante presupuesto; ver Morton, *Unravelling Gramsci*, cit.: 15-38.

214 Quentin Skinner (2002), «Meaning and Understanding in the History of Ideas», en *Visions of Politics: Regarding Method*, vol. 1, Cambridge, Cambridge Unviersity Press: 45-48.

narrativo[215]. Este supuesto puede entenderse, como hace Reinhart Koselleck, en términos de un énfasis en la unidad polivalente que distingue el concepto «genuino» de la simple palabra[216].

En tanto proceso de «reconstrucción», el conjunto de estos supuestos interpretativos establece protocolos definidos para la lectura del papel que la revolución pasiva tiene en los *Cuadernos de la Cárcel*, célebres estos por su carácter fragmentario y no-sistemático. Es la reconstrucción de una narrativa implícita que no se presenta de manera cronológica; reconstrucción de un significado pretendido que no está declarado de manera explícita, y reconstrucción de un concepto elocuente que no está definido por ningún lado. Reelaborada de esta manera, la comprensión que generalmente se hace de la revolución pasiva yace en su carácter de orientador de una concepción particular del proceso de formación y transformación (pretendida o frustrada) del Estado moderno, ya sea en Italia o en un ámbito más amplio[217]. Desde esta perspectiva pueden derivarse consecuencias estratégicas o políticas, como han hecho Gramsci y sus lectores; sin embargo, lo que se ha entendido como el primordial «significado pretendido» es esa narrativa histórica y su conceptualización en términos de formación del Estado.

En este artículo propongo una formulación alternativa para la comprensión de la revolución pasiva, partiendo de un abordaje diferente en la lectura de los *Cuadernos de la Cárcel*. En vez de asumir la unidad del significado de la revolución pasiva a lo largo de los distintos textos de Gramsci, escritos entre 1929 y 1935, me inscribo en las tendencias recientes del debate filológico gramsciano, con la insistencia en un análisis diacrónico y contextualizado del uso de la revolución pasiva en

215 La idea de Callinicos de que existe un concepto «implícito» de revolución pasiva en un estado gestacional, anterior a su denominación explícita, puede tomarse como un ejemplo del abordaje previo; ver Alex Callinicos (2010), «The Limits of Passive Revolution», en *Capital & Class* 34, núm. 3: 491-507. La reconstrucción que hace De Smet de la revolución pasiva, tomándola como un concepto sintético capaz de comprender orgánicamente la «constitución del modo capitalista de producción y la sociedad burguesa» representa un ejemplo del otro abordaje; ver De Smet, *Gramsci on Tahrir*, cit., 6: 37-71.

216 Reinhart Koselleck (1979), «Begriffsgeschichte und Sozialgeschichte» en *Vergangene Zukunft: Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, : 119-120.

217 John A. Davis (ed.) (1979), *Gramsci and Italy's Passive Revolution*, Londres, Barnes & Noble, Londres: 14: la revolución pasiva «es en esencia tanto una descripción de la naturaleza del Estado liberal [italiano], como un señalamiento de las limitaciones de dicho Estado».

momentos específicos de la escritura de los *Cuadernos de la Cárcel*[218]. Por otro lado, a diferencia de las lecturas que postulan una historia del desarrollo de un concepto más o menos unitario (según un modelo de actualización de una potencialidad, de transición de lo implícito a lo explícito, o de «maduración» de lo que otrora era «embrionario»), defiendo una lectura que procura más detenidamente la especificidad y temporalidad de cada instancia de uso del término, sin presuponer su unificación en un concepto de manera originaria o eventual.

No es un objetivo reconstruir la revolución pasiva como una narrativa histórica particular, como un concepto político, ni como una teoría de la formación del Estado, en todo caso propongo considerarla como una «fórmula heurística». Con esta noción, apunto a enfatizar la manera en que la fórmula de la revolución pasiva funciona como una perspectiva organizadora –en diferentes formas y momentos– en el transcurso del proceso investigativo de Gramsci, y no tanto de acuerdo al grado en que ha representado una narrativa, concepto o teoría novedosa. Por tanto, a este artículo le interesa poco la plausibilidad de alguna interpretación del significado de la revolución pasiva, ni de los eventos que esta «aspiraba» a significar; más le ocupa el papel que ha jugado dicha fórmula en el marco de lo que propongo como la «arquitectura léxica» de los *Cuadernos de la Cárcel*[219]. Mi objetivo es ofrecer una lectura de lo que la «narrativa» de los *Cuadernos de la Cárcel* (esto es, la particular forma literaria y el proceso de

218 Las fechas de notas individuales dadas aquí provienen de la cronología establecida en Gianni Franconi (1984), *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei 'Quaderni del carcere'*, Nápoles, Bibliopolis, así como las revisiones que pueden ubicarse en Giuseppe Cospito (2011), «Verso l'edizione critica e integrale dei "Quaderni del carcere"», en *Studi Storici* 52, núm. 4: 896-904. Para una discusión sobre lecturas diacrónicas y contextuales de los *Cuadernos de la Cárcel*, en consideración de la *Filologia d'autore*, ver Gianni Franconi (2016), «Un labirinto di carta (Introduzione alla filologia gramsciana)», en *International Gramsci Journal* 2, núm. 1: 7-48.

219 He derivado la noción de una «arquitectura léxica» de las reflexiones de Peter de Bolla sobre una «arquitectura de conceptos»; ver Peter De Bolla (2013), *The Architecture of Concepts. The Historical Formation of Human Rights*, Nueva York, Fordham University Press. Sin embargo, mientras que el proyecto de De Bolla asume una distinción entre «palabras» y «conceptos», enfocándose en la organización de estos últimos, mi concepción de una «arquitectura léxica» apunta en cambio a la investigación del papel jugado por las palabras o formulaciones discretas de la economía y la estructura de un texto, sin suponer la existencia de los conceptos como causa primera, formal ni final. En un sentido wittgensteiniano, apunto a la exploración de la manera en cómo las palabras pueden tomarse como «escrituras» en el acto material de su registro, sin referencia a alguna instancia prefigurativa o sumatoria, ya sea que se conciba como «intención» o como «concepto».

composición de los escritos carcelarios de Gramsci) «hace» sobre y con la fórmula de la revolución pasiva.

Sobre la base de esta lectura diacrónica, sostengo que la fórmula de la revolución pasiva juega un papel importante en la dirección que toma la investigación de Gramsci en ciertos momentos decisivos entre 1930 y 1935, pero que esta función no consistió en primera instancia en el desarrollo de una teoría nueva de la formación del Estado moderno. En cambio, el proyecto más fundamental de Gramsci en los *Cuadernos de la Cárcel* consistió en la búsqueda de una estrategia política que pudiera convertirse «realmente» en una forma de la «revolución en permanencia». En un grado mucho mayor a lo que generalmente se reconoce, la investigación de Gramsci sobre la revolución pasiva emergió durante la elaboración de su propia y particular contribución al debate del movimiento de la Internacional Comunista en la década de 1920, sobre el significado de la noción de la «revolución permanente»[220]. Como «criterio» de la investigación histórica sobre el desarrollo del Estado moderno en el transcurso del largo siglo XIX, la revolución pasiva es de hecho un subproducto de este proyecto más fundamental. A su vez, la elaboración «puntual» de la revolución pasiva permite aclarar la comprensión específica que tiene Gramsci de la «permanencia» del movimiento revolucionario, requerida en la lucha contra el fascismo. Es en esta perspectiva que puede entenderse la naturaleza heurística de la revolución pasiva, en tanto caracterización de los desafíos que enfrentan los intentos por renovar la consigna de la «revolución en permanencia», en condiciones políticas diferenciales del periodo de entreguerras.

En la primera sección analizo la emergencia de la fórmula de la revolución pasiva a finales de 1930, como una reorganización de las investigaciones previas de Gramsci, las cuales se habían dedicado a la singular apreciación de la relevancia histórica del jacobinismo, o lo que yo denomino como la concepción del «metajacobinismo». Después hago un trazo del uso que hace Gramsci de la revolución pasiva en referencia a sus reflexiones sobre la revolución permanente entre 1930 y 1933, en tres fases

220 Entre las excepciones importantes que se pueden hallar en la bibliografía existente, se incluyen las diferentes lecturas que ofrecen Fabio Frosini (2009), *Da Gramsci a Marx*, Roma, DeriveApprodi; De Smet, *Gramsci on Tahrir*, cit.; Juan Dal Maso (2016), *El marxismo de Gramsci. Notas de lectura sobre los Cuadernos de la cárcel*, Buenos Aires, IPS-CEIP. Mientras que estos estudios dan cuenta la relevancia en el pensamiento de Gramsci de la relación entre las revoluciones pasiva y permanente, no se ocupan de la especificación de los tiempos y significado de sus diferentes usos, como aquí se pretende.

relacionadas, enfocadas en las figuras de Croce, Maquiavelo y Marx. Particularmente, destaco la importancia de la conjugación que hace Gramsci entre su investigación sobre la revolución pasiva y su cambiante apreciación del «Prefacio» de 1859 de Marx.

En la segunda sección analizo el desarrollo de la singular comprensión que tiene Gramsci de la revolución permanente, demostrando la manera en que esta acompaña y sobredetermina su investigación sobre la revolución pasiva en cada una de sus fases. Propongo que la concepción de Gramsci sobre «la revolución en permanencia» debe distinguirse de la mejor conocida formulación de Trostky, para comprenderla más bien en relación a una tradición alternativa de la interpretación de los pensamientos de Marx y Engels. En particular, trato de explicar la referencia histórica implícita detrás de la afirmación que hace Gramsci acerca de que la teorización y práctica de Lenin sobre la hegemonía constituye la «factual» y «superada» forma de la noción de «la revolución en permanencia», derivada de la experiencia de 1848.

Finalmente, propongo como conclusión que esta lectura abre nuevas sendas de investigación para la discusión contemporánea de la revolución pasiva. Si bien la fecundidad de la fórmula para estudios históricos sobre la transformación del Estado o para el análisis de dinámicas políticas actuales están bien establecidas, debe prestarse mayor atención a la naturaleza del uso que hace Gramsci de la revolución pasiva como una forma de reflexión política y estratégica. Siguiendo la lectura –que se desarrolla en este artículo– sobre la dialéctica entre las revoluciones pasiva y permanente, la comprensión de la revolución pasiva considerada en su contexto histórico ha consistido no solo ni primeramente en su condición de narrativa, concepto o teoría del desarrollo del Estado moderno. Aún más importante que estas dimensiones ha sido el trabajo de aclarar la comprensión que tenía Gramsci de la «revolución en permanencia», así como su novedosa contribución a los principales debates sobre teoría estratégica y política en la tradición marxista de su tiempo. Es en esta perspectiva que debería considerarse hoy el significado histórico y la potencial pertinencia contemporánea de la revolución pasiva.

I. La revolución pasiva en los *Cuadernos de la Cárcel*

Los *Cuadernos de la Cárcel* se han tornado influyentes como un trabajo de referencia teórica fundamental en un amplio conjunto de disciplinas

en las ciencias sociales y humanidades. En el momento original de su composición, sin embargo, consistían en documentos «semiprivados» del líder encarcelado del clandestino Partido Comunista, producidos bajo condiciones de vigilancia, con acceso limitado a recursos y textos académicos básicos, y en medio de transformaciones fundamentales en el movimiento de la Internacional Comunista. La naturaleza multifacética del proyecto gramsciano de los *Cuadernos de la Cárcel* estuvo determinada por dos perspectivas políticas decisivas: por un lado, Gramsci intentó analizar la naturaleza de la consolidación de la fuerza del régimen fascista, tanto en términos de sus fundamentos históricos como de su funcionamiento contemporáneo; por el otro lado, buscó elaborar su ya crítica posición en el movimiento de la Internacional Comunista, en el contexto de los profundos desacuerdos que tenía con su estrategia y tácticas oficiales en la lucha antifascista de finales de la década de 1920 y principios de la de 1930. Este es el contexto en el cual Gramsci comenzó a explorar la potencial utilidad de la fórmula de la revolución pasiva[221].

Muchas lecturas de la revolución pasiva –motivadas por el método recurrente de Gramsci, de «narrar» sus reflexiones teóricas– se han enfocado en la reconstrucción de la narrativa histórica del largo siglo XIX, el cual parece presentarse en varias notas diferentes, de manera fragmentaria y, a veces, contradictoria[222]. Como narrativa histórica, la revolución pasiva se ha percibido en relación a un ensanchamiento de perspectiva, en tanto Gramsci extiende su análisis desde Italia durante el *Risorgimento*, pasando por la Europa de la época del nuevo imperialismo, hasta las condiciones mundiales de su contemporaneidad, marcadas por el fascismo y el «americanismo». La lectura aquí, en todo caso, se enfoca en momentos discretos del despliegue de la revolución pasiva como una fórmula heurística dentro de los *Cuadernos de la Cárcel*. En vez de tomarlos como una «sobreextensión» o «estiramiento» de un paradigma originalmente nacional, tales usos son definidos por la presentación consistente y «puntual» de una orientación fundamentalmente internacionalista, ya discernible al principio de la investigación de Gramsci.

La primera nota en la cual parece surgir la revolución pasiva fue escrita en febrero-marzo de 1930 (C 1, 44: 106120). Tal como anota

221 Para una reconstrucción de estas perspectivas y contextos duales, ver Thomas, *The Gramscian Moment*, cit.: 197-242.

222 Valentino Garretana (1997), *Gramsci. Problemi di metodo*, Roma, Editori Riuniti: 132.

brevemente Gramsci, se está tomando el concepto de Vincenzo Cuoco, el historiador de la revolución napolitana fallida de 1799. La innovación de Gramsci parece consistir en la proyección de la revolución pasiva más allá del periodo napoleónico, con el objeto de proveer un análisis de las características particulares del *Risorgimento* italiano[223]. Por tanto, la noción de revolución pasiva parece originarse en reflexiones sobre el contexto nacional italiano, con la finalidad de organizarlas. En efecto, dado que el término aparece en las primeras secciones de esa larga nota dedicada al *Risorgimento*, la revolución pasiva podría pensarse de manera plausible como una tesis fundacional de esa nota en particular. Pero, en realidad, esta «primera» aparición de la revolución pasiva en los *Cuadernos de la Cárcel* es una adición retrospectiva posterior[224]. En vez de como «revolución pasiva», el *Risorgimento* fue caracterizado en aquel momento de esbozo inicial como una simple «revolución sin revolución» o, poco después en la misma nota, como una «conquista de la realeza».

Cronológicamente hablando, en la primera nota en la cual Gramsci hace referencia a la revolución pasiva, de noviembre de 1930, ya la desarrolla con un sentido amplio y global[225]. En vez de comenzar con la definición de Cuoco, desde la cual partiría, Gramsci señala desde un

223 Para el uso original del término por parte de Cuoco, ver, Vincenzo Cuoco (199, *Saggio storico sulla rivoluzione di Napoli*, Manduria, Lacaita, particularmente p. 326. Para un estudio detallado de los diferentes énfasis que hacen Cuoco y Gramsci en sus respectivas formulaciones, ver Antonio Di Meo, «La "rivoluzione passiva" da Cuoco a Gramsci», cit.

224 Una expansión adición retrospectiva similar se hace en C 1, 150: 189, escrita originalmente a finales de mayo de 1930. Tanto Garretana como Francioni dan cuenta de que «revolución pasiva» fue introducida en los márgenes de estas notas en una fecha posterior, después del primer uso de términos (en sentido cronológico) en C 4, 57: 216, de noviembre de 1930. Ver Antonio Gramsci (1975), *Cuadernos del carcere*, Turín, Einaudi: 2479, y Antonio Gramsci (2009), *Cuadernos del carcere. Edizione anastatica dei manoscritti*, Roma-Cagliari, ed. Francioni, Istituto per l'Enciclopedia Italiana - L'Unione Sarda, vol. 1: 4. La realización de un fechado de estas adiciones al margen más preciso, a partir de referencias externas o del manuscrito mismo, no resulta ser posible. Es posible que Gramsci haya hecho esta adición en noviembre de 1930, en algún momento de 1931 o inclusive a principios de 1932. Es importante tener en cuenta que, después de noviembre de 1930, la revolución pasiva no se vuelve a utilizar sino hasta principios de 1932, en C 8, 25: 231, cuando Gramsci refiere a la fórmula de Cuoco para Quinet (y Gioberti).

225 No es coincidencia que Gramsci comenzara a explorar la importancia de la revolución pasiva en el mismo periodo en el que sostuvo intensas discusiones (y desacuerdos) con otros reclusos comunistas en la cárcel de Turi. Ver Athos Lisa (1973), *Memorie. In carcere con Gramsci*, Milán, Feltrinelli, y para una contextualización crítica, Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci and the State*, cit.: 137-190.

inicio que, si bien se está apropiando de la formulación de Cuoco, pretende darle un significado distinto.

> El concepto de revolución pasiva me parece exacto no solo para Italia, sino también para los demás países que modernizaron el Estado a través de una serie de reformas o de guerras nacionales, sin pasar por la revolución política de tipo radical-jacobino. Ver en Cuoco cómo desarrolla el concepto para Italia (C 4, 57: 216-227[226]).

Por lo tanto, la revolución pasiva es utilizada en este caso para describir el no tan especial *Sonderweg* hacia la modernidad, tomado no solo por Italia, sino también por otros Estado-nación europeos que carecieron de un «movimiento jacobino». El caso italiano es, desde un principio, tomado como una manifestación específica de esta experiencia histórica más general.

Los usos posteriores de Gramsci de la fórmula de la revolución pasiva se presentan en especificaciones y elaboraciones jánicas de aquella perspectiva inicial. Por un lado, retorna al principio de su investigación sobre el *Risgorgimento* italiano, en C 1, 44, y lo corrige con una singular y aparentemente marginal adición que, fundamentalmente, va a dar forma a la manera en que esa nota es abordada por lectores posteriores. Por el otro lado, la revolución pasiva es utilizada de manera temática a lo largo de los *Cuadernos de la Cárcel* con un ritmo «puntual», en el cual diferentes narrativas históricas y reflexiones estratégicas se disputan la preeminencia teórica.

1. «Jacobinismo (de contenido)» (febrero-marzo de 1930)

Mirando hacia atrás, la inserción de la fórmula de revolución pasiva al inicio de la discusión sobre el *Risorgimento* en la C 1, 44 tuvo un efecto decisivo en cómo la revolución pasiva, esa nota en particular, y los *Cuadernos de la Cárcel* mismos, fueron interpretados y reconstruidos en debates posteriores. La adición retrospectiva que hizo Gramsci no solo hace

226 Para lecturas que enfatizan la centralidad de eta nota para toda la investigación de Gramsci sobre la revolución pasiva, ver Pasquale Voza, «Rivoluzione passiva», cit.: 195; Franco De Felice, «Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci», cit.: 163.

que parezcan admisibles esas lecturas que postularon la proyección de la revolución pasiva desde el nivel nacional al internacional, en términos de una «extensión» y «estiramiento» de lo que aparentemente es su perspectiva inicial[227]. También involucra aquello que se acumula hacia una reescritura efectiva de la C 1, 44, lo que a su vez parece permitir una lectura de la relevancia que tiene esta nota, ante todo teniéndola como la «génesis» de la revolución pasiva, más que como una condensación de la manera particular que tiene Gramsci de entender el jacobinismo.

En la composición inicial de la C 1, 44, de febrero-marzo de 1930, fue el jacobinismo y no la revolución pasiva el que fue usado como el lente principal para hacer la lectura del *Risorgimento*. El enfoque que tiene el borrador original de esta nota (esto es, antes de las adiciones marginales después de noviembre de 1930) se erige en coherencia con un flujo de pensamiento que Gramsci había estado desarrollando a lo largo del Cuaderno 1; a saber, la naturaleza de las relaciones campo-ciudad en la historia italiana. Por consiguiente, esas notas pueden caracterizarse como un cambio en el proyecto precarcelario de Gramsci en *Algunos temas sobre la cuestión meridional*, ahora observado desde la lente «jacobina» que colorea todo el Cuaderno 1 en su conjunto[228]. La C 1, 44 empieza discutiendo el *Risorgimento* en una perspectiva comparativa internacionalista, enfocándose en la falta de un «jacobinismo» en el *Risorgimento*. El fracaso de la emergencia de una fuerza jacobina es algo que reprocha continuamente a lo largo de la nota, concluye con reflexiones enigmáticas sobre la consigna de la «Revolución en Permanencia».

227 Callinicos, «The Limits of Passive Revolution», cit., argumenta que una tendencia hacia la «sobreextensión» (o, según Lakatos, «estiramiento conceptual») de la revolución pasiva, tanto en los escritos de Gramsci como en los de académicos posteriores, conduce a una pérdida de su precisión analítica. Si bien da cuenta de la introducción retrospectiva gramsciana de «revolución pasiva» en su primer Cuaderno, insiste de todas maneras en que «Gramsci usa la expresión "revolución pasiva" inicialmente como un medio de interpretación del *Risorgimento*» (afirmación que se justifica con la referencia a la idea de una presencia «implícita» (o «práctica») del «concepto» de revolución pasiva en las notas anteriores a la C 4, 67, incluso si la formula misma no está presente. Así, su genealogía de la revolución pasiva necesita ignorar la evidencia textual de que Gramsci utilizó la revolución pasiva en un sentido «extendido», diferente al inicial.

228 Acerca de la presencia del jacobinismo a lo largo del Cuaderno 1, ver Leonardo Paggi (1984), «Giacobinismo e società di massa in Gramsci», en Massimo Salvadori y Nicola Tranfaglia (eds.), *Il modello politico giacobino e le rivoluzioni*, Florencia, Scandicci.

El «jacobinismo» al que Gramsci dota de valor no es, sin embargo, el jacobinismo tan a menudo caricaturizado como un elitismo, ni aquél reprobado como un golpismo antidemocrático. El mismo joven Gramsci no ha sido inmune a la influencia de estas lecturas, por las que declarara de manera estridente en 1917 que «los revolucionarios rusos no son jacobinos»[229]. Muy pronto abandonó esta perspectiva, bajo la influencia de Mathiez, cuyo *Le Bolchévisme et le Jacobinisme* había traducido para *L'Ordine Nuovo* en 1921[230]. Igual importancia parecen haber tenido la creciente atención que mostraba Gramsci a la tradición rusa del jacobinismo, principalmente presente en el pensamiento de Lenin[231], por un lado, y, por el otro, la innovadora sugerencia de un «jacobinismo precoz» en Maquiavelo (ver C 8, 21: 225-228; C 13, 1: 13-8), idea cada vez más recurrente en los *Cuadernos de la Cárcel*. Como resultado de esta oportuna autocrítica, se tiene una novedosa lectura de la relevancia histórica y la «actualidad» del jacobinismo[232].

El jacobinismo que le interesa a Gramsci, aquel cuya ausencia en el *Risorgimento* italiano tanto lamenta, no es un «fanatismo enérgico» ni una virtud revolucionaria (C 1, 44: 110), tampoco se trata de un precursor de los totalitarismos del siglo xx, que han acaparado tanta atención durante reflexiones críticas[233]. Más bien, en una lectura que claramente conlleva las trazas de una teorización bolchevique de la hegemonía en términos de relaciones políticas entre campo y ciudad, Gramsci se

229 Antonio Gramsci (2015), *Scritti (1910–1926)*, vol. 2, Roma, ed. Rapone, Istituto della Enciclopedia italiana fondata da Giovanni Treccani: 255.

230 Acerca de la importancia del encuentro entre Gramsci y Mathiez, ver Sabrina Areco (2015), «Antonio Gramsci e Albert Mathiez: jacobinos e jacobinosmo nos anos de Guerra», en *Revista Outubro*, núm. 24.

231 Rita Medici (2010), *Giobbe e Prometeo: filosfia e politica nel pensiero di Gramsci*, Florencia, Alinea: 153. Para la invocación de un «jacobinismo plebeyo», ver Massimo Salvadori, «Il giacobinismo nel pensiero marxista», en *Il modello politico giacobino e le rivoluzioni*, cit., y Moishe Levine (1989), «Jacobinism and the European Revolutionary Tradition», en *History of European Ideas*, 11: 157-180.

232 Sobre el abordaje cambiante al jacobinismo en Gramsci, ver Marco Gervasoni (1998), *Antonio Gramsci e la Francia: dal mito della modernità alla 'scienza della politica'*, Milán, Unicopli,; Medici, Giobbe e Prometeo, cit.; Leandro De Oliveira Galastri (2010), «Revolução passiva e jacobinismo: uma bifucação da historia», en *Filosofia e Educação* 2, núm. 1.

233 Ver, por ejemplo, Brinton Crane (1930), *The Jacobins: an Essay in the New History*, Nueva York, The Macmillan Company; François Furet (1989), «Jacobinism», en François Furet y Mona Ozouf (eds.), *A Critical Dictionary of the French Revolution*, Cambridge, Harvard University Press; Patrice Higonnet (1998), *Goodness beyond Virtue. Jacobins during the French Revolution*, Cambridge, Harvard University Press.

enfoca en la manifestación de los jacobinos como aquellos quienes «lucharon encarnizadamente para asegurar el vínculo entre la ciudad y el campo» (C 1, 44: 109[234]). De esta manera, el mayor logro de los jacobinos es descrito con un énfasis que resulta poco común entre los estudiosos de la historia[235], no solamente en términos de la creación de la unidad nacional, sino también acerca del mecanismo específico de su realización, a decir, en la movilización del campesinado bajo el liderazgo de un movimiento político predominantemente urbano[236].

Sin embargo, Gramsci también resalta los límites históricos del jacobinismo. Ya para principios de 1930, el sostiene que

> El desarrollo del jacobinismo (de contenido) [en Francia de principios del siglo XIX] ha encontrado su perfección formal en el régimen parlamentario, que realiza en el periodo más rico de energías «privadas» en la sociedad la hegemonía de la clase urbana sobre toda la población, en la forma hegeliana de gobierno con el consenso

234 Esta fue la razón por la que Gramsci ubicara a Maquiavelo, *avant la lettre*, en una tradición jacobina. «Cualquier formación de voluntad colectiva nacional popular es imposible sin que las masas de campesinos cultivadores entren simultáneamente en la vida política. Esto quería Maquiavelo a través de la reforma de la milicia, esto hicieron los jacobinos en la Revolución Francesa, en esto consiste el jacobinismo (precoz) de Maquiavelo, el germen fecundo de su concepción de la revolución nacional» (C 8, 21: 227). En contraste, buena parte de los estudios sobre Maquiavelo, en particular del siglo XX, se han centrado en el *Príncipe* o en los *Discursos*, dejando de lado *El Arte de la Guerra*. Gramsci efectúa la «jacobinización» de su lectura de aquellos dos textos al enfocarse en las implicaciones políticas que tiene este último. Para una consideración de la centralidad de *El Arte de la Guerra* en la filosofía política de Maquiavelo, ver Filippo Del Lucchese (2015), *The Political Philosophy of Niccolò Machiavelli*, Edinburgo, Edinburgh University Press: 105-113, 120-122.

235 En las investigaciones sobre el jacobinismo, las excepciones que resaltan la importancia de sus políticas rurales incluyen a Anatoli Ado (1996), *Paysans en révolution: terre, pouvoir et jacquerie*, 1789–1794, París, Societé des etudes Robespierristes; Jill Maciak (1999), «Learning to Love the Republic: Jacobin Propaganda and the Peasantry of the Haute-Garonne», en *European Review of History/Revue européene d'histoire* 6, núm. 2: 165-179; Henry Heller (2006), *The Bourgeois Revolution in France*, Nueva York, Berghahn Books.

236 Sobre la importancia de la movilización campesina para la comprensión por parte de Gramsci acerca del jacobinismo, ver Walter L. Adamson (1980), *Hegemony and Revolution. A Study of Antonio Gramsci's Political and Cultural Theory*, Berkeley, University of California. Es probable que Gramsci haya sido fuente de inspiración para esta lectura de Mathiez, quien pondera de manera breve esta dimensión de la política jacobina. Ver Albert Mathiez (1920), *Le Bolchévisme et le Jacobinisme,* París, Librairie du Parti Socialiste et de l'Humanité.

> permanentemente organizado […]. El «límite'»hallado por los jacobinos con la ley *Chapelier* [o el maximum] es superado [*superato*] y ampliado [*allargato*] a través de un proceso complejo, teórico-práctico (jurídico-político-económico), por el cual se recupera el consenso político (se mantiene la hegemonía) ampliando y profundizando la base económica con el desarrollo industrial y comercial hasta la época del imperialismo y la guerra mundial (C 1, 48, 123[237]).

De esta manera, Gramsci caracteriza lo que puede describirse como el «realmente existente» o, en sus palabras, «jacobinismo histórico», en tanto fenómeno contradictorio (C 8, 35: 235; C 11, 66: 338). Por un lado, la limitada naturaleza clasista del movimiento jacobino ya se había hecho evidente durante la Revolución francesa, tal como la ley *Chapelier* de 1971 (nuevamente, bajo la influencia de Mathiez, Gramsci agregó posteriormente en el margen: «o el maximum») vio el giro que los jacobinos burgueses dieron contra sus antiguos aliados entre las clases populares, al intentar limitar sus formas autónomas de organización y actividad política. Por el otro lado, el titubeante y contradictorio desarrollo que, desde principios del siglo XIX en adelante, tuvieron los regímenes parlamentarios burgueses y sus sociedades civiles complementarias, superaron [*superato*] y «perfeccionaron formalmente» las demandas jacobinistas de asegurar la unidad nacional-popular.

237 Ver también C 1, 44; 117-118. Superare, reproducido aquí [en el artículo original en inglés] como «to sublate», es la traducción común al italiano del *aufheben* de Hegel, o la unidad dialéctica de cancelación y preservación. En traducciones anteriores de este pasaje se ha tendido a reducir la resonancia hegeliana. Hoare y Nowell-Smith, al traducir la formulación correspondiente en el texto C (Gramsci, *Quaderni del carcere*, ed. Garretana, cit.: 1636: *superato e respinto più lontano progressivamente* [C 13, 37: 80: «superado y alejado progresivamente»]), optan por «*transcended and pushed progressively back*»; ver Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, editado y traducido por Hoare y Nowell-Smith, International Publishers Co, Nueva York, 1971. En cambio, Buttigieg y Callari (1992) tradujeron «*superato e allargato*» como «*overcome and slackend*»; ver Antonio Gramsci, *Prison Notebooks*, vol. I, Nueva York, ed. Buttigieg, Columbia University Press. Ambas traducciones resultan engañosas. El argumento de Gramsci en esta nota no trata sobre cómo el «límite de clase» de los jacobinos fuese «trascendido» [*trascended*] o «sobrepasado» [*overcome*] por el régimen parlamentario, en el sentido de haber sido negado o de haber dejado de operar. Al contrario, dicho límite no solamente se mantuvo vigente durante principios del siglo XIX, sino inclusive se fortaleció en formas sin precedente y de grandes mediaciones, aumentando con ello la capacidad de la clase burguesa de integrar clases sociales antagónicas en el marco de su propio proyecto político, en concordancia con su propios límites e intereses de clase.

Allí, la argumentación de Gramsci parece distinguir entre el «jacobinismo histórico» y aquello que André Tosel ha denominado de manera oportuna como un «metajacobinismo»[238]. Mientras los *Cuadernos de la Cárcel* analizan la contradictoria transformación del jacobinismo histórico desde un cuestionamiento radical al *status quo* de uno de sus principales pilares, el «metajacobinismo» se refiere al intento de Gramsci por identificar las formas en que cierto «espíritu» del jacobinismo fue «superado» –esto es, cancelado tanto como preservado– por la historia política posterior. De allí que la C 1: 44 llegue a dar cuenta de que los «límites» de los jacobinos reaparecieron en 1848 como un «espectro» que ya amenazaba: «En Alemania el 48 fracasó por la poca concentración burguesa (la consigna de tipo jacobino fue dada en el 48 alemán por Marx: "Revolución permanente")» (C 1, 44: 119). Este metajacobinismo vuelve a aparecer en la conclusión de esta nota. La corriente bolchevique, según comenta Gramsci, pese a no utilizar la consigna jacobina de Marx, «la empleó de hecho en su forma histórica, concreta, viviente, adaptada al tiempo y al lugar, como brotando de todos los poros de la sociedad que había que transformar, de alianza entre dos clases con la hegemonía de la clase urbana» (C 1, 44: 120).

Por lo tanto, el primer Cuaderno de Gramsci, así como la extensa C 1, 44, estuvieron dedicados a la exploración de las fortalezas y debilidades de la tradición jacobina, instaurando una contraposición entre aquellas y éstas en la forma de una crítica inmanente. En tanto la revolución pasiva queda desplegada de manera intermitente en cuadernos posteriores, ha sido precisamente concebida en términos de una generalización de aquél «límite» y aquella «perfección formal» que se encuentran en el jacobinismo histórico, constituyendo con ello una presencia espectral que señala la ausencia del «metajacobinismo».

2. La dialéctica especulativa de Croce y la «falta de iniciativa popular» (enero-mayo de 1932)

Más adelante, la revolución pasiva es utilizada en cuadernos posteriores con un ritmo «puntual», con periodos de reflexión intensa acerca de su posible significado particular, seguidos de momentos de omisión relativa

238 André Tosel (1992), «Gramsci et la Révolution française», en *Modernité de Gramsci?*, Besanzón, Belles Lettres: 99.

o completa respecto al tema. Pero sobre todo se trata de un ritmo puntual en el sentido de que las reflexiones de Gramsci sobre el asunto de la significación posible de la revolución pasiva son «puntualizadas» continuamente a través de retornos al tema de la revolución permanente, concebida esta como la contrapartida dialéctica de la revolución pasiva. Pueden distinguirse tres fases de este trabajo, cada una sobredeterminada por el compromiso que tiene Gramsci con dicho tema, que es uno de los principales agonistas en los *Cuadernos de la Cárcel*.

Sin embargo, previamente al inicio de este desarrollo conceptual, la fórmula de la revolución pasiva desaparece por completo del vocabulario de Gramsci durante más de un año, después de su primera mención. A lo largo de 1931, Gramsci dedica sus energías a la elaboración de las perspectivas filosóficas que, más adelante, conducirán a la novedosa formulación del marxismo como una «filosofía de la *praxis*». A principios de 1932, y solo entonces, esas investigaciones filosóficas son traducidas a un registro historiográfico en el cual son exploradas de manera inicial las implicaciones de la revolución pasiva. La primera fase de este proceso ocurre bajo la égida de la crítica que hace Gramsci a Croce y, en particular, a la relación de Croce con el legado del *Risorgimento*. Es durante esta etapa que Gramsci delinea varios de los temas, analogías y formulaciones que ahora son ampliamente reconocidas como los «elementos centrales» del concepto de la revolución pasiva[239]. De esta manera, en enero y febrero de 1932, en el Cuaderno 8, se explica la revolución pasiva en términos de la fórmula de la «revolución-restauración», tomada de Quinet, así como la de la noción de «restauraciones progresivas». En la misma nota, Gramsci vierte la famosa caracterización de la revolución pasiva como una «falta de iniciativa popular», estando fundada en el cumplimiento parcial de las demandas populares, así como en su consecuente deformación (C 8, 25: 231). Otra nota en este periodo compara la revolución pasiva con tradiciones de «transformismo» en el Estado italiano post-*Risorgimento*, justo después de que Gramsci explora la fórmula «conservación-innovación», en una crítica de los límites del historicismo de Croce (C 8, 36: 236; C 8, 39: 237-239). De manera significativa, en este mismo periodo Gramsci continúa con su interés en la tradición de la «revolución permanente», definiendo su

239 Ver, por ejemplo, las definiciones sintéticas que ofrece Buci-Glucksmann, *Gramsci and the State*, cit: 310-317; Morton, *Unravelling Gramsci*, cit.: 63-73; De Smet, *Gramsci on Tahir*, cit: 37-71.

«superación» como «hegemonía», lo cual a su vez es equiparado con la «guerra de posiciones» (C 8, 52: 244[240]).

La revolución pasiva permanece en un lugar prominente en abril y mayo de 1932, aunque la atención de Gramsci se vuelca con más fuerza hacia asuntos contemporáneos. Puede notarse a estas alturas que hay diferentes estilos en el uso de la fórmula: si antes era utilizada de manera interpretativa en el análisis histórico, ahora parece utilizarse como descripción de una estrategia o técnica política. Surge la pregunta de si el fascismo pudiera ser «la forma de la "revolución pasiva" propia del siglo xx, así como el liberalismo lo fue del siglo xix» (C 8, 236: 344). Bajo especificación de Gramsci, esta interrogativa podría ser respondida en los siguientes términos:

> La revolución pasiva se verificaría en el hecho de transformar la estructura económica «reformistamente» de individualista a economía planificada (economía dirigida) y el advenimiento de una «economía media» entre la individualista pura y la planificada en sentido integral, permitiría el paso a formas políticas y culturales más avanzadas sin cataclismos radicales y destructivos en forma exterminadora. El «corporativismo» podría ser o llegar a ser, desarrollándose, esta forma económica media de carácter «pasivo» (C 8, 136: 344[241]).

Esta concepción (a decir, la revolución pasiva considerada como corporativismo, más que en cuanto a revolución pasiva como tal), como prosigue Gramsci, «podría compararse a la que en política puede llamarse "guerra de posiciones", en oposición a la "guerra de movimientos"».

Sin embargo, el centro de las investigaciones en abril-mayo de 1932 se encuentra en el sumario introductorio a la primera parte del Cuaderno 10. Este sumario delinea de manera sintética los temas que Gramsci desarrollará en los próximos meses y en el año siguiente. Da cuenta del proceso mediante el cual la fórmula de Cuoco pasó de ser una reflexión histórica a una «fórmula para la «acción»», una «dialéctica «especulativa» de la historia» comparable a Proudhon con la «dialéctica

240 Febrero de 1932.

241 Ver también, del mismo periodo, C10 I, 6: 121124, donde estos temas son especificados en términos de la intersección entre colonialismo, rivalidades imperialistas y lucha de clases local en la historia reciente de Italia, con un enfoque particular en el papel que jugó el fascismo en la estabilización de las relaciones entre la clase gobernante tradicional y las pequeñas burguesías del campo y la ciudad.

de los «intelectuales» que se conciben a sí mismos como personificaciones de la tesis y la antítesis de esta manera elaboradores de la síntesis» (C 10 I, Sumario: 114; C 10 I, 6: 121-14; C 9, 97: 69-70; C 10 II, 41 XIV: 205–7[242]). Algo que resulta igual de significativo es que Gramsci pone en consideración si Italia podría tener la misma relación con la URSS que aquella que tuvo la Alemania de Kant y Hegel respecto de la Francia de Robespierre y Napoleón (C 10 I, Sumario: 115; C 10 II, 61: 231-234[243]). En esta etapa, la revolución pasiva adopta las características de una reflexión especulativa más allá de la historia, en tanto forma de neutralización que, según sostiene Gramsci, opera como parte de la estrategia historiográfica de Croce al iniciar sus historias de Europa e Italia en *post festum* (C 8, 240: 346-347[244]).

Al mismo tiempo, Gramsci continua en estos meses con la exploración sobre la revolución permanente, de nuevo sobre la afirmación de que se encuentra actualizada con la noción de hegemonía (C 10 I, 12: 134-135[245]). Se trata de una temática que Gramsci explora con mayor profundidad histórica en una serie de cinco densas notas transcritas y revisadas durante la segunda mitad de 1932 y 1933, en el «especial» Cuaderno 13, dedicado a Maquiavelo y el Príncipe moderno[246]. Es significativo que durante este periodo (finales de 1932, principios de 1933), la investigación de Gramsci sobre la revolución pasiva entra en una pausa, mientras que la revolución permanente, vista con una mirada influenciada por Maquiavelo, se convierte en el objeto de su dedicación.

3. De Maquiavelo a Marx: el «corolario crítico necesario» del «Prefacio» de 1859 (marzo-julio de 1933)

Por lo anterior, quizás no es coincidencia que, en una serie de notas tituladas «Maquiavelo» (escritas entre marzo y mayo de 1933), Gramsci regrese a la exploración de los «límites» de la revolución pasiva como un proceso histórico y concepto teórico (C 15, 11: 187-189; C 15, 15:

242 Respectivamente: abril-mayo de 1932, abril-mayo de 1932, mayo de 1932, agosto-diciembre de 1932.
243 La segunda nota corresponde a febrero-mayo de 1933.
244 Mayo de 1932.
245 Abril-mayo de 1932.
246 Para un análisis de estas notas, ver infra «Maquiavelo y la expansión lo político (mayo 1932-noviembre1933)».

192-193; C 15, 17: 193-194; C 15, 25: 199-200[247]). De esta manera, el rótulo de «Maquiavelo» funge al mismo tiempo como una condensación de los límites de la investigación sobre la revolución pasiva y permanente, y como el punto de transición entre ambas. En marzo-abril de 1933, Gramsci revisita la noción previamente delineada de la guerra de posición. Se pregunta si pudiera haber «una identidad absoluta entre guerras de posiciones y revolución pasiva? ¿O existe al menos o puede concebirse todo un periodo histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobras?»(C 15, 11: 187[248]). Aquí Gramsci explora la hipótesis relacionada con el desarrollo del *Risorgimento* italiano, según la cual «las modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices nuevas de modificaciones» (C 15, 11: 188). Sin embargo, muy poco después, en abril-mayo de 1933, la conjunción entre Maquiavelo, la revolución pasiva y una novedosa reflexión sobre el «Prefacio» de 1859 de Marx, conduce a un nuevo abordaje del problema. La revolución pasiva deja de ser considerada principalmente en términos historiográficos y, en cambio, se vislumbra como una manera de pensar las formas en que la acción política es (o no) posible en la época contemporánea de Gramsci.

Gramsci ya había traducido pasajes del «Prefacio» del 59 de Marx, quizás tan pronto como mayo de 1930[249]. A lo largo del desarrollo de los *Cuadernos de la Cárcel*, evoca reiteradamente algunas de sus formulaciones más cargadas de significado, tratándolas prácticamente como axiomas para la investigación de la historia política del siglo XIX, tanto como de la coherencia interna de la concepción materialista de la historia[250]. Ambas líneas de investigación tienen continuidad en primavera

247 Respectivamente: marzo-abril de 1933, abril-mayo de 1933, abril-mayo de 1933, mayo de 1933.

248 Esta línea de investigación se continúa entre abril y julio de 1933, en C15, 15: 192-193; C14, 25: 199-200; C15, 56: 229; C15, 59; 232-233 (la «función piamontesa»: «dictadura sin hegemonía»), culminando en C15, 62: 236.

249 Sobre el fechado de esa traducción, ver Gianni Francioni (2007), «Nota al testo», en Antonio Gramsci, *Cuadernos del carcere, I, Cuadernos di traduzione (1929–1932)*, Roma, eds. Cospito y Franconi, Istituto della Enciclopedia Italiana: 870-890.

250 Ver, por ejemplo, C 4, 38: 166-177, de octubre de 1930; C 7, 4: 147, de noviembre de 1930; C 7, 20: 159, de noviembre de 1930-febrero de 1931; C 8, 195: 314-315, de febrero de 1932; C 10 II, 6: 142-143, de mayo de 1932; C 11, 22: 281-285, de julio-agosto de 1932; C 13, 17: 32-40, de mayo de 1932-noviembre de 1933; C 13, 18: 40-47, de mayo de 1932-noviembre de 1933.

y verano de 1933, pero con una diferencia sustancial: para entonces, Gramsci está menos interesado en aquel carácter axiomático del «Prefacio» que en la conclusión que podría resultar del mismo. Argumenta que «el concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de ciencia política», a ser:

> 1) que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2) que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias, etcétera (C 15, 17: 193[251]).

Tal como se especifica a continuación en la misma nota, el concepto de la revolución pasiva puede ser «deducido» de estos principios sOlo si primero son «depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo». De allí que la formulación de Cuoco sea «completamente modificada y enriquecida», no como un «programa», tal como aclara Gramsci en una nota de junio-julio de 1933, sino más bien como «criterio de interpretación» por la falta de otros elementos activos. En esta usanza, la revolución pasiva puede tener un sentido político concreto sOlo si «presupone, [o] incluso postula como necesaria, una antítesis vigorosa», la cual pone en marcha sus fuerzas de manera autónoma e intransigente (C 15, 62: 236[252]).

Por tanto, puede parecer que en las reflexiones que hace Gramsci en primavera y verano de 1933, sobre la revolución pasiva, culminan en un giro evidentemente voluntarista. En detrimento de una tendencia hacia el determinismo objetivo, que parece tomar cuerpo en el «Prefacio» del 59, parece ser invocada la noción de revolución pasiva (igualmente susceptible de ser «fatalista»), paradójicamente para afirmar la primacía de la fuerza subjetiva. Esta lectura, sin embargo, estaría omitiendo un desarrollo adicional crucial, el cual Gramsci retoma en el verano de 1933, en la conclusión de C 15, 62. Allí, ya no «deduce» la revolución pasiva a partir de los axiomas del «Prefacio», sino redefine la revolución pasiva como su «corolario crítico necesario», o como una conclusión que afecta de manera retroactiva sobre sus premisas en la forma de una modificación crítica (C 15, 62: 236). Este enfoque, a su vez, retorna a lo que Gramsci había caracterizado como «mediación dialéctica» de los dos

251 Abril-mayo de 1933.
252 Junio-julio de 1933.

principios fundamentales del «Prefacio» del 59: esto es, el concepto de «revolución permanente» (C 4, 38: 169).

II. La revolución permanente en los *Cuadernos de la Cárcel*

La noción de revolución permanente es hoy, de manera invariable, identificada con las posiciones desarrolladas por Trotsky a partir de 1905, con sus transformaciones en los debates de la década de 1920 en oposición a la teoría del «socialismo en un solo país», y con su extensión a lo largo de la década de 1930 en relación de la teoría de Trotsky sobre el desarrollo desigual y combinado[253]. Para esta tradición, la revolución permanente principalmente es muestra de la continuidad del proceso revolucionario, así como una crítica profunda a la noción del etapismo. En los *Cuadernos de la Cárcel*, Gramsci hace su famosa crítica de la concepción de la revolución permanente y de Trotsky mismo. Al mismo tiempo, también reconoce la revolución permanente como el fundamento de la teoría de la hegemonía, en una serie de notas que, para muchos lectores, resultan contradictorias o enigmáticas, si no es que perplejas o equivocadas[254].

La discusión crítica de esta aparente paradoja se ha concentrado muy frecuentemente en tratar de explicar cómo es que el juicio general que hace Gramsci de Trotsky estaba condicionado por una serie de atribuciones erradas y confusiones[255]. Indudablemente, el abordaje frecuentemente desdeñoso que hace Gramsci de Trotsky en los *Cuadernos de la Cárcel* se ubica en una notoria discontinuidad respecto de una otrora perspectiva crítica sobre sus fortalezas y debilidades, cambio que es particularmente perceptible al cabo de su estadía en Rusia entre 1922 y 1923[256]. Gramsci parece haber estado fuertemente influenciado por los

253 Para un abordaje clásico de este trabajo, ver Michael Löwy (2010), *The Politics of Combined and Uneven Development: The Theory of Permanent Revolution*, Chicago, Haymarket Books.

254 Ver, por ejemplo, Neil Davidson (2012), *How Revolutionary were the Bourgeois Revolutions?*, Chicago, Haymarket Books: 279; Emanuele Saccarelli (2008), *Gramsci and Trotsky in the Shadow of Stalinism. The Political Theory and Practice of Opposition*, Nueva York, Routledge.

255 Un abordaje integral de estas limitaciones ha sido producido por Frank Rosengarten (1984-1985), «The Gramsci-Trotsky Question (1922–1932)», en *Texto Social*, núm. 11: 65-95.

256 Para un estudio de los términos de la transformación del juicio que hace

términos generales del debate establecido en la así llamada «discusión literaria», que empezó a finales de 1924 (a propósito de la publicación de las *Lecciones de Octubre* de Trotsky), y posiblemente por parte de las distintivas contribuciones que hizo Bujarin al respecto[257]. De manera similar, parece que en más de una ocasión a lo largo de la década de 1920, Gramsci se arriesgó a atribuirle a Trotsky posiciones y orientaciones de Bordiga[258]. Con el análisis de estas sobredeterminaciones polémicas y contextuales, semejante abordaje lo que pretende es abrir el camino a una reconsideración más sustanciosa de las posibles afinidades entre los pensamients de Gramsci y Trotsky, incluidos los términos de sus teorías sobre la revolución permanente[259].

Sin embargo, lo que esta perspectiva tiende a obcecar es el grado en que la crítica gramsciana de la concepción que tenía Trotsky de la revolución permanente, independientemente de si su distorsión era legítima o no, estaba acompañada una manera distinta de comprender su significado en la formulación que hicieron Marx y Engels a finales de la década

---

Gramsci sobre las posiciones de Trotsky en el partido ruso y en la Internacional Comunista, ver Irina V. Grigoreva (1999), «Gramsci e le lotte all'interno del PCUS (1923–1926)», en *Gramsci e il Novecento*, vol. 1, Roma, Carocci.

257 Sobre la relación entre Gramsci y la postura de Bujarin, a principios y mediados de la década de 1920, ver Leonardo Paggi (1984), *Le strategie del potere in Gramsci. Tra fascismo e socialismo in un solo paese 1923–26*, Roma, Editori Riuniti. Las contribuciones de Bujarin a la discusión literaria están disponibles en Frederick C. Conrey (ed.) (2016), *Trotsky's Challenge. The 'Literary Discussion' of 1924 and the Fight for the Bolshevik Revolution*, Leiden, Brill: 147-162, 514-54, 555-569. «The Theory of Permanent Revolution» (28 de diciembre de 1924) ha sido un texto particularmente influyente, con numerosas traducciones y como objeto de discusión en el movimiento comunista internacional. Quizás es posible imputar en las posteriores reflexiones de Gramsci una resonancia de la aproximación que hace este texto a la revolución permanente en 1848.

258 La idea de una afinidad (si no propiamente un vínculo) entre Trotsky y Bordiga constituye en efecto el punto de vista desde el cual Gramsci hace su lectura de la lucha emergente entre facciones en el partido ruso a lo largo de 1924 y 1925. Ver, por ejemplo, Antonio Gramsci (1971), *La costruzione del Partito comunista 1923–1926*, Turín, Einaudi: 159-162. Para un análisis de esta conjetura, ver Giovanni Somai (1982), «Sul rapporto tra Trockij, Gramsci e Bordiga (1922–1926)», en *Storia contemporanea* 1: 73-98; Silvo Pons (2008), «Il gruppo dirigente del PCI e la "questione russa" (1924–26)», en *Gramsci nel suo tempo*, vol. 1, Roma, Carocci.

259 Distintos análisis en este sentido los ofrecen Alvaro Bianchi, *O laboratório de Gramsci*, cit.: 199-152; De Smet, *Gramsci on Tahrir*, cit.; Del Maso, *El marxismo de Gramsci*, cit. Anteriormente exploré la relación entre Gramsci y Trotsky de una forma similar en Peter D. Thomas (2015), «Uneven Developments, Combined: The First World War and Marxist Theories of Revolution», en *Catalclysm 1914: The First World War in the Making of Modern World Politics*, Leiden, Brill 2015.

de 1840. De hecho, la aclaración de dicho significado fue una preocupación central para Gramsci, de modo que la crítica hacia Trotsky estaba en gran medida subordinada a ella. En vez de defender a Trotsky contra las críticas de Gramsci, o centrarse en las razones probables de las distorsiones en su diatriba, más bien resulta más pertinente para el presente trabajo considerar la naturaleza de la particular forma que Gramsci tenía sobre la revolución permanente, la plausibilidad de que fuera heredera de la fórmula expuesta por Marx y Engels, y su relación dialéctica con el uso de la revolución pasiva a lo largo de los *Cuadernos de la Cárcel*.

1. «La alianza de dos clases con la hegemonía de la clase urbana» (febrero-marzo de 1930)

Como ya se ha resaltado, la primera nota en la cual Gramsci discute el concepto de hegemonía en los *Cuadernos de la Cárcel*, y a los cuales agregó más adelante el concepto de la revolución pasiva, concluye con una discusión sobre la revolución permanente y una crítica de lo que Gramsci tomó como una versión de ella elaborada por Trotsky («Bronstein»). En febrero-marzo de 1930, Gramsci argumenta:

> A propósito de la consigna «jacobina» lanzada por Marx a Alemania en 48-49, hay que observar su complicada fortuna. Retomada, sistematizada, elaborada, intelectualizada por el grupo Parvus-Bornstein, se manifestó inerte e ineficaz en 1905 y a continuación: era una cosa abstracta, de gabinete científico. La corriente que se opuso a ella en esta su manifestación intelectualizada, al contrario, sin usarla «de propósito» la empleó de hecho en su forma histórica, concreta, viviente, adaptada al tiempo y al ligar, como brotando de todos los poros de la sociedad que había que transformar, de alianza entre dos clases con la hegemonía de la clase urbana.
>
> En uno de los casos, temperamento jacobino sin el contenido político adecuado tipo Crispi; en el segundo caso, temperamento y contenido jacobino según las nuevas relaciones históricas, y no según una etiqueta intelectualista (C 1, 44: 120).

En este pasaje, Gramsci cuestiona la manera en que Trotsky entiende las referencias a la revolución permanente que hacen Marx y Engels en su contexto histórico de la década de 1840, sugiriendo que había que

comprenderlas correctamente si lo que se pretendía era dar cauce a una «actualización» coherente de la consigna. Es más, Gramsci propone una interpretación de la misma que no puede reconciliarse del todo con las metáforas temporales mediante las cuales ha sido usualmente conceptualizada. No es un sinónimo de desarrollo «ininterrumpido», «comprimido», «telescópico» ni «continuo»[260]. Más bien, lo que Gramsci propone que se entienda por la «permanencia» del movimiento revolucionario es algo que corresponde a diferentes léxicos teóricos: tanto en términos de emergencia o de realización de una dimensión previa latente («como brotando de todos los poros de la sociedad que había que transformar»), o en términos de (re)articulación o transformación de las relaciones entre elementos dados de antemano (una «alianza entre dos clases con la hegemonía de la clase urbana»). Aún más llamativo es que Gramsci insista en que estas son las dimensiones que constituyen la «forma histórica, concreta, viviente» de la revolución permanente, casi como si esto fuera una interpretación obvia de la consigna marxiana de finales de la década de 1840.

2. Excurso: la «Revolución en Permanencia» en Marx y Engels (1848-1850)

Allí Gramsci parece cosechar de una tradición en torno a la comprensión del papel de la revolución permanente en el pensamiento de Marx y Engels, la cual difiere del énfasis temporal que emergió durante los debates de la socialdemocracia rusa a principios del siglo xx, y que desde

260 Tanto Knei-Paz como Day y Gaido hacen énfasis en que los términos «revolución permanente» [*permanentaya revolyutsiya*] y «revolución ininterrumpida» [*nieprerыvnaya revolyutsiya*] han sido utilizados como sinónimos en los debates de la socialdemocracia rusa a principios del siglo xx, de los cuales han derivado las formulaciones de Trotsky. Ver Baruch Knei-Paz (1978), *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, Oxford, Oxford University Press: 152; Richar B. Day y Daniel F. Gaido (eds.) (2009), *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden, Brill: 449-450. Larsson sostiene que el término implica una concepción del desarrollo «comprimido»: Reidar Larsson (1970), *Theories of Revolution: From Marx to the First Russian Revolution*, Estocolmo, Almqvist & Wiksell: 31; mientras que Draper utiliza el término «telescópico» en relación al trabajo de Engels sobre la Alemania del *Vormärz*. Hal Draper (1978), *Karl Marx's Theory of Revolution, Volume II: The Politics of Social Classes*, Nueva York, Monthly Review Press: 175. Michael Löwy, *The Politics of Combined and Uneven Development*, cit.: 3 y 9.

entonces se ha constituido en el paradigma dominante[261]. En el caso del uso específico de la fórmula (y sus variantes) por parte de Marx y Engels, aquel abordaje también ha tendido a presuponer la uniformidad de su significado en términos de un proceso revolucionario continuo e ininterrumpido, tanto antes como después de 1848[262]. Y lo que esta perspectiva termina por hacer es velar la polivalencia de la fórmula en los textos de Marx y Engels durante la década de 1840, particularmente con el seguimiento de las derrotas de las fuerzas revolucionarias en 1848-1849. En sus escritos de aquella década, la «revolución permanente» es generalmente referida en términos negativos, en tanto crítica a las limitaciones de la temporalidad del «politicismo» burgués[263].

Por otro lado, en marzo 1850, en su *Circular del Comité Central de la Liga Comunista*, Marx y Engels formulan una perspectiva prominentemente institucional en cuanto a su enfoque[264]. En vez de que, como se suele pensar[265], hubiera adoptado el sentido de una extensión en el asunto del constante revolucionar del modo capitalista de producción, presente en el *Manifiesto del Partido Comunista*, el uso de «La Revolución en Permanencia» en este contexto fue más bien un acto de autocrítica mediante la apropiación de la consigna (y quizás también del programa) de un rival previo. Se trata de Andreas Gottschakl, antagonista de Marx

261 Ver Day y Gaido (eds.), *Witnesses to Permanent Revolution*, cit.; Lars Lih (2012), «Democratic Revolution in Permanenz», en *Science & Society*, núm. 76: 433-462.

262 Ver, por ejemplo, Löwy, *The Politics of Combined and Uneven Development*, cit.; Stathis Kouvelakis (2007), «Marx's Critique of the Political. From the Revolutions of 1848 to the Paris Commune», en *Situations* 2, núm. 2: 81; Fabio Frosini (2009), *Da Gramsci a Marx*, Roma, DeriveApprodi: 32; Erik Van Ree (2013), «Marxism as Permanent Revolution», en *History of Political Thought* 34, núm. 3, 2013: 540-563.

263 Ver, por ejemplo, la crítica que hace Marx a los jacobinos en *On the Jewish Question* o, también relacionada, su crítica a Napoleón en *The Holy Familiy: Marx y Engels, Collected Works*, Progreso; Lawrance & Wishart; International Publishers, Moscú-Londres-Nueva York, 1975–2004, vol. 3, 155-156; vol. 4: 123.

264 Karl Marx y Friedrich Engels, *Collected Works*, cit.: vol. 10: 281-287. Para un uso similar en el mismo periodo, en *The Class Struggle in France*, ver Marx y Engels, *Collected Works*, cit.: vol 10: 127: «Comunismo […] es la declaración de una permanencia de la revolución, la dictadura de clase del proletariado como un punto de paso necesario para la abolición de las distinciones de clase en general».

265 Para una formulación clásica de este argumento, ver Löwy, *The Politics of Combined and Uneven Development*, cit. Para una discusión acerca de cómo un concepto particular de la revolución permanente surgió solo de manera retrospectiva e interpretativa, «en la brecha entre los registros históricos y políticas del Manifiesto» que se abrió despues de 1848, ver Saccarelli (2015), «The Permanent Revolution in and around the Manifesto», en *The Cambridge Companion to The Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press: 110.

en el movimiento de trabajadores de Colonia, y quien ya había propuesto esta consigna; irónicamente, en un texto en el cual Gottschalk denunció que Marx poseía una falta de compromiso genuinamente revolucionario y una crítica a la democracia (burguesa) de exiguo carácter radical[266]. «La Revolución en Permanencia» en este sentido apunta a la noción de «permanencia» como «autodeterminación», de una manera que estaba evidentemente presente en el proceso revolucionario francés de la década de 1790, y que sigue vigente en léxicos técnicos constitucional-jurídicos en algunas lenguas europeas occidentales, si no en el inglés solamente[267]. En el proceso revolucionario francés, desde la renuencia del Juramento del Juego de Pelota de 1879 a desmantelar del Tercer Estado en funciones, hasta las declaraciones combativas de las asambleas seccionales de partisanos, particularmente de 1793, que quedaban «en permanencia» [*en permanence*], la frase fue utilizada para manifestar la intención de mantenerse constituidos como un cuerpo público

266 «An Herrn Karl Marx, Redakteur der Neuen Rheinischen Zeitung», en *Freiheit, Arbeit*, núm. 13, 1849, reimpreso en *Freiheit, Arbeit: Organ des Kölner Arbeitervereins*, Detlev Auvermann, Glashütten im Taunus, 1972. Hay un par de puntos de vista opuestos entre sí, acerca de las implicaciones que tiene ha tenido apropiación coyuntural por parte de Marx y Engles (ya en 1849) de la consigna y programa de representación política de la clases trabajadora independiente ofrecidos por Gottschlak, ver para ello a Sperber (2013), *Karl Marx: A Nineteenth-Century Life*, Nueva York, Liveright Publishing Corporation: 251-252, y Lars Lih, «What did Marx mean by 'Revolution in Permanenz'?», en *Historical Materialism*, próximo a publicarse. Stedman-Jones omite estas determinaciones contextualistas, y de manera consecuente, propone un concepto más antiguo (hoy desacreditado por una falta de evidencia textual) que en la Circular de marzo de 1850 presentó una aberración blanquista antes de que Marx retornara de manera definitiva a la concepción por «etapas» que supuestamente había marcado el *Manifiesto del partido comunista*. Ver Gareth Stedman-Jones (2011), «The Young Hegelians, Marx and Engels», en *The Cambridge History of Nineteenth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambrisge Univeristy Press: 581; Stedman-Jones (2016), *Karl Marx. Greatness and Illusion*, Londres, Belknap Press.

267 Sobre las dificultades de traducir la formulación «Die Revolution in Permanenz» al inglés, ver Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution, Volume II: The Politics of Social Classes*, cit.: 169-263, 591-612. En el uso de que le dan Marx y Engels (y Gottschalk), «*in Permanenz*» no es otra cosa que una calca del «*en permanece*» francés. En términos jurídico-constitucionales, no hace referencia a la sesión continua de una asamblea (es decir, permanencia en el sentido de duración temporal), sino al poder constitucional de esa asamblea para determinar la duración y modalidad de sus sesiones, sin interferencia externa (particularmente del ejecutivo). Respecto al significado del término en el derecho constitucional francés, ver Duguit (1924), *Traité de droit constitutionnel*, tomo IV, París, Deuxième: 234-235.

políticamente activo, en oposición a la condición reducida de la ciudadanía «pasiva»[268]. Bajo la óptica de esta tradición, y en el contexto de debates sectarios sobre la derrota de las fuerzas revolucionarias después de 1848, la referencia a la revolución en «permanencia» hecha por Marx y Engels en marzo de 1850 no apunta a un proceso temporalmente ininterrumpido, sino a una autonomía organizacional posible y a la autoconstitución del movimiento de la clase obrera en tanto fuerza política explícita (y no simplemente social). Por lo tanto, este uso de «La Revolución en Permanencia» podría traducirse como «la autonomía política e institucional del movimiento de la clase obrera».

Fue en estos términos que más adelante, en 1905, Lenin hizo su lectura de la *Circular*. En respuesta a la referencia explícita que había hecho Plejánov respecto del esquema etapista, sopresivamente, Lenin no reviró en términos temporales similares. Más bien, señaló que «la idea de Marx es la siguiente»:

> Nosotros los socialdemócratas alemanes de 1850, no estamos organizados, hemos sufrido una derrota en el primer periodo de la revolución, nos encontramos por completo a remolque de la burguesía; debemos organizarnos de modo independiente, indefectiblemente y pase lo que pase[269].

Finalmente, este es el énfasis en la organización política autónoma, el cual Gramsci más adelante toma como algo «superado», después de 1848 y con formas más intensas después de 1870, tanto en la teoría como en la práctica de la hegemonía. Como condición de una capacidad de la clase obrera para proveer liderazgo (esto es, hegemonía) a otros estratos sociales (principalmente el campesinado), supuso el logro preexistente de su independencia política y organizacional. Precisamente en este sentido

268 Sobre declaraciones de «permanencia» a principios de la década de 1790, particularmente en el marco de asambleas seccionales, ver Jacques Soboul (1974), *The French Revolution 1787–1799*, Londres NLB: 382-383; Jacques Soboul (1980), *The Sans-Culottes*, Princeton, Princeton University Press: 118-127; Micah Alpaug (2015), *Non-Violence and the French Revolution: Political Demonstrations in Paris 1787–1795*, Cambridge, Cambridge University Press: 83. Sobre la resistencia a la imposición de ciudadanía pasiva, ver William H. Sewell (1988), «Le Citoyen/la Citoyenne: Activity, Passivity, and the Revolutionary Concept of Citizenship», en *The Political Culture of the French Revolution*, Oxford, Pergamon Press, .

269 Lenin (1962), «Plekhanov's Reference to History», en *Lenin Collected Works*, vol. 8, Moscú, Progreso: 470.

fue que Gramsci sostuvo que la política hegemónica a la que aspiraban los bolcheviques antes, pero, sobre todo, después de la Revolución de 1917, podría concebirse como una «actualización» de la consigna de la «Revolución en Permanencia».

3. «Mediación dialéctica» (octubre de 1930)

Después de su primera aparición a principios de 1930, el concepto gramsciano de la «actualización» de la revolución permanente atraviesa enteramente a los *Cuadernos de la Cárcel*, «puntualizando» o interrumpiendo sus reflexiones sobre la revolución pasiva. Un momento inicial de suma importancia en este proceso toma cuerpo en la primera serie de notas sobre filosofía que escribió Gramsci, de finales de 1930, en el Cuaderno 4, donde postula la revolución permanente como una «mediación dialéctica» de dos principios fundamentales del «Prefacio» de 1859 de Marx (C 4, 38, 168-169[270]). Esta nota es escrita en octubre de 1930, esto es, un mes antes de la primera referencia a la fórmula de Cuoco sobre la revolución pasiva (C 4, 57: 216-217[271]), y casi tres años antes de su caracterización de la revolución pasiva como «corolario crítico» del texto de Marx (C 15, 62: 236[272]). Bajo el título de *Relaciones entre estructura y superestructura*, aquella extensa primera nota constituye un esbozo inicial de temas centrales que más adelante serán desarrollados de manera más amplia a lo largo de los *Cuadernos de la Cárcel*, incluyendo el análisis fundamental de tres momentos de relaciones de fuerza y del valor «gnoseológico» de la afirmación que hizo Marx sobre las superestructuras.

Dicha nota tiene como punto de partida observaciones acerca de unos «cánones de metodología histórica», los que se pueden extraer de «dos principios» del «Prefacio», a saber, que «ninguna sociedad se plantea tareas para cuya solución no existen ya las condiciones necesarias y suficientes» y que «ninguna sociedad se derrumba si primero no ha desarrollado todas las formas de vida que se hallan implícitas en sus relaciones»[273]. Gramsci hace una distinción entre lo que es «permanente»

270 Octubre de 1930.
271 Noviembre de 1930.
272 Junio-julio de 1933.
273 Debido a que Gramsci invierte aquí el orden de proposiciones en el *Prefacio* de Marx, haciendo énfasis en la necesidad de revisar la «formulación exacta» de estos principios, esta nota fue escrita muy probablemente antes de que terminara la

y lo que es «ocasional» en la estructura de una sociedad; mientras que lo «permanente» establece las condiciones generales de posibilidad de transformación social (o conservación), lo que de manera particular le interesa a Gramsci es lo «ocasional», que corresponde con el intento por parte de diferentes grupos sociales por demostrar que ya existen las «condiciones necesarias» para resolver problemas históricamente determinados. El legado de la Revolución francesa es traído a colación como un estudio de caso en concreto: según Gramsci, es mediante el análisis de las olas oscilantes del proceso político concurrente entre 1789 y 1870 que sería posible determinar de manera más certera las relaciones entre estructura y superestructura, así como los elementos permanentes y ocasionales de la estructura. El «concepto de revolución permanente» es la mediación entre condiciones necesarias y suficientes de transformación (ocasional) y las formas implícitas de vida en la organización social existente (permanente) (C 4, 38: 169). Esta hace registro de la relevancia teórica de la revolución permanente, pero en esta etapa, Gramsci no ofrece mayores detalles sobre la perspectiva histórica que sustenta esta valorización.

4. «Superación» y «actualización» (febrero-mayo de 1932)

Así como la revolución pasiva no parece haberse encontrado entre las principales preocupaciones de Gramsci durante 1931, la revolución permanente tampoco vuelve a ser mencionada sino hasta principios de 1932, como una vía paralela que discurre (en términos temporales) junto a las notas en las cuales se elaboran muchas de las hoy «clásicas» características de la revolución pasiva. En esta nueva temporada de estudios, Gramsci prosigue con la definición de las dimensiones temporales de la revolución permanente, no en términos de un proceso ininterrumpido, sino en los de una «continuidad discontinua» histórica. En un primer momento, en febrero de 1932, parece atribuirle a la revolución permanente una correspondencia con una época anterior, haciendo énfasis en las mismas condiciones políticas que marcaron el lanzamiento de la consigna en la década de 1840, en contraste con aquellas que emergieron a principios del siglo xx. Así, la revolución

traducción del texto de Marx. Ver el orden y léxico utilizados en las proposiciones en C13, 17: 32-33, mayo de 1932-noviembre de 1933.

permanente es caracterizada como una «expresión científica del jacobinismo en un periodo en el que aún no se habían constituido los grandes partidos políticos y los grandes sindicatos económicos» (C 8, 52: 244[274]). Mientras que la revolución permanente es aquí equiparada con la «guerra de movimientos», la hegemonía es identificada con la «guerra de posiciones», como una respuesta a la conformación de las «"trincheras" y las fortificaciones permanentes de la guerra de posiciones» representadas por las grandes organizaciones populares de la política moderna (C 8, 52: 244). Por otro lado, Gramsci también sostiene en la misma nota que el «concepto político» de revolución permanente de 1848 no fue simplemente sustituido por el de hegemonía, así como tampoco ocurre que la guerra de posiciones represente una mera negación antinómica de la guerra de movimientos. Más bien, después de 1848, la revolución permanente fue «ajustada y superada» en el concepto de «hegemonía civil» (C 8, 52: 244[275]).

Tal noción de hegemonía como «superación» de la revolución permanente se hace cada vez más importante a medida que Gramsci emprende sus primeros pasos hacia una generalización teórica y aplicación contemporánea de la revolución pasiva en abril-mayo de 1932, meses en los cuales empieza a considerar la subsecuente utilidad de la fórmula para el análisis del fascismo. Particularmente, este movimiento dialéctico adopta la forma de una idea de actualización superadora de la revolución permanente, de la simultaneidad de su transformación y preservación, o bien, de su preservación mediante su transformación. «El más grande teórico moderno de la filosofía de la *praxis*» (esto es, Lenin), sostiene él:

> en el terreno de la lucha y de la organización política, con terminología política, en oposición a las diversas tendencias «economistas» ha revalorizado al frente de la lucha cultural y construido la doctrina de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza y como forma actual de la doctrina cuartaiochesca de la «revolución permanente» (C 10 I, 12: 135[276]).

274 Febrero de 1932.

275 De nuevo, me parece que las anteriores traducciones al inglés de *superato* no hacen un énfasis adecuado de la carga hegeliana y dialéctica de la argumentación de Gramsci. Ver Gramsci, *Selections from the Prision Notebooks*, cit.: p. 243: «transcended»; Gramsci, *Prision Notebooks*, cit.: «*superseded*».

276 Mediados de abril-mediados de mayo de 1932; ver C 13, 18: 46-47, de mayo de 1932-noviembre de 1933.

5. Maquiavelo y la expansión de lo político (mayo 1932-noviembre 1933)

Durante el resto de 1932 y en 1933, Gramsci transcribe en un Cuaderno nuevo cinco notas previamente escritas, cuya referencia a la revolución permanente es de suma importancia (C 13, 7: 21-22; C 13, 17: 32-40; C 13, 18: 40-47; C 13, 27: 65-68; C 13, 37: 79-91[277]). Se trata de revisiones un tanto extensas a notas que fueron escritas unos meses antes, como el comienzo de una reorganización de sus investigaciones bajo la nueva óptica abierta por la figura del «Príncipe moderno»[278]. Resulta interesante que estas notas hacen énfasis en la importancia del concepto de revolución permanente para la comprensión de algo que usualmente es asumido como un terreno «clásico» de la revolución pasiva: el «largo siglo XIX» de 1879 a 1870, que se toma como una reacción ante la fuerza propelente de la Revolución francesa[279]. Si bien, las notas que escribe Gramsci en la primavera de 1932, las cuales resaltan la revolución pasiva, han interpretado el siglo XIX como una época de reducción progresiva del espacio de la actividad política de las clases subalternas (la «perfección» del régimen parlamentario y la consolidación de un «consenso permanentemente organizado» de dimensiones hegelianas), aquellas otras notas sobre la revolución permanente de unos pocos meses después aborda el mismo periodo histórica, en particular después de 1848, pero ahora como una expansión del campo político, más complejo y mediado institucionalmente. Fue este proceso, según Gramsci, el que dio origen a la elaboración y superación de la consigna jacobina a través de una nueva fórmula de hegemonía:

> En el periodo posterior a 1870, con la expansión colonial europea, todos estos elementos cambian, las relaciones organizativas internas

277 Todas de mayo de 1932-noviembre de 1933.

278 Sobre la emergencia de la figura del Príncipe moderno como una reorganización clave en la investigación de Gramsci en 1932, ver Fabio Frosini (2013), «Luigi Russo e Georges Sorel: sulla genesi del «moderno Principe» nei Cuadernos del carcere di Antonio Gramsci», en *Studi Storici* 54: 545-589, y Peter D. Thomas (2017), «The Modern Prince: Gramsci's Reading of Machiavelli», en *History of Political Thought* 38, núm. 3: 523-544.

279 De manera similar, si bien se suele asociar con la revolución pasiva, en realidad el análisis de Gramsci sobre el «cesarismo» se elabora en notas que se enfocan en la revolución permanente. Ver C 9, 133: 102-103, de noviembre de 1932; C13, 27: 65-68, de mayo de 1932-noviembre de 1933.

> e internacionales del Estado se vuelven más globales y masivas y la fórmula del 48 de la «revolución permanente» es elaborada y superada [*elaborata e superata*] en la ciencia política en la fórmula de «hegemonía civil» (C 13, 7: 22[280]).

Esta labor también dio lugar a otras revisiones y especificaciones relevantes en el Cuaderno 13, en el mismo periodo en el cual Gramsci rearticula la revolución pasiva a partir de sus reflexiones sobre el «Prefacio» del 59 (de abril-julio de 1933, en el Cuaderno 15). Entre ellas, la quizás más importante es la C 13, 37, donde es perceptible una maduración en la contraposición entre el «jacobinismo histórico» y lo que he caracterizado como «metajacobinismo», de principios de 1930. A finales de 1932 o en 1933, Gramsci logra incluso especificar su perspectiva acerca del jacobinismo histórico. La fórmula de la revolución permanente «puesta en práctica [*attuata*] en la fase activa por la Revolución francesa» en la década de 1790 se distingue con claridad de la forma «superada» de la revolución permanente que constituye la tradición del «metajacobinismo» posterior a 1848, y es precisamente la que interviene en la nueva fórmula de hegemonía (C 13, 37: 79-80[281]).

6. Una dialéctica sin síntesis (1934-1935)

En los últimos años de trabajo activo en los *Cuadernos de la Cárcel* por parte de Gramsci (que finaliza en 1935 debido a su deteriorada salud), la revolución pasiva vuelve a ser predominante. De esto forma parte la titubeante extensión de la fórmula hacia el análisis de fenómenos contemporáneos, como son «el americanismo y el fordismo», en una sola nota de la segunda mitad de 1934 (C 22, 1: 61-62). Este uso resulta similar, tanto en términos de su método analítico como de su carácter experimental, a la propuesta más antigua que interpuso Gramsci en la primavera de 1932, según la cual la revolución pasiva podría constituirse

280 Mayo de 1932-noviembre de 1933. Ver el texto A: C 8, 52: 244, de febrero de 1932. La creciente complejidad del análisis histórico de Gramsci sobre el siglo XIX. Esbozado en notas de finales de 1932, también se puede observar en C 9, 133: 103, de noviembre de 1932.

281 Bull pasa por alto esta distinción con lo que reduce las narrativas de dos periodos históricos distintos a un concepto genérico. Ver Bull (2011), «Levelling Out», en *New Left Review* 2, núm. 70, 2011: 21.

en una perspectiva útil para el análisis del fascismo (C 8, 236: 343-344). Sin embargo, a finales de 1934 o principios de 1935, en el Cuaderno 19, Gramsci opta por hacer una transcripción y revisión de la «fundacional» C 1, 44, nota en la que ha desarrollado sus primeras reflexiones acerca de la revolución permanente y, después, de la revolución pasiva (C 19, 24. 386-406[282]). El recorrido por los *Cuadernos de la Cárcel* ha permitido atestiguar la especificación de las referencias históricas y las narrativas asociadas a cada formulación. Por otro lado, con una importancia equiparable, las variaciones en su uso también han permitido un esclarecimiento teórico de su relación necesariamente dialéctica, siendo que cada formulación constituye el lente a través del cual se puede comprender el aporte estratégico de las otras. Si, por una parte, para principios de 1935, la revolución pasiva parece utilizarse concretamente en la caracterización de los orígenes históricos de los problemas afrontados por el movimiento antifascista de principios de 1930, la revolución permanente es concebida en términos aún más claros, en tanto antítesis directa: la «forma histórica, concreta, viviente […] como surgida por todos los poros de la determinada sociedad que había que transformar», es decir «hegemonía»[283].

III. Conclusión

En oposición a una tradición interpretativa influyente, he argumentado que la revolución pasiva no debería entenderse solo (o ni siquiera en primer lugar) como un concepto fundacional para una narrativa histórica del desarrollo y transformación del Estado. Más bien, en primera instancia, debería entenderse en términos de su papel heurístico en la arquitectura léxica de los *Cuadernos de la Cárcel*. El enfocarse en este papel heurístico permite ver con mayor claridad las preocupaciones fundamentalmente estratégicas que influyeron en los diferentes usos que Gramsci le dio a la fórmula. La revolución pasiva es aprovechada como un elemento en la búsqueda que hace Gramsci por una estrategia política adecuada para el movimiento comunista internacional de la década de 1930, en estrecho vínculo con su proyecto fundamental de dar cuenta de una posible actualización de la revolución permanente. A lo largo

282 Julio-agosto de 1934-febrero de 1935.

283 Comparar la consistencia de esta metáfora en el paso de los cinco o más años que separan al C 1, 44: 120 de C 19, 24: 406.

de los *Cuadernos de la Cárcel*, la revolución pasiva persiste sobredeterminada y puesta a la orden de ese proyecto matriz.

En uno de sus usos más significativos, la fórmula de la revolución pasiva provee a Gramsci de una forma de distinguir entre la experiencia histórica del jacobinismo y del proceso revolucionario francés, respecto del «metajacobinismo», en tanto herencia crítica de sus fortalezas en las cambiantes circunstancias de 1848 y sus repercusiones. También le permite explicar las condiciones en las cuales la consigna «metajacobina» de la «revolución en permanencia» de 1848 fue transformada –«superada»– en el marco de la teoría y la práctica de la hegemonía. De manera similar, la primacía que tuvo la exploración contemporánea de Gramsci en torno a la revolución permanente le permite especificar la utilidad de la revolución pasiva, ya no como un fin teórico en sí mismo, sino como un diagnóstico de los desafíos ante los cuales se ubican los intentos por renovar la revolución en permanencia en las condiciones políticas novedosas de la lucha contra el fascismo.

La discusión contemporánea sobre la revolución pasiva, en términos de conceptos de la «revolución desde arriba», de teorías de la formación y modernización del Estado, de técnicas de gobierno y gubernamentalidad, así como del análisis de dinámicas políticas actuales, ha extendido de manera considerable el campo de relevancia de la fórmula más allá de sus usos originales en los *Cuadernos de la Cárcel*. Si se le presta mayor atención al papel heurístico que la revolución pasiva juega en el proyecto original de Gramsci, tanto como a la dialéctica con la revolución permanente la cual define su uso, promete recuperar no solamente un rango mayor de la generación de significado de y en asociación con él, en su contexto histórico. También nos abre la posibilidad de reconocer la revolución pasiva como la más importante contribución a los debates estratégicos centrales de la tradición marxista en el tiempo de Gramsci, y así poder reflexionar acerca del papel que puedan jugar los usos de la revolución pasiva en un intento similar de «superación» de la revolución en permanencia en condiciones contemporáneas. No cabe duda de que, al día de hoy, para nosotros, el significado y la relevancia de la revolución pasiva no están limitados al reconocimiento de las condiciones forma de su formulación original; sin embargo, semejante afirmación es una precondición necesaria para una forma importante de su «actualización» contemporánea, es decir, su herencia transformadora.

Cesarismo y revolución pasiva

FRANCESCA ANTONINI

El presente ensayo tiene por objetivo la reconstrucción de la relación entre el concepto de revolución pasiva y la categoría de cesarismo, en la forma que esta se va delineando en los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci[284].

Como hemos mostrado en otra parte, el modelo cesarista-bonapartista de inspiración marxiana es un elemento de cierta importancia al interno del pensamiento gramsciano[285]. El cesarismo, según la definición gramsciana de los *Cuadernos*, es «la solución "arbitral", confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectivas catastróficas» (C 13, 27: 65). Personalidades «cesaristas» son, por ejemplo, Julio César, Napoleón I, Napoleón III, pero también Cromwell, Bismark, MacDonald y, *mutatis mutandis*, Mussolini o Stalin. Estrechamente legado a la reflexión sobre las transformaciones en acto en el pasaje del escenario sociopolítico del siglo XIX a aquel del siglo XX (y, en particular, posbélico), así como a la

284 Este trabajo recupera, con algunas modificaciones, una sección de mi volumen en lengua inglesa dedicado a la concepción gramsciana del cesarismo y del bonapartismo, en proceso de publicación por parte de Brill (2020), *Caesarism and Bonapartism in Gramsci: Hegemony and the Crisis of Modernity*, Leiden, Brill.

285 Más allá del volumen mencionado en la nota precedente, me permito referenciar otros de mis trabajos sobre esta temática. En particular, Francesca Antonini (2013), «Cesarismo e bonapartismo negli scritti precarcerari gramsciani», en *Annali della Fondazione Luigi Einaudi* 57: 203-224; Francesca Antonini (2016), «*'Il vecchio muore e il nuovo non può nascere': cesarismo ed egemonia nel contesto della crisi organica*», en *International Gramsci Journal*, núm. 1: 167-184.

cuestión de la «crisis de hegemonía» que caracteriza a la modernidad política, el fenómeno cesarista se entrelaza en manera significativa a la reflexión de Gramsci sobre la cuestión de la «revolución-reacción», contribuyendo a la afirmación y a la definición (desde el punto de vista histórico como teórico) del concepto de revolución pasiva.

Aun sin rastrear una derivación «genética» directa de una categoría a la otra, es interesante subrayar los otros aspectos que tienen en común, destacando algunas articulaciones teóricas fundamentales de los *Cuadernos*.

En los párrafos que siguen, en particular, sobre la base de algunas consideraciones preliminares sobre el significado de la categoría de revolución pasiva, reflexionaré sobre las afinidades formales y «de principio» entre el concepto de cesarismo y aquel de «revolución-reacción», mostrando cómo ambos se encuentran radicados en una misma concepción del devenir histórico-político. Por lo tanto, serán destacadas tanto las consonancias textuales y como la trama de la investigación gramscianas sobre estas dos cuestiones en el cuadro global de los escritos carcelarios (con particular atención a la fase más madura de su pensamiento). Se formularán, además, algunas breves observaciones sobre los escenarios históricos concretos susceptibles de ser analizados mediante el doble lente del cesarismo y de la revolución pasiva.

I. Para una metamorfosis «molecular» del real

¿Cuál es el significado de la «revolución pasiva» gramsciana? En los últimos años, los estudiosos se han detenido ampliamente sobre esta categoría, indagando no solo el trasfondo historiográfico, sino también y especialmente sobre su relación con la «teoría de la formación y de la transformación del Estado» de Gramsci[286].

286 La referencia está tomada de Peter D. Thomas, *Gramsci's Revolutions: Passive and Permanent*, in *Modern Intellectual History* [publicado en línea el 21-06-2018], 3 (la traducción es propia). En este ensayo, Peter Thomas sugiere una nueva y estimulante perspectiva sobre el tema, que enfatiza el rol «estratégico» de la categoría de revolución pasiva en la arquitectura lexical de los *Cuadernos de la cárcel*, subrayando su conexión con las categorías de «revolución permanente» y «jacobinismo». Además de este trabajo de Thomas, en la bibliografía más reciente puede revisarse: Pasquale Voza (2004), «Rivoluzione Passiva», en Fabio Frosini y Guido Liguori (eds.), *Le parole di Gramsci. Per un lessico dei Cuadernos del carcere*, Roma, Carocci: 189-207; Antonio Di Meo (2015), «La "rivoluzione

Como es sabido, esta fórmula es recuperada del ensayo de Vincenzo Cuoco sobre la revolución napolitana de 1799, aproximándose a aquella de «revolución-restauración» propuesta por el historiador francés Edgar Quinet. En el C 8, 25 (*Risorgimento*), Gramsci la define como

> El hecho histórico de la falta de iniciativa popular en el desarrollo de la historia italiana, y el hecho de que el «progreso» tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares con «restauraciones» que acogen cierta parte de las exigencias populares, o sea, «restauraciones progresistas» o «revoluciones-restauraciones» o también «revoluciones pasivas» (C 8, 25: 231[287].

En esta definición encontramos dos elementos-bisagra en torno a los cuales orbita la concepción gramsciana de la revolución pasiva. En primer lugar, la debilidad de la fuerza antagonista (donde el «subversivismo esporádico e inorgánico» es la otra cara de la ausencia de una iniciativa popular organizada, es decir, conscientemente dirigida por la vanguardia del movimiento campesino y obrero). En otras palabras, la incorporación por parte del bloque dominante de algunas «exigencias populares», aunque sea en forma siempre parcial y vinculada a la exigencia del mantenimiento del orden[288].

---

passiva": Una ricognizione sui significati», en *Critica marxista*, núm. 1: 59-67; Giuseppe Vacca (2017), *Modernità alternative. Il Novecento di Antonio Gramsci*, Turín, Einaudi, passim.

287 Texto de enero-febrero de 1932, más tarde recuperado en C 10 II: 41 XIV, 207-208, Otra interesante definición está contenida en C 15, 56: 229, donde Gramsci escribe: «*Risorgimento* italiano. Sobre la revolución pasiva. […] Cómo bajo una determinada envoltura política necesariamente se modifican las relaciones sociales fundamentales y surgen y se desarrollan nuevas fuerzas efectivas políticas, que influyen directamente, con una presión lenta pero incontrolable, sobre las fuerzas oficiales las cuales a su vez se modifican sin darse cuenta o casi».

288 Desde este punto de vista, una lectura de la revolución pasiva como fenómeno meramente conservador, como aquella propuesta por Burgio (cfr. Alberto Burgio (2014), *Gramsci. Il sistema in movimiento*, Roma DeriveApprodi: 257-261) no es completamente satisfactoria. Burgio considera efectivamente la revolución pasiva como una mera «categoría morfológica», es decir, una fórmula que busca principalmente visibilizar la debilidad intrínseca de la fuerza antagónica, subrayando el elemento de la pasividad de las masas populares. Más interesante es la perspectiva adoptada por Modonesi (cfr. Massimo Modonesi (2018), *The Antagonistic Principle: Marxism and Political Action*, Leiden, Brill; véase también sus trabajos precedentes, en particular, Id (2014). *Subalternità, antagonismo, autonomía: marxismi e soggettivazione política*, Roma, Editori Riuniti). Modonesi subraya sí los procesos de

Se produce de esta forma, en definitiva, una metamorfosis «molecular» de lo real[289] que, en ausencia de coyunturas revolucionarias, vuelve sin embargo posible una transformación efectiva del cuadro sociopolítico (de allí la cercanía al concepto de «guerra de posición»[290]). La extrema flexibilidad, por otra parte, vuelve tal categoría susceptible de ser aplicada a contextos históricos diversos y distantes entre sí, poniéndola en condiciones de delinear una dinámica histórica general (subrayando, por extensión, todo su alcance estratégico para una acción política concreta[291]).

II. Revolución desde arriba y «fuerzas marginales»

A pesar de la inevitable generalidad de esta reconstrucción, pienso que sea suficiente para hacer emerger algunos elementos que permiten reflexionar sobre la relación entre la categoría de cesarismo y aquella de revolución-restauración, en la medida en que ambos son conceptos que describen una situación donde se presentan elementos «progresivos» y «regresivos», mientras el curso de desarrollo histórico es cualquier cosa menos simple y directo[292].

En un primer nivel, el más superficial, se destacan especialmente las afinidades de carácter formal. Así como en la base de los procesos de revolución pasiva existe una fundamental «debilidad de los subalternos», esta misma debilidad se encuentra también en el contexto de «equilibrio de fuerzas» que precede el ascenso de un «líder carismático».

«subalternización» que, según su interpretación, caracterizan cada forma de revolución pasiva, pero en perspectiva fundamentalmente «propositiva» y «progresistas»

289 Sobre la cuestión del carácter «molecular» de esta transformación, cfr. principalmente la correspondiente entrada (de Eleonora Forenza) en Guido Liguori y Pasquale Voza (eds.) (2009), *Dizionario gramsciano. 1926–1937*, Roma, Carocci: 551-555. Véase también Dario Ragazzini (2002), *Leonardo nella società di massa. Teoria della personalità in Gramsci*, Bergamo, Moretti-Honegger: 36-37 y Peter D. Thomas (2009), *The Gramsciam Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism*, Leiden, Brill: en particular 398-410.

290 Sobre la relación entre el concepto de revolución pasiva y aquel de guerra de posición, relevado en Q15, 11: 187-19, cfr. Voza, *Rivoluzione passiva*, cit.: 196 et *passim*.

291 Esta ampliación progresiva de la categoría se encuentra bien desarrollada en Voza, *Rivoluzione passiva*, cit. Esto resalta también la relevancia estratégica de la categoría y su importancia en la elaboración de un programa concreto de acción política para el presente (véase, a este propósito, además Thomas, *Gramsci's Revolutions*, cit.).

292 Cfr. también Modonesi (*The Antagonistic Principle*, cit.: 114-122), que interpreta el cesarismo como «dispositivo» esencial en el proceso de «pasivización» característico de las revoluciones pasivas.

Por otra parte, la revolución pasiva, al desplegarse, puede asumir la forma de revolución desde el alto, evocando significativamente las dinámicas cesaristas (no es extraño que un César se haga cargo de la situación o, en todo caso, que al interior del bloque burgués una figura carismática domine el cuadro político[293]).

Sin embargo, una afinidad más profunda puede ser rastreada sea en las premisas teóricas de ambas categorías como en su aplicación historiográfica. La nota 23 del Cuaderno 14 es valioso desde este punto de vista: en este texto, Gramsci parte del análisis del movimiento dreyusariano y del cesarismo «fallido» del general Boulanger para estigmatizar el «mecanicismo sociológico» que cree que «todo el nuevo fenómeno histórico se debe al equilibrio de fuerzas "fundamentales" […] y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a la influencia hegemónica» (C 14, 23: 116[294]).

Aunque pueda parecer paradójico, es precisamente en esta dura acusación contra la aplicación simplificadora y determinista de la fórmula del cesarismo que se encuentra una de las definiciones más pregnantes de la categoría, así como algunas notables indicaciones sobre la afinidad entre el cesarismo y la revolución pasiva. Hablando de los «movimientos histórico-políticos modernos que ciertamente no son revoluciones, pero que no son completamente reacciones», Gramsci va de hecho trazando, aunque sea en forma implícita, un paralelo entre el concepto de revolución pasiva y aquel de cesarismo, revelando una consonancia profunda entre las dos categorías (C 14, 23: 116-117).

> Del tipo Dreyfus encontramos otros movimientos histórico-políticos modernos, que ciertamente no son revoluciones, pero que no son

293 Al respecto, cfr. también C 10 II, 61, 231, donde se alude precisamente a la revolución pasiva como «intervención desde arriba».

294 Detrás de la referencia al «cesarismo que se estaba preparando, de carácter netamente reaccionario» (C 14, 23: 116) que habría sido frustrado por la sublevación democrática ligada al *affaire* Dreyfus se encuentra, evidentemente, una alusión al boulangismo. Con este término se indica el movimiento de carácter nacionalista (apoyado por grupos monárquicos, bonapartistas, etc.) que se oponían a la Tercera República, del cual era animador precisamente el general y político francés George Boulanger. El movimiento gozó de amplio consenso entre 1886 y 1889, en particular en enero de aquel año, cuando un golpe de Estado del general parecía inminente, para luego declinar rápidamente. Sobre la interpretación gramsciana de esta coyuntura histórica, me permito reenviar a Antonini, «Entre Boulanger et Dreyfus: ombres et lumières de la Troisième République dans les «Cahiers de prison»», en Romain Descendre y Jean-Claude Zancarini (eds.), *La France d'Antonio Gramsci*, ENS Editions, Lyon, [en prensa].

> completamente reacciones, al menos en el sentido de que también en el campo dominante destruyen cristalizaciones del Estado y en las actividades sociales un personal distinto y más numeroso que el anterior: también estos movimientos pueden tener un contenido relativamente «progresista» en cuanto que indican que en la vieja sociedad estaban latentes fuerzas activas que los viejos dirigentes no supieron explotar, aunque fuesen «fuerzas marginales», pero no absolutamente progresistas, en cuanto que no pueden «hacer época». Se hacen históricamente eficientes gracias a la debilidad constructiva del adversario, no por una íntima fuerza propia, y por lo tanto están ligadas a una determinada situación de equilibrio de las fuerzas en lucha, ambas incapaces en su propio campo para expresar una voluntad reconstructiva por sí mismas (C 14, 23: 116-117).

La piedra de toque representada por aquel «también», puesto en una posición central, como apertura de la explicación gramsciana propiamente dicha. Esta pista lingüística revela cómo Gramsci está conduciendo una comparación implícita entre revolución pasiva (ejemplificada mediante la referencia al caso Dreyfus y a los «movimientos histórico-políticos modernos» del mismo tipo) y el cesarismo (objeto global del parágrafo), atribuyéndoles las mismas características: el contenido «relativamente 'progresivo'»; la activación de fuerzas «latentes», «marginales» del bloque social dominante; la «debilidad constructiva del antagonista»; la peculiar coyuntura histórica dentro la cual ninguna de las partes tiene la fuerza suficiente para vencer a la otra (o, dicho de otro modo), la «cristalizaci[ón] estatal sofocant[e]» que no logra resolverse a sí misma).

III. Formas de la transición histórica

A nivel general, estas observaciones reenvían a la más amplia «teoría de las transiciones» históricas desarrollada por Gramsci a partir de una reelaboración de la célebre introducción marxiana a *Zur Kritik der politischen Ökonomie*. La cuestión, como es sabido, es una de las más importantes de los *Cuadernos* y ha sido objeto de numerosos estudios[295].

295 Sobre esta temática, cfr., por ejemplo, más allá de los citados trabajados de Voza y Burgio, Fabio Frosini (2009), *Da Gramsci a Marx. Ideologia, verità e política,* Roma, DeriveApprodi. La expresión «teoría de la transición» es de Burgio.

Basta aquí recordar que tal concepción es, por explícita declaración de Gramsci, en la base de la formulación de la teoría de la revolución pasiva, que representa su corolario («el concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de la ciencia política»: C 15, 17: 193)[296].

El hecho que estos dos principios (y, en particular, el primero) sean implícita, pero claramente recordador también en C 14, 23 es, en mi opinión, una demostración del hecho que la categoría del cesarismo y aquella de revolución pasiva pertenecen al mismo cuadro histórico-teórico, revelando, en definitiva, una misma raíz intelectual.

En esta óptica, debemos tener en consideración otro elemento. Los propios «cánones» de inspiración marxiana precedentemente recordados están presentes también en C 4, 38, «Relaciones entre estructura y superestructura», un texto central de los *Cuadernos*[297]. En su segunda versión, la nota se encuentra dividida en dos partes: entre ellas, C 13, 18, que se detiene sobre las carencias del método económico de análisis[298]. Como intenté demostrar más ampliamente[299], creo que C 13, 18 y C 14, 23 deben ser puestos en estrecha relación (temática, pero también

296 Véase todo el pasaje: «El concepto de revolución pasiva debe ser deducido rigurosamente de los dos principios fundamentales de ciencia política. 1) que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas que se han desarrollado en ella encuentran todavía lugar para su ulterior movimiento progresivo; 2) que la sociedad no se impone tareas para cuya solución no se hayan incubado las condiciones necesarias, etcétera. Se entiende que estos principios deben primero ser desarrollados críticamente en todo su alcance y depurados de todo residuo de mecanicismo y fatalismo» (C 15, 17: 193-194).

297 Acerca de este famoso texto, cfr., por ejemplo, la interpretación propuesta por Cospito en (2011), *Il ritmo del pensiero. Per una lettura diacronica dei 'Quaderni del carcere' di Gramsci*, Nápoles, Bibliopolis.

298 Los principios marxianos citados en C 4, 38: 167-168 son recuperados más tarde en C 13, 17: 32-35, el célebre texto gramsciano sobre las relaciones de fuerza (con la nota 18 de este mismo *Quaderno* 13, la 17 es otra nota principal donde confluye la primera redacción del *Cuaderno* 4). Véase el pasaje del citado C 13, 17: 32: «Hay que moverse en el ámbito de dos principios: 1) el de que ninguna sociedad impone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficientes o que estas no estén al menos en vías de aparición y de desarrollo; 2) y el de que ninguna sociedad se disuelve y puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones». En esta segunda redacción, Gramsci agrega al margen también la traducción del pasaje marxiano en cuestión, que él mismo había realizado en el *Cuaderno* 7: cfr. Antonio Gramsci (2007), *Cuadernos del carcere, 1. Quaderni di traduzioni (1929–1932),* vol. 2, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 745-747; la referencia corresponde a la nueva edición crítica de los *Cuadernos*, en curso de publicación.

299 Cfr. nuevamente con Antonini, «Entre Boulanger et Dreyfus», cit.

cronológica) –el agregado de la referencia al Affaire Dreyfus en la segunda redacción del texto del *Cuaderno* 4 es, de hecho, emblemática.

Por otro lado, ambas notas confluyen sobre la cuestión de la articulación de los sistemas sociopolíticos, aunque desde puntos de vista diferente (teórico en C 13, 18, histórico en C 14, 23).

Si bien no es posible establecer un orden preciso de composición de los textos[300], la relación entre estos dos parágrafos debe ser incorporada, sin dudas, en el contexto de la conexión entre el Cuaderno dedicado a la política de Maquiavelo (el *Cuaderno* 13) y la teoría política que Gramsci va desarrollando en los cuadernos misceláneos 14, 15 y 17[301]. Este es un elemento importante también en el contexto del análisis del vínculo entre la categoría de cesarismo y aquella de revolución pasiva. No solo, de hecho, la reflexión sobre estas dos temáticas se sobrepone (al menos en parte) en estos cuadernos (véase C 14, 23, entre otros); es todavía más significativo el hecho que el análisis de la revolución pasiva que se desarrolla en los últimos misceláneos parece llevar la reflexión de Gramsci sobre el tema de la «crisis» a un nivel superior respecto del alcanzado en las notas sobre el cesarismo (en particular, en las notas del *Cuaderno* 13).

IV. Cesarismo y modernidad

Esta imbricación entre cesarismo, revolución pasiva y los principios generales de la interpretación histórica emerge claramente a partir del análisis de la temática de las «fuerzas marginales» antes mencionada.

Sin entrar en el detalle, basta aquí recordad cómo tal cuestión, más allá del anteriormente citado C 14, 23, reaparezca principalmente en C 13, 27, uno de los textos-clave sobre el cesarismo. No solo, de hecho,

300 Sobre la base de las observaciones aquí formuladas, se puede hipotetizar que Q13, 18 haya sido escrito en torno a enero de 1933 (C 14, 23 se remonta, de hecho, a este periodo). Sin embargo, no es posible definir cuál de las dos notas hay sido escrita primero. A pesar de ello, esta aproximación es un resultado significativo si se considera que la cronología del *Cuaderno* 13 es demasiado vaga (mayo 1932-noviembre 1933). Sobre este Cuaderno véase, además, la nota introductoria de la edición facsimilar; cfr. Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere. Edizione anastatica dei manoscritti*, vol. 14, Roma-Cagliari, Istituto della Enciclopedia Italiana-*L'Unione Sarda*: 153-159.

301 Sobre esta cuestión, me permito sugerir Francesca Antonini (2020), «Fra 'vecchia' e 'nuova' política. Stato, partito e burocracia negli ultimi miscellanei», en *Un nuovo Gramsci. Biografia, temi, interpretazione,* Roma, Viella.

siguiendo cuanto Gramsci escribe aquí, el cesarismo es interpretado en el cuadro de la «dialéctica «revolución-restauración»» (C 13, 27: 65[302]), sino especialmente se subraya su capacidad para volver activas las fuerzas latentes al interno del bloque dominante, mostrando como aun no haya arribado el tiempo del pasaje a una nueva configuración política (volviendo evidente, en este sentido, la «viscosidad» y la fuerza de resistencia del sistema). Es significativo notar que tal característica es atribuida por Gramsci, no solamente a los regímenes cesaristas pasados («premodernos», siguiendo el léxico gramsciano), sino también y especialmente a aquellos del presente (o «modernos»[303]). De hecho, Gramsci escribe:

> el cesarismo tiene también en el mundo moderno cierto margen, más o menos grande, según los países y su peso relativo en la estructura mundial, porque una forma social tiene «siempre» posibilidades marginales de ulterior desarrollo y ordenamiento organizativa, y especialmente puede contar con la debilidad relativa de la fuerza progresista antagónica, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de esta, debilidad que debe mantenerse (C 13, 27: 67-68).

Una referencia a esta temática se encuentra aún también en C 14, 76[304]. Gramsci alude aquí explícitamente a C 14, 23 (del cual retoma también el par «durar-hacer época»; C 14, 76: 168[305]) y a las cuestiones

302 «Se trata de ver si, en la dialéctica 'revolución-restauración' es el elemento revolución o el elemento restauración el que prevalece, porque es cierto que en el movimiento histórico no se retrocede jamás y no existen restauraciones "in toto"».

303 Refiriéndose específicamente al caso de Luis Bonaparte, Gramsci escribe: «sin embargo, la forma social existente no había agotado aún sus posibilidades de desarrollo, como la historia subsiguiente demostró abundantemente. Napoleón III representó (a su modo, según la estatura del hombre, que no era grande) estas posibilidades latentes e inmanentes: su cesarismo, pues, tiene un color particular» (C 13, 27: 67). Sobre la escansión histórica gramsciana, véase Alberto Burgio, *Gramsci. Il sistema in movimiento,* cit.: 157-193 y Giuseppe Vacca (1988), «L'Urss staliniana nelle analisi dei 'Cuadernos del carcere'», en *Critica marxista*, núm. 34: 129-131.

304 El texto, titulado *Pasado y presente*, y estrechamente vinculado a la nota 74 de aquel mismo Cuaderno (del cual constituye una explícita prosecución) se encuentra entre los más complejos y enigmáticos de los *Cuadernos*. Al respecto, cfr. Gianni Francioni, «'La liquidazione di Leone Davidovi'. Problemi di datazione degli ultimi Cuadernos miscellanei», en *Un nuovo Gramsci*, cit.

305 «debe observarse cómo demasiado a menudo se confundo el «no hacer época» con la escasa duración «temporal»; se puede «durar» largo tiempo, relativamente, y no «hacer época»» Sobre estas categorías, cfr. Burgio, *Gramsci. Il sistema in movimiento*, cit.: 112-166 *et passim*.

allí desarrolladas, cuando escribe que el cesarismo debe ser interpretado en el cuadro de la dialéctica revolución-restauración. Agrega, además, que «las fuerzas de viscosidad de ciertos regímenes son a menudo insospechadas, especialmente si son 'fuertes' por la debilidad ajena, incluso procurada» (C 14, 76: 168).

V. *Risorgimento* italiano y Alemania bismarckiana

Quisiera, por lo tanto, detenerme rápidamente sobre algunos episodios concretos de la historia europea del siglo XIX, para cuyo análisis Gramsci recurre de forma más o menos explícita a la fórmula cesarista, en tanto esta permite iluminar ulteriores y relevantes aspectos de la relación entre cesarismo y revolución pasiva, abriendo simultáneamente el camino para la reflexión sobre la contemporaneidad. Dejando de lado los casos menores sobre los cuales Gramsci apunta *en passant*, quisiera concentrarme sobre los casos italiano y alemán, contemporáneos (o casi) a la dictadura de Luis Napoleón en Francia (que representa el «caso-príncipe» del cesarismo según Gramsci).

La Italia postrisorgimental, en primer lugar: aunque no sea recordado frecuentemente en las notas dedicadas propiamente al *Risorgimento*, esta fase histórica es objeto de un importante texto del *Cuaderno* 3 (ella nota 119), donde Gramsci desarrolla el concepto de bonapartismo, estrechamente vinculado a aquel de cesarismo. Si sumamos esta clave de lectura a aquella «clásica» gramsciana del *Risorgimento* como paradigma de los fenómenos de revolución-reacción, se obtiene que la referencia al cesarismo-bonapartismo es funcional al énfasis sobre los elementos de atraso del cuadro italiano, al hincapié sobre los límites de la transformación sociopolítica en acto (la referencia a tales categorías es, por ende, complementaria al análisis del fenómeno en términos de revolución pasiva[306]).

El otro caso histórico es aquel del Reich alemán bajo la conducción de Bismarck. Junto al caso italiano, Alemania es la otra gran nación

306 Al respecto de este texto, cfr. también Alberto Burgio (2007), «L'analisi del bonapartismo e del cesarismo nei 'Quaderni' di Gramsci», en *Napoleone e il bonapartismo nella cultura política italiana. 1802–2005*, Milán, Guerini e Associati: 255-266. Para un encuadramiento general de la reflexión gramsciana sobre el *Risorgimento* italiano, recomendamos la todavía válida introducción de Vivanti a Antonio Gramsci, (1977), *Quaderno 19. Risorgimento italiano*, Turín, Einaudi.

europea donde se registran fenómenos de revolución pasiva, y Bismarck, con su política, es precisamente su principal artífice. No obstante esto, no son muchas las páginas de los *Cuadernos* donde Gramsci profundiza sobre la política bismarckiana (es evidente, de hecho, que el *focus* es el *Risorgimento* italiano). Tanto más significativas son las (pocas) referencias al canciller alemán en el contexto de la reflexión sobre el cesarismo. En C 9, 133 –y en forma aún más clara en C 13, 27– su gobierno es claramente clasificado como cesarista y, por lo demás, de tipo regresivo. Sin embargo, el hecho que en esta definición este no sea constantemente asociado a Napoleón III es un indicio del hecho que tal regresividad no debe entenderse como absoluta, sino como relativa: también el bismarckismo, en cuanto revolución-reacción, es «objetivamente progresivo», si bien ciertamente en menor medida respecto del caso francés (la misma eliminación de la referencia a Bismarck en C 13, 23, por otra parte, conduce en esa dirección). Emblemáticas a este propósito son, además, las referencias a su concepción de la relación entre dirección «militar» y «política», y a su estrategia de política interna y externa, contenidas en algunas notas significativas[307]. Creo, en consecuencia, que la referencia al cesarismo sea entendida como un énfasis del aspecto conservador de la transformación en acto en Alemania, a la cual se agrega, con toda probabilidad, la referencia al carácter directivo del fenómeno (también en este caso no existe contradicción entre la definición del cancillerato di Bismarck como fenómeno *lato sensu* cesarista y, simultáneamente, como revolución pasiva, más bien, una definición complementa a la otra).

Las afinidades entre cesarismo y revolución pasiva aquí ilustradas evidencian, entonces, la complejidad del fenómeno cesarista, que traspone sobre la dimensión de la esencia el carácter mismo de la fase histórica donde encuentra origen. Por otro lado, es precisamente esta articulación aquella que permite al cesarismo encontrar aplicación en diferentes contextos y, sobre todo, en momentos históricos diferentes.

307 Aun cuando son poquísimas las referencias a Bismarck como figura cesarista, otras notas profundizan sus relaciones con el Vaticano, así como su convicción sobre el necesario primado de la dimensión política sobre aquella militar. Este último tema es significativo en tanto se encuentra estrechamente conectado a la cuestión del bonapartismo y, por lo tanto, al cesarismo. Por otra parte, no es causal que, por su concepción de la relación entre el elemento político y militar, Bismarck sea relacionado a César y Napoleón I, dos claros ejemplos de régimen cesarista según Gramsci.

VI. Realidad «efectiva y articulación conceptual»

Para concluir, la impresión es que existe una parcial «sobreposición» entre la categoría de cesarismo y aquella de revolución pasiva, en tanto ambas concluyen en la explicación de situaciones que no pueden ser comprendidas mediante las herramientas clásicas del análisis sociológico y político, las cuales no logran aprehender todos los matices y las (aparentes) «contradicciones» de la «realidad efectiva» (no es casualidad, por otro lado, que las referencias al cesarismo y a la revolución pasiva sean constantemente asociadas por Gramsci a la polémica contra el economicismo y el sociologicismo –en tal sentido, es emblemático el citado C 14, 23 y, especialmente, C 13, 18[308]).

No obstante, la fórmula de «revolución-restauración» haya, evidentemente, un significado más amplio de aquella de cesarismo (se aplica, en efecto, a una mayor variedad de situaciones), no creo, sin embargo, que se pueda hablar de una «subordinación» del modelo cesarista a la categoría de revolución pasiva. Una relación jerárquica de este tipo no tendría sentido en el cuadro conceptual de los *Cuadernos*[309]. Más bien, el cesarismo y la revolución pasiva representan dos herramientas diferentes, pero «complementarias», para indagar el modo por el cual determinadas transformaciones político-sociales se desarrollan en un contexto de hegemonía incierta y problemática –en otras palabras, de crisis. Por esta razón, ambos conceptos son útiles para comprender las dinámicas históricas de la modernidad, pero son aún más importantes para comprender la «crisis de autoridad» contemporánea.

308 Cfr. C 13, 18: 40-47. La expresión «realidad efectiva» es usada varias veces por Gramsci para referirse, precisamente, a la realidad histórica concreta en oposición a las reconstrucciones más o menos imaginarias esbozadas por filósofos, historiadores, intelectuales en general (cfr. C8, 84: 258-259 donde, hablando de Maquiavelo y de la relación entre ser y deber ser, Gramsci escribe: «La cuestión es más compleja: se trata de ver si el «deber ser» es un hecho arbitrario o un hecho necesario, si es voluntad concreta, o veleidad, deseo, sueños nebulosos. El político en acción es un creador; pero no crea de la nada, no saca de su cerebro sus creaciones. Se basa en la realidad efectiva: pero ¿qué es esta realidad efectiva? ¿Es acaso algo estático e inmóvil, o no es más bien una realidad en movimiento, una relación de fuerzas en continuo equilibrio?»).

309 Acerca de esta cuestión, cfr. *mutatis mutandis*, Luisa Mangoni (1987), «La genesi delle categorie storico-politiche nei "Quaderni del carcere"», en *Studi storici*, núm. 3, 1987: 565-579.

Apendice.
Usos del concepto gramsciano de revolución pasiva en América Latina

MASSIMO MODONESI

La revolución pasiva es uno de los conceptos más relevantes y, al mismo tiempo, más complejos y problemáticos del arsenal conceptual forjado por Gramsci en la cárcel. En las páginas que siguen abordaremos –en busca de las claves de lectura que esclarezcan y asienten su sentido– los usos, abusos y olvidos de que fue objeto en América Latina.

A pesar de que un tratamiento en profundidad requeriría analizar en conjunto la recepción de la obra de Gramsci en América Latina para discernir con precisión el lugar del concepto, en este trabajo me limitaré a registrar puntualmente los diversos usos de la noción de revolución pasiva y a tratar de ordenarlos en función de algunos criterios de distinción[310]. Criterios relativos a cinco dimensiones: los países de origen de los autores; el contexto histórico –desde los años setenta a la actualidad–; una utilización sistemática versus una tangencial u ocasional; la colocación disciplinar en el eje historia-ciencia política-análisis político; un uso temático relacionado con procesos de diferente naturaleza, en particular dictaduras militares y/o gobiernos populistas. Entrecruzaremos estos criterios colocando en el centro el último, ya que nos interesa poner en evidencia, en clave interpretativa, el uso del concepto en el análisis de los fenómenos que en América Latina fueron nombrados

310 Tratamos de dar cuenta en forma exhaustiva de los diversos usos del concepto, omitiendo solo aquellos que resultan poco relevantes por la escasa influencia de los autores o porque utilizan tangencialmente o poco sistemáticamente el concepto.

nacional-populares y/o populistas y fueron objeto de un debate trascendental y fundacional del pensamiento social y político latinoamericano. Un debate con profundas implicaciones político-estratégicas y que todavía está en curso, tanto respecto a relecturas del pasado como a la interpretación de fenómenos recientes y actuales[311]; un debate que en mi opinión puede ser enriquecido en clave gramsciana haciendo referencia al concepto de revolución pasiva (y a sus correlatos: el cesarismo y el transformismo), por cuanto esta pone en evidencia la tensión inherente a los procesos de reformas modernizadoras y dinámicas de pasivización o subalternización –las cambiantes combinaciones de rasgos progresivos y regresivos que los caracterizan, marcan sus transformaciones internas y los distinguen entre sí[312].

Con esta preocupación de fondo y siguiendo –en aras de la claridad expositiva– un criterio geográfico y cronológico, estructuraremos este capítulo partiendo de la revisión de los usos del concepto por parte de los más destacados e influyentes gramscianos latinoamericanos entre los años setenta y ochenta, para posteriormente registrar las utilizaciones más recientes y trazar algunas consideraciones de balance sobre el estado de la cuestión.

I. Latencia del concepto de revolución pasiva en los «gramscianos argentinos»

A contramano de lo que se pudiera esperar, los llamados «gramscianos argentinos»[313] no han hecho un uso sistemático y desarrollado del concepto de revolución pasiva ni lo han aplicado al análisis de los procesos históricos latinoamericanos. Esta omisión es particularmente notoria

311 Maristella Svampa (2016), *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*, Buenos Aires, Edhasa.

312 Massimo Modonesi (2012), «Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo», en Mabel Thwaites Rey (ed.), *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*, Santiago de Chile, Clacso; Arcis; Massimo Modonesi (2015), «Fin de la hegemonía progresista y giro regresivo en América Latina. Una contribución gramsciana al debate sobre el fin de ciclo», en *Viento Sur*, núm. 142; Massimo Modonesi (2016), «Pasividad y subalternidad. Sobre el concepto de revolución pasiva de Antonio Gramsci», en *Gramsciana. Rivista Internazionale di Studi su Antonio Gramsci*, núm. 1.

313 Raúl Burgos (2004), *Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI.

en la obra de José Aricó y Juan Carlos Portantiero, los dos autores más representativos e influyentes del grupo de *Pasado y Presente*, surgido en Córdoba a inicios de los años sesenta.

Empezaremos con Portantiero, porque el propio Aricó, en un sucinto balance de los usos del concepto, le atribuye un desarrollo importante en esta dirección. Sin embargo, como intentaremos demostrar, se trata más de una valoración o de una recuperación general que de una utilización específica, la cual queda simplemente esbozada en algunos pasajes de su obra y está ausente o aparentemente latente en otras.

Es cierto que sus lectores pueden tener la engañosa impresión de que el concepto de revolución pasiva es un elemento ordenador de la obra de Portantiero, aun cuando el único momento en donde es objeto de un tratamiento a fondo es en el primer capítulo de *Los usos de Gramsci*, uno de los libros más importantes e influyentes en la historia de la difusión del pensamiento de Gramsci en América Latina. No obstante, resulta que este capítulo, titulado «Estado y crisis en el debate de entreguerras», fue escrito en 1981, posteriormente a los capítulos que le siguen en el libro, capítulos en donde el concepto no es siquiera mencionado. Además, el texto en cuestión no contiene una aplicación del concepto a la realidad histórica o política latinoamericana, sino que está orientado a dar cuenta de la elaboración realizada por Gramsci con miras a caracterizar un momento histórico del siglo xx, así como para pensar la crisis en clave anticatastrofista[314]. La aparición del concepto en la reflexión de Portantiero se inspira en el texto de Franco De Felice sobre americanismo y revolución pasiva –escrito que el argentino cita y parafrasea ampliamente[315]– y, probablemente, aunque no aparezca citado, en un libro (publicado en español en 1978) de Christine Buci-Glucksmann, autora que Portantiero conoció personalmente y a cuyo trabajo haremos referencia más adelante. La relevancia del texto de Portantiero radica en que vincula explícitamente la

314 «En la frontera del siglo la evolución política del movimiento obrero europeo iba a colocar el tema estatal en un primer plano. El crecimiento de la cohesión de clase del proletariado, la legalización de la actividad de los sindicatos, el avance súbito de los partidos socialistas, todo ello en el cuadro de un proceso profundo de «revolución pasiva» a través del cual eran incorporados al discurso liberal dominante temas democráticos y se modificaban, en extensión y densidad, las funciones del Estado, constituía un desafío nuevo para el pensamiento marxista en momentos en que este comenzaba a hegemonizar ideológicamente al movimiento social» (Juan Carlos Portantiero (1981), *Los usos de Gramsci,* México, Folios: 24).

315 Ibídem: 53 y ss.

hegemonía y la guerra de posiciones con la noción de revolución pasiva[316], lo que no había hecho en ningún trabajo anterior y no hará tampoco posteriormente.

> Si para plantear correctamente el tema de la crisis –error fundamental que advertía en la política de la III Internacional– Gramsci debe desarrollar complementariamente su teoría de la dominación hegemónica, otros conceptos deberán ser también integrados a la cadena de su razonamiento: «revolución pasiva», «guerra de posiciones», «trama privada del Estad»', hasta transformar con todos ellos una batería categorial que le permita construir un sistema más complejo de proposiciones para analizar las relaciones entre economía y política, entre base y superestructura para poder plantear correctamente lo que es, en fin, «el problema crucial del materialismo histórico»[317].

Al mismo tiempo, como veremos, el interés de Portantiero por el americanismo como revolución pasiva –interés expresado de forma muy elocuente en las últimas páginas del ensayo– quedará sorpresivamente sin mayor trascendencia en términos de su «traducción» en relación con el pasado y el presente latinoamericano.

En los siguientes ensayos que forman *Los usos de Gramsci*, escritos entre 1975 y 1980, no aparece la noción de revolución pasiva a pesar de que la temática que abarcan la evoca. El momento de mayor aproximación puede encontrarse en una página del capítulo titulado *¿Cual Gramsci?* (1975), donde Portantiero recurre a las nociones de cesarismo y transformismo.

> La presencia de la crisis de hegemonía no garantiza la revolución: sus resultados pueden ser diversos dependiendo de la capacidad de reacción y reacomodamiento que tengan los distintos estratos de la población; en suma, de las características que adopte la relación entre las fuerzas. Una salida es el cesarismo: la emergencia de algún grupo que se mantuvo relativamente independiente de la crisis y que opera como árbitro de la situación. De la relación concreta entre los grupos enfrentados depende que el cesarismo sea progresivo o regresivo. Otra salida es el transformismo: la capacidad que las clases

316 Ibídem: 44 y 50.
317 Ibídem: 51.

> dominantes poseen para decapitar a las direcciones de las clases subalternas y para integrarlas a un proceso de revolución-restauración. Ambas son, de algún modo, salidas «impuras» que suponen compromisos. En los extremos quedan la reconstrucción lisa y llana del control que mantenían los antiguos representantes de las clases dominantes, o la revolución de las clases subalternas. La preparación de las condiciones para facilitar este último camino es el problema que le interesa a Gramsci cuando insta a analizar cada sociedad como un sistema hegemónico particular, como el resultado de una compleja relación de fuerzas[318].

Tampoco aparece el concepto de revolución pasiva en la elaboración más original y latinoamericana del texto, donde –en este mismo capítulo– Portantiero desdobla la noción de Occidente y le atribuye a América Latina el carácter de «Occidente periférico»[319].

El único pasaje directamente alusivo a la noción de revolución pasiva es aquel donde asocia –solo de paso– los fenómenos reaccionarios militaristas de los años setenta en América Latina con un «proceso de revolución-restauración».

> La tercera etapa es la actual, en la que la burguesía para recomponer las condiciones de la acumulación desquiciadas por el populismo, reorganiza al Estado e intenta (con éxito variado, según las características de cada sociedad) poner en marcha un proceso de revolución-restauración[320].

Esta misma asociación será más explícita en 1978, en una ponencia titulada «Gramsci para latinoamericanos»:

318 Ibídem: 115.

319 Comparables por su tipo de desarrollo, diferenciables como formaciones históricas «irrepetibles», estos países tienen aún en ese nivel rasgos comunes: «esa América Latina no es «Oriente», es claro, pero se acerca mucho al «Occidente» periférico y tardío. Más claramente aún que en las sociedades de ese segundo «Occidente» que se constituye en Europa a finales del siglo XIX, en América Latina son el Estado y la política quienes modelan a la sociedad. Pero un Estado –y he aquí una de las determinaciones de la dependencia– que si bien trata de constituir la comunidad nacional no alcanza los grados de autonomía y soberanía de los modelos «bismarckianos» o «bonapartistas»» (Ibídem: 127).

320 Ibídem: 131.

> Se trata de procesos de «revolución pasiva» o de «modernización conservadora» en el significado de Barrington Moore que, según los obstáculos que encuentren a su paso, pueden tomar distintas formas: desde el autoritarismo estamental vigente en los países del Cono Sur, hasta el mantenimiento de mecanismos liberal representativos[321].

Pero tampoco en este texto pasará de ser una simple alusión, y en ningún otro momento Portantiero desarrollará esta hipótesis, a lo mejor porque no lo convencía demasiado y simplemente era una ocurrencia que surgía de la urgencia de interpretar políticamente el horizonte de época que tenía enfrente: la coyuntura de las dictaduras militares en el Cono Sur.

En sus «Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica» –la ponencia que Portantiero presentó en el Coloquio de Morelia en 1980 y que cierra el libro– tampoco aparece el concepto de revolución pasiva, aunque el autor se enfrasca en reflexiones sobre la relación entre lo nacional-popular y la hegemonía en América Latina. Es importante señalar que en dicho texto destaca el intento de distinguir lo nacional-popular del populismo, con miras a rescatar la «presencia política de las clases populares»[322]. La preocupación por este tema y en estos términos había surgido antes en la obra de Portantiero, particularmente en *Estudios sobre los orígenes del peronismo* de 1971, escrito en colaboración con Miguel Murmis. Un texto en el cual no se menciona explícitamente a Gramsci pese a que el proceso es leído en clave de hegemonía, el Estado es visto como «equilibrador» y «moderador» del bloque de poder, y la alianza de clases «asume la tutela» y busca «unificar en su seno los compromisos inestables entre clases»[323]. Una de las tesis fundamentales consiste en «refutar la idea de pasividad obrera en el

321 Juan Carlos Portantiero (1980), «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes», en *Nueva Sociedad*, núm. 54: 41.

322 El estado de compromiso nacional-popular ha sido explicado casi siempre como el producto de una determinación de clase burguesa, pero no a partir de su otra dimensión –la de la temprana participación en él de las clases populares– a la que se ha tendido a ver solamente en términos de heteronomía y manipulación. Este es un punto que interesa destacar: por más heterónomo que aparezca su comportamiento en términos de un modelo clásico de constitución, la presencia política de las clases populares estuvo mediada por instancias organizativas «de clase» y no por una pura vinculación emotiva con un liderazgo personal (Portantiero, 1981, *Los usos de* Gramsci, cit.: 165-166).

323 Juan Carlos Portantiero y Miguel Murmis (2004), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI: 97-98.

origen del peronismo»[324], lo cual nos proporciona una pista para explicar el escaso interés de Portantiero en la noción de revolución pasiva como instrumento para pensar circunstancias que, en el cruce entre lo nacional-popular y el populismo, leía a contrapelo de la tesis comunista que caracterizaba estos fenómenos como fascistas, de manipulación de las masas. Por el contrario, Portantiero reconocía la existencia de cierto grado de espontánea activación desde abajo.

Desde este punto de vista es explicable la ausencia del concepto en «Lo nacional popular y los populismos realmente existentes», escrito con Emilio de Ípola, y en «Gramsci en clave latinoamericana»[325], escrito una década después. La ausencia es indiscutiblemente voluntaria en el segundo ensayo –como vimos, Portantiero ya había escrito el primer capítulo de *Los usos de Gramsci* en 1981–, pero no sabemos si fue también deliberada en el primero, cuya temática debió haber convocado la noción de revolución pasiva, máxime considerando que a la sazón los autores esgrimían argumentos antiperonistas y se acercaban al radicalismo alfonsinista. En todo caso, Portantiero no se decidió a incorporarla posteriormente, así que debemos concluir que descartó su vinculación con el análisis de los fenómenos y procesos nacional-populares. ¿Por qué? ¿Por qué mantenía la interpretación *antipasiva* del peronismo histórico? ¿Porque asociaba la revolución pasiva con fenómenos de tipo fascista o de corte dictatorial? ¿Por que la vinculaba más bien a procesos de transformación productiva al estilo del americanismo? ¿Para evitar la ambigüedad o la confusión que pudiera generar?

Opciones, dilemas y disyuntivas propiamente argentinas, pero, al mismo tiempo, similares a las que aparecen en otros autores y pasajes de la historia de los usos, abusos y omisiones del concepto en América Latina y, dicho sea de paso, en otras partes del mundo.

En cualquier caso, el hecho de que no recurra a la noción de revolución pasiva deja un vacío en la argumentación gramsciana de Portantiero; hubiera encajado muy bien en el esquema analítico gramsciano construido por Portantiero para enfocar la cuestión política e históricamente crucial de lo nacional-popular y el populismo en Argentina y en América Latina, así como en la reflexión sobre el surgimiento del peronismo. Portantiero tampoco explicitó la discriminante activación-pasivización

324 Ibídem: 143-148.

325 Emilio De Ípola y Juan Carlos Portantiero (1991), «Gramsci en clave latinoamericana», en *Nueva Sociedad*, núm. 115.

para caracterizar el surgimiento y la institucionalización de fenómenos nacional-populares y populistas, una cuestión central a la que invitaba y sigue invitando el concepto de revolución pasiva. ¿Portantiero prescindió del concepto porque interfería con su lectura de los orígenes del peronismo, o su omisión refleja una postura general sobre la incompatibilidad entre procesos de revolución pasiva y aquellas dinámicas de activación, en parte autónomas y espontáneas, pero fundamental y tendencialmente subordinadas y controladas, propias de los populismos latinoamericanos?

En todo caso, a pesar de ser uno de los gramscianos latinoamericanos más originales y sugerentes, posiblemente el más destacado en términos de elaboración propia y de capacidad de teorización, Portantiero no deja un desarrollo original del concepto ni un uso sistemático respecto de los procesos históricos y políticos de la región[326].

Tampoco encontramos aportaciones de este alcance en la obra de su amigo y compañero José Aricó, el gramsciano latinoamericano más sobresaliente por su labor de traducción, edición y divulgación de la obra del filósofo italiano, y al mismo tiempo, junto a Portantiero, debido a su innegable preocupación por formular un marxismo latinoamericano en clave gramsciana[327].

Más que una resistencia al uso del concepto en relación con la cuestión de lo nacional-popular y el populismo, en Aricó encontramos que las referencias ocasionales al respecto resultan atinadas y sugerentes, aunque carecen de sistematicidad y de desarrollo.

A finales de los años setenta, en sus clases en el Colegio de México Aricó definía la revolución pasiva como un «proceso de transformaciones estructurales que se operaba desde la cúspide de ese poder, porque la clase dominante podía acceder a algunas demandas de la clase dominada, subalterna, con el fin de prevenir o evitar una revolución»; es decir, la definía en relación con la capacidad de «practicar reformas para calmar, cooptar, liquidar o desgastar la resistencia de la clase dominada»[328].

326 Confirma esta conclusión el hecho sintomático de que en dos estudios recientes sobre Portantiero no se registra el uso por parte de este del concepto de revolución pasiva (Frosini (2015), «Hégémonie: une approche génétique», en *Actuel Marx*, núm. 57; Luis Tapia (2016), «Explicación histórica, socialismo y democracia. La trayectoria de Juan Carlos Portantiero», en *Cuestiones de Sociología*, núm. 14).

327 Martín Cortés (2015), *Un nuevo marxismo para América Latina, José Aricó traductor, editor, intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI, .

328 José Aricó (2011), *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, México, El Colegio de México: 69.

Unas páginas más adelante, en la misma lección octava dedicada a Gramsci, Aricó planteaba de forma muy sugerente y original que

> la revolución pasiva puede ser ejercida a través de las tendencias autoritarias centralizadoras, caso de un Estado dictatorial, pero, como dice Gramsci no está separada del consenso, de la hegemonía, que es lo que ocurre fundamentalmente en la Unión Soviética. Es decir, o bien se da una restructuración social, una modificación de la propiedad social desde arriba a través de la dictadura que opera sobre el conjunto de las clases que la soportan, o bien este proceso puede ser llevado a cabo por una tendencia corporativa, es decir una tendencia socialdemocratizadora que fragmenta el conjunto de las clases, que las divide a través de una política de reforma que impide la conformación de un bloque histórico capaz de reconstruir la sociedad sobre nuevas bases. De este modo, todo proceso de transición que no está dirigido, conformado y regido por el ejercicio pleno de la democracia como elemento decisivo de la conformación de la hegemonía (democracia que significa el proceso de autogobierno de las masas) adquiere el carácter de una revolución pasiva, de un poder de transformación que se ejerce desde la cúspide contra la voluntad de las masas y que, en última instancia, acaba siempre por cuestionar la posibilidad concreta de constitución del socialismo[329].

Asociando estrechamente revolución pasiva y hegemonía –lo cual, como veremos, no es objeto de consenso entre los gramscianos latinoamericanos–, Aricó considera que Gramsci pensaba en el estalinismo como cesarismo y que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas vivió una revolución pasiva en los años treinta. Al mismo tiempo, y ello es lo que más abona la tesis que nos interesa sostener, Aricó vincula la noción de revolución pasiva a una opción socialdemócrata, desmovilizadora, pasivizadora, que sería la antítesis de la acción política de las clases subalternas, de la democracia entendida como autogobierno de las masas.

Sin embargo, esta apreciación fundamental para pensar los procesos políticos nacional-populares latinoamericanos no fue desarrollada en los siguientes trabajos de Aricó y se mantendrá inédita hasta 2011.

329 Ibídem: 273-274.

No será sino hasta finales de los años ochenta, en el capítulo «¿Por qué Gramsci en América Latina?»[330] del libro *La cola del diablo*, cuando Aricó abordará de forma directa y relativamente extensa el tema de la revolución pasiva[331].

Como ya lo mencionamos, Aricó reconoce que Portantiero fue el primero en destacar, colocándola en el debate gramsciano latinoamericano, la problemática de la revolución pasiva; y Aricó no solo recupera los argumentos del primer capítulo de *Los usos de Gramsci* de 1981 sino también los del artículo de De Felice que, como vimos, está en su trasfondo[332].

Por eso su señalamiento del americanismo como la inmanente necesidad del capitalismo moderno de alcanzar la organización de una economía programática, forma el *pendant* necesario del análisis de las diversas formas de resistencia que este movimiento de desarrollo genera, movimiento que Gramsci define como procesos de «revolución pasiva» o de «modernización conservadora», para utilizar la expresión de Barrington Moore[333].

Por lo demás, tampoco Aricó se decide a movilizar plena y explícitamente –es decir, retiene o solo deja implícita– la noción cuando problematiza –inmediatamente después en el texto– la relación entre Estado y sociedad desde los años treinta en América Latina, así como los fenómenos nacional-populares y populistas que la atraviesan[334].

Esto a pesar de que, en medio de una reflexión sobre el papel de los intelectuales y de la ideología en este contexto histórico, dice textualmente que «los grandes temas de la revolución pasiva, del bonapartismo y de la relación intelectuales-masa, que constituyen lo propio de la indagación gramsciana, tienen para nosotros una concreta resonancia empírica»[335].

330 Que se origina en una ponencia presentada en el coloquio de Ferrara del Instituto Gramsci en 1985.

331 Cabe señalar que Aricó apreció inicialmente y después criticó el uso de la noción por parte de Héctor Agosti en su *Echeverría* (José Aricó (1988), *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad: 37). Nótese que Agosti, aun siguiendo el esquema interpretativo gramsciano sobre el *Risorgimento*, utiliza una sola vez la noción de revolución pasiva, asociándola –como sinónimo– a la guerra de posiciones.

332 Se redescubría en Gramsci su perspicacia para analizar situaciones de transición en sociedades de capitalismo maduro o avanzado, y a esta finalidad sirvió el sinnúmero de interpretaciones a que dieron lugar las nuevas iluminaciones de sus apuntes sobre americanismo y fordismo, y más en general sobre la categoría de «revolución pasiva» (Ibídem: 88).

333 Ibídem: 90.

334 Ibídem: 91-93.

335 Ibídem: 96.

También sostiene la relevancia de la hipótesis de la revolución pasiva para entender cómo el Estado organiza y produce el desarrollo de la sociedad capitalista en América Latina[336], en una imposición desde la cúspide que encontró la «resistencia y la oposición de los movimientos populares». Pero finalmente se refugia en la dificultad de generalizar la hipótesis gramsciana, atribuyéndole simplemente un principio de método que no puede ser punto de llegada, sino de partida, de la investigación en vista de la posible generalización «en un criterio de interpretación más general que incluye a la singularidad latinoamericana en una tipología más acorde con la realidad de las formaciones estatales»[337].

Poco más adelante el marxista cordobés sostiene que el concepto de revolución pasiva permite el «cuestionamiento critico de toda una literatura de impronta marxista sobre América Latina»[338], refiriéndose a la influencia del althusserianismo. Siempre en términos políticos, coloca la hipótesis de la revolución pasiva como antítesis de la «perspectiva neopopulista del derrumbe», basada en el principio de la dependencia y en la imposibilidad del pleno desarrollo capitalista en la periferia[339].

Partiendo de estas valoraciones respecto del alcance del concepto de revolución pasiva, Aricó enumera una serie de textos en los que dicho concepto es utilizado[340].

Se detiene en las tesis de un autor importante, Carlos Nelson Coutinho, y señala su idea de que «la noción de revolución pasiva agrega un énfasis hacia lo superestructural, en particular lo político, respecto de la de vía prusiana»[341]. También indica en una nota de pie de página que le

336 Ibídem: 106.
337 Ibídem: 107.
338 Ibídem: 100.
339 Ibídem: 108.
340 Si bien sostiene que hay muchas utilizaciones y, en efecto, enlista varios textos, al mismo tiempo solo pocos de ellos son sistemáticos y relevantes en términos de aplicación o de desarrollo del concepto. Además del libro de Mena y Kanoussi, que sí tiene un alcance teórico, menciona solo a ocho autores: Ansaldi, Nogueira, Vianna, Coutinho, Zavaleta, Portantiero, Calderón y el propio Aricó (Ibídem: 155-156). De estos solo dos son autores de libros donde el concepto ocupa cierta centralidad (Nogueira y Vianna), los demás son artículos: tres lo utilizan de forma periférica, pero en un análisis gramsciano consistente (Portantiero, Zavaleta y Aricó), uno hace una aplicación histórica sistemática (Ansaldi), otro –sin ser propiamente gramsciano– hace un uso puntual del concepto en un texto de dos páginas (Fernando Calderón). Posteriormente Aricó menciona otros autores que aplicaron de forma explícita el concepto (Enrique Montalvo, por ejemplo) o a quien atribuye un uso (Fernando Henrique Cardoso).
341 Ibídem: 109.

parece que la adopción como modelo de la vía *junker* uniforma la realidad latinoamericana, mientras que la noción de revolución pasiva «supone un previo reconocimiento del terreno nacional»[342].

En conclusión, a pesar del interés, la valoración y el amplio recorrido sobre los usos de la noción de revolución pasiva, que señaladamente aparece en el capítulo central de su libro sobre el gramscianismo en América Latina, en la obra de Aricó no termina cuajando ni un tratamiento teórico en profundidad ni un uso sistemático para la realidad latinoamericana.

Además de la mencionada referencia al curso inédito de 1977, la otra intuición original que aportó en este sentido aparece esbozada cuando Aricó sitúa brillantemente la problemática de lo nacional-popular en Gramsci como antítesis vigorosa de la revolución pasiva en su propio terreno, ya que «supone una exploración de signo contrario»[343]. *En su propio terreno*, es decir, el del populismo como revolución pasiva, como procesamiento conservador de un empuje nacional-popular. Una hipótesis fecunda que queda inexplorada, aunque, de forma involuntaria, alude a una zona de sombra en el análisis gramsciano del grupo de *Pasado y Presente*. Un terreno existente pero que no terminó siendo debidamente iluminado.

II. Usos y distorsiones del concepto en Brasil

A diferencia del uso esporádico y no sistemático por parte de los gramscianos argentinos, el concepto de revolución pasiva fue persistente y ocupó el primer plano en la interpretación de los procesos históricos brasileños[344] y en el debate político[345].

342 Ibídem: 156-157. Respecto del debate brasileño, sorprende una nota sobre Fernando Henrique Cardoso, quien –según Aricó– como Florestan Fernandes veía en clave de revolución pasiva las que llamaba «revoluciones burguesas periféricas». Aricó sostiene aquí que la modernización industrializadora y la ausencia de reformas democráticas son los elementos que «en las caracterizaciones de Gramsci, fijan las condiciones de una «revolución pasiva»» (Ibídem: 160).

343 Ibídem: 111.

344 Brasil es el único país en donde la recepción de este concepto mereció un estudio particular (Camila Massaro de Góes y Bernardo Ricupero (2013), «Revolução passiva no brasil: uma ideia fora do lugar?», en *Tempo da Ciência*, núm. 40).

345 Ya que, como subraya Bianchi, estos planteamientos sirvieron para salir de esquematismos dualistas de la relación entre fuerzas conservadoras y progresistas que también se reproducían en la izquierda comunista y sustentaban la confianza en la existencia de

En 1976, Luiz Werneck Vianna lo utilizó de forma pionera para caracterizar la llamada revolución de 1930 (en la que inicia el varguismo, etiquetado por otros autores –Ianni y Weffort, por ejemplo– como populista o nacional-popular), asociando la noción de revolución pasiva con el concepto leninista de «vía prusiana» o «vía *junker*», y subrayando la combinación de modernización económica y conservación del sistema político, así como el control político desde arriba a partir del sindicalismo promovido por el Estado[346].

Otro destacado intelectual comunista, Carlos Nelson Coutinho, también vinculará la revolución pasiva con la vía *junker*, extendiendo esta interpretación a varios pasajes cruciales de la historia brasileña; afirma que se trata de un patrón recurrente en el que predominan el elemento de la conservación, la iniciativa desde arriba y la cultura autoritaria. A partir de estas coordenadas se configuraron, según Coutinho, distintos momentos de la transición brasileña al capitalismo: la independencia, la proclamación de la República, la abolición de la esclavitud, la Revolución de 1930, el Estado Novo de 1937 y el golpe militar de 1964[347]. En esta primera aproximación al tema, Coutinho utiliza fundamentalmente la noción de vía prusiana, enlazándola solo de paso con la de revolución pasiva, aunque no aplica esta directamente. La tesis principal es más bien una problematización gramsciana desde la perspectiva de lo nacional-popular como alternativa cultural al elitismo correspondiente a la vía prusiana de modernización capitalista.

Será solo en un ensayo posterior suyo donde el concepto de revolución pasiva se volverá central. Allí Coutinho argumenta que este «complementa» el de vía prusiana, ya que «subraya el momento superestructural»,

---

una burguesía progresista y su vocación democrático-revolucionaria (Alvaro Bianchi, 2015, «Gramsci interprète du Brésil», en *Actuel Marx*, núm. 57: 100).

346 Vianna, 1976. Sobre el mismo periodo, con el mismo enfoque, pero con énfasis en la clase obrera y la oposición comunista, véase Marcos Del Roio (1990), *A clase operaria na revolucao burguesa. A política de aliancas do pcb: 1928–1935*, Belo Horizonte, Oficina de Livros.

347 Carlos Nelson Coutinho (1990), *Cultura e sociedade no Brasil*, Río de Janeiro, DP§A 2005: 51. Vianna volverá sobre la cuestión de la revolución pasiva en la segunda mitad de los noventa, y además de un largo ensayo sobre el concepto en la obra de Gramsci, en otro trabajo abonará esta hipótesis de larga duración planteada por Coutinho. Resulta sorprendente en este ensayo que Vianna proponga una versión positiva de la revolución pasiva, entendida como perspectiva reformista que tendría cierta posibilidad de realización en el Brasil de la transición democrática a partir de la emergencia de las luchas obreras y ciudadanas (Werneck Vianna, 1996, «Caminhos e Descaminhos da Revolução Passiva à Brasileira», en *Dados* 39, núm. 3).

es decir, la dimensión política de los procesos, y supera posibles «tendencias economicistas»[348]. Por otra parte, el marxista bahiano enfatiza, en su caracterización de las revoluciones pasivas, el momento de la «restauración del orden», y en consecuencia los casos que pone de relieve son dos golpes de Estado: el que instala el Estado Novo varguista en 1937, y el de la dictadura militar iniciada en 1964[349]. Para sostener esta caracterización, Coutinho señala que Gramsci aplicó la noción de revolución pasiva al fascismo italiano, y observa que las versiones brasileñas solo se distinguen por no tener «bases organizadas» y asentarse exclusivamente en el «consenso pasivo»[350].

El filósofo brasileño fundamenta teóricamente esta aplicación del concepto a fenómenos dictatoriales o militaristas; si bien caracteriza correctamente la revolución pasiva como una «síntesis de ausencia de participación y modernización conservadora»[351], señala que Gramsci utilizó la noción para dar cuenta de la dominación a través del Estado y por encima de la sociedad civil, de formas dictatoriales de supremacía en detrimento de formas hegemónicas[352]. Sobre esta base sostiene que «jamás hubo hegemonía de las clases dominantes en Brasil, salvo recientemente» ya que estas «prefieren delegar la función de dominación al Estado, controlar y reprimir clases subalternas»[353]. Asume aquí, citando a Florestan Fernandes, que no hubo revolución burguesa en Brasil, sino que Esta tomó la forma de «contrarrevolución prolongada», lo cual, según Coutinho, es otro modo de decir «dictadura sin hegemonía»[354]. Y en un ensayo sobre la obra de Florestan Fernandes señala que la revolución pasiva no es, como escribe el sociólogo, una «revolución frustrada» sino una exitosa conciliación desde arriba, con exclusión de protagonismo popular, y también un proceso de transformaciones político-sociales del cual resulta una «dictadura sin hegemonía»[355].

348 Carlos Nelson Coutinho (1999), *Gramsci Um estudo sobre seu pensamiento político*, Río de Janeiro, Civilizacao Brasileira: 197.
349 Ibídem: 197.
350 Ibídem: 216.
351 Carlos Neslon Coutinho (2010), «Hegemonia da pequeña política», en Francisco de Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (orgs.), *Hegemonia a avessas*, Río de Janeiro, Boitempo: 53.
352 Coutinho, *Gramsci Um estudo sobre seu pensamiento político*, cit.: 203.
353 Ibídem: 204.
354 Ibídem: 205.
355 Coutinho, «Hegemonia da pequeña política», cit.: 250. En 1973, Florestan Fernandes hablaba de modelo autocrático-burgués dando cuenta del papel reaccionario de las burguesías nacionales en estos términos: «Es por este motivo que, si

Esto mueve a pensar que la revolución pasiva es un fenómeno dictatorial en el que se diluyen o tienden a desparecer los elementos de consenso[356]. En el mismo texto, Coutinho matiza esta posición señalando que esto «no significa que no haya el mínimo de consenso que indicó Gramsci»[357] y termina diciendo que sería interesante revisitar, desde los conceptos de revolución pasiva y transformismo, la problemática del populismo (entre 1937 y 1945, pero sobre todo entre 1945 y 1964, o sea entre el segundo gobierno de Vargas y el gobierno de Kubitschek)[358].

No obstante, aun con esta acotación y a costa de cierta contradicción, lo más sustancial del planteamiento de Coutinho abona una caracterización por la extrema derecha de los procesos de revolución pasiva contemporáneos, asociados a fenómenos dictatoriales y de corte fascista, caracterización que ya vimos simplemente enunciada por Portantiero. Esto se puede entender a la luz de la opción socialista democrática de Coutinho, así como en vista de la convicción de que la burguesía brasileña (y latinoamericana) no tiene vocación ni capacidad hegemónica, de ahí que a ninguno de los procesos que impulsa o en el que participa activamente (incluidas las revoluciones pasivas) se le pueda reconocer un rasgo hegemónico.

---

se considera la revolución burguesa en la periferia como una «revolución frustrada», como lo hacen muchos autores (probablemente siguiendo implicaciones de la interpretación de Gramsci sobre la revolución burguesa en Italia), es preciso proceder con mucho cuidado (por lo menos, con la objetividad y la circunspección gramscianas). Y además, que la revolución burguesa «atrasada», de la periferia, se vea fortalecida por dinamismos especiales del capitalismo mundial y lleve, de un modo casi sistemático y universal, a acciones políticas de clase profundamente reaccionarias, por las cuales se revela la esencia autocrática de la dominación burguesa y su propensión a salvarse mediante la aceptación de formas abiertas y sistemáticas de dictadura de clase» (Florestan Fernandes (1978), *La revolución burguesa en Brasil*, México, Siglo XXI: 147-148).

356 Sorprende que Aricó siga a Coutinho y repita, sin cuestionamiento alguno, sus consideraciones sobre la revolución pasiva; ambos la conciben con un excesivo predominio de formas dictatoriales de dominio a expensas de formas hegemónicas, o de plano como dictadura sin hegemonía (Aricó, *La cola del diablo*, cit.: 109). También un discípulo de Aricó, Waldo Ansaldi, confundirá la «función piamontesa» con la generalidad de la revolución pasiva resumiéndola como «dictadura sin hegemonía» y aplicando este esquema al estudio de la historia argentina entre 1862 y 1880 (Waldo Ansaldi (1992), «¿Conviene o no invocar el genio de la lámpara? El uso de categorías gramscianas en el análisis de la historia de las sociedades latinoamericanas», en *Estudios Sociales*, núm. 2: 56).

357 Coutinho, *Gramsci Um estudo sobre seu pensamiento político*, cit.: 205.

358 Ibídem: 207.

III. ¿Dictadura sin hegemonía?

Esta concepción de la revolución pasiva como «dictadura sin hegemonía» amerita un breve paréntesis en nuestro recorrido por autores latinoamericanos, ya que contrasta con nuestra posición, es decir, con la tesis de que la revolución pasiva es una forma de guerra de posiciones, con vocación y práctica hegemónicas, que contiene un componente progresista (combinado con otro regresivo) y, por consiguiente, puede servir para analizar procesos y fenómenos nacional-populares y populistas en América Latina.

Gramsci nunca elaboró una definición general de revolución pasiva en términos de «dictadura sin hegemonía». Esta expresión, que aparece en los *Cuadernos*, se refiere puntualmente a una modalidad específica de revolución pasiva, sin duda fundamental ya que es el punto de partida del razonamiento de Gramsci; sin embargo, esta fórmula no es extensiva al fascismo mussoliniano ni al americanismo fordista del *New Deal* roosveltiano, es decir, a los casos en los que Gramsci sustenta la proyección del concepto hacia el estatus de canon interpretativo general. Por lo tanto, al buscar definiciones generales deberíamos remitirnos a las consideraciones de Gramsci sobre estos casos y no a las primeras reflexiones puntuales, histórica y geográficamente determinadas, sobre el *Risorgimento*.

Por otra parte, el deslizamiento semántico que provoca el énfasis derechista de Coutinho, así como la misma posición rotunda de este último y de otros autores, pueden haber derivado de la formulación en esta dirección que se encuentra en un libro de Christine Buci-Glucksmann, que fue muy influyente en América Latina y que, a mi juicio, pudo haber contribuido a que en la región se recibiera y difundiera una versión distorsionada del concepto de revolución pasiva[359].

La presencia de la ideas de Christine Buci-Glucksmann en América Latina no se limita a la publicación de su libro, ha publicado artículos en diversas revistas, y en 1978 participó con Giuseppe Vacca, María Antonietta Macchiocchi y Juan Carlos Portantiero en un seminario sobre Gramsci en la Universidad Nacional Autónoma de México, seminario que se tradujo en un libro publicado en 1980[360]. Su influencia

359 Nos referimos a *Gramsci y el Estado: hacia una teoría materialista de la filosofía*, publicado en italiano en 1976 (*Gramsci e lo Stato. Per una teoría materialista della filosofia*, Roma, Riuniti), en español por Siglo XXI-España en 1978, y en portugués por Paz e Terra en Brasil en 1980.

360 Carlos Sirvent (1980), *Gramsci y la política*, México, UNAM, 1980.

en los estudios gramscianos latinoamericanos se confirma al revisar las ponencias presentadas en el Coloquio de Morelia de 1980, donde la noción de revolución pasiva aparece solo en tres textos (y de forma periférica, lo cual abona nuestra hipótesis general), y dos de ellos, justamente de los latinoamericanos, a partir de citas de la autora francesa[361].

En el prólogo a la edición mexicana de su libro, Buci-Glucksmann define tajantemente revolución pasiva como «dictadura sin hegemonía»[362]. En el texto afirma que «puede haber dominación sin hegemonía (caso de la revolución pasiva y, más todavía, del fascismo)», y define la revolución pasiva como el «modelo de un proceso revolucionario sin hegemonía y sin iniciativa popular unitaria»[363]. La perspectiva de la revolución pasiva de la autora es, en este libro, estrechamente asociada a un fenómeno dictatorial como el fascismo italiano, el cual es visto, sin embargo, como una «revolución pasiva económica».

> Si toda «revolución pasiva» se funda históricamente en la absorción progresiva de la dirección de las clases antagónicas, el fascismo en cambio decapita políticamente a estas clases con la fuerza y la represión. La hipótesis de la «revolución pasiva», que ve en el fascismo la continuación de una tendencia de larga duración de la clase dominante italiana, puede plantearse exclusivamente en el plano de la política económica. Por tanto, si Gramsci insiste sobre los elementos de coerción política y de organización ideológica de las masas propios del corporativismo, no excluye la eventualidad de una «revolución pasiva económica»[364].

Por otra parte, sostiene, como lo hizo Aricó en sus lecciones, que Gramsci habría formulado la asociación entre «revolución pasiva» y

361 El mexicano Sergio Zermeño (Julio Labastida (1985), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Méxixo, Siglo XXI: 252) remite a un artículo de 1979, mientras que los argentinos De Riz y De Ípola (Ibídem: 64) al libro publicado por Siglo XXI, el primero atribuyéndole la idea de antirrevolución pasiva y los segundos una polaridad entre «contrarrevohegemolución pasiva» y «revolución democrática activa». Chantal Mouffe hace por su parte dos simples alusiones al concepto (Ibídem: 138 y 141).

362 Por ello, la práctica de la hegemonía se opone a todo proceso de «revolución pasiva», de «revolución-restauración», procesos que conducen siempre a una «dictadura sin hegemonía» (Buci-Glucksmann, 1978: 11-12).

363 Christine Buci-Glucksmann (1978), *Gramsci e lo Stato. Per una teoría materialista della filosofia*, Madrid, Siglo XXI: 81 y 383.

364 Ibídem: 396.

«dictadura sin hegemonía» para pensar la estatización de la transición al socialismo y el fenómeno del estalinismo[365].

> Desmontar la tesis de una definición general de revolución pasiva sea «dictadura sin hegemonía», partiendo de la letra y el razonamiento de Gramsci, requeriría de un tratamiento extenso que no es objeto de este trabajo. Remito a los argumentos esgrimidos en este sentido por Fabio Frosini, quien muestra claramente el carácter y la vocación hegemónica de los procesos de revolución pasiva, con atención particular al fascismo y a su dimensión política[366].

IV. Populismo y revolución pasiva en América Latina: las intuiciones de Agustín Cueva y René Zavaleta

En sentido en buena medida opuesto a la idea de revolución pasiva como «dictadura sin hegemonía», colocamos la posibilidad de pensar en esta clave momentos, procesos y fenómenos nacional-populares y populistas en América Latina.

Para abonar esta dirección rescataremos algunas intuiciones de dos destacados e influyentes marxistas latinoamericanos[367]. Aunque dichas intuiciones no se tradujeron en formulaciones o estudios sistemáticos y profundos, tuvieron la virtud de colocar el concepto en el lugar que le corresponde –Latinoamérica–, cuando los gramscianos argentinos y brasileños no lo hicieron de manera explícita o simplemente lo negaron, optando por la lectura dictatorial que ya analizamos.

Agustín Cueva, sociólogo ecuatoriano exiliado en México, se distinguió en el debate latinoamericano por defender con perspicacia, solidez y

365 Al mismo tiempo, hay que reconocer que esta autora sostuvo también una perspectiva más amplia y más acorde con la que aquí sostenemos, al interpretar a la socialdemocracia europea y el *welfare state* como revolución pasiva. Sobre los estudios gramscianos de Buci-Glucksmann, véase el reciente artículo de Giuseppe Cospito (2016), «Christine Buci-Glucksmann tra Althusser e Gramsci (1969–1983)», en *Décalages* 2, núm. 1.

366 Frosini, «Hégémonie: une approche génétique», cit.: 33-34 y 41.

367 Para una mirada paralela sobre sus contribuciones al análisis de los fenómenos nacional-populares, véase Blanca S. Fernández y Florencia Puente (2016), «Lecturas marxistas de la experiencia nacional popular (o del populismo) en América Latina desde la obra de Agustín Cueva y René Zavaleta», en *Cuestiones de Sociología*, núm. 14.

desenvoltura una postura marxista y leninista. En su libro más importante utilizó la noción de vía *junker* para caracterizar el desarrollo del capitalismo en América Latina[368]. Conocía y respetaba la obra de Gramsci, aunque era un áspero adversario del gramscismo de corte socialdemócrata[369]. Solo en una ocasión, en 1981, se refirió al concepto de revolución pasiva en relación con «el populismo como problema teórico-político». Por su alcance, vale la pena citar extensamente el argumento central:

> El populismo resulta ser, en síntesis, una especie de sucedáneo de la revolución democrático-burguesa y antiimperialista no realizada en América Latina (salvo en los casos de revoluciones populares que cumplieron parcial o totalmente dichas tareas). Si se quiere emplear una terminología gramsciana, incluso podría decirse que se trata de una de las modalidades políticas de realización de la «revolución burguesa pasiva», a través de la cual se cumplen, aunque de manera vacilante, tortuosa e incompleta, algunas de las tareas indispensables para el tránsito de la sociedad oligárquica a la sociedad burguesa moderna […].
>
> Conjunto de reflexiones que nos permiten, a la vez, comprender las razones del agotamiento y crisis del populismo en cierto momento histórico. De una parte tenemos razones muy objetivas: el populismo se agota una vez que se ha cumplido, de manera más o menos eficiente, la «revolución pasiva» de la burguesía nativa contra los principales obstáculos que a su desarrollo le oponía la matriz oligárquico-dependiente (poco importa que esta «revolución» se efectúe por la vía del propio populismo o por cualquier otra vía política). Incluso a nivel del proceso de acumulación de capital llega un momento en que ya no es posible apuntalarlo mediante transferencias de excedente como las señaladas, tornándose entonces necesario implantar otras modalidades de acumulación (se habla, por eso, del «agotamiento de cierto patrón de crecimiento»[370]).

368 Agustín Cueva (1990), *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, .

369 Agustín Cueva (1987), «El fetichismo de la hegemonía», en *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*, México, Planeta: 149-163.

370 Agustín Cueva (2012), «El populismo como problema teórico-político», en *Ensayos sociológicos y políticos*, Quito, Ministerio de la Coordinación de la Política, 232-233.

Un planteamiento general, apenas bosquejado, pero tan preciso que no requiere aclaraciones. Sigue en el texto una aplicación de esta perspectiva interpretativa a diversos países latinoamericanos, así como una crítica devastadora al esquema elaborado por Laclau. Aun cuando el planteamiento quedó meramente enunciado, tiene la virtud de la claridad y de vincular en una forma sugerente la cuestión del populismo con el concepto de revolución pasiva.

El boliviano René Zavaleta es posiblemente el marxista latinoamericano más original y creativo de la segunda mitad del siglo xx, y recientemente su obra ha sido objeto de muchos estudios. También exiliado en México, convivió mucho con Cueva ya que sus oficinas estaban en el mismo pasillo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y los dos pertenecían al mismo Centro de Estudios Latinoamericanos. Zavaleta conocía a fondo la obra de Gramsci –aunque no había estudiado los *Cuadernos* de un modo tan sistemático como lo hicieron los gramsciólogos Aricó y Coutinho– y lo consideraba un punto de referencia y un interlocutor teórico fundamental, junto a Lenin y Marx. En medio de las citas y del uso de los principales conceptos gramscianos, solo en dos ocasiones en toda su obra menciona la noción de revolución pasiva, pero reflexiona en clave gramsciana sobre la hegemonía en relación con lo nacional-popular, el populismo y el bonapartismo, con lo cual, como en el caso de Portantiero, las cuestiones ligadas o inherentes a la revolución pasiva aparecen a contraluz, aun en ausencia del uso nominal del concepto. Sin embargo, a diferencia de Portantiero, en ningún momento lo vincula a fenómenos dictatoriales o fascistas. Por otra parte, Zavaleta, a diferencia de Aricó y más que Portantiero, realizó de forma sistemática una serie de análisis de procesos históricos bolivianos y latinoamericanos a la luz de claves de lectura gramscianas.

En *Lo nacional-popular en Bolivia* habla Zavaleta de una «unificación del pueblo desde arriba o nacionalización pasiva» como «articulación señorial» que incluye «cierto sentimiento plebeyo»[371].

> Esto es lo que más se aproxima a la revolución democrática entendida como revolución nacional. Es un tipo de lucubración que tiene algo de los quimeristas. En los hechos, la revolución pasiva ha existido, la vía

371 René Zavaleta (2015), «Problemas ideológicos del movimiento obrero», en *Obra completa, Tomo II, Ensayos 1975–1984*, La Paz, Plural: 254.

> *junker* ha existido y ha existido sin duda la nacionalización reaccionaria o nacionalización forzosa, así como existe la hegemonía negativa y los pueblos suelen ser los actores tardíos de procesos a los que han sido llamados en términos predefinidos e irresistibles. «La constitución estatalista de la nación tiene sin duda que ver con esta índole del avance o postulación de las cosas»[372].

En «Problemas ideológicos del movimiento obrero» Zavaleta escribió lo siguiente respecto a la centralidad del protagonismo de las masas como criterio:

> En este sentido, toda revolución ocurre desde abajo o no es una revolución. Por revolución pasiva no puede entenderse entonces sino aquel desplazamiento ideológico que ocurre por actos autoritarios y verticales sin iniciativa de proposición por parte de las masas. Esto contiene enormes repercusiones y tiene que ver con el problema de la imputación de la iniciativa revolucionaria. Un derrumbe del sistema de las creencias es necesario, aunque es cierto que puede ocurrir de un modo más o menos catastrófico, más o menos metódico. No hay duda de que dicho derrumbe, origen de la disponibilidad, debe apelar a ciertos soportes factuales o acontecimientos de asiento. Pero si este elemento interno del hecho revolucionario (la revolución ideológica o de creencias) no ocurre, pueden cumplirse los actos aparentes de la transformación (como por ejemplo la estatización general de la economía), pero no su elemento central que consiste en que los hombres se autotransforman y dejan de ser lo que son o sea que se eligen, pero desde un determinado punto de vista[373].

En su voluminoso y profundo estudio sobre la obra de Zavaleta, el destacado filósofo y sociólogo Luis Tapia coloca la cuestión de la revolución pasiva como un concepto clave para este autor. En particular lo utiliza para dar cuenta de la caracterización del régimen surgido de la revolución nacionalista de 1952[374] en un capítulo titulado «Populismo:

372 Ibídem: 243.
373 Ibídem: 602-603.
374 Luis Tapia (2002), *La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta*, La Paz, Posgrado en Ciencias del Desarrollo; Muela del Diablo: 79-80.

sustitución del pueblo y nacionalización con revolución pasiva»[375]. Sin embargo, Tapia, sumando la noción de revolución pasiva a las de bonapartismo y populismo como conceptos clave, otorga al concepto una centralidad mayor a la que tuvo nominalmente en la obra de Zavaleta[376].

Es relevante citar a Tapia en extenso, ya que en su interpretación lleva a Zavaleta a un terreno más explícitamente gramsciano, es decir, a la pertinencia de aplicar el concepto de revolución pasiva a procesos y fenómenos que en América Latina fueron definidos como nacional-populares o populistas.

> Es en torno a este discurso nacionalista de reforma económica capitalista que se articula o se da la política de revolución pasiva, pero en una situación muy peculiar. Se trata de una revolución pasiva dirigida y practicada por el grupo predominante del MNR gobernante, en el contexto de una génesis del proceso que es una insurrección popular y de amplia movilización posterior que tenía como posibilidad de desarrollo una mayor radicalización y autonomía respecto del estado. No se trata de una faceta de revolución pasiva que habría evitado de principio la insurrección y el momento revolucionario de sustitución de las clases y las relaciones de poder. Hay un sujeto político que sustituye a la vieja clase dominante y que quiere tomar su lugar como nueva y moderna burguesía, pero burguesía al fin. En este sentido se preocupa por controlar el proceso y el desborde popular, de implementar reformas paulatinas ya no radicales[377].
>
> En este sentido, se puede decir que algunas experiencias populistas realizaron un proceso de nacionalización a través de la integración de trabajadores y marginales al mercado y la política, pero bajo la modalidad de una revolución pasiva, es decir, de un proceso de reforma y modernización de la clase dominante y del Estado, que incorpora de manera subordinada a grandes grupos de trabajadores[378].

375 Ibídem: 213.

376 Como queda de manifiesto en un texto de 1983, en donde Zavaleta desarrolla teóricamente estos conceptos sin siquiera aludir al de revolución pasiva ni incorporar las reflexiones de Gramsci sobre el cesarismo (Zavaleta, 1983, «Formas de operación del Estado en América Latina. Bonapartismo, populismo, autoritarismo», en René Zavaleta (2015), *Obra completa, Tomo III, vol. 2, Otros escritos 1954–1984*, La Paz, Plural: 2015).

377 Tapia, *La producción del conocimiento* local, cit.: 79.

378 Ibídem: 215.

En conclusión, a despecho de su falta de sistematicidad y desarrollo, estos planteamientos apuntan hacia una conceptualización de la revolución pasiva que contribuye a habilitar esta noción como clave de lectura de una serie de procesos fundamentales de la historia y del presente latinoamericanos.

V. Usos discordantes: ejemplos mexicanos

También en la recepción y uso del concepto en México encontramos los términos de la polarización que hemos venido rastreando entre usos relacionados con fenómenos dictatoriales –reaccionarios o progresistas y nacional-populares.

La presencia del gramscismo en México se debió en buena medida al exilio en este país del grupo de *Pasado y Presente* desde mediados de los años setenta, y a su labor editorial y de difusión; pero también a la actividad intelectual de otros destacados gramscianos o lectores de Gramsci, como Zavaleta, Cueva, Pereyra y Sánchez Vázquez, entre otros. Fue notable la circulación de las obras de y sobre Gramsci desde los años sesenta, en particular desde la segunda mitad de esa década, cuando se publicaron por primera vez en español los *Cuadernos* en la edición Gerratana. Hay que registrar el uso, desde mediados de los años sesenta, de las categorías gramscianas por parte de varios intelectuales destacados: primero Víctor Flores Olea y después Arnaldo Córdova, quienes hicieron estancias de estudio en Italia, y finalmente Pablo González Casanova, exrector de la UNAM. Por otra parte, se dio la adopción por parte del Partido Comunista Mexicano de la perspectiva y el lenguaje gramscianos en sus documentos partidarios, por el conocimiento sobre Gramsci que poseía el secretario general Arnoldo Martínez Verdugo, muy influido por el Partido Comunista Italiano y por la cultura comunista italiana en general. Además cabe mencionar, como demostración de la presencia académica del marxista italiano, que en el plan de estudios de la licenciatura en sociología de 1976, René Zavaleta contribuyó a crear un curso obligatorio (que subsistió hasta 1997) llamado *Teoría sociológica (Lenin-Gramsci)*[379].

379 El concepto de revolución pasiva no es mencionado en el temario –donde sí aparecen los conceptos de hegemonía, bloque histórico, guerra de maniobra e intelectual colectivo– a pesar de que en la bibliografía aparecen el libro de Portantiero y

Por otra parte, es necesario registrar que Dora Kanoussi y Javier Mena (1985), ambos instalados en la Universidad de Puebla, elaboraron el estudio teóricamente más relevante sobre el concepto de revolución pasiva que se haya publicado en la región hasta la fecha. Un estudio en profundidad que destaca la transcendencia del concepto en estos términos:

> La revolución pasiva caracteriza las transformaciones que suceden en dos épocas distintas: el ascenso y la declinación de la burguesía. Explica la hegemonía, la construcción del Estado burgués pero también la crisis y la construcción de la hegemonía proletaria. Siendo este el contenido y la explicación del porqué de los *Cuadernos de la cárcel*, se puede decir con todo rigor que la revolución pasiva es la clave para la comprensión del pensamiento gramsciano[380].

Por otra parte, se dio en México, en relación con el estudio de procesos históricos, un uso esporádico y muy diferenciado del concepto. Mencionaré los tres casos en donde el concepto ocupa un lugar interpretativo central, como botones de muestra de la polarización que hemos venido rastreando[381].

Enrique Montalvo, en su libro sobre el Estado y el nacionalismo, interpreta la Revolución mexicana –en particular su segunda etapa, después del Constituyente de 1917– como una revolución pasiva.

> Puede interpretarse la Revolución mexicana como una revolución jacobina por sus rasgos iniciales. Sin embargo en su desarrollo posterior los

---

el de Buci-Glusckmann, junto a textos de Togliatti, Sacristán y el cuaderno de *Pasado y Presente* publicado en México y titulado «Gramsci y las Ciencias Sociales», que incluye artículos de Alessandro Pizzorno, Luciano Gallino, Norberto Bobbio y Regis Debray. El estudio de la obra de Gramsci se mantiene en el plan de estudios de Sociología después de la reforma de 1997 y de la de 2015, aunque no figure nominalmente en el título de una materia (véase 1976, Programa del Curso Teoría Sociológica Lenin-Gramsci, UNAM-FCPyS, mimeo, México).

380 Javier Mena y Dora Kanoussi (1985), *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la Cárcel*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla: 97.

381 Mientras, por ejemplo, en el artículo de Womack Jr. que menciona Aricó salvo señalar que el nombre de Gramsci aparece en una nota de pie de página, sin citar ningún texto, como soporte a un análisis basado en otros autores, en relación el papel de la burguesía en la revolución mexicana (John Womack Jr., 2012, «La economía de México durante la Revolución, 1910-1920: historiografía y análisis», en *Argumentos* 25, núm. 69: 18).

> elementos sociales activos fueron subordinados, absorbidos dentro de un proceso de revolución pasiva instrumentado desde el naciente Estado[382].
>
> La revolución pasiva desarrollada en México, forma de la guerra de posición que emprende la clase dirigente, comienza a desplegarse con el inicio de la institucionalización de la Revolución mexicana y encuentra su punto culminante en la etapa que inaugura el cardenismo[383].

Para Montalvo, el Estado se vuelve el centro de los procesos de reproducción de las relaciones sociales: por una parte opera una reestructuración productiva industrial; por la otra absorbe y subordina la activación de masas y la «voluntad colectiva nacional y popular» al institucionalizar los sindicatos obreros y campesinos y emprender una política educativa de masas[384].

En un sentido muy distinto, Semo sostendrá una interpretación de la historia de México en la que identifica tres revoluciones o modernizaciones pasivas: las reformas borbónicas (1780-1810); el porfiriato (1880-1910), y el neoliberalismo (1982-2012)[385]. Es claro que para Semo revolución pasiva y modernización conservadora son sinónimos, y que no considera el factor de control y contención de las clases subalternas; es decir que no considera los aspectos de desactivación: las concesiones y el transformismo que son propios de los procesos de revolución pasiva.

En tiempos más recientes Adam Morton –un gramsciano inglés– sostuvo en forma sistemática y documentada, desde la sociología histórica, una lectura de lo que denominó la «revolución pasiva permanente» en México. Morton analiza la imbricación en el periodo revolucionario y posrevolucionario de tres fenómenos: la formación del Estado moderno, la movilización de masas y el desarrollo capitalista (desigual y combinado). En este sentido, el neoliberalismo es considerado un sobresalto y un ajuste en la continuidad de la estrategia de revolución pasiva, cuya dimensión consensual o hegemónica («mínima» diría el autor) se refleja en la «democratización desde arriba»[386].

382 Enrique Montalvo (1985), *El nacionalismo contra la nación*, México, Grijalbo: 119.
383 Ibídem: 121
384 Ibídem: 121.
385 Enrique Semo (2012), «Revoluciones pasivas en México», en *Antología de Cultura y Sociedad Mexicana*.
386 Adam D. Morton (2011), *Revolution and State in Modern Mexico: The Political Economy of Uneven Development*, Maryland, Rowman & Littlefield. Ahora publicado en (2017), México Siglo XXI.

> Para resumir, la Revolución Mexicana fue una forma de revolución pasiva en la cual había una expansión de relaciones capitalistas a través de no solo una serie de rupturas y cambios violentos sino también de continuidades del poder de clases dominantes. Los derechos de las clases subalternas fueron a la vez cumplidos y desplazados: la reforma agraria, los derechos obreros, la expropiación de petróleo, nacionalismo, y Cardenismo. El resultado fue una combinación de revolución y restauración. […]
>
> Dichas contradicciones de la revolución pasiva pasaron entonces a la época del desarrollo estabilizador; la edad del neoliberalismo; el fracaso de la hegemonía del PRI; y el surgimiento de formas distintas de resistencia por las clases subalternas. Estas formas han incluido movimientos guerrilleros en el campo y en zonas urbanas y también organizaciones obreras autónomas además de movimientos de estudiantes[387].

La hipótesis del *continuum* de la revolución pasiva[388] es muy sugerente en el caso mexicano, sobre todo si se considera la continuidad del priismo, pero no permite apreciar la especificidad de algunos pasajes, en particular la variación en el recurso a prácticas hegemónicas (especialmente las clientelares y corporativas) entre los gobiernos populistas y neoliberales del mismo partido, con las consiguientes rupturas en el seno del mismo, y las variaciones del pacto social o de dominación.

En conclusión, en estos tres estudios sobre México queda evidenciada y ejemplificada la disonancia entre lecturas que tienden a identificar las revoluciones pasivas como fenómenos de tipo progresivo y las que apuntan a formas más regresivas. Una divergencia interpretativa de hondas implicaciones políticas, ya que evoca los términos de ásperos debates marxistas en torno a la caracterización de la Revolución mexicana y del régimen posrevolucionario, a la burguesía nacional y al papel y las tareas de los socialistas revolucionarios a lo largo de la historia hasta la crisis de esta corriente en los años ochenta[389].

387 Adam D. Morton (2012), «Gramsci y el concepto de revolución pasiva» disponible en http://adamdavidmorton.com/2012/09/gramsci-y-el-concepto-de-revolucion-pasiva/.

388 Adam D. Morton (2010), «The continuum of passive revolution», en *Capital & Class* 34, núm. 3: 315.

389 Massimo Modonesi (2003), *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Juan Pablos; México, UACM.

VI. En la época de los Gobiernos progresistas

En tiempos recientes –de mediados de los noventa a la actualidad–, y al calor de los procesos de emergencia de los movimientos populares y antineoliberales –y de los gobiernos progresistas que les siguieron– ha reaparecido el concepto de revolución pasiva como clave de lectura de los procesos políticos latinoamericanos.

Es importante señalar que, a diferencia de lo ocurrido en el pasado, se trata de un análisis político sobre procesos en curso, y no en clave retrospectiva o historiográfica, la cual se halla más próxima a los esbozos de lectura que se dieron al calor de las dictaduras militares de los años setenta que de los intentos de interpretar fenómenos populistas y nacional-populares desde los años veinte hasta la década de los sesenta.

En primer lugar, hay que registrar que a la fecha solo existe un intento de pensar a escala latinoamericana, y en clave gramsciana, el fenómeno de los llamados Gobiernos progresistas como un conjunto de revoluciones pasivas[390]. Un ejercicio que realicé en 2011 y fue publicado en 2012.

Posteriormente, entre 2013 y 2015, bajo este mismo prisma analítico de la revolución pasiva, puse en evidencia un giro desde la predominancia de lo progresivo hacia un perfil más regresivo, en coincidencia con una pérdida de hegemonía de todos los Gobiernos progresistas latinoamericanos.

En consonancia con estos planteamientos, algunos autores caracterizaron los procesos políticos ecuatoriano, argentino y brasileño como revoluciones pasivas.

En un extenso trabajo de investigación sobre el periodo de gobierno de Rafael Correa en Ecuador, la dimensión política ha sido interpretada por Francisco Muñoz desde un enfoque gramsciano en el que aparecen y son utilizadas sistemáticamente las categorías de revolución pasiva, cesarismo y transformismo.

390 Respecto del uso del concepto hay que registrar un artículo del panameño Marco Gandásegui, quien utilizó el concepto de revolución pasiva –sin citar a Gramsci ni desplegar una lectura gramsciana– asociado con el de populismo para descalificar los alcances de los Gobiernos progresistas latinoamericanos desde una perspectiva estructural y con relación a la continuidad del extractivismo y de la subordinación al imperialismo (Marco Gandásegui (2007), «Alianzas de clase y la revolución pasiva: América latina en el siglo XXI», en *Tareas*, núm. 126).

> El proyecto de Rafael Correa se ha evidenciado como una propuesta de modernización capitalista del Ecuador, sin duda la más profunda de todas las que se ha intentado implementar históricamente, y en tal sentido se constituye en un momento clave de la llamada «revolución pasiva» gramsciana, en tanto a través de esta categoría teórica se da cuenta de la fundación del nuevo Estado burgués o «modernización del Estado»; y por otra, a los intentos de adaptación por parte de la burguesía ecuatoriana en la fase actual del capitalismo mundial avanzado[391].
>
> Desde la visión teórica de Gramsci sobre las crisis políticas, se puede observar que en los siete años de correísmo se ha estructurado un estado de excepción intervencionista y un régimen bonapartista donde se ha manifestado la dialéctica entre tendencias progresivas y regresivas propias de las revoluciones pasivas; una constante en ello ha sido la imposición de la tendencia regresiva, que en la dialéctica histórica del correísmo se expresa como una tensión entre la hegemonía y la coerción, lo cual revela el carácter de la transición ecuatoriana: las tensiones entre un más definido dominio político en correspondencia con el patrón de acumulación extractivista, y la exclusión de la tendencia social y ambiental ecuatoriana[392].

En la Argentina, el kirchnerismo ha sido caracterizado por la socióloga Maristella Svampa en los siguientes términos:

> En suma, el kirchnerismo expresa un caso de Revolución Pasiva, categoría que sirve para leer la tensión entre transformación y restauración en épocas de transición, que desemboca finalmente en la reconstitución de las relaciones sociales en un orden de dominación jerárquico. Cambio y, a la vez, conservación; Progresismo Modelo realizado en clave nacional-popular y con aspiraciones latinoamericanistas y, a la vez, Modelo de expoliación, asentado en las ventajas comparativas que ofrece el Consenso de los *Commodities*. A diez años de kirschnerismo no ha sido fácil salir de la trampa de la «restauración-revolución» que este propone, pues fueron las clases medias progresistas, con un discurso de ruptura, en su alianza no siempre reconocida con grandes grupos de poder, las encargadas de

391 Francisco Muñoz (ed.) (2014), *Balance crítico del gobierno de Rafael Correa*, Quito, Universidad Central del Ecuador: 296.
392 Ibídem; 308.

recomponer desde arriba el orden dominante, neutralizando y cooptando las demandas desde abajo[393].

Anteriormente, Julio Godio, en un libro sobre el gobierno de Néstor Kirchner, había adoptado la noción de «revolución desde arriba» como clave de lectura, no usando el concepto de revolución pasiva y sin recurrir a todo el arsenal conceptual gramsciano, salvo el de transformismo[394].

En Brasil la hipótesis de la revolución pasiva se convirtió en materia de debate sobre la caracterización de los Gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT).

En un artículo de 2005 aparecido en la revista Social Forces, Ruy Braga y Álvaro Bianchi esbozaron la idea de una «revolución pasiva a la brasileña» –de corte social-liberal–, para diferenciarla del neoliberalismo en relación con las políticas de redistribución del ingreso y para mostrar el transformismo de la alta burocracia sindical, «la financiarización de la burocracia sindical»[395].

Coutinho se opuso a esta lectura y prefirió el uso de la fórmula «hegemonía de la pequeña política», ya que no veía modificaciones sustanciales ligadas a reivindicaciones desde abajo, y observaba que el consenso era estrictamente pasivo.

Sostenía, por lo tanto, que se trataba de una simple y llana contrarreforma –en continuidad con el neoliberalismo[396].

Dicho sea de paso, resulta interesante que Coutinho defina aquí la revolución pasiva como reformismo desde arriba, distinguiéndola de fenómenos de contrarrevolución y contrarreforma[397]. Una definición acertada pero problemática si la contrastamos con sus trabajos anteriores, ya que pareciera que el reformismo desde arriba de los golpes de 1937 y 1964 tuvo más consenso que la contrarreforma sin concesiones, es decir, que el neoliberalismo de los Gobiernos del PT de 2002 a 2010. Por otra parte, el gramsciano brasileño vuelve aquí a sostener la definición de revolución pasiva como «dictadura sin hegemonía», pero con

393 Maristella Svampa (2013), «La década kirchnerista: populismo, clases medias y revolución pasiva», en *Lasaforum*, núm. 4.

394 Julio Godio (2006), *El tiempo de Kirchner. El devenir de una «revolución desde arriba»*, Buenos Aires, Legra Grifa .

395 Alvaro Bianchi (2015), «Gramsci interprète du Brésil», en *Actuel Marx*, núm. 57: 106.

396 Coutinho, «Hegemonia da pequeña política», cit.:. 32.

397 Ibídem: 33.

un mínimo de consenso que atribuye al transformismo de los grupos dirigentes de la izquierda, argumentando que el transformismo no es un fenómeno exclusivo de los procesos de revolución pasiva, sino que puede presentarse en las contrarreformas[398].

En respuesta a Coutinho, Braga defenderá en 2010 la tesis de que los Gobiernos del PT debían entenderse como una revolución pasiva, y caracterizó el proceso como una modernización conservadora ligada tanto a la esfera financiera como a las transformaciones en el mundo del trabajo; donde «bolsa familia» y otras políticas públicas, incluida la salarial, constituyen concesiones a los de abajo[399]. Con respecto a la dimensión hegemónica, y sin olvidar la desmovilización de los movimientos sociales, Braga apuntará al consentimiento pasivo de las clases subalternas y al consenso activo de los dirigentes y militantes del PT que pasaron a administrar el Estado y los fondos de pensión[400].

Por su parte, el renombrado sociólogo Francisco de Oliveira sostuvo que no se trataba ni de vía pasiva ni de populismo, pero reconoció fenómenos de transformismo, cooptación y desmovilización, caracterizando el proceso irónicamente como «hegemonía al revés»: «Son los dominantes que consienten a ser políticamente conducidos por los dominados, con la condición que la "dirección moral" no cuestione la forma de explotación capitalista»[401].

También Edmundo Fernandes Dias, otro destacado gramsciano brasileño, caracterizó los Gobiernos petistas como una revolución pasiva. Inclusive sostuvo que el «proceso de lulificación» se extendió a toda América Latina (aunque solo usó como ejemplos tres gobiernos: el del Frente Amplio en Uruguay, el de Evo Morales en Bolivia y el de Lugo en Paraguay) en función de la incorporación al aparato del Estado de representantes de las clases subalternas, lo que «decapitó su dirección»[402]. Fernandes Dias adoptó una definición amplia de revolución pasiva, asumiendo que «del periodo posrevolucionario francés hasta hoy, el modo burgués se constituyó como revolución pasiva», pero también tuvo

398 Ibídem: 36-37.

399 Ruy Braga (2010), «Apresentacao», en Francisco de Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (orgs.), *Hegemonia a avessas*, Río de Janeiro, Boitempo: 10-11.

400 Ibídem: 14.

401 Francisco De Oliveira (2020), «Hegemonía a avessas», en Francisco de Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (orgs.), *Hegemonia a avessas*, Río de Janeiro, Boitempo: 27.

402 Edmundo, Fernandes Dias (2012), *Revolução passiva e modo de vida: ensaios sobre as classes subalternas, o capitalismo e a hegemonia*, San Paulo, José Luís e Rosa Sundermann: 154.

lugar en la URSS a partir de los años 30.[403] Además, en lugar de definirla como dictadura sin hegemonía optó por la sugestiva y contradictoria fórmula «hegemonía sin hegemonía»[404].

Bajo las distintas aproximaciones que hemos intentado reseñar, en particular en Brasil, pero también en otras longitudes latinoamericanas, se abrió un debate con profundas implicaciones tanto estrictamente analíticas como políticas respecto de la caracterización de la coyuntura que inició a principio de los años 2000. Un debate que demuestra la vitalidad de las categorías gramscianas y, en particular, la pertinencia del uso del concepto de revolución pasiva.

VII. Consideraciones finales

A partir de este ejercicio de revisión de autores y perspectivas, podemos esbozar algunas consideraciones de balance en relación con los criterios enunciados en la presentación de este capítulo.

La primera es que el concepto de revolución pasiva ha tenido una circulación significativa en el pasado y no deja de ser utilizado en la actualidad. Como han señalado varios autores, en particular los gramscianos argentinos y brasileños, la persistente recurrencia de dinámicas políticas y de modernización capitalistas activadas y orientadas desde arriba –por el predominio del Estado sobre la sociedad civil– se presta para ser leída en clave gramsciana. El concepto sigue rondando como fantasma los debates latinoamericanos, no solo porque la amenaza de la revolución pasiva ha sido real y se ha verificado en distintos momentos de la historia, sino porque el concepto, como traté de demostrarlo, estuvo presente sin terminar de materializarse plenamente como una clave de lectura crucial para la interpretación de los procesos políticos de la región.

La segunda consideración es que su utilización se ha concentrado en los países de mayor tamaño –Brasil, México y Argentina–, una

403 Ibidem: 122 y 188

404 «A hegemonía sem hegemonía, caso típico de revolución pasiva necesita e require un discurso que neutralice a voz, o protejo dos antagonistas. Nada tem de estranho que os dominados reproduzam como seu o discurso que legitima sua opressão. Esse discursoé uma aparência, mas uma apariencia necesaria. Discurso que chega a sofisticam ente ler o real no sentido inverso ao dos dominados e ser aceito por estes» (Ibídem: 117).

geografía que corresponde a la recepción del pensamiento gramsciano en general y a la escala de sus ámbitos intelectuales, académicos y de producción bibliográfica.

La tercera es que no solo se ha usado en estudios de corte historiográfico sino que ha estado muy presente no tanto en el terreno disciplinar y académico de la ciencia política sino en el análisis político avanzado desde ejercicios intelectuales comprometidos, en la búsqueda de herramientas de lectura de procesos en curso o de momentos históricos, pero siempre en clave de comprensión estratégica del presente. Esto corresponde a cierta tendencia o tradición latinoamericana –o que persiste aquí más que en otras regiones del mundo– de intelectuales *anfibios*, con vocación y capacidad de moverse tanto en el mundo académico como el de la militancia o la intervención política[405].

Por lo demás, hay que reconocer que muchas de las interpretaciones basadas en el concepto de revolución pasiva han quedado truncadas; aunque tuvieron lugar como prometedoras intuiciones, no fueron desarrolladas de forma rigurosa y sistemática. Evidentemente, el potencial analítico ha sido limitado por diversos factores, algunos de los cuales pueden ser identificados y enlistados.

En primer lugar, es obvio que en la obra de Gramsci –compleja y de difícil acceso y compresión– el concepto de revolución pasiva tiene su propio, específico, rango de oscilación semántica y cierto ineludible grado de ambigüedad, lo que se evidencia en los usos tan diversos y a veces contradictorios que pudimos registrar.

El concepto ha sido aplicado de manera ambivalente lo mismo a fenómenos dictatoriales o francamente derechistas o reaccionarios, que a populistas o nacional-populares. Como ya lo señalamos, la tensión entre transformación-conservación, en lugar de ser una fecunda aproximación al estudio de la contradicción, se volvió disyuntiva o dilema. Por otra parte, además del fuerte sello althusseriano del marxismo latinoamericano en los años setenta, el concepto de revolución pasiva fue obturado, como pudimos observar, por conceptos marxianos o leninistas como el de bonapartismo o de vía *junker*, los cuales tuvieron mayor difusión y aplicación por obvias razones: cumplían requisitos de ortodoxia marxista y leninista.

405 Maristella Svampa (2008), *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sobre la base de estos elementos de diagnóstico, me permito una última consideración prospectiva. Estoy convencido de que el uso del concepto puede potenciarse y facilitarse por diversos medios: una mayor difusión y conocimiento de la obra de Gramsci, pero también trabajos de esclarecimiento conceptual, en particular para distinguir entre distintas modalidades de la revolución pasiva en función de las diferentes combinaciones de tendencias progresivas y regresivas –con la predominancia relativa de uno u otro rasgo–, y el análisis a fondo de sus correlatos: el cesarismo y el transformismo[406].

406 Modonesi, «Pasividad y subalternidad», cit. En esta dirección también resulta sugerente la distinción que propone Bianchi ("Gramsci interprète du Brésil», cit., 110) entre modelos revoluciones pasivas, la francesa como reacción (revolución-restauracion), la piamontesa como anticipación y bloqueo (revolución sin revolución) y la americanista más bien situada a nivel económico productivo. Aun cuando habría que considerar los cruces entre estos tipos ideales ya que, a mi parecer, sus rasgos distintivos aparecen combinados en los procesos históricos concretos.